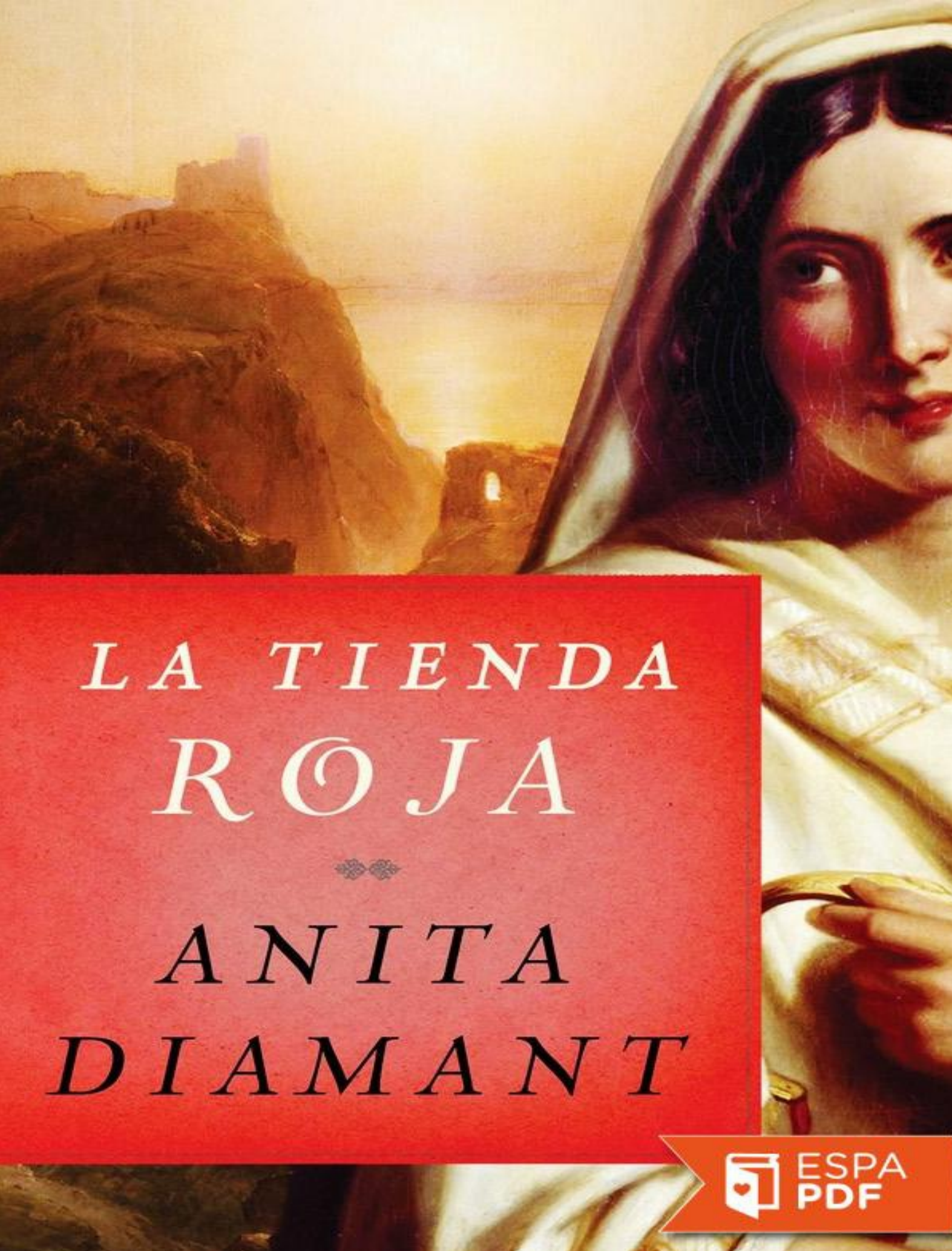


LA TIENDA ROJA

ANITA DIAMANT

ESPA PDF

Su nombre era Diná y en la Biblia apenas se la menciona para referirse a un violento suceso de venganza que protagonizaron su padre, Jacob, y sus hermanos Simeón y Leví. Única hija mujer de Jacob entre los numerosos varones que este tuvo con Lía, su primera mujer, y con sus otras tres esposas, Zilpá, Raquel y Bilhá, todas ellas hijas de Labán, Diná relata de viva voz su propia historia en lo que supone una auténtica evocación del mundo femenino en la época del Antiguo Testamento. En aquellos tiempos, las tradiciones, las

historias familiares y los conocimientos en general se perpetuaban de generación en generación por medio del linaje materno. Y el trasvase de toda esta sabiduría tenía lugar en la tienda roja, espacio donde se recluían las mujeres cuando no podían aparecer ante los ojos de los hombres, durante los días del ciclo femenino, después de los partos y en momentos de enfermedad. Allí, Diná explicará las historias de sus «cuatro madres», a partir del día en que Jacob apareció en las tierras de su tío Labán, así como el azaroso traslado de su familia desde la

Mesopotamia hasta Canaán, y más tarde su emigración a Egipto.

Pero La tienda roja no es simplemente una reconstrucción del libro del Génesis desde el punto de vista de la mujer, sino una novela histórica minuciosamente investigada que nos introduce en el riquísimo mundo de las tradiciones más ancestrales. Todo un acopio de normas y conductas imprescindibles para la supervivencia en tierras áridas y desoladas que, además de constituir la base de las religiones judeocristianas, siguen vigentes en algunos rincones del mundo hasta

el día de hoy.

«Una novela viva e intensa… Sería tentador decir que La tienda roja es lo que la Biblia podría haber sido si hubiera sido escrita por mujeres, pero tan solo Diamant habría podido dotarla de tanta profundidad y gracia». The Boston Globe.

Anita Diamant

La tienda roja

ePub r1.0

fenikz 23.04.15

Título original: *The Red Tent*
Anita Diamant, 1997
Traducción: Susana Beatriz Cella

Editor digital: fenikz
ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

www.epublibre.org

Edición Conmemorativa

Para mi hija Emilia

Agradecimientos

Quisiera dar las gracias a Barbara Haber, de la Biblioteca Arthur y Elizabeth Schlesinger de Historia de las Mujeres de Estados Unidos, del Radcliffe College. Por consejo suyo me presenté para un cargo de bibliotecaria en Schlesinger, que fue lo suficientemente bueno para sostener un proyecto que iba más allá de la misión inicialmente acordada. El Radcliffe

College también me proporcionó la ayuda de una compañera de investigación maravillosa, Rebecca Wand.

Gracias al Departamento de Estudios Femeninos de la Universidad de Brandeis, por aceptarme como investigadora visitante, y al Museo de Bellas Artes de Boston, por su autorización para fotografiar la estatua de Sennuwy. Ellen Grabiner, Amy Hoffman, Renee Loth y Marla Zorrow —miembros de mi equipo de redacción— me dieron durante tres años apoyo, atención lectora, buenos consejos y amistad, lo cual hizo más llevadero mi trabajo. Mis lejanos colegas Eddy

Myers y Valerie Monroe me echaron una mano (sobre todo por correo electrónico) antes, durante y después.

Gracias a Larry Kushner, que me introdujo en el Midrás.

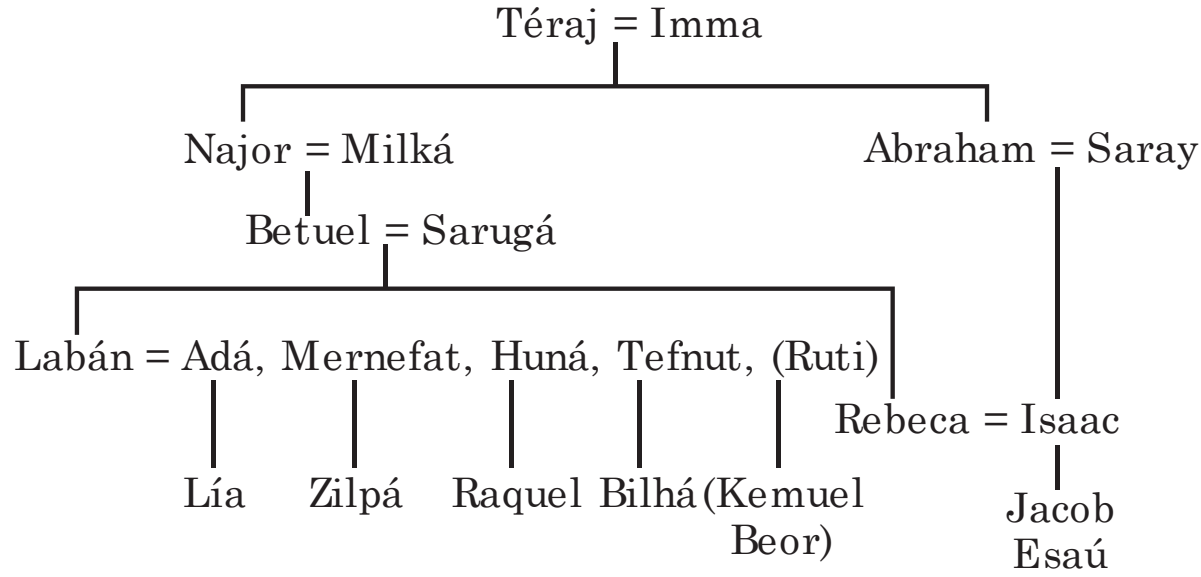
Por sus varias y valiosas aportaciones, gracias a Iris Bass, al profesor Mark Brettler, a Jane Devitt Gnojek, a Judith Himber, a Karen Kushner, a Gila Langner de la revista *Kerem*, a Barbara Penzner, a David Rosenbaum, a Janice Sorkow del Museo de Bellas Artes de Boston, y a Diane Weinstein.

Mi hermano, Harry Diamant, me presentó a Carolyn Jenks, mi agente, que a su vez me puso en contacto con Bob

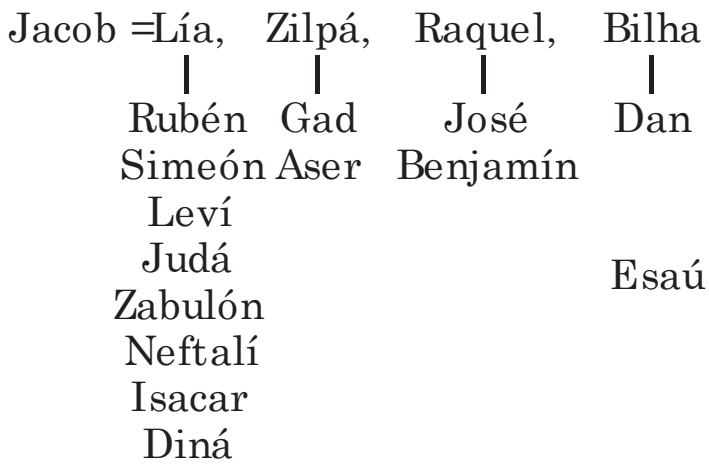
Wyat, un jefe de edición concienzudo y una persona cabal.

Mi marido, Jim Ball, ha tenido una paciencia infinita. Mi madre, Hélène Diamant, y mi hija, Emilia Diamant, me alegraron con su presencia y me dieron fuerzas. Mi padre (cuyo recuerdo es una bendición) siempre pensó que alguna vez escribiría una novela.

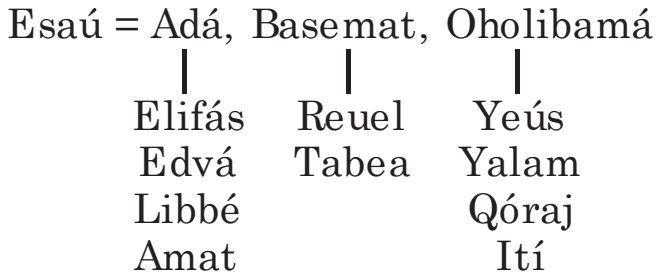
Árboles genealógicos



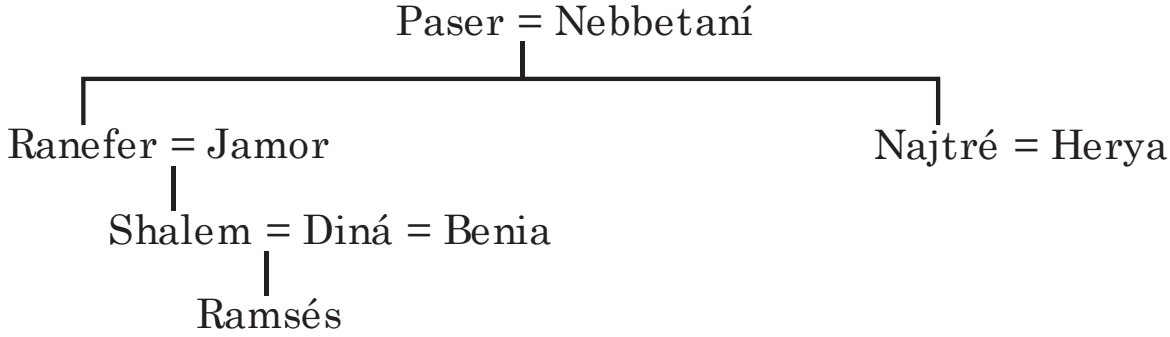
HIJOS DE JACOB



HIJOS DE ESAÚ



DINÁ EN EGIPTO



Prólogo

Hemos estado separadas demasiado tiempo.

Mi nombre no significa nada para ti. Mi memoria es polvo.

No es culpa tuya ni mía. Los lazos que unen a la madre y a la hija se rompieron y la palabra pasó a ser

posesión de los hombres, que no tenían modo de saber. Por eso me he vuelto una acotación al margen, mi historia es un breve paréntesis entre la famosa historia de mi padre Jacob y la celebrada crónica de mi hermano José. En las raras ocasiones en que se han acordado de mí, ha sido para verme como víctima. Al comienzo de tu libro sagrado hay un pasaje que dice que fui raptada y continúa con la sangrienta historia de cómo vengaron mi honor.

Es asombroso que una madre volviera a poner a su hija el nombre de Diná. Sin embargo se ha hecho. Tal vez creías que para mí había algo más que el callado código del texto. Tal vez lo

oyeras en la sonoridad de mi nombre: alta y clara la primera vocal, como cuando una madre llama a su retoño al oscurecer; la segunda sílaba, suave, para susurrar secretos sobre la almohada. Dii-ná…

Nadie se ha acordado de mis habilidades como partera, ni de las canciones que cantaba, ni del pan que cocía para mis insaciables hermanos. No quedó nada, aparte de algunos detalles dispersos acerca de aquellas semanas pasadas en Siquem.

Pero había mucho más que contar. Si me hubieran dicho que hablara, habría comenzado por la estirpe de la que procedo, que es por donde se debe

comenzar. Si se quiere entender a una mujer, primero se debe conocer a su madre, preguntar por ella y escuchar atentamente. Las anécdotas culinarias están estrechamente relacionadas. Los silencios prudentes hablan de asuntos no terminados. Cuanto más conoce una hija los detalles de la vida de su madre, sin acobardarse ni lloriquear, más fuerte es.

Desde luego, esto es más complicado para mí porque tuve cuatro madres, cada una de las cuales me riñó, me educó y me quiso a su modo, dándome regalos diferentes y asustándome con temores diversos. Lía me dio a luz y me transmitió su espléndida arrogancia. Raquel me

enseñó dónde poner los ladrillos del parto y cómo sujetarme el cabello. Zilpá me hacía reflexionar, Bilhá me escuchaba. Ninguna de mis madres sazonaba el puchero del mismo modo. Ninguna empleaba el mismo tono de voz para dirigirse a mi padre y él tampoco para hablar con ellas. Y debería saberse que mis madres también tenían hermanas, hijas de Labán, de diferentes esposas, aunque mi abuelo nunca reconoció a Zilpá ni a Bilhá; eso le habría costado dos dotes más; y él era un tacaño.

Como todas las hermanas que viven juntas y comparten un marido, mi madre y mis tías tejían una densa red de

lealtades y enemistades. Traficaban con secretos como si fueran pulseras y me los pasaron a mí, la única niña que sobrevivió. Me decían cosas que yo era demasiado joven para oír. Me cogían la cara entre sus manos y me hacían jurar que las recordaría.

Mis madres estaban orgullosas de haberle dado a mi padre tantos hijos varones. Los hijos eran el orgullo y la medida de una mujer. Pero el nacimiento de un niño tras otro no era una fuente de dicha en las tiendas de las mujeres. Mi padre alardeaba de su ruidosa tribu y las mujeres amaban a mis hermanos, pero también querían tener hijas, y se quejaban del predominio masculino en

la semilla de Jacob.

Las hijas aligeraban la carga de las madres porque ayudaban a hilar, a moler el grano y a cuidar de los niños, que siempre estaban mojando los rincones de las tiendas, sin hacer caso de lo que se les advertía.

Pero la otra razón por la cual las mujeres querían tener hijas era para mantener vivo su recuerdo. Los hijos no oían las historias de las madres después de ser destetados. De modo que yo era la única. Mi madre y mis madres-tías me contaron innumerables anécdotas de su vida. No importa lo que estuvieran haciendo sus manos, alzar a los recién nacidos, cocinar, hilar, lavar; su boca no

paraba de llenarme los oídos.

En la sombra rojiza de la tienda roja, la tienda de la menstruación, deslizaban los dedos por mis rizos, repitiendo los episodios de su juventud, la historia del nacimiento de sus hijos. Sus anécdotas eran como ofrendas de esperanza y fuerza derramadas ante la reina del cielo, solo que aquellos regalos no eran para ningún dios ni para ninguna diosa, sino para mí.

Todavía siento cuánto me querían mis madres. Me habría gustado conservar ese amor para siempre. Me sostenía, me mantenía viva. Incluso tras haberlas dejado, y aún hoy, mucho tiempo después de su muerte, me siento

reconfortada al recordarlas.

Transmití las historias de mi madre a la generación siguiente, pero tenía prohibido contar las de mi propia vida y ese silencio casi me hirió de muerte. No morí, pero viví lo suficiente para que otras historias llenaran mis días y mis noches. Observé a los niños abrir sus ojos a un mundo nuevo. Encontré motivos para reír y dar gracias. Fui amada.

Y ahora venís a mí, mujeres de manos y pies suaves como los de una reina, con muchos más utensilios de cocina de los que necesitáis, seguras junto al lecho de los niños y libres para usar la lengua. Venís deseosas de

conocer la historia que quedó perdida. Escarbáis en busca de palabras para llenar el gran silencio que me tragó, y antes que a mí, a mis madres y mis abuelas.

Quisiera tener más que decir sobre mis abuelas. Es terrible que se haya olvidado tanto, razón por la cual, supongo, recordar parece una misión sagrada.

Os agradezco mucho que hayáis venido. Os daré cuanto hay dentro de mí para que os levantéis de esta mesa satisfechas y fortalecidas. Benditos sean vuestros ojos y bendito sea el suelo que pisáis. Mi corazón es un cazo rebosante de agua dulce.

Selah.

Primera Parte

La historia de mis madres

1

La historia comenzó el día que apareció mi padre. Raquel llegó corriendo al campamento, sus rodillas subían y bajaban, gimiendo como una ternera separada de su madre. Pero antes de que nadie pudiera reprenderla por comportarse como una muchacha

salvaje, comenzó a hablar de modo entrecortado de un extraño que estaba junto al pozo, y las palabras le salían de la boca y se esparcían como agua sobre la arena.

Un salvaje sin sandalias. El cabello revuelto. La cara sucia. La besó en la boca, un primo, hijo de su tía, que había dado de beber a las ovejas y las cabras en el pozo y había echado a los vagabundos de allí.

—Pero ¿qué dices? —preguntó su padre, Labán—. ¿Quién ha llegado al pozo? ¿Quién lo acompaña? ¿Cuántos sacos trae?

—Se va a casar conmigo —dijo Raquel resueltamente, una vez que hubo

recuperado el aliento—. Dijo que yo soy para él y que se casaría conmigo mañana, si pudiera. Vendrá a pedírtelo.

Lía se puso furiosa ante el anuncio.

—¿Casarse contigo? —dijo, cruzando los brazos y echando atrás los hombros—. Hasta dentro de un año no estarás en condiciones de casarte —dijo la hermana mayor, que, aunque solo tenía unos años más que Raquel, ya obraba como la regente de los pequeños dominios de su padre. A la administradora de catorce años de la casa de Labán le gustaba adoptar un tono arrogante y maternal con su hermana.

—¿Qué es todo esto? ¿Y cómo es que llegó a besarte?

Era una infracción terrible a las costumbres, aunque viniera de un primo y aunque Raquel fuera tan joven que se la podía tratar como una criatura.

Raquel se mordió el labio inferior de un modo que habría sido infantil solo unas horas antes. Algo había pasado desde que abrió los ojos aquella mañana, cuando el asunto más importante que tenía en mente era encontrar el lugar donde Lía escondía la miel. Lía, la muy asna, nunca la compartía con ella, sino que la guardaba para los invitados y solo daba a probar un bocado a la pequeña Bilhá y a nadie más.

En aquel momento, Raquel solo

podía pensar en el extraño de pelo largo cuyos ojos habían encontrado los suyos; el reconocimiento la había hecho estremecer hasta los huesos.

Raquel sabía lo que Lía quería decir, pero el hecho de que ella todavía no hubiera comenzado a sangrar ya no significaba nada, al menos para ella. Y le quemaban las mejillas.

—¿Qué es esto? —dijo Lía, de pronto divertida—. Está enamorada. Mírenla —dijo—. ¿Han visto alguna vez que esta niña se pusiera colorada?

—¿Qué es lo que te ha hecho ese hombre? —preguntó Labán gruñendo como un perro que husmea la presencia de un intruso en su territorio. Cerró los

puños, frunció el ceño y concentró toda su atención en Raquel, la hija a la que nunca había pegado, la hija a la que rara vez miraba a la cara. Ella lo había asustado desde el mismo día en que nació, una irrupción violenta, desgarradora que había matado a su madre. Cuando la criatura finalmente salió, las mujeres quedaron desconcertadas al ver que algo tan pequeño, una niña, había causado tantos problemas durante varios días, y le había costado a su madre tanta sangre y, finalmente, la vida.

La presencia de Raquel era poderosa como la de la luna, e igualmente bella. Nadie podía negar su

belleza. Incluso cuando yo, de pequeña, rendía culto a la hermosura del rostro de mi madre, sabía que la belleza de Lía palidecía ante la de su hermana menor, cosa que siempre me hizo sentir como una traidora. Sin embargo, negarlo habría sido como negar el calor del sol.

La belleza de Raquel era extraña y cautivadora. El cabello castaño tenía un brillo de bronce y la piel era dorada, como la miel, perfecta. En aquel fondo ámbar, sus ojos eran sorprendentemente oscuros, no castaño oscuro sino profundamente negros. Negros como la obsidiana pulida o como la profundidad de un pozo. Aunque era diminuta, de huesos pequeños y, aun después de

haber tenido hijos, de senos poco salientes, tenía manos firmes y una voz grave que parecía pertenecer a una mujer mucho más corpulenta.

Una vez oí discutir a dos pastores acerca de cuál era la mayor cualidad de Raquel, un juego al que yo también había jugado. Para mí, el detalle más maravilloso de la perfección de Raquel eran sus mejillas, altas y marcadas sobre el rostro, como higos. Cuando era pequeña quería tocarlas, como si quisiera alcanzar una fruta que aparecía si ella sonreía. Cuando me di cuenta de que no podía cogerlas, las lamía, para probar su sabor. Esto hacía reír a mi hermosa tía hasta que se le contraía el

vientre. Me quería más que a todos sus demás sobrinos juntos, por lo menos eso decía mientras tejía con mis cabellos unas complicadas trenzas, una labor para la que faltaba paciencia o tiempo a las manos de mi madre.

Es casi imposible exagerar la belleza de Raquel. Desde que era una recién nacida, era como una joya a la que todos llevaban de un lugar a otro, un ornamento, un raro placer, la niña de ojos negros y cabello dorado. Su sobrenombre era «Tuki», que significa «Dulzura».

Todas las mujeres compartieron el cuidado de Raquel cuando su madre, Huná, murió. Huná era una hábil partera

conocida por su risa gutural y muy llorada por las mujeres. Nadie protestó por tener que atender a la huérfana de Huná, e incluso los hombres, sobre los que los recién nacidos ejercían tanta fascinación como los fogones, se detenían para pasar las encallecidas manos por sus notables mejillas. Luego se levantaban oliéndose los dedos y moviendo la cabeza.

Raquel olía como el agua. ¡De verdad! Por donde ella pasaba quedaba un olor de agua fresca. Era un aroma increíble, verde y delicioso; en aquellas polvorientas colinas era el olor de la vida y la salud. De hecho, durante muchos años, el estanque de Labán fue

la única razón por la cual su familia no murió de hambre.

Desde el principio se pensó que Raquel podía ser una zahorí, una persona capaz de encontrar pozos escondidos o ríos subterráneos. La joven no cumplió aquellas expectativas, pero sin que se supiera cómo, el olor del agua dulce iba pegado a su piel y permanecía en su ropa. Cuando se perdía alguno de los niños, más de una vez se encontró al pequeño travieso profundamente dormido entre sus mantas, chupándose el dedo pulgar.

No era extraño que Jacob quedara hechizado en el pozo. Los otros hombres se habían acostumbrado a las miradas de

Raquel y también a su asombroso olor, pero para Jacob tuvo que ser como una aparición mágica. La miró fijamente a los ojos y quedó hechizado. Cuando la besó, Jacob gritó con la voz del hombre que yace con su mujer. El sonido despertó a Raquel, la alejó para siempre de la infancia.

Apenas hubo tiempo de escuchar a Raquel describiendo el encuentro antes de que el propio Jacob apareciera. Se dirigió a Labán, y Raquel observó a su padre evaluando al recién llegado.

Labán se fijó primero en las manos vacías, pero también vio que la túnica y la capa del extraño eran de buen material, su cantimplora era de buena

factura, el mango del cuchillo estaba hecho de hueso tallado y bruñido. Jacob se plantó directamente ante Labán y, dejando caer la cabeza, se presentó:

—Tío, yo soy el hijo de Rebeca, tu hermana, la hija de Najor y Milká, de quienes tú también eres hijo. Mi madre me ha enviado a ti, mi hermano me ha perseguido hasta aquí, mi padre me arrojó hacia ti. Te contaré toda la historia cuando no esté tan sucio y cansado. Busco tu hospitalidad, que es famosa en estas tierras.

Raquel abrió la boca como para hablar, pero Lía apretó el brazo de su hermana y le lanzó una mirada feroz; ni siquiera la juventud de Raquel podía

excusar que una niña hablara cuando dos hombres conversaban. Raquel dio pataditas en el suelo y tuvo pensamientos terribles sobre su hermana, aquella urraca mandona, aquella cabra bizca.

Las palabras de Jacob acerca de la famosa hospitalidad de Labán eran una amable mentira, porque Labán estaba cualquier cosa menos complacido ante la aparición de su sobrino. Pocas cosas producían placer al anciano, y los visitantes con hambre siempre eran sorpresas desagradables. Sin embargo, no había nada que hacer; tenía que atender la petición de su pariente y no había forma de negar el parentesco.

Jacob conocía los nombres y Labán reconoció el rostro de su hermana en el del hombre que tenía delante.

—Eres bienvenido —dijo Labán sin sonreír ni devolver el saludo al sobrino. Mientras daba media vuelta para alejarse, hizo una señal con el pulgar a Lía, para encargarle de aquella molestia. Mi madre asintió y volvió la cara hacia el primer hombre adulto que no miró para otro lado al tener delante sus ojos.

La visión de Lía era perfecta. De acuerdo con una de las leyendas más ridículas de la historia de mi familia,

ella echó a perder sus ojos al derramar un mar de lágrimas ante la perspectiva de casarse con mi tío Esaú. Quien crea esto también podría terminar comprando una esponja mágica que hiciera que todos los que lo miraran languidecieran de amor.

Pero mi madre no tenía ojos débiles ni enfermos ni legañosos. La verdad es que sus ojos hacían sentir mal a los demás y la mayoría de la gente prefería rehuirlos; uno era azul como el lapislázuli y el otro verde como la hierba de Egipto.

Cuando nació, la partera gritó que lo que había salido del vientre de su madre era una bruja y que tendrían que

ahogarla antes de que atrajera la maldición sobre la familia. Pero mi abuela Adá dio una bofetada a aquella necia y maldijo su lengua.

—Enséñame a mi hija —dijo Adá en voz tan alta y con tanta arrogancia que hasta los hombres que estaban fuera pudieron oírla. Adá puso por nombre a la última de sus descendientes Lía, que significa «ama», y rogó que aquella hija viviera, puesto que ya había enterrado a siete hijos e hijas.

Muchos quedaron convencidos de que la recién nacida era un demonio. Por alguna razón, Labán, que era el alma más supersticiosa que se pueda imaginar (escupía y hacía reverencias cada vez

que se volvía a la izquierda, daba aullidos ante cada eclipse lunar), se negó a aceptar las sugerencias de que Lía fuera abandonada en el exterior para que muriera por efecto del aire de la noche. Lanzó alguna suave maldición por el sexo de aquella criatura, pero aparte de eso, el anciano hizo caso omiso de su hija y nunca habló de lo que la distinguía. Entonces las mujeres sospecharon que el hombre ya no podía distinguir los colores.

Los ojos de Lía nunca perdieron la intensidad del color, como esperaban y habían predicho algunas mujeres, sino que la tonalidad de cada uno se hizo más brillante, con lo cual resaltaba más la

diferencia, sobre todo porque apenas le crecieron las pestañas. Aunque ella parpadeaba como todo el mundo, el gesto era casi imperceptible, por lo cual parecía que Lía nunca cerraba los ojos. Hasta sus miradas más cálidas semejaban en algo la de una serpiente, y así pocos eran los que soportaban mirarla directamente a los ojos. Los que lo lograban eran recompensados con besos, sonrisas y pan con miel.

Jacob la miró directamente a los ojos, y ya por esto ella le cobró instantáneo afecto. Lía ya se había fijado en él a causa de su estatura. Ella era media cabeza más alta que la mayoría de los hombres que había visto y por eso

los había descartado. Sabía que no era justo. Seguramente había buenos hombres entre quienes solo le llegaban hasta la nariz, pero le asqueaba la idea de yacer con un hombre con las piernas más cortas y débiles que las suyas. Y eso que ningún hombre la había solicitado aún. Sabía que todos la llamaban Lagartija, Ojos de Diablo y cosas peores.

Su rechazo de los hombres bajos había sido confinado por un sueño en el que un hombre alto le hablaba en secreto. No podía recordar las palabras que le había dicho, pero sí que le habían calentado los muslos y la habían despertado. Cuando vio a Jacob,

recordó el sueño y sus extraños ojos se dilataron.

Jacob también miró a Lía favorablemente. Aunque todavía sentía el impacto del encuentro con Raquel, no pudo pasar por alto a Lía. No solo era alta, sino también bien formada y fuerte. Había sido bendecida con pechos grandes y altos y pantorrillas redondeadas que se podían ver por entre ropas que nunca estaban completamente cerradas. Tenía antebrazos algo varoniles, pero su andar era el de una mujer con caderas prometedoras.

Lía había soñado una vez con una granada abierta que enseñaba ocho semillas rojas. Zilpá dijo que el sueño

significaba que ella tendría ocho hijos sanos, y mi madre sabía que aquellas palabras se harían realidad a juzgar por su modo de preparar el pan y la cerveza.

El olor de Lía no tenía misterio. Olía a la levadura que tocaba diariamente al preparar las comidas y bebidas. Tenía el olor del pan y la comida, y, según pareció a Jacob, el olor del sexo. Se fijó en su estatura y se le hizo la boca agua. Por lo que yo sé, él jamás dijo una sola palabra acerca de los ojos de Lía.

Mi tía Zilpá, segundo retoño de Labán, decía que recordaba todo lo que le había

sucedido. Decía tener recuerdos de su propio nacimiento e incluso del tiempo en que había estado en el vientre de su madre. Juraba que podía recordar la muerte de la madre en la tienda roja, donde se fue debilitando cada vez más desde el momento en que Zilpá llegó a este mundo, no de cabeza, sino de pie. Lía se burlaba de aquellas afirmaciones, aunque no en presencia de su hermana, porque Zilpá era la única capaz de hacer que mi madre contuviera la lengua sobre cualquier asunto.

El recuerdo que tenía Zilpá de la llegada de Jacob no guarda ningún parecido con el de Raquel ni con el de mi madre, pero por entonces Zilpá no

sabía casi nada de los hombres, a los que describía como peludos, ordinarios y semihumanos. Las mujeres necesitaban a los hombres para tener niños y para mover cosas pesadas, pero fuera de eso, ella no entendía para qué estaban, y no veía en ellos ningún atractivo. Amaba a los niños apasionadamente hasta que les crecía la barba, pero después apenas era capaz de percatarse de su existencia.

Cuando tuve edad suficiente para preguntar por el día en que había llegado mi padre, ella dijo que la presencia de Él, o Elohim, flotaba en el aire que rodeaba a Jacob, razón por la cual llamaba la atención de todos. Zilpá me dijo que Él era el dios del trueno, de

los lugares altos y de los sacrificios terribles. Él podía pedir que un padre se deshiciera de su hijo, abandonándolo en el desierto o acuchillándolo. Era un dios cruel, extraño, extranjero y frío, pero, admitía Zilpá, era un consorte digno de la Reina del Cielo, a quien ella amaba en todas sus formas y nombres.

Zilpá hablaba de dioses y diosas casi más que de la gente. A veces me resultaba pesado, pero ella empleaba las palabras de una manera maravillosa y sus anécdotas sobre Ninhursag, la gran madre, y Enlil, el primer padre, me fascinaban. Componía grandiosos himnos (en los que personas de carne y hueso se encontraba con los dioses y

todos danzaban al son de flautas y platillos) y los cantaba con su voz aguda, acompañándose de un pequeño tambor de arcilla.

Desde que tuvo la primera sangre, Zilpá pensó que era una especie de sacerdotisa, guardiana de los misterios de la tienda roja, hija de Aserá, la hermana-Siduri que consuela a las mujeres. Era una idea absurda, ya que solo los sacerdotes servían a las diosas en los templos de la gran ciudad, mientras que las sacerdotisas servían a los dioses. Además, Zilpá no tenía dotes de oráculo. Le faltaba talento para manipular las hierbas y no podía profetizar ni hacer conjuros, ni leer las

entrañas de las cabras. El único sueño que interpretó bien fue el de la granada de ocho semillas rojas.

Zilpá era hija de Labán y una esclava llamada Mernefat, que había sido comprada a un traficante egipcio en los días en que Labán todavía disponía de medios. Según Adá, la madre de Zilpá era delgada, de pelo muy negro y tan silenciosa que era fácil olvidar que tenía capacidad de hablar, rasgo que su hija no heredó.

Zilpá era solo unos meses menor que Lía, y después de que murió la madre de Zilpá, Adá las amamantó a las dos. De niñas jugaban juntas, eran compañeras y amigas, llevaban juntas al ganado y

juntas recogían frutos, componían canciones, reían. Exceptuando a Adá, no necesitaban a nadie más en el mundo.

Zilpá era casi tan alta como Lía, pero más delgada y de pechos y piernas menos robustos. De pelo oscuro y piel de aceituna, Lía y Zilpá se parecían a su padre y compartían la nariz de la familia, al igual que Jacob, un pico de halcón real que parecía hacerse más largo cuando reían. Lía y Zilpá hablaban con las manos, apretando el pulgar y el índice para formar óvalos enfáticos. Cuando el sol las hacía parpadear, aparecían líneas idénticas alrededor de los ojos de ambas.

Pero mientras Lía tenía el pelo

rizado, el de Zilpá era lacio y lo llevaba largo hasta la cintura. Era su mayor encanto y no le gustaba tener que cubrírselo. Los tocados le producían punzadas en la cabeza, decía poniéndose la mano en la mejilla con dramatismo cursi. Incluso cuando era pequeña se me permitía reírme de ella. Los dolores de cabeza eran la razón que alegaba para quedarse en las tiendas de las mujeres. No se reunía con todos los demás para disfrutar del sol primaveral o para tomar el fresco en las noches de calor. Pero cuando la luna era joven, delgada y tímida, apenas insinuándose en el cielo, Zilpá se paseaba por el campamento, ondeando su largo pelo, batiendo palmas

y entonando canciones para estimular el retorno de la luna.

Cuando Jacob apareció, Bilhá era una niña de ocho años, no recordaba nada de aquel día.

—Probablemente estaba subida a un árbol, chupándose los dedos o contando las nubes —dijo Lía, repitiendo lo único que recordaba de los primeros años de Bilhá.

Bilhá era la huérfana de la familia. La última hija de la semilla de Labán. Su madre era una esclava llamada Tefnut, una mujer negra y delgada que

huyó una noche, cuando Bilhá ya tenía edad suficiente para darse cuenta de que había sido abandonada.

—Nunca se le cerró esa herida —dijo Zilpá con mucha suavidad, porque Zilpá respetaba el dolor.

Bilhá estaba sola en medio de las demás. No exactamente porque fuera la menor ni porque hubiera otras tres hermanas para compartir el trabajo. Bilhá era una muchacha triste y era más fácil dejarla sola. Rara vez sonreía y apenas hablaba. Ni siquiera mi abuela Adá, que adoraba a las niñas pequeñas, acogía en su íntimo círculo a las huérfanas como Zilpá y mimaba a Raquel, pudo conmoverse ante aquel

pájaro solitario y extraño que nunca sobrepasó la estatura de un rapaz de diez años y cuya piel era de color ámbar oscuro.

Bilhá no era hermosa como Raquel, ni hábil como Lía, ni rápida como Zilpá. Era diminuta, oscura y silenciosa. Adá se exasperaba al verle el pelo, tupido como el musgo, reacia a someterse a sus cuidados. En comparación con las otras dos huérfanas, a Bilhá la dieron de lado cruelmente.

Abandonada a su aire, trepaba a los árboles y parecía soñar. Desde su punto de observación estudiaba el mundo, las formas del cielo, las costumbres de los animales y de los pájaros. Llegó a

conocer a las ovejas una por una, dándole a cada animal un nombre secreto de acuerdo con su personalidad. Un atardecer volvió de los campos y le susurró a Adá que una cabra negra enana estaba a punto de parir gemelos. No era época de cría y aquel animal en particular no había concebido en cuatro temporadas seguidas. Adá negó con la cabeza ante lo que juzgó una tontería de Bilhá y la apartó de su lado.

Al día siguiente, Labán llegó con la noticia de que había sucedido algo extraño en los rebaños y contó lo que Bilhá había dicho el día anterior. Adá se volvió hacia la niña y se disculpó.

—Bilhá ve claramente —dijo Adá a

las demás hijas, que contemplaron a la hermana eclipsada y se dieron cuenta, por primera vez, de la bondad que había en sus ojos negros.

Bien mirado, era fácil comprender que Bilhá era buena. Era buena del modo en que la leche es buena, como la lluvia es buena. Bilhá observaba los cielos y los animales, y también observaba a su familia. Desde los rincones oscuros de las tiendas veía a Lía esconder su mortificación cuando la gente miraba. Bilhá era consciente de los temores de Raquel y del insomnio de Zilpá. Bilhá sabía que Labán era absolutamente mezquino, tan mezquino como estúpido.

Bilhá decía que su primer recuerdo claro de Jacob se remontaba al día que nació el primer hijo de él. Era un niño, Rubén, y Jacob estaba entusiasmado. Tomó a su hijo en los brazos y bailó dando vueltas con él alrededor de la tienda roja.

—Era muy amable con el niño —dijo Bilhá—. No permitía que Adá le quitara a Rubén, ni siquiera cuando el pequeño comenzaba a llorar.

—Decía que su hijo era perfecto y un milagro en el mundo. Yo me quedaba junto a él y los dos mimábamos al recién nacido. Contábamos sus dedos y acariciábamos la blanda corona de su cabeza. Nos gustaba contemplarlo y nos

sentíamos contentos —dijo Bilhá—. Entonces conocí a Jacob, tu padre.

Jacob llegó al atardecer la semana de luna llena, tomó una comida sencilla de pan de cebada y aceitunas, y durmió exhausto hasta muy entrado el día siguiente. Lía sufrió por la sencillez del alimento que le habían ofrecido, así que al día siguiente se dispuso a preparar una comida como solo se hacía en las grandes ocasiones.

—Padecí más haciendo aquella comida que todas las demás veces —decía Lía al contarme la historia durante

las tardes calurosas e inclementes, mientras movíamos las botijas de angosto cuello para extraer el suero de la leche cuajada de cabra—. El padre de mis hijos estaba en la casa, de eso estaba segura. Vi que estaba fascinado por Raquel, cuya belleza admiré entonces como si no la hubiera visto antes. Sin embargo, me miraba sin echarse atrás; por eso yo tenía esperanzas.

»Maté un cabrito, un macho sin defecto alguno, como si fuera una ofrenda para los dioses. Molí el grano hasta que estuvo tan suave como una nube. Busqué y rebusqué en mis recipientes donde guardaba mis más

preciadas especias y utilicé lo que me quedaba de la granada disecada. Mezclé, corté y dispuse las cosas con frenesí, creyendo que él entendería lo que le estaba ofreciendo.

»Nadie me ayudó con la comida, tampoco habría permitido que nadie tocara el cordero o el pan, ni siquiera el agua de cebada. No le habría dejado a mi propia madre verter el agua en una olla —dijo y sonrió tontamente.

Yo amaba aquella historia y pedía que me la contaran una y otra vez. Lía siempre era veraz y decidida, y demasiado sincera para falsearla. Y entonces, mientras contaba la primera comida que hizo para Jacob, se

convertía en una niña tonta y gimoteante.

—Fui una idiota —decía—. Quemé el primer pan para tener buena suerte, y rompí a llorar. Hasta sacrifiqué un poco de la siguiente hogaza para que Jacob fuera amable conmigo. Tal como hacemos cuando cocemos los panes para la Reina del Cielo en el séptimo día. Corté un pedazo de pasta, lo besé y lo ofrecí al fuego como una ofrenda de esperanza para que el hombre se fijara en mí.

»Nunca le cuentes esto a Zilpá, si lo haces no oirás nunca el final de la historia —añadía, hablando entre susurros de cómica complicidad—. Claro que si tu abuelo Labán hubiese

sabido cuánta comida hice para un mendigo que no trajo más que una tinaja de aceite como regalo, me habría dado de latigazos. Pero le di al anciano tanta cerveza fuerte que no hizo ningún comentario.

»O no hizo mención de mi despilfarro porque sabía que tendría suerte con su pariente. Tal vez comprendió que había llegado un yerno que no pediría una dote muy elevada. Es difícil saber lo que el anciano sabía o no sabía. Tu abuelo era como un buey.

—Como un poste —dije.

—Como la piedra del fogón —dijo mi madre.

—Como una cagarruta de cabra.

Mi madre agitó el dedo hacia mí como si yo fuera una maleducada, pero comenzó a reírse con fuerza, porque hablar mal de Labán era una diversión que sus hijas ponían en práctica a menudo.

Todavía puedo recitar el menú. Cordero con cilantro y macerado en leche agria de cabra, y cubierto con salsa de granada. Dos clases de pan: uno ácimo de cebada y otro de trigo con levadura. Compota de membrillo, higos cocidos con moras, y dátiles. Aceitunas, desde luego. Y para beber se podía elegir entre vino dulce, tres clases de cerveza y agua de cebada.

Jacob estaba tan cansado que estuvo

a punto de perderse la comida que Lía había preparado con tanto entusiasmo. Zilpá tuvo dificultades para despertarlo y finalmente le echó agua en los hombros, lo cual le sobresaltó de tal modo que extendió el brazo y la golpeó dejándola tendida en el suelo.

Zilpá no estaba del todo contenta con la llegada de Jacob. Notaba que su presencia había cambiado las cosas entre las hermanas y que debilitaría su vínculo con Lía. Le desagradaba porque era mucho más atractivo que los otros hombres que veían, toscos pastores y algún comerciante ocasional que miraba a las hermanas como si fueran un conjunto de ovejas.

Jacob hablaba muy bien y tenía un rostro agradable. Y cuando sus ojos encontraron los de Lía, Zilpá entendió que a partir de entonces sus vidas no volverían a ser las mismas. Estaba dolida y enfadada y se sentía incapaz de impedir el cambio, por más que lo intentara.

Cuando finalmente Jacob se despertó, fue a sentarse al lado derecho de Labán fuera de la tienda, y comió bien. Lía recordaba cada bocado de Jacob.

—Mojaba en el guisado de cordero sin cansarse y se comió tres raciones de pan. Me di cuenta de que le gustaban los dulces y de que prefería la malta con

miel a la bebida de sabor amargo que Labán consumía. Ya pensaba que sabía complacer su paladar. Me faltaba saber cómo podría complacerlo en lo restante.

Estos comentarios siempre hacían que mis otras madres soltaran exclamaciones y se golpearan los muslos, porque aunque era una mujer práctica, Lía era también la más sensual de las hermanas.

—Y entonces, después de tanto trabajo, después de toda aquella comida, ¿qué crees que pasó? —preguntaba Lía, como si yo no conociera la respuesta tan bien como conocía la cicatriz curva de la articulación de su dedo pulgar derecho—. Jacob enfermó, eso fue lo

que pasó. Vomitó todo lo que había comido. Lo arrojó todo hasta que se quedó débil y quejumbroso. Invocó a Él, a Ishtar, a Marduk y a su bendita madre, para que lo libraran de aquel tormento o le permitieran morir en paz.

»Zilpá, la malvada, se deslizaba hasta su tienda para ver cómo seguía y volvía para contármelo, haciendo que pareciera peor de lo que era. Me dijo que estaba más blanco que la luna llena, que ladraba como un perro y que escupía ranas y serpientes.

»Yo sufría y además estaba aterrorizada. ¿Qué pasaba si se moría por culpa de la comida que le había preparado? O, lo que era igual para mí,

¿qué pasaría si se recuperaba y me echaba la culpa de su malestar?

»Como ninguna otra persona se puso enferma con aquella comida que yo había preparado, supe que esa no era la causa del malestar de Jacob. Pero entonces, tonta como era, comencé a preocuparme de que mi contacto le resultara odioso. O tal vez había hecho mal en ofrecer el pan, dado no en homenaje a un dios o una diosa, sino como un intento de hacer magia.

»Me volví religiosa de nuevo y vertí lo que quedaba del buen vino en nombre de Anath, la que cura. Eso fue la tercera noche, a la mañana siguiente se sintió bien.

Al llegar a este punto, movía la cabeza y añadía suspirando:

—No era un modo muy prometedor de comenzar una historia de amor, ¿verdad?

Jacob se recuperó con rapidez y se quedó, semana tras semana, hasta que pareció que siempre había estado allí. Se hizo cargo de los rebaños, de modo que Raquel ya no tuvo que seguir a los animales, trabajo que había quedado en sus manos ante la ausencia de varones.

Mi abuelo echaba la culpa del estado de sus rebaños y de su

decreciente riqueza al hecho de que todos sus hijos hubieran muerto al nacer o en la infancia, quedándole únicamente las hijas. No tenía en cuenta la indolencia que representaba pensar que solo un hijo podría hacer que volviera la buena suerte. Consultó a los sacerdotes locales, que le dijeron que sacrificara sus mejores carneros y un buey para que los dioses le dieran un hijo varón. Había yacido con sus esposas y concubinas en los campos, como había sugerido una partera, y todo lo que había obtenido después de tantos esfuerzos era una irritación en la piel y arañazos en las rodillas. En el tiempo en que llegó Jacob, Labán había abandonado toda

esperanza de tener un hijo, o de que mejorara su situación.

No esperaba nada de Adá, que ya había pasado la edad de concebir y estaba enferma. Sus otras tres mujeres habían muerto o se habían escapado, y él no disponía de las pocas monedas necesarias para comprar una esclava doméstica, y menos aún para pagar el precio de otra novia. De modo que dormía solo, excepto las noches que subía a las colinas para molestar a los rebaños, como un zagal rijoso. Raquel decía que, entre los pastores, la lujuria de mi abuelo era legendaria.

—Las ovejas huían como gacelas cuando Labán subía la colina —

sostenían ellos.

Las hijas lo despreciaban por muchísimas razones, y yo las conocía todas. Bilhá me dijo que cuando todavía faltaban unos meses para su primera sangre, mientras se encargaba de llevar a mi abuelo la comida del mediodía, él se le acercó y le cogió el pezón con el pulgar y el índice, palpando, como si fuera una cabrita.

Lía también dijo que Labán le había metido la mano bajo la ropa, pero cuando se lo dijo a Adá, mi abuela golpeó a Labán con una mano de mortero hasta hacerle sangre. Rompió los cuernos de su dios doméstico favorito y cuando lo amenazó con

maldecirlo para que se cubriera de pústulas y fuera impotente, él juró que nunca volvería a tocar a sus hijas y que pagaría una reparación. Compró pulseras para Adá y todas las hijas, incluidas Zilpá y Bilhá, que por aquella única vez fueron reconocidas como parientes. Y además llevó a la casa una hermosa Aserá, una estatua alta, casi tan alta como Bilhá, hecha por el mejor alfarero que pudo encontrar. Las mujeres la pusieron sobre el *bamá*, el lugar alto, donde se ofrecían los sacrificios. La cara de la diosa era especialmente hermosa, con ojos rasgados y una sonrisa amplia. Cuando vertíamos vino sobre ella en la oscuridad de cada luna

nueva, nos parecía que su boca se ensanchaba todavía más de placer.

Pero eso fue algunos años antes de que Jacob llegara, cuando Labán todavía tenía algunos hombres trabajando para él y cuando sus esposas e hijas llenaban el campamento de olores de comidas y de risas. Cuando mi padre llegó, solo quedaba una esposa enferma y cuatro hijas.

Aunque Labán parecía contento por la presencia de Jacob, los dos hombres se aborrecían. Aunque tan diferentes como un cuervo de un asno, estaban unidos por lazos de sangre y pronto lo estarían por vínculos comerciales.

Jacob, pronto se vio, era un

trabajador voluntarioso con buena mano para los animales, especialmente para los perros. Convirtió a tres perros de raza mixta en buenos pastores. Les silbaba y ellos corrían a su encuentro. Batía palmas y ellos corrían en círculos y hacían que las ovejas marcharan juntas tras él. Les daba una orden y los perros montaban guardia con tal ferocidad que los rebaños de Labán no volvieron a sufrir pérdidas por el ataque de un zorro o un chacal. Y si aparecía algún depredador o bandido, salía corriendo antes de tener que vérselas con los dientes amenazantes de los fieros guardianes.

Los perros de Jacob pronto

despertaron la envidia de otros hombres, que se ofrecieron a comprarlos. En lugar de venderlos, cambió un día de trabajo por la comida del perro de fieros ojos de lobo. Cuando la más pequeña de nuestras perras tuvo la camada del perro lobo, Jacob entrenó a los cinco cachorros y vendió cuatro por lo que parecía una fortuna, que rápidamente convirtió en regalos que probaron lo bien que había llegado a entender a las hijas de Labán. Llevó a Raquel al pozo donde se habían conocido y le dio el anillo de lapislázuli que ella llevó hasta el día de su muerte. Sorprendió a Lía donde ella estaba cardando lana y sin decir palabra le dio tres bonitas

pulseras de oro batido. A Zilpá le regaló un pequeño vaso votivo con la forma de Anath, que vertía libaciones por los pezones. Puso una bolsa de sal a los hinchados pies de Adá. Hasta recordó a Bilhá y le dio una pequeña ánfora de miel.

Labán se quejó de que su sobrino no le hubiera devuelto el fruto obtenido con los cachorros, ya que la madre le pertenecía. Pero el viejo fue igualmente recompensado con una bolsa de monedas, con la cual corrió al pueblo y volvió con Ruti. Pobrecilla.

En el plazo de un año, Jacob se convirtió en el administrador de los dominios de Labán. Con sus perros

conducía los rebaños, los corderos se alimentaban de hierba tierna, las ovejas pastaban en campos de jugosos arbustos y los carneros adultos exploraban los matorrales. Los rebaños prosperaron tanto que cuando llegó la siguiente esquila Jacob tuvo que emplear a dos muchachos para terminar el trabajo antes de que llegaran las lluvias. Raquel se reunió en el huerto con Lía, Zilpá y Bilhá y ampliaron la plantación de trigo.

Jacob logró que Labán consintiera en sacrificar dos corderos gordos y un cabrito al dios de su padre, en agradecimiento por sus generosos dones. Lía preparó panes con el precioso caudal de trigo y el sacrificio se llevó a

cabo como Jacob indicó. A la manera de sus padres, quemó hogazas enteras y las mejores partes de los animales en lugar de solo unos trozos. Las mujeres murmuraban entre sí a causa del derroche.

Fue un año de cambios para mi familia. Los rebaños se multiplicaron, el grano floreció y había un matrimonio en perspectiva. Porque un mes después de su llegada, Jacob había preguntado a Labán el precio de la dote de Raquel, tal como ella había contado el primer día. Como estaba claro que el sobrino no

tenía medios ni propiedad, Labán pensó que podría obtener un trabajador a bajo precio y con toda magnanimidad le ofreció a su hija a cambio de siete años de servicio.

Jacob se rio ante la idea.

—¿Siete años? Estamos hablando de una muchacha, no de un trono. En el lapso de siete años ella puede estar muerta. Yo puedo estar muerto. Y lo más probable de todo, usted puede estar muerto, anciano. Le ofrezco siete meses —dijo Jacob—. Y en cuanto a la dote, tomaré la mitad de su miserable ganado.

Labán se puso de pie de un salto y lo llamó ladrón.

—Eres hijo de tu madre, en verdad

—dijo con ira—. ¿Piensas que el mundo te debe algo? No te hagas el orgulloso conmigo, segundón, o te enviaré derecho al cuchillo de tu hermano mayor.

Zilpá, la mejor espía de todas, contó la discusión explicando cómo regateaban por el precio de mi tía, cómo Labán se enfureció y lo que Jacob le contestó. Finalmente, llegaron a un acuerdo: el precio de la novia sería un año de trabajo. En cuanto a la dote, Labán recordó su pobreza.

—Tengo tan poco, hijo mío —dijo con repentina actitud de amoroso patriarca—. Y ella es un gran tesoro.

Jacob no podía aceptar una novia sin dote. Eso habría convertido a Raquel en

su concubina y a él en un tonto por trabajar un año de su vida por una niña que solo tenía una piedra de moler, una rueca y las ropas que llevaba puestas. De modo que Labán arrojó a Bilhá en el regateo, dando a Raquel la categoría de esposa con dote y a Jacob la posibilidad de tener concubina.

—Además, debes darme el diezmo de las ovejas y cabritos nacidos de los rebaños mientras los cuido durante el año de servicio —dijo Jacob.

Al oírlo, Labán volvió a maldecir a Jacob y siguió la pelea. Pasó una semana hasta que los hombres terminaron sus negociaciones, una semana en la cual Raquel lloraba y se

comportaba como una criatura, mientras que Lía decía poco y no servía nada excepto gachas frías de mijo, una comida de duelo.

Cuando llegaron al acuerdo final, Labán fue a ver a Adá para que ella comenzara a planear la boda. Pero Adá dijo que no:

—No somos bárbaros que dan a una criatura por esposa.

Raquel todavía no podía comprometerse, le dijo a su marido. La niña podría parecer lista para casarse, pero todavía no había madurado, no había tenido su primera sangre. Mi abuela alegó que Anath maldeciría el huerto si Labán se atrevía a quebrantar

aquella ley y que ella misma encontraría fuerzas para volver a pegar a su marido con el mortero.

Pero las amenazas fueron innecesarias. Labán encontró una ventaja en aquella demora y fue inmediatamente a decir a Jacob que debería esperar hasta que la muchacha estuviera lista antes de pensar en fijar fecha para la boda.

Jacob aceptó la situación. ¿Qué otra cosa podía hacer? Furiosa, Raquel fue a protestar a Adá, que le dio un bofetón y le dijo que se fuera con su furia a otra parte. A su vez, Raquel golpeó a Bilhá, maldijo a Zilpá y amenazó a Lía. Incluso cubrió de polvo los pies de Jacob,

llamándolo embustero y cobarde antes de estallar en tiernos sollozos sobre el cuello del hombre.

Comenzó a temer un futuro desgraciado. Nunca le llegaría la sangre, nunca se casaría con Jacob, nunca tendría hijos. Repentinamente, los pechos pequeños y altos de los que había estado tan orgullosa parecían no desarrollados. Tal vez era anormal, un hermafrodita como el ídolo gordo que había en la tienda de su padre, el que tenía un árbol entre las piernas y ubres como una vaca.

Así fue como Raquel trató de apresurar su madurez. Antes de la luna nueva preparó tortas para ofrecerlas a la

Reina del Cielo, algo que jamás había hecho, y durmió toda una noche con el vientre pegado a la base del pilar. Pero la luna cambió y volvió a ponerse redonda otra vez, mientras que los muslos de Raquel seguían secos. Se fue caminando hasta el pueblo sola para pedirle ayuda a Inna, la partera más sabia, y ella le dio una infusión de horribles hierbas que crecían en una vaguada cercana. Pero nuevamente volvió la luna nueva y Raquel seguía siendo una niña.

Cuando cambió la luna siguiente, Raquel aplastó moras agrias y llamó a sus hermanas mayores para que vieran la mancha en su manta. Pero el zumo era

púrpura, y Lía y Zilpá se rieron al ver las semillas en sus muslos.

Al mes siguiente, Raquel se escondió en su tienda y no salió ni una vez para encontrar a Jacob.

Finalmente, en el noveno mes después de la llegada de Jacob, Raquel tuvo su primera sangre y gritó con alivio. Adá, Lía y Zilpá cantaron una canción excitante, poderosa, que anuncia los nacimientos, las muertes y la maduración de las mujeres. Cuando el sol se ponía sobre el nuevo mes en que todas las mujeres comienzan a sangrar, frotaron alheña en las uñas de los dedos de Raquel y en las plantas de sus pies. Le pintaron los párpados de amarillo, y

le pusieron todas las pulseras, gemas y joyas que pudieron encontrar, en los dedos de las manos y los pies, en los tobillos y en las muñecas. Le cubrieron la cabeza con un fino paño y la condujeron a la tienda roja. Cantaron canciones para las diosas, para Innana y Aserá Señora del Mar. Mencionaron a Elath, la madre de setenta dioses, incluyendo a Anath en ese número. Anath defensora de las madres. Cantaron:

¿Qué hermosura iguala la de Anath?

¿Qué belleza iguala la de Astarté?

Astarté está en tu vientre ahora,

tienes el poder de Elath.

Las mujeres cantaron todas las canciones de bienvenida mientras Raquel comía miel de dátiles y tortas de trigo que imitaban la forma vagamente triangular del pelo que las mujeres tienen en el bajo vientre. Bebió todo el vino dulce que pudo. Adá le frotó los brazos, las piernas, la espalda y el vientre con aceites aromáticos, hasta que Raquel se quedó casi dormida. Entonces la sacaron al campo, donde se unió a la tierra. Raquel estaba aturdida por los placeres y el vino. No recordaba cómo sus piernas quedaron cubiertas con tierra y pegotes de sangre, y sonreía

mientras dormía.

Estaba llena de alegría y expectación, y permaneció en la tienda durante tres días, guardando el precioso fluido en un recipiente de bronce, porque la sangre de la primera luna de una virgen era una poderosa libación para el campo. Durante aquellas horas estuvo más relajada y generosa de lo que nadie recordaba.

Tan pronto como las mujeres se levantaron para abandonar sus ritos mensuales, Raquel pidió que se fijara la fecha de la boda. Ninguno de sus pataleos convenció a Adá de que cambiara la costumbre de esperar siete meses después de la primera sangre. Así

se arregló y aunque Jacob ya casi había trabajado un año para Labán, el trato se cerró y los siete meses siguientes fueron también para Labán.

2

No fueron meses fáciles. Raquel se comportaba con arrogancia, Lía suspiraba como una vaca de parto, Zilpá estaba con cara larga. Solo Bilhá parecía estar al margen del tumulto, hilando y tejiendo, quitando la maleza del huerto y manteniendo encendido el

fuego para Adá, que pasaba todo el tiempo echada para reconfortar sus huesos helados.

Raquel pasaba con Jacob tanto tiempo como se atrevía, alejándose furtivamente del huerto y del telar para encontrarse a solas con su amado en las colinas. Adá estaba demasiado enferma para impedírselo y Raquel no le hacía caso a Lía, que había perdido mucha autoridad desde que su hermana menor iba a ser esposa y madre antes que ella.

Aquellos días en los campos con Jacob llenaron de gozo a Raquel.

—Me mira maravillado —decía mi hermosa tía—, sus dedos se deslizan por mi pelo. Me dice que me ponga a la

sombra y luego al sol, para ver cómo cambia la luz en mi rostro. Mi belleza le conmueve. Canta las canciones de su familia; y también me ha hablado de la belleza de su madre.

»Inventaba historias acerca de lo hermosos que serían nuestros hijos. Niños dorados, como yo, decía. Niños perfectos, que serían príncipes y reyes. Sé lo que todos pensaban, mis hermanas y los pastores. Pero no nos tocamos. Bueno, solo una vez. Me atrajo hacia su pecho, pero entonces se echó a temblar y me apartó. Desde entonces se mantuvo a distancia. Me vino bien. Jacob olía. Mucho mejor que la mayoría de los hombres. Pero el olor a cabras y el del

hombre se sobreponían a todo; yo corría a casa y enterraba la nariz en cilantro.

Raquel alardeaba de haber sido la primera en oír la historia de la familia de Jacob. Era el menor de dos hermanos gemelos, lo que lo convertía en heredero de su madre. Era el más guapo, el más inteligente de los dos. Rebeca había dicho a su marido Isaac que Jacob estaba débil, y lo hizo para seguir dándole el pecho hasta un año después de haber destetado al otro hermano.

El nacimiento de los gemelos llevó a Rebeca al borde de la muerte. Tuvo tal hemorragia que no le quedaron recursos para albergar a otro ser en su interior. Cuando se dio cuenta de que jamás

tendría una hija, comenzó a susurrarle sus historias a Jacob.

Rebeca le dijo a Jacob que la bendición de Esaú le correspondía en realidad a él; ¿si no, por qué razón Innana lo había hecho el mejor de los dos? Y además, en su familia, la madre tenía el derecho de decidir la herencia. Isaac miso era segundogénito. De haber sido por Abraham, Ismael habría sido el patriarca, pero Saray había reclamado sus derechos y había nombrado heredero a Isaac. Fue ella quien envió a Isaac a buscar novia entre su familia, como era costumbre desde los primeros tiempos.

Aun así, Jacob amaba a Esaú y no quería hacerle daño. Temía que el dios

de su padre Isaac y de su abuelo Abraham lo castigaran si obedecía las palabras de su madre. Tuvo una vez un sueño que lo despertó lleno de terror. Soñó que lo destruían completamente.

Raquel le acariciaba la mejilla y le decía que sus temores no tenían fundamento:

—Yo le dije que de no haber seguido el consejo de su madre, jamás me habría encontrado, y que seguramente el dios de Isaac que amaba a Rebeca sonreiría al ver el amor de Jacob por Raquel. Esto hizo que se pusiera muy contento —dijo mi tía—. Me confió que le había iluminado el corazón como una salida de sol. Él dice

cosas así de bonitas.

Mientras Jacob hablaba dulcemente a Raquel, Lía sufría. Perdió peso y se descuidó el pelo, aunque no dejó de atender sus deberes. El campamento estaba siempre muy ordenado, limpio, aprovisionado y en actividad. Nunca cesaba el hilado, el huerto florecía y las hierbas eran más que suficientes para ser cambiadas en el pueblo por lámparas nuevas.

Jacob notó todo eso. Vio lo que Lía hacía y se dio cuenta de que había sido ella la que había mantenido el orden durante los años duros, mientras Labán se lamentaba. El anciano era completamente incapaz de responder

cuando Jacob le preguntaba si un comerciante de barba negra de Alepo era digno de confianza o si valía la pena emplear a algún muchacho para la temporada. Lía era la única que podía contestar acerca del ganado; qué crías habían nacido el año anterior, qué cabras habían salido del padre negro y cuáles del moteado. Raquel, que había trabajado entre los animales, no podía distinguir una bestia de la otra, pero Lía recordaba todo lo que veía y lo que Bilhá le informaba.

Jacob se aproximó a Lía con la misma deferencia que manifestaba hacia Adá, porque al fin y al cabo eran parientes. Pero se aproximó a ella cada

vez más, o eso fue lo que le pareció a Zilpá.

Jacob tenía algo nuevo que preguntarle cada día. ¿Dónde debía llevar a pastar a los cabritos en primavera? ¿Tenía miel para cambiarla por un cordero de muy buen aspecto? ¿Estaba lista para el sacrificio de la siega de la cebada? Siempre estaba sediento de la cerveza que ella preparaba según magníficas recetas que su madre había aprendido de un comerciante egipcio.

Lía respondía a las preguntas de Jacob y le servía la bebida con los ojos bajos, la barbilla casi pegada al pecho, como un pájaro en su nido. Le resultaba

doloroso mirarlo. Y sin embargo, cada mañana cuando abría los ojos, su primer pensamiento era para él. ¿Se acercaría otra vez a preguntarle algo aquel día? ¿Se habría dado cuenta de cómo le temblaban las manos cuando le llenaba la copa?

Zilpá no soportaba estar en lugares desde donde podía verlos juntos.

—Era como estar entre cabrones en celo —decía—. Y eran muy educados. Cabizbajos para no mirarse a la cara, por temor a lanzarse el uno sobre el otro como perros calientes.

Lía trató de hacer caso omiso del deseo de su propio cuerpo y Raquel no se preocupaba de nada excepto de los

preparativos de su boda, pero Zilpá veía lujuria por donde mirara. Para ella, el mundo entero se había empapado de repente de deseos.

Lía se alejaba y volvía por la noche, y Zilpá había visto a Jacob en los campos, apoyado contra un árbol con las manos en el sexo hasta que soltaba una exclamación final de alivio. Durante el mes anterior a la boda, Jacob dejó de soñar con las disputas, con sus padres y su hermano. En cambio, se pasaba las noches soñando despierto con cada una de las cuatro hermanas. Bebía en las aguas de un arroyo y se encontraba en el vientre de Raquel. Levantaba un bulto pesado y Lía aparecía por debajo,

desnuda. Huyendo de la horrible inquietud que lo perseguía, caía exhausto en los brazos de Bilhá, que había comenzado a adquirir formas de mujer. Rescataba a Zilpá del árbol de la acacia, desenredando su larga cabellera de las ramas en las que había quedado atrapada. Se despertaba por la mañana sudando, con el sexo tieso. Se le caía la manta y se echaba al suelo para cogerla, hasta que podía ponerse en pie sin ruborizarse.

Zilpá observaba el triángulo que Jacob, Raquel y Lía formaban, semejante a una cuña que ella pudiera emplear. Porque así como amaba mucho a Lía, Zilpá nunca se había preocupado

por la guapa Raquel. (Así era como Zilpá la llamaba siempre: «Ahí viene la guapa Raquel», solía decir con voz avinagrada). Sabía que no había mucho que pudiera hacer para impedir que Jacob se convirtiera en el patriarca de la familia, y estaba tan impaciente por la llegada de niños como todos los demás. Sin embargo, deseaba que aquel río fluyera en la dirección que ella eligiera. Zilpá también quería que la guapa Raquel sufriera aunque solo fuera un poquito.

Zilpá sospechaba que Raquel temía la noche de bodas, y la alentó para que le confesara sus preocupaciones. La muchacha mayor suspiraba y negaba con

la cabeza comprensivamente mientras Raquel le revelaba qué poco sabía acerca de los mecanismos del sexo. No esperaba placer, solamente dolor. Así que Zilpá le dijo a su nerviosa hermana que los pastores hablaban del sexo de Jacob como de un portento de la naturaleza.

—Dos veces mayor que el de un hombre normal —le susurraba, indicando con ambas manos extendidas una longitud inverosímil. Zilpá llevó a Raquel donde la hierba era más alta y le enseñó a los zagales que hacían sus cosas con las ovejas, que balaban lastimosamente y sangraban. La hermana mayor se lamentaba junto con la

muchacha que temblaba, diciendo en voz baja:

—Pobrecillas —mientras acariciaba el pelo de Raquel—. Pobres hembras.

Y por eso el mismo día de la boda, Raquel sufrió un ataque de pánico. La casta adoración de Jacob había sido muy halagadora, pero en aquel momento él le exigiría todo y no habría modo de negarse. Sentía dolor de estómago y náuseas. Se arrancaba mechones de pelo. Se arañó las mejillas hasta hacerlas sangrar. Rogó a sus hermanas que la salvaran.

—Raquel lloraba mientras tratábamos de vestirla para el banquete —dijo Lía—. Gritaba, decía que todavía

no estaba lista, ni bien, y que era muy pequeña para su marido. Hasta volvió con el truco de las manchas de moras en la túnica, dijo que Jacob la mataría si encontraba sangre de luna en la cama nupcial. Le dije que dejara de comportarse como una niña, puesto que ya llevaba cinturón de mujer.

Pero Raquel no dejaba de lamentarse y rogó a su hermana que ocupara su lugar bajo el velo de novia.

—Zilpá dice que lo harás —le gritó.

—Yo me quedé callada —recordaba Lía—. Pero, por supuesto, Zilpá tenía razón. Yo no me había permitido imaginar algo semejante, que pudiera tocarme a mí pasar aquella noche con él.

Si apenas podía admitirlo en mi pensamiento, mucho menos ante mi hermana, que no estaba tan hermosa en aquel momento, con los ojos rojos de llorar y las mejillas manchadas de sangre y zumo.

»Primero dije que no. Él se daría cuenta de inmediato, porque ningún velo podía esconder la diferencia de peso. Él me repudiaría y entonces yo quedaría manchada, sin posibilidad de casarme y el único destino posible sería venderme como esclava.

»Pero mientras yo argumentaba estas cosas, mi corazón dio su propia respuesta. Raquel me estaba pidiendo que hiciera lo que yo más deseaba en la

vida. De modo que aunque expuse mis razones, sin embargo, acepté.

Adá estaba demasiado enferma para ayudar a vestir a la novia aquella mañana, de modo que Zilpá se hizo cargo del asunto, frotando las manos y pies de Lía con alheña, dibujando las líneas alrededor de sus ojos, cubriéndolas con joyas. Raquel estaba sentada en un rincón con las rodillas clavadas en el pecho, y temblaba mientras Lía se preparaba para lo que se suponía que iba a ser su propia noche de bodas.

—Me sentía más contenta que nunca —dijo Lía—. Pero también estaba llena de temores. ¿Qué pasaba si él,

disgustado, me rechazaba? ¿Qué pasaría si salía corriendo de la tienda y me deshonraba para siempre? Pero algo dentro de mí confiaba en que me abrazaría.

Fue un banquete sencillo con pocos invitados. Llegaron dos flautistas del pueblo, y se fueron rápidamente; uno de los pastores compró una ofrenda de aceite, que dejó tan pronto como se llenó el estómago. Labán estaba borracho desde el comienzo y tenía la mano debajo del vestido de la pobre Ruti. Se tambaleaba cuando tuvo que conducir a Lía junto a Jacob. La novia, escondida bajo su velo, dio tres vueltas alrededor del novio en una dirección y

tres en la contraria. Zilpá sirvió la comida.

—Pensé que jamás se terminaría aquel día —dijo Lía—. No se me podía distinguir bajo el velo; además, yo tampoco podía ver con claridad, pero ¿cómo no se daba cuenta Jacob de que era yo? Esperaba con horror que me descubriera, que diera un salto y exclamara que se le había estafado. Pero no lo hizo. Se sentó a mi lado, lo suficientemente cerca para sentir el calor de su costado contra el mío. Comió cordero y pan y bebió vino y cerveza, aunque no mucho, para no adormecerse ni obnubilarse.

»Finalmente, Jacob se puso de pie y

me ayudó a hacer lo mismo. Me condujo a la tienda donde pasaríamos nuestros siete días, con Labán siguiéndonos, dándonos parabienes y deseándonos que tuviéramos hijos —recordaba Lía.

»Jacob no se acercó a mí hasta que se hizo el silencio fuera. Luego me apartó el velo. Era un bonito velo, bordado de muchos colores y usado por generaciones de novias que habían vivido cientos de noches de bodas llenas de placer, violencia, miedo, delicia, resquemor. Temblé, preguntándome cuál sería mi destino.

»No estaba completamente oscuro dentro de la tienda. Miró mi rostro y no se sorprendió. Respiraba con agitación.

Me quitó el resto de la ropa, primero el manto que llevaba sobre los hombros, desatando mi cinturón y luego ayudándome mientras me separaba de mis vestidos. Estaba desnuda ante él. Mi madre me había dicho que mi marido solo levantaría mis vestidos y que entraría en mí con la ropa puesta. Pero yo estaba totalmente desnuda, y entonces, antes de que me diese cuenta, me apuntó con el miembro tieso. ¡Parecía una Aserá sin cara! Era una idea tan graciosa que podría haberme reído mucho si hubiera tenido aliento para respirar.

»Pero yo tenía miedo. Me hundí en la manta y él se puso rápidamente a mi

lado. Me cogió las manos, me tocó la mejilla y se me puso encima. Yo tenía miedo. Pero recordé el consejo de mi madre, abrí las manos y las piernas y escuché el sonido de mi respiración en vez de la suya.

»Jacob fue bueno conmigo. Entró lentamente la primera vez, pero terminó tan pronto que apenas tuve tiempo de calmarme, antes de que él se quedara quieto, apoyado sobre mí, como un muerto, durante unos momentos que me parecieron horas. Entonces sus manos volvieron a la vida. Me acariciaron la cara, recorrieron mi pelo, y luego, oh, se posaron sobre mis pechos y mi vientre, en mis piernas y mi sexo, que exploró

con suaves caricias. Eran como las de una madre recorriendo con sus dedos la orejita de su hijo recién nacido, sonreí ante la dulzura de aquel gesto. Me miró complacido y asintió. Los dos reímos.

Y entonces Jacob habló tiernamente a su primera esposa.

—Mi padre apenas me dirigía la palabra, prefería siempre la compañía de mi hermano —susurró—. Pero una vez, mientras viajábamos, pasamos ante una tienda donde un hombre golpeaba a una mujer. No teníamos modo de saber si era su esposa, su concubina o su esclava.

»Isaac, mi padre, suspiró y me dijo que él nunca había llevado a ninguna

mujer a su lecho aparte de mi madre, aunque ella solo le había dado dos hijos poco después de casarse. Rebeca lo había recibido con ternura y pasión cuando se casaron, porque él, como novio, la había tratado como si fuera la Reina del Cielo y él su consorte. Su apareamiento era la unión del mar y del cielo, de la lluvia y de la tierra sedienta. Del día y de la noche, del viento y del agua.

»Sus noches estaban repletas de estrellas y suspiros mientras se comportaban como la diosa y el dios. Sus encuentros engendraron miles de sueños. Dormían todas las noches abrazados, excepto cuando ella tenía que

permanecer en la tienda roja o cuando dio de mamar a los hijos.

»Esa fue la enseñanza de mi padre sobre maridos y esposas —dijo Jacob, mi padre, a Lía, mi madre, en su primera noche juntos. Y entonces lloró por la pérdida del amor de su padre.

Lía también lloró por simpatía hacia su marido, y también de alivio y alegría ante su buena suerte. Sabía que su madre también había llorado en su noche de bodas; pero las suyas habían sido lágrimas de desesperación, porque Labán había sido bestial desde el comienzo.

Lía besó a su marido. Él la besó también. Se abrazaron una y otra vez. Y

desde aquella primera noche, cuando apenas acababa de abrirse a un hombre, Lía respondió a su reclamo. Le gustaba el olor de él, y sentir su barba sobre la piel. Cuando Jacob entraba, ella flexionaba las piernas y el sexo con una fuerza que le resultaba sorprendente a ella y deliciosa a él. Cuando Jacob gritaba de placer al final, ella se sentía inundada de una sensación de poder propio. Y cuando ella seguía su respiración, descubría su placer, una apertura y una plenitud que la hacía suspirar y murmurar y luego dormir como no había dormido desde que era una niña. Él la llamó Innana. Ella lo llamó Baal, hermano y amante de Ishtar.

Los dejaron solos durante siete días y siete noches. Les llevaban comida al amanecer y al oscurecer y ellos comían con el apetito de los amantes. Al final de la semana, habían hecho el amor a todas horas del día y de la noche. Tenían la certeza de que habían inventado miles de métodos nuevos para dar y obtener placer. Habían dormido el uno en los brazos del otro. Se reían como niños de la estupidez de Labán y de la extraña conducta de Zilpá. Pero no hablaron de Raquel.

Fue una semana dorada, cada día más dulce, pero también cada día más triste. No habría nunca otra ocasión así en la que Lía y Jacob pudieran hablar de

sus recuerdos o permanecer abrazados durante el día. Las comidas que estaban compartiendo eran las únicas que compartirían, hablando y encontrando en cada uno fuerza para las faenas y los asuntos familiares.

Habían decidido que Jacob saldría de la tienda al cumplirse la semana fingiendo estar enfadado. Iría donde Labán y le diría:

—Me habéis engañado. Me disteis vino muy fuerte y tú me entregaste a la bruja de Lía en lugar de a mi amada Raquel. El trabajo que hice para merecerla me lo pagasteis con una estafa, por lo que demando una compensación. Y aunque pasé estos siete

días y siete noches con tu hija mayor como era mi deber, no la consideraré mi esposa hasta que me des una dote por ella, y hasta que Raquel no sea mía.

Y eso fue precisamente lo que Jacob dijo cuando dejó la tienda.

—Tomaré a la virgen Zilpá como dote por Lía, así como Bilhá será la dote por Raquel. Tomaré otro décimo de tu ganado por haberte quitado el peso de tu poco agraciada hija. Y para ser amable, trabajaré para ti otros siete meses, como precio por Lía.

»Estos son mis términos.

Jacob pronunció este discurso en presencia de todos en el campamento y Lía salió de su reclusión. Miraba

fijamente al suelo mientras su marido recitaba las palabras que habían ensayado la noche anterior, desnudos, sudando cada uno el sudor del otro. Ella fingía llorar mientras movía la boca para disimular la risa.

Mientras Jacob manifestaba sus protestas, Adá inclinaba su cabeza en señal de asentimiento. Zilpá se puso blanca al oír su nombre. Labán, que había pasado toda la semana borracho para celebrar la boda de su hija, estaba tan perplejo que apenas pudo balbucir una protesta antes de estirar los brazos maldiciendo a todos; después volvió a la oscuridad de su tienda.

Raquel escupió a los pies de Jacob y

estalló de furia. Al final de la semana nupcial había comenzado a lamentar el pánico que la había dominado. Había perdido para siempre su posición como primera esposa; y además había oído los ruidos procedentes de la tienda de los novios, risas, exclamaciones y susurros de placer. Raquel había contado sus sufrimientos a Bilhá, que la llevó a ver a dos perros apareándose y luego delante de dos ovejas; ninguno de los animales parecía sufrir. Raquel fue al pueblo y le dijo a Inna lo que había sucedido. Inna le contó historias de gozo y pasión, e hizo entrar a Raquel en su choza y le enseñó a descubrir los secretos de su propio cuerpo.

Cuando Jacob encontró a Raquel en el árbol que frecuentaban, ella lo maldijo en voz alta, lo llamó ladrón y bastardo, demonio y cerdo, violador de ovejas, cabras y perros. Lo acusó de no amarla. Le dijo a gritos que tendría que haberse dado cuenta de que quien estaba sentada a su lado en la fiesta de la boda era Lía, aunque tuviera puesto el velo. Él podía haber detenido la ceremonia. ¿Por qué no lo hizo?, le preguntó Raquel con amargura.

Cuando a mi tía se le acabaron las lágrimas, Jacob la acercó a su pecho hasta que pareció quedarse dormida, y le dijo que ella era la hija de la luna, luminosa, radiante y perfecta. Que su

amor por ella era sagrado. Que solo sentía obligación hacia Lía, que no era más que una sombra al lado de la luz de Raquel. Que solo ella, Raquel, sería la novia de su corazón, su primera esposa, su primer amor. Una bonita traición.

Así fue como el día anterior al de la siguiente luna llena hubo una segunda boda, todavía más sencilla que la primera. Y Raquel compartió esta vez la tienda nupcial con Jacob.

No estoy muy enterada de lo que pasó aquella semana porque Raquel nunca hizo comentarios. No se oyeron sollozos procedentes de la tienda de Jacob y Raquel, lo que era un buen signo. Nadie oyó tampoco risas o

exclamaciones. Cuando terminó la semana, Raquel se deslizó antes del amanecer a la tienda roja, donde durmió hasta la mañana siguiente.

Al llegar la primera luna nueva después de la semana nupcial de Lía, no hubo sangre entre sus piernas. Pero ella se guardó para sí la novedad. En medio de los apresurados preparativos de la boda de Raquel, fue fácil disimular el hecho de que no necesitaba realmente limpiar el jergón ni llevar un paño entre las piernas mientras iba de un lado para otro.

Dos días después de que Raquel entrara en la tienda nupcial con Jacob, Lía fue con su madre y puso la seca mano de Adá sobre su vientre joven. La anciana abrazó a su hija.

—No creo que viva para ver a mi nieto —le dijo a Lía, sonriendo y llorando al mismo tiempo—. Amada mía, hija querida.

Lía dijo que ella no había revelado su embarazo para no empañar la felicidad de Raquel. Su lugar como esposa principal estaría asegurado con el nacimiento de un hijo, y ella sabía desde el comienzo que tenía en su vientre a un varón. Pero Raquel se puso furiosa cuando supo que Lía llevaba un

hijo en sus entrañas. Pensó que su hermana le había ocultado la noticia como parte de un complicado plan cuyo objeto era avergonzarla y al mismo tiempo asegurarse para sí el lugar de primera esposa para que Jacob la desechara a ella.

Las acusaciones de Raquel podían oírse desde mucho más allá del estanque, el cual ya estaba a buena distancia de la tienda donde ella maldecía. Acusó a Lía de pedirle a Zilpá que la ayudara en contra de ella, para quitarle el lugar que le correspondía. Insinuó que Lía no estaba embarazada de Jacob sino de un pastor medio tonto de labio leporino que

rondaba por el estanque.

—Tú, puta celosa —gritaba Raquel —. Tú, torpe y malvada, tú que solo deseas que Jacob te ame como me ama a mí. Pero nunca lo lograrás. Yo soy la única. Yo soy su amada. Tú no eres más que una yegua preñada, tú, vaca patética.

Lía no abría la boca hasta que Raquel no se callaba. Luego, con calma, le decía a su hermana que era una burra y la abofeteaba, primero en una mejilla, luego en la otra. No se hablaron durante meses.

Considero algo muy natural que Lía estuviera siempre celosa de Raquel. Y era verdad que Lía no cantó o sonrió mucho durante la semana que Jacob y

Raquel pasaron juntos. De hecho, a lo largo de los años, cada vez que mi padre se llevaba a la cama a mi hermosa tía, mi madre mantenía la cabeza inclinada sobre su labor, la cual crecía en la medida en que el número de hijos fue aumentando y los trabajos de Jacob proveían más lana para ser hilada.

Pero Lía no estaba celosa en el sentido en que lo están las muchachas tontas de las canciones de amor, que mueren de deseo. No había odio en la tristeza de Lía cuando Jacob yacía con sus otras esposas. Por cierto, ella quería a todos los hijos de él por igual y muchas veces amamantó a alguno de ellos. Contaba con que Jacob la requería

una o dos veces al mes, para hablar de los rebaños y para tomar una copa extra de cerveza dulce. En aquellas noches sabía que dormirían juntos, ella pondría sus brazos alrededor de la cintura del hombre, y a la mañana siguiente la familia podría respirar de alivio al verla sonreír y ofrecer algo bueno para comer.

Pero estoy corriendo demasiado. Porque pasaron años antes de que Lía y Raquel aprendieran finalmente a compartir marido, y al principio se comportaban como perras, dando vueltas en círculo, gruñendo y poniéndose en actitud de defensa mientras exploraban los respectivos límites.

Aun así, al principio pareció que prevalecería cierta clase de igualdad, porque al llegar la luna siguiente, también Raquel vio que no necesitaba llevar los paños ni cambiar el jergón. Ambas hermanas estaban embarazadas. La semilla había fructificado. Los pastores le daban palmadas en la espalda a Jacob y hacían bromas acerca de su potencia. Los dioses sonreían.

Pero cuando el vientre de Lía comenzó a ensancharse, Raquel empezó a sangrar. Una mañana a primera hora, casi tres meses después de la boda, despertó a todo el campamento con sus alaridos. Lía y Zilpá corrieron a su lado y la encontraron llorando envuelta en

una manta ensangrentada. Nadie podía consolarla. No permitió que Adá se sentara a su lado. No quiso que Jacob la viera. Durante una semana se acurrucó en un rincón de la tienda roja, donde comió poco y durmió con fiebre y sin soñar.

Lía perdonó a Raquel sus horribles palabras y se compadeció de ella. Trató de tentarla con sus dulces favoritos, pero Raquel escupía tanto a la comida como a Lía, que parecía estar cada día más gorda y más hermosa que nunca.

—Fue muy desagradable. Muy triste —dijo Bilhá, que finalmente consiguió que Raquel comiera algunas aceitunas y la apartó de la manta ensangrentada y

maloliente. Bilhá fue la única que fue al pueblo donde vivía Inna para ver si la partera tenía alguna poción que pudiera sacar a su hermana de aquel estado de postración. La misma Inna fue allí y pasó varias horas con Raquel, la lavó, le dio de comer pan con miel, la persuadió de que oliera una hierba aromática roja. Inna le susurró al oído frases secretas para consolarla y darle esperanzas. Le dijo que no sería fácil para ella tener hijos, pero le predijo que algún día Raquel pariría hermosos hijos que brillarían como estrellas y que asegurarían su memoria. Inna prometió poner en juego todas sus habilidades para ayudar a Raquel a concebir de

nuevo, con la condición de que ella hiciera exactamente lo que la partera le indicaba.

Así fue como, cuando Lía en su sexto mes de embarazo pidió la bendición de su hermana, Raquel puso sus manos en el vientre de Lía y acarició la vida que allí latía. Raquel lloró en brazos de su hermana, besó las manos de Adá y le pidió a Zilpá que la peinara. Llevó aparte a Bilhá, la abrazó y le dio las gracias por haberle llevado a Inna. Era la primera vez que Raquel manifestaba alguna clase de gratitud hacia los demás.

En el mes siguiente, Lía y Raquel, una al lado de la otra, salieron de la oscuridad de la tienda roja y volvieron a

la luz del mundo donde estaba Jacob. Raquel decía que el hombre lloró cuando las vio juntas, pero Lía decía que sonrió.

—El primer parto de Lía no fue particularmente difícil —dijo Raquel. En la época en que me contó la historia de la llegada de Rubén, mi tía había visto cientos de nacimientos. Y aunque Raquel era capaz de olvidar dónde había dejado el huso en el mismo instante en que lo dejaba de utilizar, recordaba con lujo de detalles cada uno de los nacimientos que había

presenciado.

Me dijo que aunque el parto de Lía había comenzado antes del crepúsculo, no terminó hasta el día siguiente. El canal era estrecho. La cabeza estaba baja y las caderas eran anchas. Además, el calor de aquella noche de verano era sofocante en la tienda roja, y ninguna de las hermanas había visto un parto. Lía sufrió más por los temores de sus hermanas.

Comenzó lentamente por la tarde, con pequeñas punzadas en la espalda. Lía sonreía ante cada tirón, contenta de que hubiera empezado, ansiosa por ser admitida en la hermandad de las madres. Tenía confianza en que su cuerpo, fuerte

y robusto, pasaría bien el trance: al principio cantaba tonadas infantiles, baladas, canciones de cuna.

Pero mientras avanzaba la noche, y la luna se elevaba en el cielo y luego comenzó a hundirse, no hubo más cantos ni sonrisas. Cada contracción la crispaba y encogía como un pedazo de tela, y la dejaba exhausta y angustiada, en espera de la siguiente. Adá le tomaba la mano, Zilpá murmuraba sus oraciones a Anath.

—Era totalmente inútil —recordaba Raquel—. Yo entraba y salía de la tienda roja, carcomida por los celos. Pero mientras las horas pasaban y pasaban, cada vez más difíciles y largas,

se aplacó mi envidia y me sentí horrorizada al ver el dolor que sufría Lía, la que siempre era fuerte, el buey invencible que en aquel momento estaba en el suelo temblando y con los ojos desmesuradamente abiertos. Estaba aterrorizada pensando que yo podría haber estado en aquel mismo momento en su lugar, que todavía podría sucederme. Y estoy segura de que los mismos pensamientos hicieron que Zilpá y Bilhá temblaran y permanecieran en silencio mientras su hermana luchaba por parir.

Bilhá finalmente se dio cuenta de que necesitaban más ayuda de la que Adá podía ofrecer, y fue a llamar a Inna,

que llegó al romper el día. En aquel momento, Lía aullaba como un perro. Tan pronto como entró, Inna puso las manos sobre el vientre de Lía y luego tocó el interior. La hizo poner de costado y frotó su espalda y miembros con un aceite de menta, Inna sonrió mirando a Lía a la cara y le dijo:

—El niño está casi en la puerta.

Y mientras vaciaba su saco, convocó a las mujeres a que la asistieran mientras ayudaba a su hermana a traer al niño al mundo.

—Era la primera vez que yo veía utensilios de parto —dijo Raquel—. El cuchillo, el hilo, paños para secar, ánforas de aceite de comino, hisopo y

aceite de menta. Inna puso sus dos ladrillos en el suelo y le dijo a Lía que pronto se tendría en pie sobre ellos. Nos encargó a mí y a Zilpá que la sostuviéramos cada vez que se acuclillaba sobre un lecho de paja limpia. Zilpá y yo éramos la silla de Lía, con nuestros brazos alrededor de sus hombros y bajo sus muslos.

—Tú, hembra afortunada —dijo Inna a Lía, que en aquel momento no se sentía en absoluto favorecida por la suerte—. Gracias a tus hermanas te paseas en la silla de la reina.

Inna hablaba sin parar, despejando el silencio aterrador que rodeaba a Lía como un muro. Inna preguntó a Adá por

las enfermedades y dolores que la aquejaban y gastaba bromas a Zilpá por su pelo ensortijado. Pero cada vez que llegaba una contracción, Inna solo tenía palabras para Lía. La animaba, le daba confianza, le decía:

—Bien, bien, bien, mi niña. Bien, bien, bien.

Pronto, todas las mujeres que estábamos en la tienda nos unimos a ella y a coro le repetíamos:

—Bien, bien, bien —arrullando como palomas.

Inna comenzó a masajear la piel que rodeaba la parte inferior de Lía, que había perdido su tamaño habitual. Frotaba más y más fuerte cuando los

dolores se hacían más seguidos. Y entonces puso la mano de Raquel sobre el vientre de Lía y le enseñó a apretar, delicadamente pero con firmeza, en el momento adecuado. A Lía le dijo que no pujara, que no pujara; hasta que Lía comenzó a maldecir.

Raquel decía:

—Vi a ese niño llegar al mundo como algo que jamás había visto. Claramente, sin pensar en mí misma. Pensé en mi propia madre que habría visto esto muchísimas veces, cuyas manos habían guiado a tantas almas hacia la vida, pero que murieron al darme la vida a mí.

»Sin embargo no tuve mucho tiempo

de lamentarme, porque de pronto una burbuja extraña, de color rojo, salió de entre las piernas de Lía y entonces, casi de inmediato, una corriente de agua sanguinolenta le inundó los muslos.

Lía trató de enderezarse, aterrorizada, pero Inna le dijo que no apartara los pies de los ladrillos. Era bueno, dijo. Estaba llegando.

Lía pujó, tenía la cara roja y los ojos azul y verde enardecidos, brillantes. Las piernas le temblaban como si fueran a soltársele en cualquier momento, y fue necesario que Raquel y Zilpá la sostuvieran con todas sus fuerzas. Entonces Inna le dijo a Bilhá que tomara el lugar de Raquel para que ella pudiera

coger al recién nacido; tal vez la sangre del nacimiento hiciera que el vientre de Raquel volviera a llenarse de nuevo, también. Y así Raquel se lavó en el río de la vida.

Lía dio un gritó y dejó salir a su niño. Era tan grande que para sostenerlo fue necesario sumar la fuerza de Inna y de Raquel. Comenzó a llorar incluso antes de que le levantaran la cabeza. No hubo necesidad de paños para limpiar la nariz y la boca del recién nacido. Todas rieron con alegría, liberando la tensión producida por el esfuerzo del parto de Lía.

El recién nacido fue pasando de mano en mano alrededor de la tienda, lo

asearon y lo besaron mientras alababan sus miembros, su espalda, su cabeza, su pequeño sexo. Hablaban todas a la vez, haciendo más ruido del que habrían hecho otras tantas mujeres. Jacob las llamó para que le informaran de las novedades.

—Eres padre —le dijo Inna—. Te mandaremos a buscar pronto y entonces podrás ver a tu hijo, tu primogénito, pero cuando hayamos terminado.

Escucharon a Jacob gritar de alegría y transmitir la noticia a Labán y a Ruti y también a sus perros que ladraban y al cielo estrellado.

El cansancio del parto invadió a Lía, que estaba quedándose dormida de

agotamiento. Inna hizo que bebiera y comiera algo antes de descansar y puso al recién nacido en el pecho de Lía, de donde mamó. La madre y el hijo se durmieron, y las hermanas los cubrieron. Adá observaba, la sonrisa de satisfacción por ser abuela permaneció en su boca aun después de que se hubo dormido. Inna envolvió la placenta en un trapo viejo y la enterraron aquella noche, en el rincón oeste del *bamá*, como corresponde a la placenta del hijo primogénito.

Unas horas más tarde, cuando Lía se despertó, dio por nombre a su hijo Rubén. Era un nombre que expresaba una exclamación de alegría, un nombre

que fácilmente desafiaba a los espíritus malvados a hacerle daño. Pero Lía no tenía temores por su niño envuelto. Jacob fue y saludó a su hijo con mucha ternura.

Cuando Jacob se alejaba de su primer encuentro con el hijo, la felicidad pareció evaporarse. Hundió la cabeza en el pecho como si reflexionara acerca de lo que debía hacer a continuación. De acuerdo con las costumbres de su familia, el niño tenía que ser circuncidado, y no había nadie más para hacerlo que él mismo. Jacob no permitiría que Labán tocara al recién nacido, mucho menos con un cuchillo. No conocía a hombre alguno en el

pueblo o en las colinas cercanas que supiera cómo hacerlo, y mucho menos sabía por qué debería hacer eso a su primogénito. De modo que tenía que ser él.

Jacob había visto a su padre cortar la piel de los recién nacidos de sus vecinos y no había desviado la vista ni se había impresionado durante el acto. Pero nunca lo había hecho, ni tampoco, en aquel momento caía en cuenta, había observado con la suficiente atención para saber exactamente cómo hacía su padre el corte. Y, por supuesto, hasta entonces no se había preocupado mucho por los recién nacidos.

Y sin embargo la circuncisión tenía

que hacerse y Jacob comenzó los preparativos, que Zilpá observaba y de los que informaba a Lía, la cual no podía soportar la idea de que su niño, su joya, fuera puesto en el altar del *bamá* y mutilado. Porque así consideraba ella el asunto. El prepucio no significaba nada para ella. Lo cierto es que, una vez visto el aspecto de un pene incircunciso, prefería el miembro de Jacob, con la cabeza descubierta, limpio, incluso audaz, a la pequeña capucha que observaba en el miembro de su hijo, que era fuente de muchas bromas necias o crueles en la tienda roja. Una vez Lía amenazó con coger un pedazo de madera chamuscada y dibujar una cara en el

prepucio de Rubén, de modo que cuando Jacob estirase el pellejo para cortarlo, se le cayera el cuchillo de la sorpresa. Las mujeres se doblaban en las esterillas con las manos en los riñones, y reían a causa del tierno aparato que los hombres tenían entre las piernas.

Pero después de unos días cesaron los juegos, y Lía gritó tanto y tan fuerte por culpa del niño pegado a su pecho que los oscuros rizos de la cabeza del recién nacido se mojaron de lágrimas. Sin embargo, no se opuso a la costumbre del padre de su marido. Jacob había sobrevivido a eso, le dijo una y otra vez a sus hermanas, más que nada para sentirse segura ella misma. Isaac había

sido circuncidado y Abraham antes que él. Igualmente, solo con pensar que su niño estuviera en peligro o sufriera, hacía que la joven madre temblara, y el hecho de advertir que Jacob no tenía experiencia la ponía frenética de preocupación.

Zilpá observaba y vio que Jacob tampoco estaba tranquilo respecto del ritual. Cada noche, él se sentaba en el *bamá* con su cuchillo y lo afilaba en el altar. Desde la puesta del sol hasta la salida de la luna se sucedieron tres noches, al cabo de las cuales el filo fue perfecto. Jacob afiló y pulió la hoja hasta que pudo cortar un pelo de su cabeza con un ligero movimiento de

muñeca. Le pidió a Adá que fabricara pequeñas vendas, tejidas de lana nueva sacada de la primera cría de la primera oveja nacida en la estación. Preguntó a Lía si ella tenía alguno de los ungüentos de la partera para curar la herida.

En la séptima noche posterior al nacimiento de Rubén, Jacob se sentó a mirar en silencio el cielo hasta la salida del sol. Hizo libaciones y cantó al dios de sus padres. Derramó el vino sobre Aserá y abrió las manos ante ella. Zilpá observaba todo esto y a partir de entonces dejó de referirse a Jacob como «ese hombre recién llegado» y comenzó a llamarlo por su nombre.

Al amanecer del octavo día después

del nacimiento de su hijo, Jacob mató un cordero y lo asó en el altar. Se lavó las manos, frotándolas con paja hasta dejarlas rojas, como si hubiera estado manipulando un cadáver. Luego fue a la tienda roja y dijo a las mujeres que le entregaran a Rubén, el hijo de Lía.

Llamó a Labán para que lo siguiera, y los dos hombres fueron solos hacia el *bamá*, donde Jacob desvistió al recién nacido, cuyos ojos estaban abiertos, y lo puso en el altar. Jacob suspiró, exhaló un fuerte y largo suspiro mientras terminaba de desnudarlo. Luego indicó a Labán que sostuviese las piernas del recién nacido. Rubén se echó a llorar. Jacob cogió el cuchillo y frunció el

entrecejo.

—Tenía lágrimas en los ojos —dijo Zilpá—. Cogió el sexo del niño y empujó firmemente la piel, sosteniéndola entre los dos largos dedos de su mano izquierda. Con la mano derecha cortó, un golpe rápido, seguro, como si estuviera acostumbrado a hacerlo, como si supiera lo que estaba haciendo.

Rubén gritaba, y Jacob dejó caer el cuchillo. En seguida vendó la herida con los paños que le había hecho Adá y arropó al recién nacido, mal, como suelen hacer los hombres. Después devolvió al niño a las mujeres, susurrando en los oídos de Rubén unas

palabras que nadie más pudo escuchar.

La tienda roja, que había quedado en silencio durante la ausencia del recién nacido, se volvió un tumulto. Lía cubrió la herida con el aceite de comino que le había dado Inna para sus propias heridas del parto. Adá vistió apropiadamente a Rubén y lo devolvió a su madre. El recién nacido se aferró aliviado a su pecho y luego se quedó dormido.

Se curó con mucha rapidez, del mismo modo que Lía durante el mes que siguió al parto, dentro del refugio de la tienda roja. Sus hermanas la asistían, casi no dejaban que sus pies tocaran el suelo. Jacob iba todos los días llevando aves recién cocinadas. A través de la

gruesa pared de la tienda ellas comentaban las novedades del día con una ternura que emocionaba a quienes las oían.

Adá estuvo radiante todo aquel mes y vio a su hija salir de la tienda roja restablecida y descansada. Se deleitaba con los primeros bostezos y estornudos de su nieto y fue la primera en notar que Rubén levantaba la cabeza. Adá alzaba al recién nacido cada vez que Lía lo acostaba y la alegría de contemplarlo quitaba años a su rostro y dolores a sus huesos. Pero la enfermedad que había arrasado con su fuerza no podía curarse ni siquiera con la alegría más grande. Y una mañana no se levantó de su lecho.

Adá era la única madre que las hermanas habían conocido, de modo que le pusieron cenizas en el pelo y le rindieron honores. Lía lavó la cara y las manos de Adá. Zilpá la peinó. Raquel la vistió con la túnica más elegante que poseían y Bilhá puso las pocas joyas de Adá en las marchitas muñecas, en el cuello y en los dedos. Juntas le cruzaron los brazos y le doblaron las rodillas de tal modo que parecía un niño dormido. Le susurraron deseos al oído para que los llevara del otro lado de la luz, donde los espíritus de los antepasados saludarían a su alma, que por fin podría descansar en el polvo de la tierra sin tener que sufrir más.

La envolvieron en una manta de lana sin blanquear adornada con hierbas olorosas y la enterraron entre las raíces del gran árbol donde las mujeres se reunían a menudo para ver salir la luna.

Jacob cavó la tumba mientras Labán, que se había puesto cenizas en la cabeza en honor de su primera esposa, observaba. Con Adá, Labán enterraba su juventud, su fuerza, y tal vez lo mejor de él hacía tiempo olvidado. Fue él quien arrojó el primer puñado de tierra, luego dio media vuelta y se alejó antes de que las cuatro hermanas terminaran de cubrir a la madre con tierra, flores y sonoros lamentos.

Dos meses después de la muerte de

Adá, Bilhá entró en la tienda roja. En ausencia de Adá, y sin otra persona mayor para que tomara el lugar, Lía, que criaba un hijo, se convirtió en la nueva madre. Ella dio la bienvenida a la discípula y le enseñó lo que debía hacerse cuando fluía la sangre, cómo debía alegrarse en lo oscuro de la luna, cómo debía unir el ciclo de su cuerpo con la renovación de la vida.

La rueda había dado la vuelta. Y aunque Labán retenía el título de cabeza del clan, Jacob se convertía en el nuevo patriarca. Mis madres también comenzaron a numerar los días con la sabiduría de las mujeres.

Siguieron años buenos. Las lluvias llegaban en el momento propicio y el agua del pozo era dulce y abundante. El país no fue atacado por la peste y había paz entre las tribus de los alrededores. Los rebaños prosperaban tanto que Jacob no pudo seguir solo por mucho tiempo y tuvo que hacer un contrato con Shibtu, tercer hijo de un pastor local, para que trabajara como cuidador durante siete años. Y luego contrató a Nomir, quien trajo una esposa, Zibatu, y hubo entonces una cara nueva en la tienda roja.

La buena fortuna de la familia y la

creciente riqueza no se debían enteramente a la habilidad de Jacob, aunque tampoco deben atribuirse exclusivamente a la voluntad de los dioses. Las labores de mis madres tuvieron mucho que ver en el asunto. Aunque las ovejas y las cabras son un signo de riqueza, alcanzan su valor total gracias al trabajo de las mujeres. Los quesos de Lía nunca se echaban a perder, y cuando alguna plaga atacaba el grano, ella se preocupaba de que las raíces se conservaran limpias para proteger el resto de la cosecha. Zilpá y Bilhá hacían tejidos con la lana cada vez más abundante de los rebaños de Jacob, en colores blanco, negro y azafrán que

atraían a los comerciantes y proporcionaban más riqueza.

Aquel fue también un tiempo de gran fertilidad entre las mujeres. Nacieron muchos niños y la mayoría sobrevivieron. Lía llevaba el manto de gran madre y casi siempre estaba embarazada o amamantando. Dos años después del nacimiento de Rubén, llevó en su vientre otro hijo, Simeón. Leví nació solo dieciocho meses después. Lía abortó después de aquello, pero al cabo de otro año su dolor se disipó con la alegría del cuarto hijo: Judá.

Aquellos hermanos, tan cercanos en edad, formaban de por sí una tribu. Rubén, siempre el más fuerte y alto, era

suave con los más pequeños. Simeón era un demonio, hermoso y egoísta, exigente y de malos modales, pero siempre perdonado por sus zalamerías. Leví era un ratoncito humilde, esclavo de Simeón. Judá era un niño tranquilo y afectuoso con todos. Era mucho mejor que sus hermanos y Jacob le dijo a Lía que se parecía a su propio hermano Esaú.

Mientras Lía estaba embarazada de Simeón, a Ruti, la esclava de Labán, también se le hinchó el vientre, y tuvo un niño, Kemuel, al que siguió, al año siguiente, Beor. El anciano protegía a sus hijos de frente estrecha, que jugaban al principio con los hijos de Lía, pero

que luego inventaron un lenguaje secreto que los encerraba en un estrecho mundo propio. Labán pensó que eso demostraba la superioridad de sus hijos, pero el resto de la familia lo consideró una prueba de su naturaleza torpe y de sus limitadas perspectivas.

La felicidad de la presencia de los niños los rodeaba a todos por igual, pero la bendición de tener hijos no estaba distribuida equitativamente. Raquel abortaba una y otra vez. Después de que una hemorragia disipó todas sus esperanzas por cuarta vez, sufrió una fiebre que la tuvo fuera de sí durante tres días y tres noches. Esto atemorizó tanto a sus hermanas que le insistieron

en que no volviera a intentar concebir y la persuadieron de que bebiera una infusión de semilla de hinojo para sellar el vientre, al menos hasta que recuperase peso y fuerza. Raquel, exhausta, accedió.

Pero no podía descansar por mucho tiempo en medio del barullo de los hijos de sus hermanas. Aunque ya no odiaba a Lía con la misma fuerza que en el pasado, Raquel no podía sonreír a su hermana mientras su propio cuerpo permanecía sin dar frutos. Solía ausentarse de las tiendas de la familia, buscando el consuelo de Inna, que tenía una lista casi interminable de brebajes y de estrategias para abrir el vientre.

Raquel probaba todos los remedios, cada poción, cada cura aconsejada. Solo llevaba ropa roja y amarilla, los colores de la sangre de la vida y el sortilegio para tener menstruaciones saludables. Dormía con el vientre contra los árboles que se consideraban sagrados y pertenecientes a algún dios local. Cada vez que veía una corriente de agua se tendía en ella con la esperanza de que la vida del río inspirara la vida dentro de ella. Se tragaba un preparado hecho de polen hasta que se le ponía amarilla la lengua y orinaba ríos de color azafrán. Cenaba serpientes, el animal que se da vida a sí mismo, año tras año.

Desde luego, cuando alguien, adulto

o no, encontraba una mandrágora, la raíz que tanto se parece a un marido caliente, se la llevaban a Raquel y se la ofrecían con un guiño y una plegaria; Rubén encontró una vez una especialmente grande, y se la ofreció a su tía con el orgullo de un cazador de leones. Pero las mandrágoras no hicieron nada por el vientre de Raquel.

Durante su búsqueda de un hijo propio, Raquel asistió a Inna y se convirtió en su discípula. Aprendió qué hacer cuando el recién nacido salía con los pies por delante, y qué hacer cuando el niño llegaba demasiado rápido y la carne de la madre se desgarraba y abría. Aprendió a acompañar a la madre en el

parto para que no se desesperara y a abrir el vientre y salvar al niño que estaba dentro cuando una madre moría.

Raquel les contaba a sus hermanas muchas historias que las hacían llorar y suspirar, y también reflexionar. Sobre una madre que murió y un padre que vendió al niño antes de que el cuerpo de su esposa se enfriara. Sobre un hombre que se desmayó ante la muerte de su amada esposa. Sobre una mujer que lloraba sangre por su hijito muerto. Les habló de pociones que hacían milagros en algunas mujeres mientras que a otras casi las mataban, del monstruo sin brazos abandonado en el aire frío de la noche, de la sangre que mataba y de la

que curaba.

Había también historias felices, de gemelos saludables, de un niño que nació de color azul con el cordón enredado en su cuello, al que Inna le salvó la vida y lo arrebató a la muerte con un junco de río. Algunas veces Raquel hacía reír a sus hermanas imitando a las mujeres que gruñían como leones y otras que contenían el aliento y preferían desmayarse antes que abrir la boca.

Raquel devino el nexo con el mundo. Junto con las historias de vida y de muerte, Raquel llevó nuevas hierbas para sazonar las verduras, recetas para ungüentos que curaban las heridas y

siempre extraños remedios para su esterilidad, todos los cuales fallaban.

A menudo Raquel volvía con una pulsera, un cuenco o un atado de lana, ofrendas de gratitud por su generosidad en el cuidado de los niños. La mujer de belleza fulgurante se tornó una tierna curandera al servicio de las madres. Lloraba en cada parto, tanto en los fáciles y felices como en aquellos que terminaban de rodillas y con lamentos. Lloraba con Ruti y también con Lía.

Cuando le llegó a Zibatu el turno de ponerse sobre los ladrillos de la partera, Raquel sola, sin Inna, la condujo a través del trance, cortó el cordón, y enrojeció de placer al levantar a su

primer niño, el que le confería el título de partera. Lía le hizo una fiesta aquella noche, y Zilpá derramó sal y vino ante ella en reconocimiento de su nuevo sitio como auxiliar de las mujeres en nombre de Anath, la que cura.

Mientras pasaba el tiempo fueron a vivir y trabajar para Jacob otros siervos y con ellos llegaron mujeres que concibieron y perdieron hijos. Zibatu parió a Nasi, pero luego perdió a su segundo hijo, una niña que nació dos meses antes de tiempo. Iltano parió unas gemelas que sobrevivieron aunque la madre murió de fiebre antes de que las hijas conocieran su rostro. Lamassi dio vida a una criatura, Zinri, pero la

abandonaron para que muriera porque tenía labio leporino.

En la tienda roja sabíamos que la muerte estaba al acecho de los nacimientos, el precio que pagan las mujeres por el honor de dar la vida a otros. Así, nuestra tristeza se mitigaba.

Después del nacimiento de Judá, Lía se sintió cada vez más cansada. Ella, que siempre se levantaba la primera y se retiraba la última, que parecía estar más contenta si hacía dos cosas al mismo tiempo (revolver un preparado mientras daba de mamar, o moler grano mientras observaba el hilado), comenzó a decaer en las tardes y a ver sombras donde no las había. Inna le aconsejó que dejara de

concebir durante un tiempo, y le dio semillas de hinojo y también le enseñó a hacerse un protector vaginal con cera de abejas.

Entonces Lía descansó. Se alegraba de ver crecer fuertes a sus hijos, y cada día se detenía a mimarlos y a jugar a su juego de piedras lisas. Cocía tortas de miel como antes, y planeó sembrar un nuevo huerto donde las hierbas atrajeran más abejas a los panales cercanos. Dormía profundamente por la noche y se levantaba en paz cada mañana.

Lía recordaba sus años de descanso como una época de gran felicidad. Tenía el día entero en sus manos, disfrutaba de la dulzura de los hijos y del placer del

trabajo. Daba gracias por las semillas de hinojo y la sabiduría de haberlas usado. Sus tortas nunca fueron tan dulces como las que preparó aquel año, y respondía al cuerpo de Jacob con más ardor que el que había sentido en años anteriores.

Cuando hablaba de aquella época, Lía solía decir:

—El sabor de la gratitud es como el néctar del panal.

Después de dos años, dejó de tomar las semillas de hinojo y de usar la cera de abejas y concibió otro hijo, al que parió con facilidad y llamó Zabulón, con lo cual quiso decir «exaltación», porque con su nacimiento Lía exaltó la

capacidad de su cuerpo para renovarse y para dar vida una vez más. Adoraba al nuevo niño tanto como al primogénito. Y cuando llevó al hijo a Jacob para la circuncisión, sonrió ampliamente a su marido mirándolo a los ojos y él le besó las manos.

3

Raquel se apagó. No iba a ayudar a Inna y no se levantaba de su lecho hasta que Lía no la sacudía y le insistía para que ayudara al resto de las mujeres con el trabajo. Solo entonces Raquel se ponía a hilar, a tejer o a trabajar en el huerto, pero sin decir palabra y sin sonreír.

Jacob no pudo sacarla de su tristeza. Cansado de su invencible silencio, dejó de llamarla a su lado por la noche. El dolor de Raquel se volvió una presencia tan negra que hasta los niños comenzaron a rehuir a su hermosa tía. Raquel estaba sola en su propia noche negra.

Bilhá observó la desesperación de Raquel y fue hasta donde ella estaba acurrucada en su manta. La pequeña hermana se tendió al lado de Raquel y le habló con toda suavidad, como si fuera una madre.

—Déjame ir con Jacob en tu nombre —dijo Bilhá en un susurro—. Déjame poner a un hijo en tus rodillas. Déjame

ser tu vientre y tus pechos. Déjame sangrar tu sangre y derramar tus lágrimas. Déjame convertirme en tu recipiente hasta que llegue tu tiempo, porque tu tiempo llegará. Déjame ser tu esperanza, Raquel, no voy a defraudarte.

Raquel no respondió. No dijo nada durante largo tiempo. Bilhá se preguntaba si su hermana se había dormido por sus palabras o si su oferta la había ofendido. Bilhá decía que esperó tanto tiempo una respuesta que comenzó a preguntarse si en realidad le había dicho aquellas cosas a Raquel o si simplemente se habían formado en su mente y no habían salido de sus labios.

Bilhá estaba acostumbrada al

silencio y esperó. Finalmente Raquel se volvió hacia ella y la besó, acercando a la mujercita a su propio cuerpo, reconfortándose con su calidez.

—Y las lágrimas que vertió no eran amargas, ni siquiera saladas —dijo Bilhá—, sino dulces como agua de lluvia.

Bilhá sabía que aunque su oferta a Raquel había surgido del amor que le tenía, también servía al deseo de su propio corazón. Ella entendió lo que le pasaba a Raquel porque era lo mismo que le sucedía a ella. Estaba en época de ser fecundada y concebir. Los sonidos del amor en el mundo cerrado de nuestras tiendas la habían despertado

en la noche, la habían estremecido y desvelado. Asistir a los partos de su hermana hizo que deseara ser parte del gran misterio de la maternidad, que se compra con dolor y se recompensa con la sonrisa luminosa de un niño y su piel de seda. Le dolían los pechos, ansiosos por amamantar.

La honrada Bilhá reveló todos los secretos de su corazón a Raquel, que conocía el vacío que su hermana describía. Lloraron juntas y durmieron abrazadas. A la mañana siguiente, Raquel llamó a Jacob y le pidió que le hiciera un hijo a Bilhá en su nombre. En realidad no era una petición, porque Raquel tenía derecho a tener un hijo de

Jacob.

No había ninguna otra autorización que buscar u obtener. Jacob estuvo de acuerdo, ¿por qué no habría de estarlo? Lía criaba a su último hijo y Raquel le daba la espalda desde hacía largos meses. Así, aquella noche, bajo la luna llena de un mes frío, Bilhá fue a ver a Jacob y no lo dejó hasta la mañana siguiente, habiendo perdido la virginidad aunque sin convertirse en esposa.

No hubo alheña para las manos de Bilhá, ni fiesta, ni regalos. Tampoco siete días para aprender los secretos del cuerpo de Jacob o el significado de sus palabras. Cuando salió el sol al día

siguiente, Jacob volvió a custodiar el ganado y Bilhá fue a ver a Raquel y le contó todos los detalles de aquella noche a su hermana. Años más tarde, me los contó a mí.

Lloraba cuando entró en la tienda de Jacob, y se sentía sorprendida por sus propias lágrimas. Le habría gustado que la iniciaran en los misterios del sexo, abrir las piernas y aprender los antiguos modos de hacer de los hombres y las mujeres. Pero estaba sola caminando hacia la tienda de su esposo, sola, sin hermanas ni ceremonia de celebración. No tenía derecho a los rituales de una novia con dote, y sin embargo los echaba de menos.

—Jacob fue muy amable —recordaba Bilhá—. Pensó que mis lágrimas eran de miedo, de modo que me sostuvo como una niña y me dio una pulsera tejida.

No era nada, ni metal precioso, ni marfil, ni nada de valor. Nada más que una trenza tejida con trozos sobrantes, de las que hacen los pastores sin pensar, mientras están sentados al pie de un árbol para protegerse del calor, una trenza hecha con trozos de lana que se enganchan en las ramas o caen al suelo. Jacob había enrollado las hebras marrones, negras y ocres contra su muslo hasta que tuvo suficiente lana para tejer una trenza.

Se quitó el sencillo objeto de su brazo y lo cortó a la medida del de ella. Nada más triste e inadecuado para regalar a una novia, aunque ella lo llevó todo el primer año como tercera esposa de Jacob hasta que un día empezó a caerse a pedazos y lo perdió sin saber siquiera dónde. Pensando en su pulsera, Bilhá sonrió y con el dedo índice señaló el lugar donde un pedazo de hilo la había atado a Jacob.

—Me recompensó con ese pobre regalo sin decir nada más y yo dejé de llorar. Le sonreí mirándolo a la cara. Y entonces, oh atrevimiento, apenas puedo creer que me comportara de aquel modo. Puse la mano en su sexo y llevé su mano

hasta el mío. Él me levantó la túnica y me acarició el vientre y los pechos. Enterró su cara entre mis muslos y yo estuve a punto de reír muy fuerte, de sorpresa y placer. Cuando me penetró, fue como si hubiera caído en un pozo, como si la luna estuviera cantando mi nombre. Lo que siempre había anhelado.

»Me dormí en los fuertes brazos de Jacob, acunada como una niña por primera vez desde que mi madre me sostuvo, que su nombre esté entre las estrellas. Aquella noche bastó para que amara a Jacob.

Bilhá le dijo todo esto a Raquel. No fue fácil para mi hermosa tía oírlo, pero ella insistió en que Bilhá no se guardara

nada. Y la hermana más joven repetía la historia con tanta frecuencia como Raquel quisiera escucharla, hasta que el recuerdo de la consumación de Bilhá se volvió un recuerdo propio de Raquel y el placer de su hermana y la gratitud se volvieron parte de sus propios sentimientos hacia Jacob.

Un día después de que Jacob conociera a Bilhá, tuvo que irse por unos negocios que tenía con un comerciante de Carchemish, un viaje de dos días. Bilhá sufrió durante su ausencia, porque estaba ansiosa por estar con él nuevamente. Raquel sufrió al saber que Jacob había encontrado felicidad con Bilhá. Lía sufrió porque se

sentía muy alejada de la vida de sus hermanas. Zilpá observaba todo, decía poco y suspiraba mucho.

Tras la vuelta, Jacob entregó a Raquel un collar con gemas y pasó aquella primera noche con ella. Lía todavía estaba criando, de modo que Jacob llamó a Bilhá de nuevo y con mucha frecuencia durante los meses siguientes, especialmente cuando Raquel estaba atendiendo un parto.

Jacob y su tercera esposa hablaban muy poco cuando estaban juntos, pero sus cuerpos se unían en posturas satisfactorias, que daban a los dos a la vez placer y descanso.

—Jacob dice que le doy paz —decía

Bilhá con gran satisfacción.

Bilhá concibió. Raquel saludó la novedad con besos y se alegró con su hermana. Mientras pasaban los meses y el vientre de Bilhá crecía, Raquel la mimaba y le pedía que le describiera cada sensación, cada temblor, cada latido. ¿Sabía Bilhá en qué momento la vida echa raíces? ¿El cansancio de la preñez se siente en las rodillas o en los ojos? ¿Quería algo salado o algo dulce?

Las dos compartieron el mismo lecho durante el embarazo de Bilhá. La mujer estéril sentía el lento balanceo del vientre de su hermana y la creciente dureza de sus pechos. Observaba cómo se estiraba la piel en bandas oscuras

cruzando el vientre y los muslos y notaba el cambio de color de los pezones. Mientras la criatura crecía en el seno de Bilhá, llenándola de color y energía, Raquel eflorecía. Se volvía suave y redonda junto con Bilhá y los surcos que la tristeza había grabado en sus mejillas desaparecieron. Reía y jugaba con sus sobrinos y con los otros chicos del campamento. Cocía pan y hacía queso sin que se lo pidieran. Los talones de Raquel se fortalecieron y cuando llegó el momento de que el niño viniera al mundo, Raquel llamó a Inna para que fuera la partera, de modo que ella solo tuviera que estar detrás de Bilhá durante el parto y sostenerla y

sufrir con ella.

Felizmente para Bilhá, el nacimiento fue tan sencillo y rápido como dificultoso había sido el embarazo. Después de una mañana de quejidos y dolores, ella se puso sobre los ladrillos mientras Raquel se cruzaba alrededor de ella. Los codos de Bilhá descansaban en las rodillas de Raquel, y fue como si las dos mujeres compartieran un vientre en la hora terrible cuando el niño empuja para salir. Las caras se les tensaban y enrojecían al mismo tiempo, y gritaron a una voz cuando apareció la cabeza. Inna dijo que era como si una mujer de dos cabezas estuviera pariendo y declaró que era una de las cosas más raras que

había visto.

Cuando el niño salió y el cordón fue cortado, Raquel lo alzó primero, con los ojos empapados durante un largo rato. O así le pareció a Bilhá, que se mordió la lengua y esperó el momento en que ella abrazaría al primer fruto de su vientre. Los ojos de Bilhá seguían a los de Raquel en cada movimiento mientras ella limpiaba la sangre del cuerpo del recién nacido y lo contemplaba para ver que estuviera entero y sin defectos. Bilhá apenas respiraba mientras pasaba el tiempo y sus brazos seguían vacíos, pero no dijo nada. Por ley ese hijo pertenecía a Raquel.

Por haber pasado años asistiendo a

tantos nacimientos, el corazón de Raquel se había vuelto tierno, y con un gran suspiro puso al niño en los brazos de Bilhá; el niño levantó los ojos hacia el rostro de su madre y le dirigió una sonrisa antes de aferrarse a su pecho.

En aquel instante Raquel despertó de su sueño y se dio cuenta de que no era su hijo. Se le borró la sonrisa, bajó los hombros y clavó los dedos en sus pechos infantiles. Inna le había dicho a Raquel que si ella permitía que el recién nacido chupara un largo rato acabaría por encontrar leche y ella podría convertirse en su madre de leche. Pero Raquel no tenía fe en la capacidad de su cuerpo para sostener la vida. Poner a un

niño a mamar en un pecho vacío podría causar sufrimiento a su hijo, que en definitiva no era suyo en absoluto sino de Bilhá. Además, Bilhá podría debilitarse y hasta morir si no vaciaba sus pechos, porque ella había visto que cosas así sucedían. Y Raquel amaba a su hermana. Esperaba que el recién nacido que en aquel momento mamaba del pecho de Bilhá fuera tan buen hombre como buena mujer era su verdadera madre.

Raquel dejó a Bilhá con su hijo y fue a encontrarse con Jacob. Le dijo a su esposo que el nombre del recién nacido era Dan, que significa «juicio». Para la mujer que lo había llevado en su vientre,

«Dan» tenía una sonoridad dulce, pero para aquella en cuyo nombre había nacido tenía cierto regusto amargo.

La vista del recién nacido en los brazos de Bilhá, día tras día destruyó de nuevo la confianza de Raquel. Ella solo era la tía, la asistente, la estéril. Pero no arremetería contra el cielo ni fustigaría a sus hermanas con su ira. Se sentó sintiéndose muy desgraciada, a punto de llorar, bajo el árbol de la acacia, sagrado para Innana, donde los pájaros se reunían al amanecer. Fue hasta donde estaba Aserá y se puso de rodillas ante la diosa de ancha boca y susurró:

—Dame hijos o moriré.

Jacob la vio sufrir y la atrajo hacia

sí con la mayor ternura. Y después de tantos años, tantas noches, tantos embarazos frustrados y tantas esperanzas rotas, Raquel encontró placer en sus brazos.

—En realidad, yo no tenía idea de por qué Lía y Bilhá suspiraban por ir a la cama de Jacob antes de esos días —dijo Raquel—. Siempre había ido a su cama con muy buena voluntad, pero en general sin sentir ninguna obligación.

»Pero después de que Dan abrió el vientre de Bilhá, algo de mi propia pasión se ajustó a la de Jacob y entonces entendí el deseo de mis hermanas por yacer junto a él. Y me sentí de nuevo celosa por todos los años que había

perdido de salvaje dulzura entre amantes.

Raquel y Jacob pasaron muchas noches juntos explorando el nuevo ardor que había surgido entre ambos y Raquel volvió a confiar. Algunas parteras dicen que el mucho placer recalienta la semilla y la mata. Pero otras sostienen que los niños solo llegan cuando las mujeres sonríen. Esto fue lo que ella le contó a Jacob para obtener sus caricias.

Durante los últimos meses del embarazo de Bilhá, Zilpá fue a la cama de Jacob por primera vez. Ella no se ofreció como había hecho Bilhá, aunque era por lo menos cinco años mayor, de la edad de Lía, que por aquel entonces

ya había dado a luz a cinco hijos.

Zilpá sabía que llegaría el día en que eso sucedería, y estaba resignada. Pero a diferencia de Bilhá, Zilpá nunca lo habría pedido. Lía podría haberlo ordenado. Finalmente le tocó el turno.

—Una noche, cuando estaba caminando a la luz de la luna llena, ella apareció ante mí —dijo Zilpá—. Al principio pensé que estaba soñando. Mi hermana dormía tan pesadamente como Labán y nunca se levantaba de noche. Incluso sus propios hijos no la despertaban con facilidad. Pero allí estaba ella, en la quietud. Caminamos bajo la luz blanca y brillante de la señora luna, una mano junto a la otra,

durante un largo rato. Y de nuevo me pregunté si realmente se trataba de mi hermana o de un fantasma, porque la mujer que estaba a mi lado permanecía en silencio, mientras que Lía siempre tenía algo que decir.

»Finalmente habló con medidas palabras acerca de la luna. Me dijo cuánto amaba la luz blanca, y cómo conversaba con la luna y la invocaba todos los meses. Lía dijo que la luna era la única cara de la diosa que parecía abrirse a ella debido al modo en que la luna acudía al llenado y vaciado de su cuerpo.

»Mi hermana era inteligente —decía Zilpá—. Se detuvo y me miró a la cara,

cogió mis dos manos en las suyas y me preguntó: ¿Estás lista para tragarte la luna por fin?

»¿Qué podía contestarle? Había llegado el momento.

De hecho, era posible que hubieran tardado demasiado y Zilpá a medias esperaba ser demasiado vieja, a los veinticinco años, para quedarse embarazada. La edad no era lo único. Raquel había sido estéril desde la juventud, a pesar de todos sus esfuerzos. Y Lía, fértil como un campo regado, no daba indicios de secarse. El único modo de descubrir lo que la madre de la vida reservaba para Zilpá era que ella fuera con Jacob y se convirtiera en la última

de sus esposas.

A la mañana siguiente, Lía habló con Jacob. Bilhá se ofreció a poner alheña en las manos de Zilpá, pero esta la hizo callar y se negó. Aquella noche caminó lentamente hacia la tienda de Jacob, donde él estuvo con ella y la conoció. Zilpá no encontró placer en el encuentro con Jacob.

—Hice lo que se me pidió —dijo con tal tono que nadie se atrevió a preguntarle nada más.

Nunca se quejó de las atenciones de Jacob. Él puso lo mejor de su parte para calmar sus temores, lo mismo que había hecho con las otras esposas. Le solicitó que fuera con él varias veces, tratando

de ganarla. Le pidió que cantara canciones de las diosas y le cepilló el pelo. Pero nada de lo que hacía conmovía a Zilpá.

—Nunca entendí la ansiedad de mis hermanas por yacer con Jacob —decía haciendo un ademán indolente—. Era un deber, como moler el grano, algo que cansa el cuerpo pero que es necesario para que la vida pueda continuar.

»Recuerda, yo no estaba decepcionada —dijo—. No había tenido la menor esperanza de disfrutar con eso.

Zilpá concibió durante el embarazo de Bilhá. Y pronto después de que nació Dan, el hijo de Bilhá, verdaderamente pareció que Zilpá se había tragado la

luna. En su figura delgada, el vientre era algo grande y perfectamente redondo. Las hermanas le hacían bromas, pero Zilpá se limitaba a sonreír. Estaba contenta por haberse liberado de las atenciones de Jacob, porque los hombres no yacen con mujeres embarazadas. Era feliz con su nuevo cuerpo y tenía sueños maravillosos de poder y vuelo.

Soñaba que daba a luz a una niña, no a una criatura humana, sino a una mutación de alguna clase, un fantasma. Ya crecida, con pechos. No llevaba más que un taparrabos de hilo que le cubría el pecho y la espalda. Avanzaba a grandes pasos y su sangre de luna hacía

crecer los árboles a su paso.

—Me gustaba dormir cuando estaba embarazada —decía Zilpá—. Viajaba muy lejos en mi manta durante aquellos meses.

Pero cuando llegó el momento del parto, el niño tardó en aparecer y Zilpá sufrió mucho. Sus caderas eran demasiado estrechas y el trabajo duró desde un crepúsculo al siguiente, durante cuatro días, Zilpá gritaba y lloraba, segura de que su hija moriría y de que ella estaría muerta antes de poder ver a su hija, a su Ashrat, porque ya había elegido el nombre y se lo había dicho a sus hermanas por si no sobrevivía al parto.

El parto de Zilpá fue difícil. Al atardecer del tercer día ella estaba casi muerta a causa de los dolores, los cuales, fuertes como eran, no parecían, sin embargo, adelantar la llegada del niño a este mundo. Por fin, Inna recurrió a una poción que aún no había probado, comprada a un comerciante cananeo. Puso la mano en la entrada del remiso vientre del Zilpá y le frotó una goma áspera y aromática que cumplió su cometido rápidamente, arrancando un grito agudo de la garganta de Zilpá, quien por entonces estaba tan exhausta por el parto que su voz sonaba menos como la de una mujer que como la de un animal atrapado en el fuego. Inna

susurró un fragmento de un encantamiento en nombre de la antigua diosa de la salud:

Gula, apresura el parto,
Gula, te lo pido, desvalida y atormentada,
torturada por los dolores, yo, tu sierva.
Ten misericordia y escucha mi ruego.

Muy pronto estuvo Zilpá tendida sobre los ladrillos, Lía, detrás de ella, asistía al parto del niño concebido en su nombre. A Zilpá ya no le quedaban

lágrimas en el momento en que Inna le ordenó que pujara. Estaba pálida y fría, medio muerta, y no le quedaban fuerzas para gritar cuando por fin el niño llegó, desgarrando su carne de un extremo al otro.

No era la tan ansiada hija, sino un varón, grande, delgado y de pelo oscuro. Lía abrazó a su hermana y le dijo que era muy afortunada por tener semejante hijo, y que había tenido mucha suerte al sobrevivir a un parto tan difícil. Lía le puso de nombre Gad, para que trajera buena fortuna, y dijo:

—Ojalá te traiga la luna y las estrellas, y te cuide cuando seas anciana.

Pero la alegría que había irrumpido

en la tienda roja duró poco porque de inmediato Zilpá empezó a gritar de nuevo. Habían vuelto los dolores.

—Me muero, me muero —decía entre sollozos, lamentando que el hijo nunca llegara a conocer a su madre—. Va a tener una vida igual a la que tuve yo —se quejaba—, como huérfano de una concubina, atormentado por la aparición en sueños de una madre helada, muerta. Pobre niño —lo compadecía—. Pobre infeliz, hijo de una madre desgraciada.

Inna y Raquel se movían en torno de la desesperada madre buscando el origen de aquel nuevo dolor. Inna le cogió la mano a Raquel y la puso sobre el vientre de Zilpá y encontró un

segundo niño allí.

—No te des por vencida todavía —le dijo Inna—. Esta noche parirás gemelos. ¿Habías imaginado eso? ¿No es sacerdotisa esta mujer, o sí? —bromeaba.

El segundo niño llegó rápido, ya que Gad había abierto el camino. Salió del vientre de su madre como fruta madura, otro niño, también de pelo oscuro, pero mucho más pequeño que el anterior.

Pero la madre no lo vio. Un río de sangre surgió después del niño, y la luz de los ojos de Zilpá desapareció. Una y otra vez Inna y Raquel le pusieron paños de lana y hierbas para detener la hemorragia. Le mojaron los labios con

agua y miel. Cantaron himnos curativos y quemaron incienso para impedir que su espíritu saliera volando de la tienda roja.

Pero Zilpá permaneció echada sobre la manta, no estaba muerta, pero tampoco podría decirse que viva. Así estuvo más de ocho días. Ni se enteró de la circuncisión de Gad ni de su segundo hijo al que Lía llamó Aser, en honor de la diosa que Zilpá veneraba. Lía amamantó a los recién nacidos, lo mismo que Bilhá y una sierva.

Pasados diez días, Zilpá emitió un quejido y movió las manos.

—Soñé que tuve dos hijos —murmuró—. ¿Es cierto eso?

Le llevaron a los recién nacidos para que los viera, oscuros y más robustos. Y Zilpá rio. La risa de Zilpá tenía un sonido extraño, pero los nombres la divirtieron.

—Gad y Aser. Fortuna y la diosa. Parecen nombres de los primeros tiempos —dijo—. Y yo sería Nimá, la exaltada que dio a luz a ambos.

Zilpá comió, bebió y se curó, aunque no pudo amamantar a sus niños. Los pechos se le habían secado a causa de la enfermedad, pero era capaz de soportar aquella contrariedad. Tenía dos hijos, ambos hermosos y fuertes, y no se quejó por no haber tenido la hija que tanto había soñado. Cuando ellos crecieron y

se fueron de su lado, Zilpá sí lamentó el hecho de no haber tenido una hija a la cual enseñar. Pero antes de eso, cuando sostenía a sus recién nacidos en los brazos, solo sentía la alegría de las madres y derramaba las lágrimas más dulces.

Inna le dijo que debería tomar precauciones para no quedar embarazada por lo menos durante dos años, pero Zilpá no tenía la menor intención de volver a pasar por el mismo trance nunca más. Había dado dos hijos a la familia. Llamó a Jacob una mañana, antes de que él saliera, y le dijo que otro embarazo con toda seguridad la mataría. Le pidió que

recordara aquellas palabras en el momento de llamar a una esposa a su lecho, y así fue como nunca más volvió a dormir con Jacob.

De hecho, Jacob había temblado al enterarse de que era el padre de un par de gemelos. Él mismo tenía un hermano gemelo y eso no había causado más que dolor y sufrimiento.

—Olvidad que ellos compartieron el vientre de su madre —ordenó.

Y así fue. Pero no porque Jacob lo ordenara sino por lo diferentes que eran los dos hermanos. Gad, alto y esbelto, con sus flautas y su tambor; Aser, el bajo y enjuto pastor que había heredado la buena mano de su padre con los

animales.

El siguiente embarazo de Lía también trajo dos gemelos: Isacar y Neftalí. A diferencia de los niños de Zilpá, estos dos hermanos eran tan parecidos que, de pequeños, su madre apenas podía distinguirlos. La única a quien nunca pudieron engañar fue a Bilhá, la cual podía distinguir cada una de las hojas de un árbol. Ellos se querían con una especie de tranquila armonía que mis otros hermanos no conocían.

Pobre Bilhá. Después de Dan, todos sus hijos, un niño y dos niñas, murieron antes de ser destetados. Pero ella nunca dejó que el dolor emponzoñara su

corazón y en su lugar nos quiso a nosotros.

Jacob era ya un hombre con cuatro esposas y diez hijos, y su nombre era famoso entre los hombres de la comarca. Era un buen padre y llevaba a sus hijos con él a las colinas tan pronto como eran capaces de acarrear con su propia ración de agua, y se lo enseñaba todo acerca de las ovejas y las cabras, los secretos de los buenos pastos, la costumbre de andar mucho, la habilidad con la honda y la lanza. Allí, en lo alto, lejos de las tiendas de sus madres, les

contó también la terrible historia de su padre Isaac.

Cuando Jacob y sus hijos permanecían en las praderas lejanas vigilando el lugar donde había merodeado un chacal, o simplemente disfrutando del aire fresco de la noche en los meses de verano, les contaba a sus hijos la historia del abuelo. Abraham ató a Isaac de pies y manos y le puso un cuchillo en el cuello para entregar en sacrificio a Él a su hijo preferido. Él era el único dios ante el que Jacob se inclinaba, un dios celoso, misterioso, muy temible (así decía), al que no podía confundirse con un ídolo hecho con manos humanas, y demasiado

grande para habitar en ningún lugar, incluso en un lugar tan grande como el cielo. Él era el dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y era deseo de Jacob que sus hijos también lo aceptaran como a su propio dios.

Jacob era un tejedor de palabras, y podía atrapar a su ansioso público en los hilos de su historia, mencionando el brillo del cuchillo de Abraham, los ojos abiertos y aterrados de Isaac. Se salvó en el último momento, cuando el cuchillo rasgaba ya la piel de Isaac y una gota de sangre le resbalaba por el cuello, mezclada con las lágrimas que brotaban de los ojos atónitos de Abraham. Pero entonces un espíritu

enérgico detuvo la mano del anciano e hizo aparecer un cabrito blanco para que lo sacrificara en lugar de Isaac. Rubén y Simeón, Leví y Judá solían contemplar el brazo todavía erguido de su propio padre, extendido contra las estrellas de la noche, y temblaban al pensar que ellos podían haber estado en el altar.

—El dios de mis padres es un dios misericordioso —dijo Jacob.

Pero cuando Zilpá escuchó la historia que le refirieron sus hijos, ella comentó:

—¿Qué clase de misericordia es esa, que hizo secar la saliva de la boca del pobre Isaac? El dios de su padre puede ser que sea grande, pero es muy

cruel.

Años más tarde, cuando sus nietos finalmente conocieron al niño del cuento, entonces ya anciano, comprobaron con espanto que Isaac aún tartamudeaba a causa del terror que le había producido el cuchillo de su padre.

Los hijos de Jacob adoraban a su padre, y los vecinos le tenían respeto por sus logros. Pero él se sentía descontento e intranquilo. Labán poseía todo lo que él había cuidado y mejorado: los rebaños, los siervos y sus familias, los frutos del huerto, la lana para comerciar. No era Jacob el único resentido contra Labán. Lía, Raquel, Bilhá y Zilpá soportaban la autoridad de

un padre que parecía volverse cada vez más rudo y arrogante a medida que pasaban los años. Trataba a sus propias hijas como esclavas, y golpeaba a sus nietos. Tomaba los beneficios del trabajo de los campos sin siquiera una palabra de agradecimiento. Intentaba seducir a las mujeres de los siervos y tomaba la cerveza de ellas como soborno para contener su lujuria. Maltrataba a Ruti diariamente.

Las cuatro hermanas hablaban de estas cosas en la tienda roja, en la que entraban un día antes que el resto de las mujeres del campamento. Tal vez los años que habían pasado juntas cuando eran las únicas mujeres del campamento

habían creado en sus cuerpos el hábito de hacer llegar el flujo de sangre algunas horas antes que las siervas. O tal vez era simplemente la necesidad de sus corazones de pasar el día juntas. De cualquier modo, las demás mujeres no se quejaban, tampoco tenían derecho a decir nada. Además, las mujeres de Jacob siempre les daban la bienvenida con dulces cuando ellas entraban a celebrar la luna nueva y a descansar sobre el pajar.

Ruti no decía nada, pero sus ojos amoratados y las cicatrices eran como un reproche. No mayor que Lía, Ruti estaba envejecida y débil en contraste con las demás. Después del nacimiento

de sus hijos, Labán la había tratado bien, el despótico macho cabrío incluso le había comprado pulseras para las muñecas y ajorcas para los tobillos. Pero entonces, cuando ella dejó de concebir, comenzó a pegarle y a insultarla con palabras tan horribles que mis madres se negaron a repetírmelas. Los hombros de Ruti se doblaron por el peso de la desesperación, tenía varios dientes rotos como consecuencia de los golpes de Labán. Pese a todo, él seguía usando aquel cuerpo para procurarse placer, algo que a mis madres les daba escalofríos con solo pensarlo.

Pese a la enorme lástima que le tenían, mis madres no abrazaban a Ruti.

Ella era la madre de los rivales de sus hijos, su enemiga material. Las siervas veían que las hermanas siempre se mantenían lejos de ella y hacían lo mismo. Incluso sus propios hijos se reían de ella y la trataban como a una perra. Ruti, completamente sola, se encerraba en sí misma. Se transformó en una figura tan andrajosa y maltrecha, tan desagradable de ver, que todos dejaron de mirarla. Cuando se aproximó a Raquel, buscando ayuda con desesperación, parecía más un fantasma que una mujer.

—Señora, te lo ruego. Dame las hierbas para sacarme el hijo que llevo dentro —le dijo en un débil susurro—.

Preferiría morir antes que darle otro hijo, y si es una niña la ahogaré antes de que tenga edad suficiente para que él la haga sufrir.

»Ayúdame por los hijos de tu esposo —dijo Ruti con voz de ultratumba—. Sé que no lo harías por mí. Me odias, lo mismo que todas las demás.

Cuando Raquel les contó a sus hermanas lo que había dicho Ruti, todas escucharon en silencio y se sintieron avergonzadas.

—¿Sabes cómo puedes ayudarla? —preguntó Lía.

Raquel movió la mano indicando que la pregunta estaba de más. No era nada complicado, especialmente porque

Ruti estaba en el primer mes.

Los ojos de Bilhá brillaban.

—Somos tan malvadas como nuestro padre al dejarla sufrir sola, al no haberle dado ayuda o consuelo.

Zilpá se volvió hacia Raquel y le preguntó:

—¿Cuándo lo vas a hacer?

—Debemos esperar hasta la próxima luna nueva, cuando todas las mujeres vengan aquí —contestó Raquel—. Labán es demasiado estúpido para sospechar algo. Por otra parte, creo que ni el más sutil de todos ellos se da cuenta de lo que sabemos y de lo que podemos hacer entre nosotras, pero en todo caso es mejor tener cuidado.

Aparentemente, las hermanas no cambiaron su forma de tratar a Ruti. No le hablaron ni tuvieron con ella ninguna amabilidad especial. Pero por la noche, mientras Labán roncaba, una de las cuatro iba a verla, la encontraba encogida, envuelta en su sucia manta en un rincón alejado de la tienda, y le daba de comer caldo o pan de miel. Zilpá se hizo cargo del sufrimiento de Ruti como si fuera el suyo propio. No podía soportar el vacío de sus ojos, ni la desesperación que la rodeaba como niebla del mundo de los muertos. Fue a verla todas las noches para susurrarle palabras de ánimo en los oídos, pero la muchacha se quedaba quieta, sorda a

toda esperanza.

Finalmente la luna se ocultó y todas las mujeres entraron en la tienda roja. Lía se puso de pie ante todas las siervas y mintió con toda la pureza de su corazón.

—Ruti no se siente bien. Aparentemente todo está en orden, pero tiene el vientre caliente y tememos que esta noche aborte. Raquel hará todo lo que pueda con las hierbas y los encantamientos para salvar al niño. Cuidemos a nuestra hermana Ruti.

Sin embargo, al poco rato quedó claro para la mayoría de ellas que las intervenciones de Raquel no tenían por objeto salvar al niño sino provocar un

aborto. Observaron desde el rincón más alejado de la tienda, donde las tortas y el vino estaban dispuestos sin haber sido probados, mientras Raquel mezclaba un brebaje negro de hierbas que Ruti bebió en silencio.

Permaneció rígida, con los ojos cerrados. Zilpá musitó los nombres de Anath, la que cura, y de la anciana Gula, que asiste a las mujeres en los partos, mientras Raquel susurraba palabras de elogio a Ruti, cuyo valor aumentaba a medida que pasaba la noche.

Cuando las hierbas comenzaron a surtir efecto, produciendo desgarradores espasmos, Ruti no emitió sonido alguno. Cuando la sangre fluyó, espesa y oscura,

los labios de Ruti no se abrieron. Mientras pasaban las horas y la sangre corría sin cesar, ella siguió en silencio. Raquel limpió a Ruti varias veces con lana, hasta que todo terminó.

Ninguno de los hombres supo lo que había pasado aquella noche. Tampoco los niños compartieron el secreto porque ninguna de las mujeres habló de eso jamás, ni una sola palabra, hasta que Zilpá me contó la historia. Por entonces la historia ya no era más que un eco de la tumba.

Mi madre me contó que después del

nacimiento de los gemelos decidió dejar de concebir. Tenía los pechos semejantes a los de una anciana, el vientre flojo y le dolía la espalda todas las mañanas. La sola idea de otro embarazo la llenaba de temores: en consecuencia, decidió beber hinojo para evitar que la semilla de Jacob volviera a echar raíces en ella.

Pero entonces sucedió que la provisión de semillas de hinojo comenzó a escasear porque Inna estaba lejos, en el norte. Pasaban los meses y ella no retornaba con sus sacos de hierbas. Lía probó un viejo remedio: empapar un puñado de lana en aceite de oliva y ponerlo en la boca de su vientre

antes de yacer con Jacob. Pero sus esfuerzos fracasaron y por vez primera el hecho de saber que llevaba una nueva vida dentro la hizo entristecer.

Lía no quería contarle todos estos problemas a Raquel, cuyo deseo de tener un hijo propio no había decrecido. La esposa fértil había intentado mitigar los sentimientos de su hermana estéril manteniéndose a distancia. Se dividían los deberes de esposa principal. Lía estaba a cargo de la rueca y de la cocina, del huerto y de los niños. Raquel, todavía hermosa y de cintura delgada, servía al marido y aguardaba a los comerciantes que se acercaban al campamento. Atendía las necesidades de

Jacob y, con su creciente dominio del arte de curar, se ocupaba de cuidar a los enfermos, tanto hombres como mujeres e incluso animales.

Los nacimientos y la luna nueva hicieron que las dos mujeres fueran a la tienda roja. Pero Lía dormía mirando hacia la pared oeste, mientras Raquel se orientaba al este, y se hablaban la una a la otra solo por intermedio de sus hermanas: Lía a través de Zilpá y Raquel a través de Bilhá.

Lía no tenía posibilidad de elegir. Inna no había vuelto y Raquel era la única que conocía las hierbas, las oraciones, el masaje apropiado. No había otra persona a quien pedírselo.

Cuando Raquel partió para asistir un nacimiento en un campamento cercano, Lía, con la excusa de ir a buscar un poco de agua, se apresuró a alcanzar a Raquel. Las mejillas de Lía quemaban, con los ojos bajos le pidió a su hermana que la ayudara del mismo modo que había hecho con Ruti. Raquel misma se sorprendió ante la suavidad de su respuesta.

—No termines con la vida de tu hija —le dijo—. Llevas una niña en el vientre.

—Entonces morirá —contestó Lía, pensando en los abortos de Raquel, ya que Inna había dicho que en todos los casos habían sido niñas—. Y aunque

viviera, no conocerá a su madre, porque yo estoy casi muriendo a causa de los embarazos.

Raquel habló entonces en nombre de todas las hermanas, que desde hacía tiempo guardaban todos sus tesoros para una hija.

—Haremos todas tus labores mientras lleves a la niña en el vientre, Lía —dijo llamando a su hermana por el nombre por primera vez, por lo menos desde que ambas tuvieran memoria—: Por favor.

»Haz lo que digo antes de que se lo diga a Zilpá —añadió Raquel queriendo amenazarla con cierta malicia—. Ella convertiría tu vida en una desgracia con

la ayuda de sus vengativas diosas si descubriera tus planes.

Lía rio y accedió, porque al fin y al cabo su propio deseo de tener una hija todavía era fuerte.

Mientras yo dormía en el vientre de mi madre, me aparecí a ella y a cada una de mis tías en sueños muy vívidos. Bilhá soñó conmigo una noche mientras estaba en brazos de Jacob.

—Te vi con una túnica blanca de lino fino, cubierta con un largo manto de bordes azules y verdes. Tenías el pelo trenzado y llevabas un hermoso cesto mientras atravesabas un campo tan verde como jamás he visto. Caminabas entre reinas, pero estabas sola.

Raquel soñó que yo nacía.

—Apareciste del vientre de tu madre con los ojos abiertos y la boca llena de dientecitos perfectos y brillantes. Hablabas mientras te ibas deslizando de entre sus piernas diciendo: «Hola, madres. Aquí estoy por fin. ¿No hay algo para comer?». Eso nos hizo reír. Había cientos de mujeres asistiendo tu nacimiento, algunas de ellas vestían ropas de otras tierras, de colores chillones, con las cabezas al descubierto. Todas reíamos y reíamos. Me desperté en medio de la noche, yo también riendo.

Mi madre Lía dijo que soñaba conmigo todas las noches.

—Tú y yo hablábamos en voz baja como viejas amigas. Eras muy inteligente, me decías lo que debía comer para que no me hiciera daño al estómago, me indicabas lo que debía hacer para mediar en las peleas entre Rubén y Simeón. Yo te hablaba de Jacob, tu padre, y de tus tías. Me hablabas de lo que había al otro lado del universo, donde la oscuridad y la luz no están separadas. Eras tan bella compañía que no me gustaba despertar.

»Una cosa me molestaba en esos sueños —decía mi madre—. Nunca podía ver tu rostro. Siempre estabas detrás de mí, más allá de mi hombro izquierdo. Y cada vez que intentaba

volverme para echarte un vistazo, desaparecías.

El sueño de Zilpá no estaba lleno de risas ni de confidencias. Me dijo que me veía en medio de un río de sangre del que se elevaban monstruos verdes que abrían las bocas llenas de varias filas de dientes afilados.

—Aun así, tú no tenías miedo —decía Zilpá—. Caminabas sobre sus lomos sin hacer caso de su fealdad, y luego desaparecías en el sol.

Nací durante la luna llena, una primavera recordada por la abundancia

de corderos. Zilpá estuvo al lado izquierdo de mi madre, mientras Bilhá la sostenía por el lado derecho. Inna estaba allí, dispuesta para las celebraciones y para recoger lo que saliera tras el parto en su viejo recipiente. Pero Lía le había pedido a Raquel que fuera la partera y que me tomara en sus brazos.

Fue un parto fácil. Después de todos los niños que me antecedieron, yo llegué rápidamente y con el menor dolor posible. Era grande, tan grande como Judá, que había sido el mayor. Inna me llamó «hija de Lía», con la voz llena de satisfacción. Como había hecho con todos los otros recién nacidos, mi madre me miró directamente a los ojos y sonrió

al ver que ambos eran de color castaño, como los de Jacob y los de todos sus hijos.

Después de que Raquel me hubo limpiado, me entregó a Zilpá, que me abrazó, y luego a Bilhá, que me besó también. Me aferré al pecho de mi madre con mucha energía y todas las mujeres del campamento aplaudieron en honor de mi madre y de mí. Bilhá alimentó a mi madre con leche, miel y tortas. Lavó el pelo de Lía con agua perfumada y le masajeó los pies.

Mientras Lía dormía, Raquel, Zilpá y Bilhá me llevaron al claro de luna y me pusieron alheña en los pies y las manos, como si fuera una novia. Me

cubrieron de toda clase de bendiciones, invocando al norte, al sur, al este y al oeste para protegerme contra Lamashto y los otros demonios enemigos de los niños. Me dieron miles de besos.

Por la mañana, mi madre comenzó a contar dos ciclos de luna en la tienda roja. Después del nacimiento de un varón, las madres descansaban desde una luna a la siguiente, pero el nacimiento de una dadora de vida requería un periodo más largo de separación del mundo de los hombres.

—El segundo mes fue una delicia —me dijo mi madre—. Mis hermanas nos trataban a las dos como reinas. Tú nunca estabas acostada. Siempre había brazos

dispuestos a sostenerte, a acunarte, a abrazarte. Te poníamos aceite en la piel por la mañana y por la noche. Te cantábamos canciones al oído, pero no nanas o canciones infantiles. Te hablábamos con nuestras palabras cotidianas, como si fueras una hermana ya crecida y no una niña recién nacida. Y antes de cumplir un año contestabas a nuestras preguntas sin rastros de balbuceos infantiles.

Mientras me iban pasando de mi madre a cada una de las hermanas, discutían el nombre que iban a ponerme. Esta conversación no cesaba nunca, cada una tenía un nombre preferido que había acariciado en su mente para

cuando concibiera una hija en su propio vientre.

Bilhá propuso Adani, en memoria de mi abuela Adá, que las había querido a todas por igual. Esto llevó a una larga sesión de suspiros y recuerdos de Adá, a quien le habría gustado mucho conocer a todos sus nietos. Pero Zilpá temía que aquel nombre pudiera confundir a los demonios, que podrían pensar que Adá había escapado del mundo subterráneo e irían a buscarla y me llevarían a mí.

A Zilpá le gustaba el nombre Ishara, en homenaje a la diosa, que además era fácil de rimar. Había planeado componer canciones en mi honor. Pero a Bilhá no le gustaba su sonido.

—Parece un estornudo —decía.

Raquel sugirió Bentresh, un nombre hitita que había oído pronunciar a la esposa de un comerciante.

—Suena como la música —dijo.

Lía las escuchó a todas, y cuando las hermanas se exaltaron demasiado con sus argumentos acerca de qué nombre poner a su hija, las amenazó con llamarme Lillu, nombre que todas rechazaban por igual.

Durante la segunda luna llena después de mi nacimiento, Lía se encontró con su esposo y le dijo a Jacob mi nombre. Le dijo que yo misma lo había escogido.

—Durante los sesenta días que

siguieron al parto, yo te susurré al oído los nombres que mis hermanas proponían. Todos los nombres que había oído te susurré y hasta algunos que yo misma inventé. Pero cuando dije «Diná» dejaste escapar el pezón de tu boca y levantaste los ojos para mirarme. De modo que eres Diná, mi hija recién nacida. Mi hija. Mi memoria.

José fue concebido en los días que siguieron a mi nacimiento. Raquel había ido con Jacob llevándole la noticia de que finalmente había tenido una hija saludable. Los ojos le brillaban mientras se lo decía, y Jacob sonrió al ver cómo su esposa estéril se alegraba y complacía por la hija de Lía. Aquella

noche, después de disfrutar uno del otro al modo suave de las parejas que se conocen muy bien, Raquel soñó con su primer hijo y se despertó sonriendo.

No habló de eso con nadie cuando la sangre de luna no llegó al mes siguiente. Tantos comienzos falsos y tantas pérdidas anteriores la previnieron, de modo que guardó celosamente el secreto. Fue a la tienda roja en la luna nueva y cambió la paja como si la hubiera manchado. Estaba tan delgada que el leve engrosamiento de su cintura pasó inadvertido para todos, excepto para Bilhá, que guardó el secreto.

Al cuarto mes, Raquel fue con Inna, que le dijo que los signos eran

favorables para este hijo, y Raquel comenzó a esperar confiada. Enseñó el vientre lleno a sus hermanas, que bailaron en círculo alrededor de ella. Puso la mano de Jacob en la curva de su vientre. El padre de diez hijos lloraba.

Raquel empezó a encorvarse. Sus pequeños pechos se llenaron y le dolían. Sus pantorrillas perfectas se hincharon. Pero ella no encontraba sino delicia en las quejas de las mujeres embarazadas. Se ponía a cantar mientras preparaba el fuego y manipulaba el huso. La familia estaba sorprendida por la dulzura de su voz, que nunca se había elevado de aquel modo para cantar. Jacob durmió con Raquel durante todo el tiempo del

embarazo, algo insólito para lo que se acostumbraba y un desafío a los demonios. Pero no quiso escuchar advertencias y Raquel disfrutó de sus atenciones mientras iba ensanchándose.

Al octavo mes, Raquel comenzó a debilitarse. Se puso pálida y se le caía el pelo. Apenas podía tenerse en pie sin desmayarse. El terror acabó con sus esperanzas y mandó llamar a Inna, que prescribió caldos fuertes preparados con huesos de morueco y toro. Le dijo a Raquel que debía descansar y visitaba a su amiga con tanta frecuencia como le era posible.

Inna llegó a asistir a Raquel. Los pies del recién nacido estaban delante y

no apareció sino después de una fuerte hemorragia. Los esfuerzos de Inna para dar la vuelta al recién nacido le causaron terribles dolores a Raquel, gritaba tan lastimosamente que todos los niños del campo se pusieron a llorar al oírla. Jacob estaba sentado en el *bamá* frente al rostro de la diosa, preguntándose si debía hacerle alguna ofrenda aunque había prometido rendir culto únicamente al dios de su padre. Arrancaba hierbas y negaba con la cabeza, hasta que ya no pudo seguir oyendo los alaridos de Raquel y se fue al prado de hierba alta, donde permaneció hasta que terminó todo.

Pasaron dos días antes de que Rubén

fuera enviado a buscarlo. Dos días terribles en los cuales Lía, Zilpá y Bilhá dijeron adiós a Raquel, tan cierto parecía que estaba a punto de morir.

Pero Inna no se dio por vencida. Le dio a Raquel todas las hierbas y medicinas que tenía en los sacos. Intentó combinaciones que ninguna partera había usado jamás. Ni siquiera después de tres días y tres noches de padecimientos invocó a la muerte para que liberara a la parturienta.

—Tuvo fuerzas para soportarlo —dijo Zilpá.

Finalmente, Inna logró dar la vuelta al recién nacido. Pero el esfuerzo pareció romper algo en el interior de

Raquel, cuyo cuerpo sufrió un estremecimiento del que nunca más se repuso. Se le pusieron los ojos en blanco y el cuello se le endureció y se le giró la cara. Era como si los demonios hubieran tomado posesión de su cuerpo. Hasta Inna se quedó con la boca abierta.

Lo peor había pasado. El cuerpo de Raquel se desprendió de las garras de la muerte, la cabeza del niño apareció, y Raquel encontró el último resto que le quedaba de fuerza para pujar y echarlo.

Era pequeño y tenía una gran mata de pelo. Un recién nacido como todos los demás, arrugado, diminuto y perfecto. Y lo mejor de todo, era el hijo de Raquel. La tienda quedó en silencio

mientras todas las mujeres lloraban lágrimas de agradecimiento. Sin decir palabra, Inna cortó el cordón y Bilhá cogió la placenta. Lía limpió a Raquel, y Zilpá lavó al recién nacido. Suspiraron y se limpiaron las lágrimas. Raquel viviría para ver crecer a su hijo.

Raquel se fue recuperando lentamente, pero no pudo amamantar al niño. Tres días después del nacimiento de José, los pechos se le pusieron duros y calientes. Las compresas tibias le calmaban el dolor, pero la leche se secó. Lía, que en aquel tiempo me alimentaba a mí, puso a José también en su pecho. El viejo rencor de Raquel hacia Lía reapareció entonces, pero se desvaneció

cuando descubrió que José era un niño irritable que lloraba y no dejaba de patalear hasta que se encontraba en brazos de su madre.

Segunda Parte

Mi historia

1

No estoy muy segura de que mis primeros recuerdos sean verdaderamente míos, porque cuando los traigo a la memoria siento la respiración de mis madres en cada palabra. Pero sí recuerdo el sabor del agua de nuestro pozo, brillante y frío

contra mis dientes de leche. Y estoy segura de que me alzaban fuertes brazos cada vez que me tambaleaba, de modo que no tengo memoria de algún momento en mi temprana vida en que me sintiera sola o asustada.

Como todos los hijos amados, sabía que era la persona más importante en el mundo de mi madre. Y la más importante no solo para mi madre, Lía, sino también para mis madres-tías. Aunque ellas adoraban a sus hijos, yo era la única a la que vestían y mimaban mientras los niños andaban peleando en el barro. Yo era la única que seguía estando en la tienda roja con ellas, mucho después de haber pasado la época del destete.

Cuando era un niño de pecho, José era mi compañero constante, primero mi hermano de leche y después mi amigo más íntimo. A los ocho meses se irguió y fue hasta donde estaba yo, a mi lugar preferido, al frente de la tienda de mi madre. Aunque varios meses mayor, yo todavía no podía tenerme en pie, probablemente a causa de que a mis tías les gustaba mucho levantarme. José me alargó las manos y me puse de pie. Mi madre dijo que como recompensa por enseñarme a caminar, yo le enseñé a hablar. A José le gustaba contar a la gente que la primera palabra que había pronunciado fue «Diná», aunque Raquel me aseguró que era la palabra

correspondiente a «mamá», o sea «ema».

Nadie pensó que Raquel concebiría otro hijo después del horrible trance que había pasado con José, de modo que él y yo recibimos el trato que se da a los frutos últimos de una esposa principal. De acuerdo con la costumbre de los viejos tiempos, el hijo más joven hereda la bendición de la madre, y de un modo u otro, los padres hacen lo mismo. Pero José y yo éramos mimados y malcriados también porque éramos los recién nacidos, los hijos menores de nuestras madres y la alegría de nuestro padre. También éramos las víctimas de nuestros hermanos mayores.

Con el tiempo, los hijos de Jacob formaron dos tribus separadas. Rubén, Simeón, Leví y Judá ya eran casi hombres en el momento en que aprendí sus nombres. A menudo viajaban, transportando el ganado con nuestro padre, y como grupo, poco tenían que ver con nosotros, los pequeños. Rubén era, por naturaleza, amable con los niños, pero nosotros evitábamos a Simeón y a Leví, que se reían de nosotros y molestaban a Talí y a Isa, los gemelos.

—¿Cómo sabéis cuál de vosotros dos es cuál? —preguntaba Leví para burlarse. Simeón era todavía peor.

—Si uno de vosotros dos muere,

vuestra madre no se consolará hasta que tenga otro exactamente igual.

Eso hacía llorar a Talí siempre.

Me parecía ver añoranza en el modo en que Judá observaba nuestros juegos. Él era ya demasiado mayor para jugar con nosotros, pero era el más joven de los hermanos mayores, de modo que debió de sufrir algo parecido. A menudo Judá me subía sobre la espalda y me llamaba «Ahati», «hermanita». Yo lo consideraba mi campeón entre los jóvenes adultos.

Al principio, Zabulón era el líder de los menores, y podría haber sido un enemigo de no ser porque lo adorábamos y lo obedecíamos

voluntariamente. Dan era su lugarteniente, leal y dulce como es de esperar de un hijo de Bilhá. Gad y Aser eran salvajes, testarudos y compañeros de juego difíciles, pero eran muy buenos haciendo imitaciones terriblemente fieles del modo de caminar inseguro de Labán y de su discurso de borracho, que les perdonábamos todo a cambio de alguna de sus representaciones. Neftalí, al que siempre llamábamos Talí, e Isacar o Isa, trataban de dominarnos a José y a mí porque eran dos años mayores. Nos llamaban las criaturas, pero al rato se sentaban con nosotros en el suelo y arrojaban piedrecillas al aire, para ver cuántas podíamos coger con la

misma mano. Fue nuestro juego favorito, hasta que yo empecé a coger diez piedras y ellos solo cinco. Entonces mis hermanos declararon que aquel juego era cosa de mujeres y nunca más volvieron a jugarlo.

A los seis años, José y yo nos habíamos hecho cargo de la banda de los menores, porque éramos los mejores en inventar historias. Nuestros hermanos nos llevaban desde el pozo hasta la tienda de mi madre y hacían una profunda reverencia ante mí, su reina. Simulaban morir cuando José, su rey, los señalaba con el dedo. Los enviábamos a luchar contra los demonios y a traernos grandes riquezas. Ellos coronaban

nuestras cabezas con guirnaldas de hierbas y besaban nuestras manos.

Recuerdo el día en que terminó el juego. Talí e Isa estaban haciéndome los honores, amontonando piedras pequeñas como si fuera un altar construido para mí. Dan y Zabulón nos abanicaban con hojas. Gad y Aser bailaban ante nosotros.

Entonces aparecieron nuestros hermanos mayores. Rubén y Judá sonrieron y siguieron andando, pero Simeón y Leví se detuvieron y se echaron a reír.

—¡Ved como los niños llevan de la nariz a los mayores! Esperad a que le contemos a nuestro padre que Zabulón y

Dan son burros de carga de quienes no les llegan a la cintura. Los hará esperar otros dos años para dejarles venir con nosotros a los prados de hierba alta.

No dejaron de burlarse hasta que José y yo nos quedamos solos, abandonados por nuestros compañeros de juego, que de pronto se vieron reflejados en los fríos ojos de sus hermanos.

Después de eso, Zabulón y Dan no quisieron hilar más para nuestras madres, y después de muchos ruegos fueron admitidos para ir con los hermanos mayores a las colinas. Los dos pares de gemelos, cuando no estaban quitando maleza o ayudando en el

huerto, jugaban solos, y los cuatro se volvieron una tribu separada que jugaba a cazar y a las competiciones de lucha.

José y yo estrechamos nuestra relación, pero no encontrábamos mucha diversión los dos solos. Ninguno de los dos doblaba una rodilla ante el otro a cambio de una historia, y José tuvo que soportar las burlas de sus hermanos, que no lo dejaban en paz porque solo jugaba conmigo. Había pocas niñas en nuestro campamento, las mujeres decían en broma que Jacob había emponzoñado el pozo para que no las hubiera. Traté de hacerme amiga de las escasas hijas de las siervas, pero yo era en algunos casos demasiado mayor y en otros demasiado

pequeña para sus juegos, y así, cuando pude transportar un cántaro de agua del pozo, comencé a considerarme un miembro más del círculo de mi madre.

No es que los niños fueran abandonados a sus propios juegos. Tan pronto como teníamos edad suficiente para acarrear algunos leños, nos ponían a trabajar eliminando maleza e insectos del huerto, llevando agua, cardando lana o hilando. No recuerdo desde cuándo mi mano se acostumbró a manipular el huso. Recuerdo que me reprendían por mis equivocaciones, porque la lana se me enredaba y por las irregularidades de mi hilado.

Lía era la mejor madre, pero no la

mejor maestra. Tenía habilidad natural, de modo que no podía entender cómo una niña no podía hacer algo tan simple como le envoltura de un hilo. A menudo perdía la paciencia conmigo.

—¿Cómo puede ser que una hija de Lía tenga dedos tan torpes? —dijo un día, mirando el enredo que había hecho de mi trabajo.

La odié por aquellas palabras. Por vez primera en mi vida odié a mi madre. Enrojecí de rabia mientras las lágrimas me saltaban de los ojos y arrojé en el barro el hilado de aquel día. Fue un acto terrible de despilfarro y falta de respeto, y pienso que nadie, ni siquiera yo misma, podía creer que hubiera hecho

tal cosa. En un instante, el fuerte bofetón de la palma de su mano contra mi mejilla resonó en el aire. Yo estaba más sorprendida que lastimada. Aunque mi madre pegaba a mis hermanos alguna que otra vez, nunca me había levantado la mano a mí.

Me quedé un largo rato en aquel lugar, observando cómo se le contraía la cara de dolor por lo que había hecho. Sin decir palabra di media vuelta y corrí hasta encontrar el vientre de Bilhá, donde lloré y lamenté la terrible injusticia que se había cometido conmigo. Le conté a mi tía todo lo que atormentaba mi corazón. Lloré sobre mis dedos inútiles, que nunca eran capaces

de manipular bien la lana, ni de manejar el huso con habilidad. Temía haber avergonzado a mi madre por haber sido tan inútil. Y estaba avergonzada por el odio que había sentido repentinamente hacia aquella a quien amaba enteramente.

Bilhá me acarició el pelo hasta que dejé de llorar y me ofreció un pedazo de pan mojado en vino dulce.

—Ahora te enseñaré el secreto del huso —dijo poniendo un dedo en mis labios—. Es algo que tu abuela me enseñó, y ahora me toca a mí enseñártelo a ti.

Bilhá me puso sobre su regazo, para el cual yo era ya demasiado mayor. Los

brazos de ella apenas tenían longitud suficiente para rodear mi cuerpo, pero allí me senté, como una recién nacida, abrazada y segura mientras Bilhá me contaba la historia de Uttu al oído:

—Una vez, antes de que las mujeres supieran cómo hacer hebras de la lana y tela de las hebras, la gente andaba desnuda sobre la tierra. Se quemaban con el sol durante el día y temblaban de frío por la noche, y sus hijos perecían.

»Pero Uttu oyó el llanto de las madres y tuvo lástima de ellas. Uttu era la hija de Nanna, dios de la luna y de Ninhursag, la madre de las llanuras. Uttu le preguntó a su padre si ella podía enseñar a las mujeres cómo hilar y tejer

para que sus hijos pudieran vivir.

»Nanna protestó y dijo que las mujeres eran demasiado estúpidas para recordar el orden del cortado, lavado y peinado de la lana, la fabricación del telar y la ejecución de la trama y la urdimbre. Y sus dedos eran demasiado torpes para adquirir el arte del hilado. Pero como Nanna amaba a su hija, la dejó hacer.

»Uttu fue primero al este, a la tierra del río Verde, pero las mujeres de allí no hicieron a un lado sus tambores y flautas para escuchar a la diosa.

»Uttu fue entonces al sur, pero llegó en medio de una terrible sequía, cuando el sol les había robado los recuerdos a

las mujeres. “Lo único que necesitamos es lluvia —dijeron ellas, olvidándose de los meses durante los que sus hijos habían muerto de frío—. Danos lluvia o vete”.

»Uttu viajó al norte, donde las mujeres vestidas de pieles eran tan feroces que se cortaban los pechos para estar preparadas para la interminable cacería. Aquellas mujeres eran demasiado vehementes para aprender las delicadas artes de la rueca y el telar.

»Uttu fue al este, donde sale el sol, pero se encontró con que los hombres habían robado la lengua de las mujeres y entonces ellas no podían responderle.

»Como Uttu no sabía cómo hablar a

los hombres, fue a Ur, que es el vientre del mundo, allí encontró a una mujer llamada Enhenduanna, que deseaba aprender.

»Uttu llevó a Enhenduanna en su regazo y envolvió a Enhenduanna en sus grandes brazos, y puso sus doradas manos sobre las manos de cera de Enhenduanna y guio su mano derecha y su mano izquierda.

»Uttu dejó caer un huso hecho de lapislázuli, que hacía girar una enorme bola azul flotando en el cielo dorado y soltaba hilo hecho de luz de sol. Enhenduanna se quedó dormida en el vientre de Uttu.

»Mientras Enhenduanna dormía, ella

hiló sin verlo ni saberlo, sin esfuerzo ni fatiga. Ella hiló hasta que hubo hilo suficiente para llenar los almacenes enteros del gran dios Nanna. Este estuvo tan complacido que permitió a Uttu enseñar a las hijas de Enhenduanna cómo hacer cerámica, cómo trabajar el bronce, hacer música y vino.

»Después de eso, la gente dejó de comer hierbas y de beber agua y comió pan y bebió cerveza. Y sus hijos, arropados con mantas de lana, ya no murieron de frío sino que crecieron para ofrecer sacrificios a los dioses.

Mientras Bilhá me contaba la historia de Uttu, puso sus manos hábiles sobre mis manos torpes. Olí el suave

almizcle que brotaba del cuerpo de la más joven de mis tías, oí su voz dulce y líquida y olvidé todos los pesares de mi corazón. Y cuando terminó la historia, me enseñó que el hilo de mi huso estaba tan bien hecho y era tan fuerte como el propio trabajo de Lía.

Besé a Bilhá cien veces seguidas y fui corriendo a enseñarle a mi madre lo que había hecho. Me abrazó como si hubiera regresado de la muerte. No volvió a abofetearme nunca más. Y yo llegué a disfrutar del trabajo de convertir burujones de lana en finas y fuertes hebras que se transformaban luego en prendas de vestir, en mantas para la familia y en artículos para

comerciar. Aprendí a dejar que mis pensamientos vagaran adonde quisieran mientras mis manos seguían su propio camino. Incluso cuando envejecí e hilé lino en vez de lana, recordaba el olor de mi tía y cómo pronunciaba el nombre de la diosa Uttu.

Le conté a José la historia de Uttu la tejedora. Le conté la historia del viaje de la gran diosa Innana a la tierra de los muertos y de su matrimonio con el rey pastor, Dumuzi, cuyo amor aseguró la abundancia de dátiles, vino y lluvia. Eran historias que oía en la tienda roja,

contadas y vueltas a contar por mis madres y ocasionalmente por la esposa del comerciante que se refería a los dioses y a las diosas con nombres extraños, y a veces daba un final diferente a las historias antiguas.

José, a su vez, me contó la historia de la ofrenda de Isaac y el milagro de su salvación, y de los encuentros de nuestro abuelo Abraham con los mensajeros de los dioses. Me dijo que nuestro padre, Jacob, hablaba con El de sus padres, por la mañana y al atardecer, aunque no hiciera sacrificios. Nuestro padre decía que el dios sin forma ni rostro, ni más nombre que «el dios», llegaba a él por la noche, en sus sueños y de día, solo

cuando no había nadie más, y que Jacob estaba seguro de que el futuro de sus hijos sería bendecido por esta divinidad.

José me describió el terrible bosque de terebintos de Mamre, donde nuestra bisabuela hablaba con sus dioses todos los días al atardecer y adonde algún día nos llevaría nuestro padre a hacer una libación en nombre de Saray. Aquellas eran las historias que José le oía contar a Jacob, sentado entre nuestros hermanos mientras las ovejas y las cabras pastaban. Yo consideraba que las historias de las mujeres eran más hermosas, pero José prefería los cuentos de nuestro padre.

Nuestra conversación no era siempre tan elevada. Compartíamos el secreto del sexo y de la cópula y nos reíamos, perplejos, al pensar en nuestros padres comportándose como los perros en medio del campo. Los chismes acerca de nuestros hermanos eran interminables. Observábamos la rivalidad entre Simeón y Leví, que podía terminar a golpes por un asunto tan trivial como el de dónde poner un palo junto a un árbol. Había un desafío constante, también, entre Judá y Zabulón, los dos bueyes entre los hermanos, pero la suya era una batalla bien intencionada para demostrar cuál era el más fuerte, y ambos eran capaces de aplaudir la

habilidad del hermano para levantar rocas grandes o cargar corderos ya crecidos en un prado.

José y yo observábamos que los hijos de Zilpá se estaban volviendo los adalides de mi madre, porque Gad y Aser estaban un poco confundidos por las excentricidades de su propia madre. La ineptitud de Zilpá para hacer un pan decente los conducía a la tienda de Lía. No entendían ni valoraban la capacidad de Zilpá en el telar ni había forma de que se enteraran de su talento para contar historias. De modo que ellos llevaban al regazo de mi madre sus pequeños trofeos: flores, piedras de colores brillantes, restos de nidos. Ella

les acariciaba la cabeza y los alimentaba y ellos se sentían orgullosos como pequeños héroes.

Por otra parte, Talí e Isa, los gemelos del propio vientre de Lía, no le tenían mucho apego. No les gustaba parecerse tanto y culpaban a su madre por eso. Hacían todo lo que podían para diferenciarse y casi nunca se los veía juntos. Isa se pegaba a Raquel, que parecía encantada por sus atenciones y lo dejaba cargar y buscar en lugar de ella. Talí se hizo muy amigo del hijo de Bilhá, Dan, y a los dos les gustaba dormir juntos en la tienda de Bilhá, atendiendo a las palabras de su hermano mayor Rubén, que también iba en busca

de la paz y quietud que rodeaban a mi tía.

Lía trató de sobornar a Isa y a Talí para que volvieran, prometiéndoles dulces y pan extra, pero estaba demasiado ocupada con el trabajo de la familia para prestar excesiva atención a dos de sus muchos hijos. Y ella no sufría de falta de amor. Cuando la encontré observando a uno de sus hijos que iba hacia la tienda de otra madre al caer la noche, le di un tirón en la mano. Entonces ella me levantó y nuestros ojos se encontraron y me besó en una mejilla y luego en la otra, y luego en la punta de la nariz. Esto siempre me hacía reír, lo que a su vez hacía que se dibujara una

cálida sonrisa en el rostro de mi madre. Uno de mis grandes secretos era saber que tenía el poder de hacerla sonreír.

Mi mundo estaba lleno de madres y hermanos, trabajo y juegos, lunas nuevas y buena comida. Las colinas distantes contenían mi vida como en un recipiente lleno de todo lo que es posible desear.

Yo era pequeña todavía cuando mi padre nos condujo a la tierra de los dos ríos, al sur del país donde había nacido. A pesar de lo joven que era, supe cuál era el motivo del viaje. Podía sentir el muro ardiente de rabia que había entre mi padre y mi abuelo. Casi podía ver fuego entre ambos en las raras ocasiones en que se sentaban juntos.

Labán estaba resentido contra mi padre por su éxito con los rebaños y también porque sus hijos eran robustos y fuertes y mucho más inteligentes que los dos hijos del viejo. A Labán le desagradaba el hecho de que debía su bienestar a su yerno. Tenía acidez cada vez que oía el nombre de Jacob.

En cuanto a mi padre, aunque fue él quien hizo que los rebaños se multiplicaran, que el campamento se llenara de pastores y que los comerciantes se detuvieran en nuestras tiendas, nunca fue más que el siervo de Labán. Sus sueldos eran magros, pero él era rápido y hábil en emplear su pequeño acopio de bienes, y había

tenido buen cuidado en criar su propio rebaño de cabras moteadas y ovejas grises.

Jacob censuraba la avaricia de Labán y cómo este y sus hijos estropeaban su bien cumplido trabajo. Cuando el hijo mayor, Kemuel, abandonó la vigilancia de las cabras una primavera, los mejores animales murieron en la batalla que se declaró entre los machos más fuertes. Cuando Beor bebió demasiado vino y se quedó dormido, un halcón capturó a un cabrito recién nacido que Jacob había elegido para el sacrificio.

Lo peor fue cuando Labán perdió los dos mejores perros de Jacob, los más

hermosos y más queridos. El viejo había ido a Carchemish en un viaje comercial que duró tres días, y, sin consultar, había llevado a los perros para cuidar de un rebaño tan pequeño para el que habría bastado un muchacho. Mientras Labán estaba en la ciudad, vendió a los dos perros por una mísera cantidad que perdió jugando.

La pérdida de los perros puso furioso a mi padre. La noche que Labán volvió al campamento, oí los gritos y las maldiciones de ambos hasta que me quedé dormida. Después, la rabia de mi padre era extrema. Tuvo los puños apretados hasta que se encontró con Lía y le contó todos los detalles de lo

sucedido.

Mi madre y mis tías solo sentían simpatía por Jacob. Su lealtad hacia Labán jamás había sido fuerte y a medida que pasaban los años las razones que tenían para despreciarlo fueron en aumento: su holgazanería, su falsedad, la arrogancia de sus obstinados hijos y el modo en que trataba a Ruti, que no hacía sino empeorar con el tiempo.

Unos días después de la discusión por los perros, Ruti fue a ver a mi madre y se arrojó al suelo.

—Estoy perdida —exclamó, tendida en tierra como un saco.

Tenía el pelo suelto y cubierto de

cenizas, como si acabara de enterrar a su propia madre.

Labán había perdido algo más que dinero en Carchemish. Había apostado también a Ruti y había ido un comerciante para reclamarla como esclava. Labán estaba sentado en su tienda y se negó a salir para comunicar lo que había hecho a la madre de sus hijos, pero el comerciante tenía su cayado como prueba y a su capataz como testigo. Ruti pegó la frente al suelo y pidió a Lía que la ayudara.

Lía escuchó y escupió sobre el nombre de su padre.

—Las patas de un asno tienen más dignidad que Labán —dijo—. Mi padre

es una serpiente. Es el cadáver podrido de una serpiente.

Dejó a un lado el jarro de la leche que estaba trasvasando a otro recipiente y con pasos firmes se dirigió al prado más próximo, donde mi padre seguía lamentando la pérdida de sus perros. Mi madre estaba tan concentrada en sus pensamientos que no notó que yo la seguía.

Las mejillas de Lía se pusieron rojas mientras se iba acercando a su marido. Y entonces hizo algo extraordinario. Lía se puso de rodillas y, cogiendo la mano de Jacob, le besó los dedos. Observar a mi madre haciendo eso era como ver a una oveja cazando un chacal o a un

hombre acunando a un recién nacido. Mi madre, a la que nunca le faltaban las palabras, casi tartamudeaba al hablar.

—Esposo, padre de mis hijos, querido amigo —dijo—. Vengo a plantearte un asunto sin mérito, una pura lástima. Esposo —dijo—, Jacob —susurró—, sabes que pongo mi vida a tu cuidado exclusivamente y que el nombre de mi padre es una abominación para mí. Aun así, vengo a pedirte que redimas a la mujer de mi padre de la esclavitud a la que la ha condenado al venderla. Un hombre de Carchemish ha venido a reclamar a Ruti, a quien Labán apostó en un juego de azar como si fuera un animal del rebaño o una extraña entre nosotros

y no la madre de sus hijos. Te pido que la trates mejor que su propio esposo. Te pido que obres como si fueras su padre.

Jacob frunció el entrecejo ante la petición de su esposa, aunque en su corazón debió de complacerle que ella se dirigiera a él no solo como esposo sino también como jefe de la familia. Se irguió frente a Lía, que, además de seguir postrada de hinojos, mantenía la cabeza inclinada, y la miró tiernamente.

—Esposa —dijo, y le cogió las manos para ponerla de pie—. Lía.

Se miraron a los ojos y sonrieron.

Yo estaba sorprendida. Había ido a observar cómo se desarrollaba la historia de Ruti, pero descubrí algo más

junto con eso. Descubrí la calidez que había entre mi madre y mi padre. Me di cuenta de que Jacob podía hacer sentir el calor y la felicidad que hasta entonces yo solo había podido encontrar en Lía.

Por primera vez advertí que mi padre era un hombre. Vi que no solo era alto, sino también de hombros anchos y cintura estrecha. Aunque por entonces ya habría pasado los cuarenta abriles, tenía el torso firme y conservaba casi todos los dientes, y la vista clara. Mi padre era hermoso, me di cuenta. Mi padre merecía a mi madre.

Pero no encontré consuelo ante este descubrimiento. Mientras se dirigían a las tiendas, Lía y Jacob caminaban uno

al lado del otro; sus cabezas casi se tocaban mientras hablaban en voz baja acerca de la compensación que podrían reunir entre las esposas para redimir a Ruti: miel y hierbas, una cantidad de cobre, un bulto de lino y tres de lana. Él escuchaba en silencio, asintiendo de tanto en tanto. No había lugar para mí entre ellos, no me necesitaban. Los ojos de mi madre estaban llenos de Jacob. Yo no le importaba tanto como ella me importaba a mí. Deseaba llorar, pero me di cuenta de que ya era demasiado mayor para eso. Pronto sería una mujer y debía aprender a vivir sin el corazón dividido.

Iba detrás de mis padres, triste, muy

triste, al entrar en el círculo de las tiendas. Lía se quedó en silencio y se puso en su lugar, detrás de su esposo. Buscó una jarra de su cerveza más fuerte para que Jacob pudiera discutir mejor con el comerciante. Pero el hombre había visto que, aunque agotada y vulgar, la mujer de Labán no tenía labio leporino ni cojeaba, como el precio le había hecho creer. Y fue lo suficientemente astuto para notar que su presencia había causado un revuelo. Olió la ventaja que tenía, lo que significó que obtuvo todos los tesoros de las mujeres y uno de los cachorros de Jacob antes de perdonar la deuda y partir sin Ruti. Pronto se enteraron del

hecho todas las mujeres del campamento, y durante muchas semanas Jacob comió como un príncipe.

Labán nunca dijo de qué modo redimió Jacob a su esposa. Se volvió más implacable su uso de Ruti, cuyos ojos parecían siempre negros a raíz del episodio. Los hijos, siguiendo el ejemplo del padre, tampoco respetaban a la madre. No le llevaban agua para que cocinara ni ningún despojo de sus cacerías. Ella se arrastraba entre los hombres, sirviéndolos en silencio.

Entre las mujeres, Ruti solo tenía palabras para elogiar la bondad de mi madre. Se convirtió en la sombra de Lía, le besaba las manos y los bordes de la

túnica y se sentaba tan cerca de su salvadora como le era posible. La presencia de la mujer harapienta no agradaba a Lía, que ocasionalmente perdía la paciencia con ella.

—Vete a tu tienda —le decía cuando Ruti andaba tras sus pasos. Pero Lía siempre lamentó llamar al orden a Ruti, que temblaba ante la menor objeción de mi madre. Después de decirle que se fuera, Lía la llamaba y se sentaba junto a aquella alma pobre y exhausta y le permitía que la besara y le diera las gracias, una y otra vez.

2

En los días que siguieron al rescate de Ruti, Jacob comenzó a planear nuestra partida en paz. Durante sus noches con Lía y luego durante sus noches con Raquel, habló de su deseo de dejar las tiendas de Labán y volver a la tierra de su padre. Jacob le dijo a Bilhá que la

ansiedad lo estaba consumiendo y que no podía dormir bien. Jacob encontró a Zilpá una noche cuando el insomnio los había atacado a ambos por separado, y los había llevado a reconfortarse bajo el gran terebinto que estaba junto al altar. En las noches sofocantes, la brisa se escondía entre las anchas hojas planas del árbol de Zilpá. Jacob le dijo a su cuarta esposa que su dios se le había aparecido y le había dicho que era tiempo de dejar la tierra de los dos ríos. Era tiempo de tomar a sus esposas e hijos y las riquezas que había acumulado con sus propias manos.

Jacob le dijo a Zilpá que sus sueños se habían vuelto atroces. Noche tras

noche, voces terribles lo llamaban para que volviera a la tierra de Canaán, a la tierra de su padre. Pero aquellos sueños espantosos también eran agradables. Rebeca brillaba como el sol e Isaac sonreía dando su bendición. Incluso su hermano había dejado de amenazarlo y ahora parecía un toro grande y rojizo que lo acogiera con agrado y lo invitara a montar en su ancho lomo. Parecía que Jacob ya no tenía motivos para temer a su hermano, porque los comerciantes de Canaán le habían dicho que Esaú se había convertido en un pastor próspero, con muchos hijos propios, y que tenía fama de generoso.

El día que pasaban solas en la tienda

roja, las esposas de Jacob hablaban entre sí de los sueños y planes del marido. Los ojos de Raquel brillaban ante la perspectiva de mudarse al sur. Era la que más había viajado de las cuatro, cuando tuvo que ayudar en partos por todas las colinas que había hasta Carchemish y una vez en la misma ciudad de Harán.

—Oh, ver grandes montañas y una ciudad real —dijo—. ¡Mercados llenos de cosas bonitas y frutos cuyos nombres ni siquiera conocemos! Encontrar gente de los cuatro rincones del mundo. Oír la música de las panderetas de plata y de las flautas doradas.

Lía no estaba tan ansiosa por

descubrir nuevos mundos más allá del valle que le había dado la vida.

—Me siento contenta de ver las caras que me rodean todos los días —dijo—, pero realmente me encantaría librarme de Labán. Iremos, por supuesto. Pero dejaré este lugar con dolor.

Bilhá pensaba lo mismo.

—Me da mucha lástima dejar aquí los huesos de Adá. Echaré de menos la salida del sol en este lugar donde he dado a luz a mis hijos. El lugar donde pasamos nuestra juventud. Pero estoy lista. Y además, nuestros hijos se desesperan por partir.

Bilhá puso palabras a una verdad

que no había sido pronunciada. No había suficiente lugar para que tantos hijos tuvieran su propio lugar en las tierras de Harán, donde cada colina, cada peñasco había sido reclamado sin cesar generación tras generación. No había tierra en el país de sus madres para todos ellos. Si la familia no partía unida, el corazón de las mujeres pronto se rompería de dolor al ver a sus hijos peleando unos contra otros por la tierra o desapareciendo en busca de su propio camino.

La respiración de Zilpá se hizo más fuerte e irregular mientras sus hermanas encaraban las perspectivas del futuro.

—Yo no puedo irme —dijo—. No

puedo dejar el árbol sagrado, que es la fuente de mi poder. Ni el *bamá*, que está cubierto por mis ofrendas. ¿Cómo sabrían los dioses dónde estoy si me voy de aquí y dejo de servirlos? ¿Quién me protegería? Hermanas, podrían atraparnos los demonios.

Tenía los ojos muy abiertos.

—Este árbol, este lugar, ella es de aquí, mi pequeña diosa, Nanshe.

Las hermanas se enderezaron para escuchar a Zilpá hablando en nombre de su propia deidad, algo que solo hacía junto al lecho de los moribundos. La hermana sentía que perdía todas sus esperanzas, y la voz se le quebraba por el llanto mientas decía:

—Vosotras también, hermanas. Todos vuestros dioses tutelares habitan en este lugar. Este es el lugar donde nos conocen, donde sabemos cómo servirlos. Partir significará la muerte. Lo sé.

Hubo un silencio mientras las otras se miraban.

Bilhá habló en primer lugar:

—Cada lugar tiene sus nombres santos, sus árboles y sus lugares elevados —dijo con la voz tranquila que utiliza una madre ante su hijo asustado —. Habrá dioses también en el lugar adonde vayamos.

Pero Zilpá no miró a Bilhá a los ojos, y se limitó a negar con la cabeza.

—No —dijo en voz baja.

Lía fue la que habló luego.

—Zilpá, nosotras mismas somos tu protección. Tu familia, tus hermanas, somos la única seguridad contra el hambre, contra el frío, contra la locura. A veces me pregunto si los dioses son sueños e historias que nos permiten afrontar las noches heladas y los pensamientos lúgubres.

Lía cogió a la hermana por los hombros.

—Mejor será que busques protección en mis manos y en las de Jacob que en historias que surgen del viento y del miedo.

Zilpá se desprendió de las manos de

su hermana y se apartó.

—No —dijo.

Raquel escuchó la abierta blasfemia de Lía con expresión pensativa, y habló, extrayendo sus palabras de pensamientos que solo se le revelaban mientras los decía:

—Nunca podremos responder a nuestros temores con pruebas, Zilpá. Los dioses siempre están en silencio. Sé que las mujeres que trabajan encuentran fuerza y consuelo en los nombres de sus dioses. Las he visto batallar más allá de toda esperanza ante el sonido de un encantamiento. He visto la vida preservada hasta el último momento, pero por ninguna otra razón que por la

esperanza. Pero sé también que los dioses no protegen ni siquiera a las mujeres más piadosas y devotas de las penurias ni de la muerte. O sea, que Bilhá tiene razón. Nos llevaremos a Nanshe con nosotros —dijo nombrando a la amada diosa de los sueños y los cantos que veneraba Zilpá—. También podemos llevarnos a Gula —dijo nombrando a la diosa de la salud, a la que la misma Raquel hacía ofrendas.

Y entonces, mientras la idea iba tomando forma en su mente, Raquel exclamó:

—Llevaremos los *terafim* que guardamos en nuestras tiendas y así los tendremos en Canaán junto con nuestro

esposo y nuestros hijos.

—No nos harán daño, ya lo veréis —decía Raquel, hablando cada vez más rápido mientras el plan se dibujaba en su mente—. Si los dioses están a nuestro cuidado, no favorecerán a Labán —añadió astutamente. Bilhá y Lía rieron con nerviosismo ante la ocurrencia de dejar a Labán sin sus figuras sagradas. El anciano solía consultar las estatuas cuando tenía que tomar alguna decisión, invocando a sus preferidas, con la mente distante y durante muchas horas en cada ocasión. Lía dijo que lo reconfortaban del mismo modo que un pecho lleno reconforta a un niño ansioso.

Partir con los *terafim* era provocar

la ira de Labán. Aun así, Raquel tenía derecho a reclamar. En los primeros tiempos, cuando la familia vivía en la ciudad de Ur, era derecho indiscutido de la hija menor heredar todas las cosas sagradas. Aquellas costumbres no se respetaban universalmente y Kemuel podría reclamar los *terafim* como parte de su derecho de nacimiento de hijo con igual autoridad.

Las hermanas se sentaron en silencio, considerando la audaz idea de Raquel. Finalmente fue ella quien habló:

—Me llevaré los *terafim* y serán una fuente de poder para nosotros. Serán un signo de nuestros derechos de nacimiento. Nuestro padre sufrirá del

mismo modo que hizo sufrir a otros. No hablaré más del asunto.

Zilpá se secó los ojos. Lía se aclaró la garganta. Bilhá se puso de pie. El asunto estaba decidido.

Yo apenas respiraba. Temía que si se fijaban en mi presencia, me enviarían fuera de la tienda. Me quedé sentada muy quieta, entre la mano derecha de mi madre y la mano izquierda de Bilhá, sin poder creer lo que había oído.

Raquel era fiel a Gula la curadora. Bilhá hacía ofrendas de grano a Uttu la tejedora. Lía tenía una especial devoción por Ninkasi, la fabricante de cerveza, que usaba una barrica de lapislázuli claro y un cazo de plata y

oro. Yo pensaba en aquellos dioses como si fueran tíos mayores que mis padres y capaces de vivir dentro de la tierra o flotando en el cielo, según prefirieran. Los imaginaba inmortales, inodoros, siempre felices, fuertes e interesados en todo lo que me sucediera. Sentí pánico al oír que Lía, la más inteligente de las mujeres, se preguntaba si aquellos poderosos aliados serían algo más que fábulas contadas para calmar las pesadillas de los niños.

Yo estaba temblando. Mi madre me puso la mano en la mejilla para ver si tenía fiebre, pero sintió que estaba fría al tacto. Aquella noche me desperté gritando y sudando aterrorizada como si

estuviera cayéndome, pero ella fue hacia mí, se acostó a mi lado y me consoló. Con la seguridad de saber que me quería, comencé a dormirme, aunque alcancé a oír la voz de Raquel diciendo:

—Recuerda este momento, el cuerpo de tu madre puede curar todos los males de tu alma.

Miré alrededor, pero mi tía no estaba por allí cerca.

Debió de haber sido un sueño.

Tres días después, Lía fue hacia los prados del oeste para decirle a Jacob que sus esposas estaban listas para marchar con él a la tierra en que había nacido, y yo la seguí llevando pan y cerveza para darle a mi padre. No

estaba muy a gusto por tener que prestar esos servicios un día tan hermoso como aquel.

Mientras iba subiendo la pendiente que separaba nuestro campamento de los pastizales, una escena maravillosa hizo que me detuviera con admiración. Muchas ovejas esperaban corderos y apenas se movían en medio del creciente calor. El sol naciente resaltaba el olor de los tréboles. Solo las abejas hacían ruido bajo el azul dorado del cielo.

Me detuve mientras mi madre avanzaba. El mundo me parecía tan perfecto, tan completo y sin embargo tan cambiante, que estuve a punto de llorar. Podía haberle contado a Zilpá las cosas

que sentía y haberle pedido una canción sobre ello. Pero entonces me di cuenta de que algo en el universo había cambiado. Algo importante era distinto, busqué en el horizonte: el cielo estaba todavía claro, el trébol todavía alzado, las abejas zumbaban.

Me di cuenta de que mi madre y mi padre no estaban solos. Lía estaba mirando a su marido. A su lado estaba Raquel.

Las dos mujeres habían llegado anteriormente a una suerte de tratado de paz. No trabajaban juntas ni se consultaban la una a la otra. No se sentaban cerca en la tienda roja, ni se dirigían la una a la otra en forma directa.

Y nunca se las veía en presencia de su esposo al mismo tiempo. Sin embargo, esta vez estaban los tres juntos, frente a frente, charlando como viejos amigos. Las mujeres me daban la espalda.

Cuando llegué hasta ellos, la conversación había terminado. Mi madre y mi tía dejaron a Jacob, y, después de verme, cambiaron su expresión solemne por las falsas sonrisas que los adultos dirigen a los niños cuando les quieren ocultar alguna cosa. Yo no les devolví la sonrisa. Sabía que habían estado conversando acerca de la partida. Dejé el alimento y la bebida para mi padre a sus pies y me volví para seguir a Lía y a Raquel hacia

las tiendas. Entonces Jacob, mi padre, me habló:

—Diná —dijo. Que yo recuerde, era la primera vez que oía mi nombre en sus labios—. Gracias, niña. Ojalá seas siempre un consuelo para tus madres.

Lo miré a los ojos y él me dirigió una sonrisa auténtica y sincera. Pero yo no sabía cómo sonreír a mi padre ni cómo contestarle, de modo que salí corriendo tras mi madre y Raquel, que ya habían emprendido el regreso a las tiendas. Me aferré a la mano de Lía y me giré para observar a Jacob una vez más, pero él ya se había perdido de vista.

Jacob comenzó a preparar nuestra partida aquella tarde. Cuando cayó la

noche, y durante varias noches siguientes, las mujeres oían al acostarse el sonido de las voces de los hombres que hablaban alto. Labán tenía grandes deseos de que Jacob se marchara con sus hijas y con los nietos que comían demasiado y que lo respetaban a él muy poco. Pero el viejo no soportaba la idea de que Jacob partiera como un hombre rico.

Durante las largas noches de gritos y discusiones, Labán se sentó entre sus hijos, Kemuel y Beor. Los tres bebían cerveza y vino y bostezaban en la cara de Jacob; y daban por finalizada la conversación antes de haber llegado a un acuerdo.

Jacob se sentó entre sus hijos mayores, Rubén y Simeón, y no tomaba nada más fuerte que cerveza de cebada. Leví y Judá estaban de pie a sus espaldas. Los siete hijos menores se encontraban fuera de la tienda, tratando de escuchar lo que se decía. José me contaba lo que oía y yo se lo repetía todo a mis madres. Pero no le hablé a José de la conversación secreta que había habido entre las mujeres. No le conté que estaban ocultando pan, ni que habían escondido hierbas en los dobladillos de sus ropas. Sabía muy bien que debía callarme el plan de Raquel de llevarse los *terafim*.

Noche tras noche, Labán sostenía

que no debía a Jacob más que las magras dotes que había cedido a Lía y a Raquel, lo que habría dejado a mi padre con poco más que las tiendas que nos cubrían. Entonces, como gran alarde de generosidad, Labán le ofreció veinte cabezas de ovejas y veinte cabras, un animal de cada clase por cada año de servicio de Jacob, servicio que había enriquecido a Labán más de lo que había soñado en su vida.

Jacob, por su parte, reclamaba el derecho que correspondía a cualquier capataz, un décimo de los rebaños y la posibilidad de elegir los animales. Demandaba además las propiedades personales de sus esposas, esto es,

piedras de moler, husos, telares, botijas, joyas y quesos. Le recordó a Labán que sus tiendas, sus rebaños y los nuevos pastores habían llegado hasta allí debido al trabajo que había hecho Jacob con sus propias manos. Amenazó con pedir justicia ante un tribunal de Harán, pero eso no hizo sino sonreír a Labán. Él había jugado, apostado y bebido muchas veces con los patriarcas de la ciudad durante muchos años, y no tenía dudas acerca de qué partido tomarían.

Una noche, después de semanas de infructuosa conversación, Jacob encontró las palabras que conmovieron el corazón de Labán. El esposo de Lía y Raquel, el padre de los hijos de Zilpá y

de Bilhá, fijó sus ojos en el viejo y lo amenazó con que el dios de sus padres no vería con buenos ojos a alguien que se aprovechara con engaños de la bendición de su tribu. Jacob dijo que su dios se le había aparecido en un sueño y le había hablado. Le había dicho que partiera con sus esposas, sus hijos y sus rebaños en abundancia. El dios de Jacob había dicho que quien intentara obstruir su camino sufriría el castigo en su cuerpo, en sus ganados y en sus propios hijos.

Esto preocupó al viejo, que temblaba ante el poder de cualquier dios. Cuando Jacob invocó al dios de sus padres, la sonrisa se borró de los

labios de Labán. El buen resultado que había tenido Jacob con los ganados, con sus once saludables hijos, la lealtad que le profesaban los pastores e incluso la bravura de sus perros, todo esto indicaba que Jacob había sido bendecido por los cielos. Labán recordó los excelentes sacrificios que Jacob había hecho año tras año a su dios y el viejo supuso que Él debía de estar muy complacido con tanta devoción.

Al día siguiente, Labán se encerró con los dioses de su casa y no fue visto hasta el atardecer, cuando mandó llamar a Jacob. Desde el momento en que Jacob vio la cara de su suegro se dio cuenta de que tenía ventaja en la negociación.

Comenzó a regatear con delicadeza.

—Padre mío —dijo con una voz falsamente dulce—, como tú has sido bueno conmigo, deseo tomar solo los animales que tienen manchas o motas, aquellos que valen menos en el mercado por su lana. Mantendré la pureza de sangre de los rebaños. Me iré de tu lado pobre, pero agradecido.

Labán intuyó una trampa en la oferta de Jacob, pero no podía adivinar cuál era el beneficio que buscaba. Todos sabían que los animales más oscuros no producían lana blanca, y que las pieles no podían teñirse bien. Lo que Labán no sabía era que los animales «más pobres» eran más fuertes y saludables

que los animales que ostentaban la lana más blanca y las pieles más hermosas. Las ovejas manchadas concebían a veces gemelos, y la mayoría de sus crías eran hembras, lo que significaba más queso. El pelaje de las cabras moteadas era especialmente grasiento y servía para hacer cuerdas. Pero estos eran secretos de Jacob, los había aprendido durante los años pasados entre los rebaños. Eran conocimientos que la holgazanería de Labán había de pagar caro.

Labán dijo:

—Que así sea —y los hombres bebieron vino para sellar el acuerdo. Jacob se iría con sus esposas y sus

hijos, y con los rebaños manchados y moteados, que no sumaban más que sesenta cabras y sesenta ovejas. Podrían haber sido más, pero Jacob los trocó por dos de los siervos y sus mujeres. A cambio de un asno y un viejo buey, Jacob acordó dejar dos de sus perros, incluyendo el mejor de los pastores.

Jacob tenía derecho a llevarse todos los bienes domésticos de Lía y de Raquel, así como la ropa y las joyas usadas por Zilpá y Bilhá. Jacob reclamó las capas y lanzas de sus hijos, dos telares y veinticuatro bultos de lana, seis cestos de grano, doce tinajas de aceite, diez de vino, y también de agua, uno para cada persona. Pero esto era

solamente lo que se reconocía de manera oficial. Luego estaba lo que la habilidad de mis madres pudo reunir.

Decidieron partir en un plazo de tres meses. Aunque pareció una eternidad cuando fue anunciado, las semanas comenzaron a pasar con mucha rapidez. Mis madres estaban muy ocupadas, eligiendo, guardando, clasificando, comprando, lavando. Prepararon sandalias para el viaje y cocieron grandes hogazas de pan. Escondieron sus mejores joyas en el fondo de sus cestos de grano, en caso de que tuviéramos que vérnoslas con ladrones por el camino. Anduvieron por las colinas buscando hierbas para llenar los

sacos.

De haber podido elegir, mis madres habrían dejado el huerto sin una sola planta. Se habrían llevado todos los bulbos de cebolla, habrían removido todo el grano que iba creciendo, y habrían vaciado todos los panales de abejas que tuvieran a la vista. Pero solo tomaron lo que consideraron que les pertenecía con todo derecho y nada más. Esto no lo hicieron por respeto a Labán sino por las siervas y sus hijos, que se quedarían en aquel lugar.

Enviada a buscar y llevar, yo también trabajé mucho. Nadie me hacía mimos ni me acariciaba la cabeza. Nadie me sonreía al verme ni elogiaba

mi hilado. Me sentía inútil y despreciada, pero nadie se percató tampoco de mi cólera, por lo cual dejé de lamentarme por mi desgracia e hice lo que se me ordenaba.

Podía haber sido una época de dicha de no ser porque Ruti, en las últimas semanas de nuestros preparativos, perdió sus pocas fuerzas. Comenzó a sentarse en el suelo, ante la tienda de Lía, y era la imagen misma de la desesperación, como una estatua que obligara a todos a desviarse. Lía se acercó a ella y trató de convencerla de que se moviera, de que entrara en su tienda y comiera algo, de que se consolara. Pero Ruti estaba más allá de

todo consuelo. Lía sufría por la pobre mujer que ya había perdido todos los dientes y mascullaba como una anciana a pesar de que no era mayor que ella. Pero no había nada que hacer, y después de varios intentos de apartarla de su sufrimiento, mi madre siguió con sus cosas.

En la noche anterior a nuestra partida, la última luna nueva que pasábamos en la tierra de los dos ríos, las esposas de Jacob se reunieron tranquilamente en la tienda roja. Las hermanas se sentaron, dejando que las tortas de tres puntas quedaran sin tocar en el cesto que estaba ante ellas.

Bilhá dijo:

—Ruti va a morir pronto. —Sus palabras quedaron flotando en el aire, irrefutables y veraces—. Un día Labán le pegará demasiado fuerte o simplemente se consumirá de dolor.

Zilpá suspiró en silencio y Lía se enjugó los ojos. Raquel se miró las manos. Mi madre me hizo poner en su regazo, un lugar para el cual ya estaba un poco mayor. Pero me senté allí y dejé que ella me acunara y disfruté de las caricias que me daba sin darse cuenta.

Las mujeres quemaron una porción de su torta lunar como ofrenda, tal como hacían en cada luna nueva, como hacían los séptimos días. Pero no cantaron canciones de acción de gracias, ni

tampoco bailaron.

Al día siguiente, las siervas se reunieron con las mujeres de Jacob para pasar los días de la luna, pero el encuentro se pareció más a un funeral que a una fiesta. Nadie le pidió a ninguna embarazada que comentara sus síntomas, nadie habló de las travesuras de los hijos. Las mujeres no se trenzaron unas a otras el pelo ni se ungieron los pies con aceite. Nadie probó las tortas dulces, salvo los niños que andaban de un lado para otro, buscando los pechos y los regazos de sus madres.

De todas las siervas, solo Zibatu y Uzna irían a Canaán con mis madres. Las otras se quedarían con sus esposos.

Era el fin de una larga hermandad para ellas. Habían asistido a los partos de cada una de las demás y habían amamantado a los hijos propios y ajenos. Se habían reído en el huerto y habían cantado a la luna nueva. Pero aquellos días felices se terminaban y cada mujer se sentó en compañía de sus propios recuerdos, de sus propias pérdidas. Por primera vez, la tienda roja se convirtió en un lugar triste, del que me alejé hasta que tuve ganas de dormir.

Ruti no apareció en la tienda. Llegó la mañana, luego la tarde y seguía sin aparecer. Cuando salió el sol al segundo día, mi madre me envió a buscarla. Le pregunté a José si la esposa de nuestro

abuelo había hecho pan aquella mañana. Le pregunté a Judá si había visto a Ruti por alguna parte. Pregunté a mis hermanos y a las hijas de los siervos, pero ninguno recordaba haber visto a Ruti. Nadie podía acordarse. Claro que por entonces el sufrimiento la había vuelto casi invisible.

Fui a la cima de la colina donde había sido tan feliz hacía solo unos meses, pero el cielo estaba oscuro y la tierra parecía gris. Recorrí con la vista el horizonte y no vi a nadie. Fui hasta el pozo, pero seguía sola. Subí a las ramas bajas de los árboles que había en el borde de las praderas más cercanas, pero no vi a Ruti.

Al volver para decirle a mi madre que no estaba por ninguna parte, la encontré. Estaba echada al lado de un cauce seco, un lugar desolado donde las ovejas descarriadas a veces vagaban y se rompían las patas. Al principio pensé que Ruti estaba durmiendo echada de espaldas, apoyada contra una roca. Cuando fui acercándome vi que tenía los ojos abiertos; entonces la llamé en voz alta, pero no se movió para contestarme.

Entonces vi que su boca estaba floja y que había moscas en los ángulos de sus ojos y en su muñeca, que estaba sucia de sangre negra. Las aves de rapiña volaban en círculos en el cielo.

Era la primera vez que veía un

cadáver. Se me llenaron los ojos de la imagen de Ruti, que ya no era la cara de Ruti sino un trozo de materia azulada con restos de un rostro que yo recordaba. No parecía triste, tampoco parecía dolorida. No tenía más que vacío. La miré tratando de entender adónde se había ido Ruti. Y aunque no me di cuenta, estaba conteniendo la respiración.

Nunca me habría movido de aquel lugar de no haber aparecido José detrás de mí. Raquel lo había enviado a él también a buscar a Ruti. Pasó junto a mí y se arrodilló junto al cuerpo. Sopló con suavidad en los ojos fijos de Ruti, le tocó la mejilla con el dedo y entonces

puso la mano derecha sobre los ojos para cerrarlos. Yo estaba admirada del valor y la calma de mi hermano.

Pero entonces José se puso a temblar y dio un salto atrás como si lo hubiera mordido una serpiente. Corrió hasta el fondo del valle, hacia el lugar donde alguna vez había fluido el agua y donde las flores debían de haber crecido.

Cayendo de rodillas, José quedó sobre el lecho seco. Contrayendo su cuerpo, comenzó a toser y a vomitar. Cuando quise acercarme, se puso de pie y me hizo un ademán para que me fuera.

—Vuelve y avisa a los demás —susurré—. Yo me quedo para mantener a los pájaros alejados.

Lamenté haber dicho esas palabras en el mismo momento en que salían de mi boca. José ni se molestó en contestarme, sino que se fue como si un lobo lo estuviera persiguiendo.

Volví junto al cuerpo, pero no podía hacer callar a las moscas que zumbaban sobre sus muñecas y sobre el cuchillo ensangrentado que estaba tirado al lado de Ruti. Los cuervos aleteaban y gruñían. El viento atravesaba mi túnica y yo temblaba.

Caminé hasta la parte alta del valle y trate de pensar en cosas agradables relacionadas con Ruti. Pero todo lo que podía recordar era el miedo instalado en sus ojos, su pelo sucio, el olor

desagradable de su cuerpo, su imagen derrotada. Había sido una mujer, así como mi madre era una mujer, y sin embargo ella había sido una criatura totalmente distinta de mi madre. No entendía la amabilidad de Lía hacia Ruti. En mi corazón yo compartía el desdén que le tenían sus propios hijos. ¿Por qué se sometía a Labán? ¿Por qué no exigía respeto a sus hijos? ¿Cómo había encontrado valor para matarse cuando no lo había tenido para vivir? Me avergonzaba la frialdad que había en mi interior, porque sabía que Bilhá habría llorado al ver a Ruti echada allí, que Lía se cubriría la cabeza con ceniza cuando supiera lo sucedido.

Pero cuanto más tiempo pasaba allí, más odiaba a Ruti por su debilidad y por tener que permanecer allí vigilándola. Me parecía que nadie iría a buscarme y comencé a temblar. Tal vez Ruti se levantaría y alzaría su cuchillo contra mí como castigo por mis pensamientos crueles. Tal vez los dioses del submundo vendrían a buscarla y me llevarían a mí también. Comencé a llorar llamando a mi madre para que fuera y me rescatara. Llamé a todas mis tías por sus nombres. Llamé a José, a Rubén y a Judá. Pero al parecer todos me habían olvidado.

En el momento en que vi la forma de dos personas que avanzaban a través del prado, ya era presa de la inquietud. Pero

no había nadie para consolarme. Las mujeres se habían quedado en la tienda. Solo los horribles hijos de Ruti habían acudido. Arrojaron una manta sobre la cara de su madre sin mucho más que un suspiro. Beor cargó sobre sus hombros el bulto diminuto del cuerpo de su madre como si llevara una oveja perdida. Lo seguí sola. Kemuel no prestó ninguna atención a su pobre madre muerta y cazó un conejo mientras regresábamos.

—¡Ja, Ja! —rio con estruendo cuando la flecha dio en el blanco.

Solo cuando vi la tienda roja al borde del campamento volvieron a rodar las lágrimas por mis mejillas y fui corriendo a donde estaban mis madres.

Lía me buscó el rostro y lo cubrió de besos. Raquel me acarició y me hizo acostar en su lecho fragante. Zilpá me cantó una canción de cuna que hablaba de lluvias abundantes y de cosechas magníficas mientras que Bilhá me frotaba los pies hasta que me quedé dormida. No me desperté hasta el día siguiente, al anochecer, y entonces Ruti ya estaba bajo tierra. Partimos unos días después.

Mi padre, mis hermanos mayores, todos los siervos y los hijos de Labán partieron hacia las praderas más lejanas

para separar los animales moteados o con manchas que habían pasado a ser propiedad de Jacob. De todos los hombres, solo Labán permaneció en el campamento, contando las tinajas mientras se llenaban, revolviendo la ropa cuidadosamente amontonada para comprobar que no nos llevábamos más que lo acordado.

—Es mi derecho —decía con rudeza, sin disculparse.

Al pasar los días, Labán comenzó a cansarse de vigilar los trabajos de sus hijas y decidió marcharse a Harán «para hacer negocios». Lía sonrió ante el anuncio.

—El anciano se va a jugar, a

apostar, a emborracharse y a alardear frente a los otros holgazanes de que finalmente va a deshacerse de su ambicioso yerno y de sus hijas desagradecidas —me dijo mientras le preparábamos una comida para que llevara en el viaje. Beor acompañó a Labán, quien hizo vehementes ademanes para indicar que delegaba en Kemuel el mando del campamento.

—Él tiene mi autoridad sobre todas las cosas —dijo Labán a las esposas y a los hijos más jóvenes de Jacob, a quienes reunió para anunciar su partida. Apenas había desaparecido Labán por detrás de la colina, Kemuel ordenó que Raquel en persona le llevara vino fuerte.

—No quiero que me lo traiga una sierva fea —advirtió—. Quiero que venga mi hermana.

Raquel no puso objeción alguna en cuanto a servirlo, porque esto le daba la oportunidad de poner en la copa una hierba que lo haría dormir.

—Bebe, hermano, bebe todo lo que quieras —dijo Raquel dulcemente mientras le hacía tragar la primera copa —. Toma, otra copa más.

A la hora de haber partido Labán, su hijo roncaba. Cada vez que estaba a punto de levantarse, Raquel iba a su tienda con su bebida y se sentaba junto a él, fingiendo interés por sus ordinarios intentos de seducción, y le llenaba la

copa, tanto y tan seguido, que el hermano perdió toda noción de lo que pasaba aquel día; y el día siguiente, también.

Mientras Kemuel roncaba, los hombres regresaron, conduciendo los rebaños hasta los pastos más cercanos, inmediatamente por encima de donde se levantaban las tiendas, de modo que las horas finales de nuestros preparativos estuvieron llenas de balidos, polvo y olor de animales.

También estuvieron llenas de ruidos desacostumbrados y con las tensiones y movimientos de tantos hombres entre nosotras.

Los días corrientes no había más que

mujeres y niños en las tiendas. Podía ser que alguno de los hombres, enfermo o debilitado, se quedara en su lecho o sentado al sol mientras a su alrededor se trabajaba la lana y se elaboraba el pan. Pero tal hombre sabía bien que su presencia era extraña y trataba de no molestar.

Pero en aquel momento teníamos una multitud de hombres sanos con poco que hacer.

—Qué desorden —decía mi madre, ante la agotadora presencia de sus hijos.

—Siempre están muertos de hambre —protestó Bilhá, que jamás protestaba, después de quitarse de encima a Rubén, por segunda vez aquel día, con un plato

de lentejas y cebollas. Bilhá o Lía tenían que interrumpir continuamente lo que estaban haciendo para calentar comida.

La presencia de los hombres ocasionaba además una dificultad más sutil. Las tiendas eran el dominio de Lía, y aunque ella era la única que sabía lo que debía hacerse, no iba a impartir órdenes estando su esposo a su lado. De modo que se ponía detrás de Jacob y suavemente le pedía:

—¿Está mi marido listo para desmontar el telar más grande y ponerlo en el carro? —y él daría instrucciones para que sus hijos hicieran lo necesario. Y así seguimos hasta tenerlo todo listo.

Durante las semanas que duraron los

preparativos y especialmente después de que Labán partiera para Harán, me mantuve muy cerca de mi tía Raquel. Encontré razones sólidas para seguirla de una faena a la siguiente, ofreciéndome a llevarle cosas, pidiéndole consejos sobre mis labores. Me quedaba a su lado hasta que caía la noche, incluso me quedaba dormida en sus mantas y despertaba envuelta en su olor fragante. Traté de obrar disimuladamente, pero ella sabía que la estaba observando.

La noche anterior a nuestra partida, Raquel me sostuvo la mirada, que estaba fija en cada movimiento que ella hacía. Al principio ella pareció contrariada,

pero luego me miró de un modo que me hizo saber que había triunfado: podía seguirla. Fuimos al *bamá*, donde Zilpá estaba inclinada frente al altar susurrando plegarias a los dioses y diosas a quienes estábamos a punto de dejar. Ella nos miró mientras nosotras nos sentamos entre las raíces del gran árbol que había allí, aunque no estoy del todo segura de que Zilpá me haya visto sentada entre las rodillas de Raquel. Mientras esperábamos, mi tía me trenzó el pelo y me habló de las propiedades curativas de las hierbas comunes (semillas de cilantro para el dolor de estómago, comino para las heridas). Hacía ya mucho tiempo que ella había

decidido que yo debía aprender lo que Inna le había enseñado a ella.

Nos quedamos allí, al abrigo del árbol, hasta que Zilpá se levantó, suspiró y se fue. Nos quedamos hasta que se fueron apagando los sonidos de las tiendas y hasta que se extinguieron las últimas luces. Nos quedamos hasta que la luna, a medias iluminada, se elevó sobre las ramas bajo las que estábamos sentadas, y hasta que el único sonido audible fue el balido ocasional de alguna oveja.

Entonces Raquel se levantó y yo la seguí mientras ella caminaba despacio hacia la tienda de Labán. Mi tía no prestaba atención a mi presencia, y yo

no estaba segura de que ella supiera que yo estaba detrás de ella hasta que corrió la cubierta de la tienda para hacerme pasar, a un lugar en el que no había estado ni había querido estar jamás.

La tienda de mi abuelo era oscura como un pozo seco, y el aire era denso y fétido. Raquel, que había estado allí para dormir a Kemuel con el vino, pasó junto a su cuerpo dormido y fue directamente al rincón de la tienda donde un banco de madera tosco servía como altar a Labán. Los *terafim* estaban dispuestos en dos filas. Raquel fue cogiéndolos sin vacilar y dejándolos en el paño que llevaba atado a la cintura, como si estuviera recogiendo cebollas.

Cuando el último de los ídolos cayó en el delantal, dio media vuelta, cruzó la tienda sin siquiera mirar a Kemuel, que se quejaba en sueños mientras ella pasaba por su lado, y sin ruido mantuvo la entrada de la tienda abierta para que yo también saliera.

Caminamos en medio de la quietud. Oía las palpitaciones de mi corazón y respiré profundamente para expulsar del todo el aire que había respirado en la tienda, pero Raquel no se detenía. Se dirigía a toda velocidad a su tienda, donde estaba durmiendo Bilhá. Oí que mi tía removía las mantas, pero estaba demasiado oscuro para ver dónde había escondido los ídolos. Luego Raquel se

acostó y no oí más ruidos.

Deseaba sacudirla y obligarla a enseñarme los tesoros. Quería que me tomara en sus brazos y que me dijera lo bien que me había portado guardando silencio y sin llamar la atención. Sin embargo, permanecí inmóvil. Me acosté oyendo los latidos fuertes de mi corazón, pensando que Kemuel iría a la tienda y nos mataría a todas. Me preguntaba si los *terafim* volverían a la vida y nos maldecirían por haberlos molestado. Estaba segura de que jamás llegaría a ver el día siguiente y temblaba en mi lecho, aunque aquella noche no hacía frío. Finalmente, se me cerraron los ojos, y me quedé dormida sin soñar

nada.

Me desperté a causa del creciente rumor de voces fuera de la tienda. Raquel y Bilhá ya se habían ido, y yo estaba sola con dos montones de mantas cuidadosamente dobladas. Se los había llevado. Me di cuenta. Raquel me había apartado de los ídolos. A pesar de mi cuidadosa vigilancia y después de haberla seguido hasta la tienda de su padre, los había perdido. Salí de la tienda rápido y vi a mis hermanos enrollando las pieles de cabra que habían estado en la tienda de mi padre. A mi alrededor había muchas tiendas desmontadas sobre el suelo, palos recogidos, sogas enroscadas. Mi casa

estaba desmantelada. Nos íbamos.

Jacob se había levantado al alba y había hecho un sacrificio de grano, vino y aceite pidiendo protección para el viaje. Los rebaños, presintiendo que se acercaba un cambio, balaban más que de costumbre y levantaban polvo. Los perros no dejaban de ladrar. Se habían recogido la mitad de las tiendas y el campamento se veía incompleto y desolado como si hubiera soplado un viento fuerte y hubiera arrasado la mitad del mundo.

Comimos un alimento matutino que se saló con las lágrimas de quienes no iban a acompañarnos. Las mujeres guardaron los últimos recipientes y

esperaron con las manos libres. No quedaba nada más por hacer, pero Jacob no dio la señal de partida. Labán no había vuelto de Harán como había prometido.

El sol comenzó a elevarse, ya hacía mucho que habíamos podido ponernos en marcha, pero Jacob estaba en la cima de un peñasco y frente al camino de Harán, solo, con los ojos entornados, buscando algún rastro de la vuelta de Labán. Los hijos de Jacob murmuraban entre ellos. Zilpá se fue al *bamá*, donde se desgarró la túnica y se echó ceniza en el pelo. El día se puso más caluroso y pesado, y hasta los rebaños se callaron.

Entonces Raquel pasó junto a Rubén,

Simeón, Leví y Judá que estaban en la cima de la colina donde Jacob observaba, se aproximó a su marido y dijo:

—Vámonos. Kemuel me dijo que su padre volverá con lanzas y jinetes para impedir que nos vayamos. Se fue a decirle a los jueces de Harán que eres un ladrón. No podemos esperar.

Jacob la escuchó y respondió:

—Tu padre teme demasiado a mi Dios para obrar de forma tan imprudente. Y Kemuel es un tonto.

Raquel hizo una inclinación de cabeza y dijo:

—Mi esposo sabrá lo que es mejor, pero los rebaños están listos y los

bienes preparados para el viaje. Nuestros pies se impacientan y no tenemos nada que hacer. No tenemos que huir como ladrones en mitad de la noche. No nos llevamos nada que no sea nuestro. Es el momento adecuado. Si esperamos más, la luna comenzará a declinar y las noches sin luna no son buenas para iniciar un viaje.

Raquel no decía más que la verdad, y Jacob no tenía el menor deseo de volver a ver a Labán. De hecho, estaba furioso con el anciano por hacerlo esperar, por hacer que tuviera que partir como un ladrón sin dejarle la oportunidad de despedirse apropiadamente del abuelo de sus hijos.

Las palabras de Raquel apoyaban la intención de Jacob, y cuando ella se marchó de su lado, Jacob dio la orden de partida. Impacientes por marchar, los hijos de Jacob lanzaron gritos de alegría, pero entre las mujeres que esperaban detrás surgió un lamento.

Mi padre nos indicó por señas que lo siguiéramos. Primero nos condujo al *bamá*, donde cada uno de nosotros puso un guijarro junto al altar. Los hombres reunieron las piedras que estaban esparcidas a sus pies para dejarlas allí en señal de despedida. Lía y Raquel pusieron piedras de las cercanías del terebinto que les había dado durante años sombra y abrigo.

No se dijo nada. Las piedras hablarían por nosotros, serían nuestros testigos, aunque Bilhá besó las suyas antes de ponerlas sobre las demás.

Solo Zilpá y yo estábamos preparadas para aquel momento. Semanas antes, mi atormentada tía me había llevado al cauce donde Ruti había muerto y me había enseñado un lugar al pie del abismo lleno de piedras regulares y de forma ovalada. Eligió un guijarro pequeño y blanco, del tamaño de la uña de su pulgar. Yo cogí otro rojo, con rayas negras, casi tan grande como mi puño. Llevó mi guijarro y me lo puso en la palma mientras yo caminaba por última vez por el lugar santo de mi

familia.

Entonces Jacob condujo a su familia a lo alto de la colina, hacia el lugar donde los siervos esperaban con el rebaño. Mi madre no miró hacia atrás; tampoco Zilpá, cuyos ojos estaban rojos pero secos.

3

Mi padre puso en orden de viaje a la familia, los rebaños y todos los bienes domésticos. Jacob dirigía con un gran cayado de olivo en la mano, flanqueado por Leví y Simeón, que andaban con arrogancia a ambos lados. Detrás de ellos iban las mujeres y los niños

demasiado pequeños para hacerse cargo de los rebaños, de modo que los hijos de Uzna iban cerca de las piernas de su madre y Zibatu llevaba a su hija en la cadera. Yo empecé a andar junto a Zilpá, con la esperanza de disipar la tristeza que se había apoderado de ella, pero su dolor me empujó finalmente al lado de mi madre y de Bilhá, que estaban entretenidas hablando de comidas y no me prestaron atención. De modo que me fui con Raquel, cuya sonrisa no se desvaneció ni siquiera cuando el sol comenzó a darnos de lleno. El bulto que llevaba en la espalda era más que suficiente para contener los *terafim*; estaba segura de que los llevaba allí.

A José, a Talí y a Isa les habían ordenado quedarse con los animales de carga que iban cerca de las mujeres, por lo cual protestaban, pataleaban y murmuraban que ellos eran ya suficientemente mayores para que se les encargara una misión de más responsabilidad que cuidar de una acémila o de una yunta de bueyes.

Inmediatamente después de nosotros y de las bestias de carga, Rubén se hacía cargo del rebaño y de los pastores, entre los que se contaban Zabulón, Dan, Gad, Aser y Nomir, esposo de Zibatu, y Zimri, el padre de los hijos de Uzna. Los cuatro perros corrían alrededor del perímetro de los rebaños, con las orejas

bajas sobre las cabezas mientras trabajaban. Desviaban sus ojos castaños de las cabras y las ovejas solo cuando Jacob se acercaba, y se pegaban al lado de su amo para sentir por un momento el tacto de su mano y el sonido de su voz.

Judá, encargado de vigilar la parte final de la caravana, caminaba detrás de los rebaños y controlaba la posible presencia de extraños. Yo me habría sentido muy sola allí, sin nadie con quien hablar, pero mi hermano parecía disfrutar de su soledad.

Sentía temor por el número de personas que componía la caravana y por lo que parecía ser una gran riqueza. José me dijo que no éramos más que un

pequeño grupo con solo dos animales de carga para llevar nuestras pertenencias; sin embargo, yo seguí sintiéndome orgullosa de las posesiones de mi padre y pensé que mi madre marchaba como una reina.

No habíamos avanzado mucho cuando Leví señaló una figura que estaba más adelante, sentada al lado del camino. Cuando nos acercamos, Raquel gritó:

—¡Inna! —Y salió corriendo a saludar a su amiga y maestra. La partera estaba lista para viajar, con un asno cargado con mantas y cestos a los lados. La caravana no se detuvo ante la vista inesperada de la solitaria mujer; habría

sido un error hacer detener el ganado sin que hubiera agua a disposición. En cambio, Inna se aproximó a Jacob, conduciendo a su jumento y poniéndose un paso detrás de mi padre, aunque no se dirigió a él directamente, sino que habló con Raquel de modo que él pudiera oír las palabras que decía.

La partera presentó su caso con palabras muy amables, que sonaban raras al provenir de alguien que solía hablar en términos vulgares y a veces hasta groseros.

—¡Oh, amiga mía! —dijo— no soporto el verte partir. Mi vida sería muy desolada en tu ausencia, y soy demasiado vieja para tomar otra

aprendiz. Solo deseo unirme con tu familia y estar entre vosotros el resto de mis días. Le daré a tu esposo todo lo que poseo a cambio de su protección y de que me conceda un lugar entre las mujeres de sus tiendas. Te acompañaría como tu vecina, o como tu doncella, para practicar mi oficio en el sur, y aprender lo que allí sepan. Cuidaría de los tuyos, los asistiría, pondría los ladrillos para los partos de las mujeres, curaría las heridas de los hombres, ofreciendo servicios a Gula, la que cura, en el nombre de Jacob —dijo Inna.

Hizo cumplidos a mi padre, al que llamó inteligente y amable a la vez. Se declaró su sierva.

Yo fui uno de los muchos testigos del discurso de Inna. Leví y Simeón se quedaron cerca, escuchando con curiosidad lo que pedía la mujer. Lía y Bilhá habían apresurado el paso para descubrir por qué su amiga había aparecido en el grupo. Hasta Zilpá dejó sus tristezas y se acercó a escuchar.

Raquel volvió su rostro hacia Jacob, con las cejas lo interrogaba, tenía las manos apoyadas sobre el pecho. El esposo la miró sonriendo:

—Tu amiga es bienvenida. Será tu ayudante ante mis ojos. Es tuya, pues era parte de tu propia dote. No hay nada más que decir.

Raquel besó la mano de Jacob y la

puso por un instante sobre su corazón. Luego condujo a Inna y a su asno hasta el lugar donde estaban nuestros animales y donde las mujeres podían conversar con más tranquilidad.

—¡Hermana! —dijo Raquel a la partera—. ¿Qué es lo que sucede?

Inna bajó la voz y comenzó a contar una historia muy triste acerca de un feto deforme, de cabeza pequeña y miembros torcidos, que había nacido de una niña a la que habían dejado embarazada al tener su primera sangre.

—Demasiado joven —decía Inna, con una expresión de profunda rabia—, demasiado, demasiado joven.

El padre era un extranjero, un

hombre de pelo hirsuto de cierta edad que solo llevaba una túnica y que llevó a su esposa a la cabaña de Inna. Cuando el recién nacido y la madre murieron, él acusó a la partera de causar su desgracia lanzándole maldiciones.

Inna, que había pasado tres días terribles trabajando para salvar a la madre, no pudo contener su lengua. Agotada y dolida, le dijo al hombre que era un monstruo y lo acusó de ser tanto el marido como el padre de la joven muerta. Luego le escupió en la cara.

Enfurecido, el extraño se abalanzó sobre ella y la habría ahorcado de no ser por los vecinos que acudieron ante los gritos y lo echaron. Inna nos enseñó los

cardenales que le habían quedado en el cuello. El hombre quiso reclamar restitución de bienes al padre de Inna, pero Inna no tenía ni padre, ni hermano ni esposo. Ella había vivido sola desde la muerte de su madre.

Habiendo conservado la cabaña de su familia, no necesitaba otro sitio para vivir, y con su labor de partera podía obtener grano, aceite y hasta lana para comerciar. Como no era una carga para nadie, tampoco nadie se preocupaba por ella. Pero en aquel momento un extranjero furioso quería saber por qué la gente de la ciudad toleraba semejante «abominación».

—Una mujer sola es un peligro —

gritaba a los vecinos de Inna—. ¿Dónde están los jueces de esta ciudad?

Esta pregunta aterrorizó a Inna. El hombre más poderoso de aquella ciudad de adobe la había odiado desde que ella rechazó el ofrecimiento que le hizo de casarse con un hijo medio tonto que tenía. Inna temía que él, en venganza, incitara a los otros hombres contra ella y que tal vez la convirtieran en esclava.

—Idiotas, todos ellos —dijo y escupió en el suelo—. Mis pensamientos volaron hacia aquí para encontrar un refugio —dijo dirigiéndose a todas las mujeres de mi familia, que caminaban cerca de ella, escuchando cada palabra —. Raquel sabe que siempre quise ver

más mundo que estas colinas polvorientas y ya que Jacob trata a sus mujeres mejor que la mayoría, el viaje que ibais a emprender me pareció un regalo de los dioses —continuó—. Y hermanas, debo deciros, estoy cansada de comer mi cena sola, deseo ver cómo crece alguno de los recién nacidos que traigo al mundo. Deseo celebrar la luna nueva entre amigas. Deseo saber que mis huesos serán enterrados después de que muera.

Mirando alrededor, se dibujó en su boca una enorme sonrisa:

—De modo que aquí estoy.

Las mujeres sonrieron a su vez, contentas de tener una curandera tan

experta entre ellas. Aunque Raquel había aprendido mucho, Inna era famosa por sus manos de oro, y muy querida por sus historias.

Zilpá consideró la aparición de Inna un buen augurio. La presencia de la partera levantó su espíritu tanto que más tarde mi tía comenzó a cantar. No era nada exaltado, solo una canción infantil acerca de una mosca que se burlaba de un conejo que se comió al insecto pero que fue comido por un perro, que a su vez fue devorado por un chacal, al cual lo cazó un león, que fue muerto por un hombre vanidoso que fue capturado por An y Enlil, los dioses del cielo, y puesto en lo alto para darle una lección.

Era una canción simple conocida por todos los niños y por lo tanto por todos los adultos, que la habían aprendido en la infancia. Al llegar a los versos finales, todas mis madres, las siervas y los niños estaban cantando. Hasta mis hermanos se habían unido, Simeón y Leví competían a ver quién cantaba más fuerte. Cuando la canción terminó, todos aplaudieron y se rieron. Era muy hermoso estar lejos de la sombra de Labán. Era muy agradable comenzar una nueva vida.

Esa fue la primera vez que oí las voces de los hombres y las mujeres elevarse juntas en una canción, y a lo largo del viaje los límites entre la vida

de los hombres y la de las mujeres se diluyeron un poco. Ayudábamos a los hombres a dar agua al ganado y ellos nos ayudaban a trasladar la cena. Los oíamos cantar canciones de pastores, que iban dirigidas al cielo nocturno y estaban llenas de historias de las constelaciones. Ellos oían nuestras canciones del hilado, que cantábamos mientras caminábamos e hilábamos la lana en husos pequeños. Nos aplaudíamos unos a otros y reíamos juntos. Era una vida aparte. Era como un sueño.

La mayoría de los cantos tenían lugar poco antes de dormir o a primera hora de la mañana, mientras todavía

estábamos frescos. Por la tarde todo el mundo sentía hambre y dolor en los pies. Las mujeres tardaron varios días en acostumbrarse a ponerse sandalias desde la salida hasta la puesta del sol; en casa íbamos descalzas dentro y fuera de las tiendas. Inna alivió nuestras heridas y apaciguó nuestros dolores masajeándonos los pies con aceite de tomillo.

Nuestro apetito era el de costumbre. Las largas jornadas nos daban a todos un hambre feroz, y resultaba muy bueno que mis hermanos pudieran añadir al pan y las gachas del camino pájaros y liebres que cazaban en los campos. La carne tenía un sabor distinto, pero Inna la

preparaba maravillosamente gracias a una especia amarilla brillante que había llevado para comerciar.

Se hablaba poco durante las comidas. Los hombres se sentaban en su propio círculo, las mujeres en el suyo; Cuando la luna se elevaba en el cielo, todos estaban durmiendo. Las mujeres y los recién nacidos se instalaban con mucho ruido en una gran tienda, los hombres y los muchachos dormían sobre mantas bajo las estrellas. Al amanecer, tras una comida rápida de pan tierno, aceitunas y queso, comenzábamos de nuevo. Después de varios días de seguir esta rutina, apenas podía recordar mi vida anterior, con raíces en un solo

lugar.

Cada nueva mañana traía una sorpresa. El primer día Inna se unió a nosotros. El segundo día por la tarde llegamos a un río ancho.

Mi padre había dicho que debíamos cruzar una gran extensión de agua, pero yo no me había dado cuenta del sentido de sus palabras. Cuando llegamos a lo alto de la colina que daba al valle, quedé muy impresionada. Nunca había visto tanta agua junta en un lugar, ni tampoco los demás, excepto Jacob e Inna. El río, del que Zilpá hablaba como si fuera una persona, no era muy ancho en el lugar en que lo abordamos, pero en todo caso era veinte veces más ancho

que cualquiera de los arroyos que yo conocía. Y atravesaba el valle como un camino luminoso, el sol poniente le daba un color de fuego.

Llegamos a un vado con el fondo del cauce alfombrado de guijarros. La tierra de las dos orillas estaba muy fangosa a causa de las muchas caravanas que habían pasado por allí y mi padre decidió que podíamos esperar hasta la mañana siguiente. Los animales fueron conducidos al agua y nosotros acampamos, pero, antes de la comida, mi padre y mis madres se reunieron a orillas del Éufrates e hicieron una libación de vino.

No éramos los únicos que estábamos

cerca del vado. En las orillas, más arriba y más abajo, los comerciantes se detenían para comer y dormir. Mis hermanos vagaban por los alrededores observando caras nuevas y ropas extrañas.

—Un camello —gritó José, y nuestros hermanos fueron tras él para ver de cerca al animal de largas patas. Yo no pude ir con ellos, pero no lamenté quedarme. Me dio la oportunidad de bajar al río, de donde volví casi convertida en contadora de historias.

Estuve a orillas del agua hasta que el último vestigio de la luz del día desapareció del cielo, y más tarde, después de la cena, volví a disfrutar del

olor del río, que era tan denso para mí como el incienso, pesado y oscuro y completamente diferente del aroma dulce y ligero del agua del pozo. Mi madre, Lía, habría dicho que yo olía la hierba podrida de la ribera y la presencia de muchos animales, pero yo reconocía el olor de aquella agua del mismo modo que podía distinguir el de mi madre.

Me senté junto al río y me quedé allí cuando otros se fueron a dormir. Sumergí los pies en el agua hasta sentirlos ligeros, suaves y más blancos que nunca. A la luz de la luna observaba las hojas que se abrían paso en la corriente, y lentamente, río abajo, se

perdían de vista. Me tranquilizaba el suave chapoteo del agua contra las suaves riberas, y estaba a punto de dormirme cuando unas voces me hicieron levantar. Me volví para mirar río arriba. Dos formas se movían en el centro del río. Por un momento pensé que se trataba de demonios del río o de animales del agua que venían a encerrarme en una tumba líquida. No sabía que las personas pudieran moverse en el agua de aquel modo. Nunca había visto nadar a nadie. Pero pronto me di cuenta de que simplemente se trataba de hombres, de los egipcios del camello, que hablaban en su lengua extraña y monótona. Aunque no hacían

mucho ruido, el agua hacía llegar el sonido hasta mí como si estuvieran susurrándome palabras en los oídos. No me fui al lecho hasta que salieron del agua y continuaron su pacífico viaje a través de la noche, sin ser molestados.

Por la mañana, mi padre y mis hermanos entraron en el río sucesivamente, levantando sus ropas para no mojarlas. Mi madre se colgó las sandalias en su cinturón y se reía al pensar que exhibía demasiado sus piernas. Zilpá canturreó una tonada mientras cruzábamos. Los gemelos iban delante, salpicándose uno a otro sin problemas.

Pero yo tenía miedo. Aunque me

había enamorado del río, podía ver que en su punto más profundo el agua le llegaba a mi padre a la cintura. Eso significaba que a mí me llegaría hasta el cuello y que podría tragarme. Pensé en aferrarme a la mano de mi madre como si fuera una recién nacida, pero ella sostenía un atado en la cabeza. Tenía las manos ocupadas y yo era demasiado orgullosa para pedirle a José que me ayudara.

No tuve mucho tiempo de tener miedo. Los animales de carga estaban a mis espaldas y me forzaban a avanzar, de modo que entré en el río y sentí que el agua me subía por los tobillos y las pantorrillas. La corriente era como una

caricia en las rodillas y en los muslos. En un instante, el agua me cubrió el vientre y el pecho, y yo reí. ¡No había nada que temer! El agua no era una amenaza, solo un abrazo del que no me quería soltar. Me hice a un lado mientras pasaba el buey y luego el resto de los animales. Movía los brazos en el agua sintiendo que flotaban en la superficie, observando las olas y remolinos que seguían a mis movimientos. «Aquí hay magia», pensé. En aquel lugar había algo sagrado.

Vi que las ovejas levantaban el cuello para mantener la cabeza fuera del agua, las cabras, con los ojos bien abiertos, apenas tocaban el fondo con

sus pezuñas. Y luego pasaron los perros, que de algún modo poseían el don de correr a través del agua, empujaban con las patas y se adelantaban, como divertidos, sin sufrir. Allí había algo más de magia: nuestros perros sabían nadar tan bien como los egipcios.

Finalmente Judá fue a donde yo estaba, mirando el agua con la misma expresión de duda con que yo la había mirado un rato antes.

—Hermana —dijo—. Ven, camina conmigo, aquí está mi mano —me dijo. Pero al hacer un ademán para tomarla, perdí pie y caí hacia atrás. Judá me aferró y me arrastró. Yo estaba de espaldas, el cielo sobre mí, y sentí que

el agua me transportaba, me sostenía. Un débil aullido escapó de mi boca. Un demonio del río, pensé. Un demonio del río me había apresado. Pero entonces Judá me empujó hacia los guijarros de la otra orilla y perdí la increíble levedad de mi cuerpo.

Aquella noche, cuando me acosté para dormir entre las mujeres, les dije a mis madres lo que había visto y sentido al lado del río y luego en el agua durante el cruce. Zilpá me declaró embrujada por el dios del río. Lía me cogió la mano y me apretó junto a sí. Pero Inna me dijo:

—Eres una criatura de agua. Tu espíritu contestó al espíritu del río.

Debes vivir junto a un río algún día, Diná. Solo junto a un río podrás ser feliz.

Disfruté de cada momento del viaje a Canaán. En tanto me ocupara de mi huso, mis madres no se preocupaban de lo que hacía ni de adónde iba, de modo que iba desde el principio hasta el final de la caravana, tratando de estar en todas partes y de verlo todo. Recuerdo poco de la tierra o del cielo, que sin duda cambiaron mientras viajábamos. Una vez, Raquel e Inna me llevaron con ellas a recoger hierbas y flores en las colinas que se hacían más empinadas y escarpadas mientras avanzábamos hacia el sur. Me sorprendió ver árboles tan

juntos que mujeres tan delgadas como Raquel e Inna tenían que caminar en hilera para pasar entre ellos. Recuerdo sus curiosas agujas, que hicieron que mis dedos olieran a verde todo el día.

Lo que más me gustaba era la vista del camino. Había caravanas que se dirigían a Egipto con cedro, columnas de esclavos que iban a Damasco y comerciantes de Siquem que iban a Carchemish, cerca de nuestra antigua patria. Mucha gente extraña pasaba cerca de nosotros: hombres sin barba como si fueran muchachos, hombres negros, corpulentos, con el torso desnudo. Aunque había muy pocas mujeres en el camino, pude ver mujeres

cubiertas con velo negro, niñas esclavas desnudas y una bailarina que llevaba un collar de monedas de cobre.

José estaba tan fascinado por la gente como yo, y a veces iba corriendo para mirar de más cerca algún animal particularmente extraño o algún traje. Yo era demasiado tímida para ir con él, y mis madres no lo habrían permitido. Mi hermano describía lo que había visto y nosotros nos maravillábamos al escucharlo.

Aunque debo decir que no compartía mis observaciones acerca de nuestra propia familia con José. Me sentía como una ladrona, espiando a mis padres y hermanos, pero quería

desesperadamente saber más sobre ellos, especialmente sobre mi padre. Como Jacob caminaba con nosotras un trecho cada día, yo aprovechaba para mirarlo y observar cómo trataba a mis madres. Le hablaba a Lía de planes y provisiones y a Raquel de los recuerdos de su viaje al norte, a Harán. Era cuidadoso y trataba de equiparar sus atenciones hacia cada una de las mujeres.

Zilpá inclinaba la cabeza cuando mi padre se aproximaba y él le respondía amablemente, pero rara vez hablaban. Jacob sonreía a Bilhá como su fuera su hija. Ella era la única a la que tocaba, poniendo la mano sobre su blando pelo

oscuro cada vez que pasaba. Era un acto de familiaridad y cariño que expresaba su afecto, pero que también probaba la insignificancia de Bilhá como la última de sus esposas. Bilhá no decía nada pero se le subía el color a la cara ante estas caricias.

Noté que la devoción de Rubén por Bilhá no había aminorado con el tiempo. La mayoría de mis hermanos, cuando alcanzaban cierta altura y comenzaba a crecerles la barba, aflojaban sus lazos infantiles con las madres y tías. Todos excepto Rubén, a quien le gustaba merodear cerca de las mujeres, especialmente de Bilhá. Cuando la llamaba, ella respondía:

—Sí, hermano —aunque era en realidad su sobrino. Nunca le hablaba de él a nadie y no recuerdo haberla oído jamás pronunciar su nombre, pero sí pude ver el afecto que se tenían, y que me ponía muy contenta.

Rubén era fácil de conocer, pero Judá era inquieto. Había elegido quedarse en la parte posterior del rebaño, pero a veces presionaba a alguno de los hermanos menores para que ocupara su puesto de modo que él pudiera ir a vagar. Podía subir hasta la cima de una colina rocosa, gritarnos algo y luego desaparecer hasta la caída de la noche.

—Aunque todavía es muy joven, ya

tiene hambre de una mujer —murmuraba Inna a mi madre cuando Judá llegó junto al fuego aquella noche, buscando su cena.

Me volví hacia él y me di cuenta de que el cuerpo de mi hermano ya había comenzado a tomar la forma del cuerpo de un hombre, tenía buenos músculos en los brazos, en las piernas se le veía el vello. Era el más hermoso de todos mis hermanos. Tenía dientes perfectos, blancos y pequeños, lo recuerdo porque se reía tan pocas veces que cada vez que lo hacía resultaba sorprendente. Años más tarde, cuando tuve ocasión de ver perlas por primera vez, pensé en los dientes de Judá.

Considerando que Judá ya se estaba convirtiendo en un hombre, tuve el pensamiento de que Rubén había llegado en realidad a una edad apropiada para casarse y tener hijos. En verdad no era mucho más joven que Nomir, cuya hija ya estaba a punto de caminar. Simeón y Leví también estaban en edad de casarse. Y entonces entendí otra razón por la cual habíamos dejado Harán: para encontrar a mis hermanos novias con dotes apropiadas sin que los pegajosos dedos de Labán estuvieran metidos en medio. Cuando le pregunté a mi madre sobre el asunto, ella dijo:

—Bueno, claro —pero la vi impresionada ante mi capacidad de

observación y sutileza.

Nadie volvió a hablar de Labán. Con el paso de los días, cuando la luna comenzó a esconderse, nos sentimos libres de las garras de mi abuelo. Jacob no fue hasta el final de la caravana donde estaba Judá para observar si su suegro iba persiguiéndonos. En lugar de mirar hacia atrás, sus pensamientos avanzaban hacia Edom y pensaba en el encuentro con Esaú, el hermano al que no veía desde hacía veinte años, desde el día en que le había robado la bendición de su padre y había huido. Cuanto más nos alejábamos de Harán, más hablaba Jacob de Esaú.

El día anterior a la luna nueva, nos

detuvimos a primera hora de la tarde para darnos tiempo a preparar la tienda roja y para cocinar los tres días concedidos a las mujeres. Ya que nos quedaríamos en el lugar más de una noche, mi padre también levantó su tienda. Estábamos cerca de un arroyo muy hermoso donde crecía el ajo en abundancia. El olor a pan pronto recorrió el campamento y se prepararon grandes ollas de caldo para que los hombres tuvieran lo suficiente para comer mientras mis madres se retiraban de su servicio.

Mis madres y Uzna entraron en la tienda de las mujeres antes de que el sol se pusiera. Yo me quedé fuera para

ayudar a los hombres a servirse. Nunca había trabajado tanto en mi vida. No era poca cosa alimentar a catorce hombres y muchachos y a dos niños, sin mencionar a las mujeres. La mayor parte del servicio cayó sobre mis espaldas ya que Zibatu estaba a menudo alimentando a su recién nacido. Inna no tenía paciencia con mis hermanos.

Yo estaba orgullosa de alimentar a mi familia, haciendo el trabajo de una mujer adulta. Cuando finalmente me reuní con mis madres en la tienda después de que oscureció, me sentí más agradecida que nunca por el descanso. Dormí muy bien y soñé que llevaba una corona y vertía agua. Zilpá dijo que eran

signos de que pronto iba a convertirme en mujer. Era un sueño dulce, pero terminó a la mañana siguiente con una pesadilla que huyó con la voz de Labán.

Pero no estaba soñando. Mi abuelo había llegado, pidiendo justicia.

—Quiero que me entreguéis al ladrón que robó mis ídolos —advirtió —. ¿Dónde están mis *terafim*?

Yo corrí al exterior de la tienda, a tiempo de ver a mi padre, con el cayado de olivo en la mano y avanzando a zancadas para enfrentarse con Labán. Beor y Kemuel estaban detrás de mi abuelo, junto con los siervos de Harán, que mantenían los ojos bajos para no mirar a los ojos a Jacob, a quien querían

y respetaban.

—¿A quién llamas ladrón? —preguntó mi padre—. ¿A quién acusas, viejo necio? Te serví durante veinte años sin recibir pago alguno, sin honor. No había ningún ladrón aquí hasta que llegaste tú a turbar la paz.

Labán se había quedado en silencio ante el tono de voz de su yerno.

—Gracias a mí tienes una vejez asegurada —dijo Jacob—. He sido un siervo honrado, no me llevé nada que no fuera mío. No tengo nada aquí excepto lo que estuviste de acuerdo en que era mío, y eso no es tampoco el pago apropiado para todo lo que te he dado. Tus hijas son mis esposas y no quiero

nada de ti. Tus nietos son mis hijos y no te deben nada. Mientras estuve en tus tierras, te honré de un modo que no merecías, pero ahora estoy libre de mis obligaciones como invitado o anfitrión.

En aquel momento todos mis hermanos se habían reunido detrás de Jacob y juntos parecían un ejército. Hasta José tenía un palo en la mano. El aire estaba cargado de odio.

Labán dio un paso atrás.

—¡Hijo mío! ¿Por qué me rechazas? —dijo lamentándose, con una voz repentinamente cansada y suave—. He venido hasta aquí solo para decir adiós a mi amada familia, a mis hijas y a mis nietos. Tú y yo somos parientes. Eres mi

sobrino y te quiero como a un hijo. No entendiste bien mis palabras. Solo deseo besar a mi familia y darte mi bendición —dijo estirando los dedos, inclinando la cabeza como un perro obediente—. ¿No es el dios de Abraham también el dios de mis padres? Él es grande, sin duda. Pero hijo mío —dijo Labán levantando la vista hasta la cara de Jacob—, ¿qué pasó con mis otros dioses? ¿Qué has hecho con ellos?

—¿Qué quieres decir? —preguntó mi padre.

Labán frunció el entrecejo, entornó los ojos y respondió:

—Los dioses de mi casa han sido robados y desaparecieron después de tu

partida. He venido a reclamarlos para mí y para mis hijos. ¿Por qué me dejaste fuera de su protección? ¿Temiste su ira, aunque rindes culto a uno solo que no tiene rostro?

Mi padre escupió a los pies de Labán.

—Yo no cogí nada. No hay nada entre mis cosas que te pertenezca. No hay lugar para los ladrones bajo mis tiendas.

Pero Labán seguía firme.

—Mis *terafim* son preciosos para mí, sobrino. No me iré de aquí sin ellos.

Ante esto, Jacob se encogió de hombros.

—Aquí no están —dijo—.

Compruébalo tú mismo.

Diciendo esto, hizo media vuelta, dio la espalda a Labán y se fue caminando hasta internarse en los bosques, fuera de la vista de los demás.

Labán comenzó su búsqueda. Mis hermanos se quedaron con los brazos cruzados y vigilaron mientras el viejo desempaquetaba los bultos, desenrollaba cada una de las tiendas guardadas, registraba todos los recipientes de vino. Cuando fue hacia la tienda de Jacob, Simeón y Leví trataron de bloquearle el camino, pero Rubén los obligó a hacerse a un lado. Siguieron a Labán y lo observaron mientras el viejo husmeaba entre las mantas de mi padre y

hasta levantaba el paño que estaba sobre el suelo dispuesto a revolver la tierra en caso de encontrar algún hoyo excavado.

El día iba llegando a su fin y Labán continuaba buscando. Yo corría para uno y otro lado desde donde estaba mi abuelo hasta la tienda roja para contar a mis madres lo que había visto. No hacían el menor ademán al oírme, pero yo sabía que estaban preocupadas. Nunca había visto que las manos de las mujeres trabajaran durante la luna nueva y, sin embargo, en aquel momento todas ellas estaban hilando con sus husos.

Después de que Labán revisó la tienda de mi padre, no le quedaba lugar alguno donde buscar, excepto la tienda

roja. Clavó los ojos en la tienda de las mujeres que estaba al borde del campamento. Era impensable que un hombre, gozando de buena salud, fuera a entrar por voluntad propia en aquel lugar al comienzo del mes. Los hombres y los jóvenes se detuvieron para ver si sería capaz de enfrentarse con las mujeres que sangraban, y peor todavía, con sus propias hijas.

Labán hablaba solo y por lo bajo mientras se acercaba a la tienda de las mujeres. Al llegar a la puerta se detuvo y miró por encima del hombro. Contempló a sus hijos y nietos y después abrió la cortina y entró.

La respiración agitada de Labán era

lo único que se oía. Echó un vistazo alrededor, muy nervioso, sin mirar a los ojos a las mujeres. Nadie se movía ni hablaba. Finalmente, y con gran desprecio dijo «bah» y fue hacia un montón de mantas.

Raquel no se movió de su lugar en el lecho de paja. No bajó los ojos mientras se dirigía a su padre. Antes bien lo miró fijamente y sin cólera ni miedo, ni ninguna otra emoción aparente, dijo:

—Yo me los llevé, padre. Yo tengo todos los *terafim*. Todos tus dioses. Están todos aquí. Estoy sentada encima de ellos. Los *terafim* de nuestra familia ahora están bañados con mi sangre menstrual, por lo cual los dioses de tu

casa están manchados sin redención posible. Si quieres, puedo dártelos —añadió Raquel con mucha calma, como si estuviera hablando de cosas triviales. Se levantó del lugar que ocupaba sobre la paja—. Me los llevaré de aquí y te los limpiaré, si estás conforme, padre. Pero su magia se ha vuelto en tu contra. De ahora en adelante no estarás bajo su protección.

Nadie respiró mientras Raquel hablaba. Labán abrió desmesuradamente los ojos, y comenzó a temblar. Contempló a su hermosa hija, que parecía refulgir en la luz rosada que se filtraba a través de la tienda. Fue un momento largo y temible que terminó

cuando Labán dio media vuelta y desapareció de nuestra vista. Fuera, en la luz, se encontró frente a frente con Jacob, que había vuelto.

—No había nada —dijo mi padre con total confianza.

Como Labán no respondió nada, Jacob continuó:

—No hay ladrones en mis tiendas. Esta es la última vez que nos vemos, anciano. Hemos terminado para siempre.

Labán no dijo nada, pero abrió las palmas de las manos e hizo una inclinación de cabeza en señal de conformidad.

—Ven —dijo—. Vamos a terminar con esto.

Mi abuelo fue hacia Jacob para seguirlo a la parte alta de la colina de su campamento. Mis hermanos fueron detrás para ejercer como testigos.

Labán y Jacob eligieron diez piedras cada uno y formaron un montón que señalaba el límite entre ambos. Labán vertió vino sobre ellas. Jacob las regó con aceite. Los dos prometieron mantener la paz y tocaron los muslos del otro en señal de garantía. Jacob dio media vuelta y comenzó a bajar la colina. Fue la última vez que vimos a Labán, lo que consideramos una suerte.

Jacob estaba impaciente por marcharse de aquel lugar, de modo que la tienda roja fue desmantelada a la mañana siguiente y continuamos viaje hacia la tierra que mi padre llamaba su patria.

Mi padre recordaba intensamente a Esaú. Aunque habían pasado veinte años, Jacob podía ver todavía la cara de su hermano cuando por fin entendió el sentido completo de lo que había caído sobre él. Jacob no solo lo había traicionado robándole la bendición de su amado padre, sino que además era evidente que Rebeca había estado detrás de la traición, la última de las muchas pruebas que ella había dado de favorecer a su hijo menor.

Jacob había observado la cara de Esaú cuando este describió parte por parte la traición familiar, y mi padre estaba avergonzado. Jacob entendió el dolor de estómago de Esaú y supo que de haber estado él en el lugar de su hermano también lo habría perseguido con un puñal afilado.

Jacob volvía una y otra vez a la visión de su terrible hermano vengativo, describiéndolo diariamente a sus hijos, a Lía, Raquel y Bilhá, durante las noches que pasaba con ellas, porque entonces solía levantar su propia tienda para tener la oportunidad de ser reconfortado por las mujeres hasta la mañana. El miedo de Jacob era tan grande que había

borrado todo recuerdo de amor de su hermano, que siempre había sido más fuerte que sus rabias pasajeras. Olvidó los tiempos en que Esaú lo había alimentado y lo había protegido, en que había reído junto a él y lo había elogiado.

El miedo de mi padre presentaba a Esaú como un demonio lleno de ira, a quien yo imaginé como un zorro con patas semejantes a troncos de árboles. Aquel tío me visitaba en sueños y logró que el viaje que tanto había deseado se convirtiera en una especie de marcha hacia una muerte segura.

No era la única que avanzaba con temor. No hubo canciones en el camino

ni en el campamento desde que mi padre comenzó a contar la historia de Esaú. El viaje se hizo silencioso a partir del día en que tuvimos el encuentro final con Labán, y ni el mismo Judá quiso seguir caminando solo en la parte posterior de la caravana.

Pronto llegamos a otro río que debíamos cruzar, y entonces Esaú se fue de mis pensamientos, me alegré de ver agua fluyendo nuevamente y corrí hacia la orilla para acercar mi cara a su olor delicioso y a su sonido palpitante.

Mi padre también pareció aliviado ante la vista del río y la perspectiva del trabajo que había que realizar. Dijo que acamparíamos en la otra orilla aquella

noche y reunió a sus hijos mayores para asignarles una misión a cada uno.

Aunque el curso del agua no era en ninguna parte tan ancho como había sido en el gran río del norte, aquel río era más profundo en el centro y corría mucho más rápido. Las hojas no se balanceaban con la corriente, sino que corrían como si fueran tras una presa escurridiza. El cruce tenía que hacerse aprisa, ya que el sol había comenzado ya a descender hacia el horizonte.

Inna y Zilpá vertieron una ofrenda al dios del río cuando el primero de los animales fue introducido en el agua y guiado para el cruce. Los animales más pequeños hubieron de ser transportados

de a dos y sostenidos por el cuello, con un hombre a cada lado. Los perros trabajaron hasta agotarse. Casi perdimos a uno en la corriente, pero José lo aferró y se convirtió momentáneamente en un héroe para sus hermanos.

Todos los hombres se cansaban más y más. Hasta Judá sucumbía ante el esfuerzo de guiar a los animales aterrorizados mientras hacía frente a una corriente que amenazaba con arrastrarlo a él. El río fue generoso y ninguno de los animales se perdió. En el momento en que el sol estaba sobre las copas de los árboles, aún quedaban por cruzar el buey, los asnos, las mujeres y los recién nacidos.

Rubén y Judá forcejearon con el buey, que, muerto de miedo, se comportó como un animal a punto de ser sacrificado. Tardaron en hacerle pasar, y en aquel momento ya había oscurecido. Mi madre y yo fuimos las últimas en pasar, y yo cogí con fuerza su mano para que la corriente no me llevara. Cuando alcanzamos la otra orilla era de noche y solo mi padre había quedado atrás.

Jacob gritó desde el otro lado.

—Rubén —dijo.

Y mi hermano replicó:

—Aquí estoy.

—Vigila a los animales —dijo mi padre—. No te preocupes por la tienda. La noche está tibia. Pasaré con la

primera luz. Ten todo listo para partir.

Mi madre no estaba contenta con el plan de Jacob y le dijo a Rubén que llamara a nuestro padre para que cruzara, y hasta se ofreció a cruzar el río y pasar la noche con él. Pero Jacob no lo permitió.

—Dile a tu madre que no tenga miedo. No soy un niño ni un anciano indefenso. Dormiré solo bajo el cielo como hacía en mi juventud, cuando viajaba al norte. Prepara todo para partir a primera hora de la mañana —dijo Jacob y no habló más.

Había luna nueva, de modo que la noche estaba oscura. El agua debió de haber endulzado el aire, pero las pieles

mojadas de los animales estropearon el olor con almizcle. Balaban en sueños, no estaban acostumbrados a estar mojados por la noche y sentir el frío. Traté de mantenerme despierta para oír la música del agua que corría ligera, pero esta vez la corriente me precipitó en un sueño profundo. Todos dormimos como lirones. Si mi padre había gritado, nadie lo oyó.

Rubén estaba al borde del río con Lía antes del amanecer para saludar a Jacob, pero mi padre no apareció. Los cantos de los pájaros matutinos habían crecido y el sol ya secaba el rocío, pero no había señal alguna de Jacob. A un signo de Lía, Rubén, Simeón y Judá se

lanzaron al agua para buscar a su padre. Lo encontraron desnudo y golpeado en medio de un claro donde la hierba y los arbustos habían sido rotos y aplastados, formando un círculo amplio a su alrededor. Rubén corrió hacia nosotros pidiendo a gritos una túnica para cubrir a nuestro padre, y luego se la llevó a través de la corriente.

Los clamores se acallaron y nos quedamos en completo silencio cuando llevaron a Jacob, desmayado, portado en los brazos de sus hijos, con la pierna izquierda colgando en posición anormal, como si ya no perteneciera a su cuerpo.

Inna se apresuró a ordenar que se levantara la tienda de mi padre. Bilhá

encendió un fuego. Los hombres se quedaron con las manos vacías. Rubén no tenía respuestas para sus preguntas, de modo que todos guardaron silencio.

Inna salió de la tienda y dijo:

—Fiebre.

Raquel corrió a buscar su atado de hierbas. Inna le hizo una seña a Rubén para que la siguiera al interior de la tienda, y unos instantes después oímos un alarido terrible, animal, en el preciso momento en que nuestro hermano ponía la pierna de Jacob en su lugar. El lamento que sucedió al grito fue todavía peor.

Como no se fijaban en mí ni me necesitaban, me senté fuera de la tienda

observando la resolución pintada en la cara de Inna y las mejillas enrojecidas de Raquel mientras entraban y salían. Vi que los labios de mi madre se apretaban hasta formar una línea fina mientras inclinaba la cabeza para escuchar lo que le decían. Yo escuchaba a través de las paredes de la tienda mientras mi padre le gritaba a un demonio azul del río y dirigía a un ejército de ángeles para pelear contra el poderoso enemigo que se había levantado de las aguas. Zilpá murmuraba encantamientos a Gula, e Inna cantaba a los dioses antiguos cuyos nombres yo jamás había oído: Nintinugga, Ninisinna, Baba.

Oí llorar a mi padre y pedir

misericordia a su hermano. Oí a Jacob, el padre de once hijos, llamando a su propia madre «Ema, Ema» como si fuera un niño perdido. Oí a Inna que intentaba calmarlo y convencerlo de que bebiera, como si estuviera dirigiéndose a un niño inquieto.

Durante todo aquel interminable día, nadie comió ni trabajó. Por la noche me quedé dormida en el lugar en que estaba, junto a la carta, y mis sueños se moldearon con los gritos de mi padre y los murmullos de mis madres.

Al amanecer, me desperté y me saludó la quietud total. Pegué un salto aterrada, convencida de que mi padre había muerto. Seguramente habíamos

sido capturados por Esaú y nos habían convertido en esclavos. Pero cuando comencé a gritar, Bilhá me encontró y me abrazó.

—No, pequeña —dijo acariciando mi revuelto pelo—. Él está bien. Ya ha recuperado el sentido y ahora duerme tranquilamente. Tus madres también están durmiendo, están muy cansadas por tanto trabajo.

La segunda noche después de la desgracia, mi padre estaba ya bastante bien para sentarse a cenar en la puerta de su tienda. La pierna le seguía doliendo mucho y apenas si podía caminar, pero tenía la mirada clara y las manos se movían con precisión. Dormí

otra vez, pero sin miedo.

Nos quedamos dos meses junto al río Jaboc, para que Jacob pudiera recuperarse. Se levantaron las tiendas de las mujeres y también las de los siervos. Los días se ordenaron, los hombres atendían los rebaños y las mujeres cocinaban. Construimos un horno con barro del río y fue bueno volver a comer pan tierno, húmedo y caliente, y no aquella masa seca que habíamos comido por el camino y que siempre sabía a polvo. Durante los primeros días de la enfermedad de Jacob se sacrificaron dos ovejas para preparar caldo con sus huesos, de modo que también pudimos comer carne un

tiempo. El extraño tratamiento hizo que todo se pareciera a una fiesta.

Pero mientras mi padre iba recuperando la salud, sus temores se tomaron mayores que antes y cambiaron por completo su conducta. Jacob no hablaba más que de la venganza de su hermano, y tenía visiones de un ataque nocturno y de su batalla acompañado por un ejército de ángeles como participantes en la lucha que tendría lugar. Sentía sospechas de los intentos que hacían los demás para calmarlo, solía echar al amable Rubén de su lado. En cambio, comenzó a depender de Leví, que lo dejaba enumerar todas sus preocupaciones sin límites y se

inclinaba asintiendo ante las tremendas predicciones de su padre.

Entre ellas, mis madres reflexionaban acerca del significado del último sueño de Jacob, tan poderoso había sido que había llegado hasta ellas. Las mujeres discutían los planes y problemas de Jacob. ¿Atacaría? ¿Sería un error enviar un emisario a Esaú? ¿No sería mejor apelar al padre, Isaac, para pedirle ayuda? ¿Tal vez las mujeres deberían enviar un mensajero a Rebeca, que no solo era su suegra sino también su tía? Sin embargo, no hicieron comentarios acerca de los cambios de modales de Jacob. El hombre confiado que era antes se había convertido en un

ser suspicaz y cauteloso. El padre afectuoso se había vuelto autoritario y hasta frío. Tal vez lo considerarían un síntoma de su enfermedad, o tal vez simplemente no veían lo que yo.

Comencé a aborrecer toda mención del nombre de Esaú, aunque pasando el tiempo mi temor inicial se fue convirtiendo en tedio. Mis madres ni siquiera se dieron cuenta del momento en que empecé a evitar sus tiendas. Estaban tan poseídas por los avatares de la historia de mi padre y sus conjeturas acerca de lo que tendría que afrontar, que había poco trabajo para mí. Toda la lana estaba enrollada, los telares no se habían montado, de modo que mis manos

a menudo estaban inmóviles. Nadie me llamaba para buscar agua ni para cargar lana, y no había huerto que limpiar, yo estaba cerca del fin de la niñez y fui en aquel tiempo más libre de lo que había sido antes o sería más adelante.

José y yo nos dedicamos a explorar el río. Caminamos por la orilla y observamos los peces que se amontonaban en los remolinos. Cazamos ranas, de color verde muy intenso, como jamás habíamos visto. Yo recogí hierbas salvajes y verduras. José atrapó saltamontes para hundirlos en miel. Nos mojamos los pies en las aguas frías y rápidas y nos salpicamos hasta quedar chorreando. Nos secábamos al sol y

nuestra ropa olía como la brisa y el agua del río Jaboc.

Un día caminamos río arriba y descubrimos un puente natural, un sendero de piedras planas que servía para cruzar al otro lado con facilidad. Como no había nadie que nos prohibiera el paso, pasamos a la otra orilla y pronto nos dimos cuenta de que habíamos encontrado el mismo lugar en que nuestro padre había sido herido. Reconocimos el claro que él había descrito, el círculo de dieciocho árboles, la hierba arrasada y los arbustos doblados y partidos. Encontramos también un lugar chamuscado en el suelo donde había

ardido un gran fuego.

Se me pusieron los pelos de punta, y José apretó mi mano con la suya, que estaba húmeda de miedo. Miramos hacia arriba, pero no oímos nada, ni el canto de un pájaro ni el susurro de las hojas en el viento. El lugar donde estaba la ceniza no despedía olor, e incluso la luz del sol parecía haber palidecido a nuestro alrededor. El aire estaba tan muerto como Ruti echada en aquel cauce.

Yo quería huir de allí, pero no podía moverme. José me dijo más tarde que también quería salir corriendo, pero que sus pies estaban clavados en la tierra. Levantamos los ojos al cielo

preguntándonos si los temibles ángeles de nuestro padre volverían, pero el cielo permaneció vacío. Nos quedamos como piedras, esperando que algo sucediera.

Un crujido procedente del círculo de árboles retumbó como un trueno, y nosotros quisimos gritar, al menos tratamos de hacerlo, pero ningún sonido escapó de nuestras bocas abiertas mientras un jabalí negro salía corriendo del bosque e iba directamente hacia nosotros cruzando el prado quemado. Nuevamente dimos un grito ahogado, tampoco la bestia emitía sonido, avanzaba ligera como una gacela. Pensé que estábamos a punto de morir y sentí mucha lástima al pensar en nuestras

madres, oí a Lía que lloraba detrás de mí.

Cuando me volví para verla, ella no estaba allí. Sin embargo, la quietud se había roto. Tenía los pies libres y corrí hacia el río, empujando a José con una fuerza mayor de la que poseía. Tal vez había ángeles de mi lado también, pensé mientras llegaba a las piedras y comenzaba a andar. José se resbaló en la primera roca y se cortó el pie. Esta vez sí se oyó su grito de dolor. El sonido de su grito pareció detener al jabalí y el animal cayó como si le hubieran dado con una lanza.

José volvió a ponerse de pie y atravesó las piedras hasta la otra orilla

donde yo le extendí mis manos, nos abrazamos temblando, entre los sonidos del agua, el susurro de las hojas y los asustados latidos de nuestros corazones.

—¿Qué era ese lugar? —preguntó mi hermano, pero yo solo podía negar con la cabeza. Miramos hacia atrás al jabalí, el claro, el anillo de árboles, pero la bestia había desaparecido y la escena parecía muy común y hasta hermosa: un pájaro cruzaba por el horizonte gritando, y los árboles se balanceaban en el viento. Yo temblaba, José me apretó la mano. Sin decir una palabra nos juramos mantener el secreto.

Pero mi hermano nunca volvió a ser el mismo. Desde aquella noche comenzó

a soñar con la misma fuerza con que lo hacía nuestro padre. Al principio hablaba solo conmigo de misteriosos encuentros con ángeles y demonios, con estrellas que se movían y bestias que hablaban. Muy pronto, sus sueños fueron demasiado grandes para que solo los oyera yo.

4

José y yo volvimos al campamento, temerosos de que nos preguntaran por nuestra ausencia y preocupados por esconder nuestro secreto de la mirada inquisitiva de nuestras madres. Pero nadie nos vio regresar. Todos los ojos estaban fijos en un extraño que estaba

ante Jacob. El hombre hablaba con el acento áspero del sur y las primeras palabras que oí de su boca fueron: «Mi padre». Cuando me deslicé entre los demás para ver la cara del mensajero, me encontré con alguien que solo podía ser un pariente.

Era Elifás, el hijo mayor de Esaú y primo mío; se parecía tanto a Judá que tuve que taparme la boca con la mano para no decirlo en voz alta. Era tan robusto y hermoso como Judá, aunque más alto, alto como Rubén en realidad. Al hablar hacía los mismos ademanes que Rubén, ladeaba la cabeza, pegaba el brazo izquierdo a la cintura y abría y cerraba la mano derecha. Este

mensajero traía las noticias que habíamos estado temiendo tanto tiempo.

—Mi padre vendrá antes de que oscurezca —dijo Elifás—. Viene con mis hermanos, con los siervos y esclavos, cuarenta en total, incluyendo a las mujeres. Mi madre está entre ellos —añadió haciendo una inclinación hacia mis madres, quienes sonrieron con cortesía a pesar de sus temores.

Mientras Elifás hablaba, la cara de mi padre era una máscara, inmutable e impasible. En su corazón, sin embargo, había desesperación y angustia. Sus minuciosos planes de dividirnos en grupos para que Esaú no pudiera destruirnos en un ataque habían quedado

anulados. Todas las noches que había pasado indicando a mis hermanos qué animales debían darse como ofrenda de paz y cuáles había que poner a salvo de las manos de Esaú eran tiempo perdido. Mis madres ni siquiera habían comenzado a separar y a preparar los bienes que mi padre deseaba presentar a su hermano mayor con la esperanza de aplacar su terrible cólera.

Estaba atrapado y se maldijo a sí mismo por haber pasado demasiado tiempo soñando con ángeles y demonios y descuidando su objetivo, porque nuestras tiendas en aquel momento corrían peligro y el río cortaba toda posibilidad de escapatoria.

No obstante, Jacob no dejó ver ninguno de estos sentimientos a su sobrino. Saludó a Elifás con igual cortesía y le agradeció su mensaje. Lo condujo a su propia tienda, lo invitó a descansar y pidió comida y bebida para el huésped. Lía fue a preparar la comida. Raquel le llevó cerveza de cebada, pero las mujeres no obraron con prisa para que Jacob tuviera tiempo de pensar.

Mientras Elifás descansaba, Jacob se encontró con mi madre y le dijo que hiciera vestir a las mujeres con sus mejores ropas y que preparara ofrendas. Le dijo a Rubén que reuniera a sus hermanos, que también se pusieran sus

ropas más elegantes, pero que llevaran puñales escondidos para que Esaú no pudiera matarlos sin pagar antes por ello. Todo esto se hizo muy rápido, de modo que cuando Elifás acabó con la comida, todo estaba listo y nosotros preparados para partir.

—No es necesario, tío —dijo Elifás —. Mi padre viene hacia ti. ¿Por qué no recibirlo aquí, en esta comodidad?

Pero Jacob se negó.

—Debo saludar a mi hermano del modo apropiado a una persona de su condición. Iremos a darle la bienvenida.

Dejando atrás solo a los siervos y a sus esposas, Jacob nos condujo. Elifás caminaba a su lado, seguido del regalo

de animales de Jacob, —doce cabras fuertes y dieciocho ovejas saludables, custodiadas por mis hermanos. Vi que Lía miraba hacia atrás por encima del hombro y la tristeza y el temor oscurecían su cara como nubes atravesando el sol, pero se sobrepuso al dolor en seguida y exteriorizó una imagen de absoluta serenidad.

Caminamos solo un rato, ni siquiera lo suficiente para que nuestras ropas se llenaran de polvo, antes de que mi padre bajara su báculo. Esaú estaba a la vista en el lado opuesto de un valle de laderas suaves. Jacob se adelantó solo para saludar a su hermano y Esaú hizo lo mismo mientras que los respectivos

grupos de hijos mayores los seguían a corta distancia. Desde la ladera, observé llena de miedo el momento en que los dos hombres se encontraron cara a cara. En un instante mi padre estaba en el suelo ante su hermano. Tuve la fugaz y horrible impresión de que alguien le había arrojado una flecha o una lanza. Pero entonces lo vi ponerse de rodillas y hacer una reverencia, postrándose sobre el polvo de nuevo, una y otra vez hasta completar siete veces. Era el saludo de un esclavo a su amo. Mi madre miraba hacia otro lado llena de vergüenza.

Aparentemente, mi tío estaba también molesto por lo que hacía su

hermano, por lo que se inclinó y cogió del brazo a Jacob, negando con la cabeza. Yo estaba demasiado lejos para oír las palabras, pero pudimos ver a los dos hombres charlando, primero agachados cerca del suelo y luego de pie.

Y entonces sucedió lo impensable. Esaú envolvió a mi padre en sus brazos. Mis hermanos inmediatamente se llevaron las manos a los puñales que llevaban escondidos. Pero Esaú no se había movido para lastimar a su hermano sino para besarlo. Atrajo a nuestro padre hacia su pecho en un largo abrazo y cuando por fin se separaron, Esaú le dio un golpecito a Jacob en el

hombro, en un ademán como el que hacen los niños jugando. Luego dejó correr su mano por el cabello de mi padre y ante esto ambos hombres rieron con la misma risa franca que probaba que habían compartido el vientre de su madre, aunque uno era moreno y el otro era blanco, uno era delgado y el otro robusto.

Mi padre le dijo algo a su hermano y de nuevo Esaú lo puso contra su pecho, pero esta vez, cuando se separaron no reían. Rubén dijo más tarde que tenían ambos las mejillas mojadas con lágrimas en el momento en que se acercaron andando hacia nosotros cada uno con el brazo apoyado en el hombro

del otro.

Yo estaba perpleja, ¿el vengador sanguinario de la cara roja avanzando abrazado con mi padre? ¿Cómo podía ser aquel hombre el mismo monstruo que había poblado mis sueños y había dejado a mis hermanos en silencio, incapaces de volver a cantar?

Mis madres intercambiaron miradas de incredulidad, pero Inna sacudió los hombros riendo en silencio.

—Tu padre es un tonto —dijo semanas más tarde en Socot cuando recordábamos la historia de aquel día —. ¿Temerle a ese hombre dulce con cara de recién nacido? ¿Provocarnos pesadillas por esa pacífica oveja?

Mi padre condujo a Esaú al lugar donde estábamos nosotras y Jacob le ofreció regalos. Nuestro tío, según las costumbres, los rechazó tres veces y después los aceptó elogiando las ofrendas en los términos más elevados. La ceremonia de los regalos tardó mucho; yo solo quería mirar más de cerca a los primos que estaban detrás de Esaú, especialmente a las mujeres, que llevaban collares y docenas de pulseras y ajorcas en muñecas y tobillos.

Después de aceptar los animales, la lana, los alimentos y el segundo mejor perro pastor de Jacob, Esaú se volvió hacia su hermano y preguntó, con la que parecía ser la misma voz de mi padre:

—¿Quiénes son esos hombres tan bien ataviados?

De modo que Jacob presentó a sus hijos, que hicieron una inclinación ante su tío, tal como se les había indicado.

—Este es Rubén, mi primogénito, hijo de Lía, que está aquí.

Mi madre hizo una profunda reverencia con la cabeza, menos en señal de respeto, me parece, que para que Esaú no viera el color de sus ojos hasta haber conocido a todos sus hijos.

—Y aquí hay más hijos de Lía: Simeón y Leví. Este es Judá —dijo mi padre y le dio una palmada en el hombro a su cuarto hijo—. Puedes ver que tu imagen nunca estuvo lejos de mi mente.

Judá y Esaú se dirigieron la misma sonrisa.

—Zabulón también es hijo de Lía, y estos son sus hijos gemelos Neftalí e Isacar.

Esaú hizo una reverencia a mi madre y dijo:

—Lía es madre de miríadas.

Y Lía enrojeció de placer.

Luego mi padre presentó a José.

—Este es el menor, el único hijo de mi Raquel —dijo dejando ver su preferencia por mi tía. Esaú se inclinó y miró al hijo favorito y observó la belleza intacta de Raquel. Ella se había situado detrás de él, todavía impresionada por los sucesos del día.

Luego Jacob llamó a Dan.

—Este es el hijo de la doncella de Raquel, Bilhá. Y aquí están Gad y Aser, hijos de la doncella de Lía, Zilpá.

Era la primera vez que yo oía las distinciones entre mis hermanos o mis tías, de ese modo, en público. Vi a las hijas de las esposas menores a quienes el mundo llama «doncellas» y vi cómo bajaban la cabeza al oírse nombradas de ese modo.

Pero Esaú sabía lo que era ser segundón y se aproximó a los hijos de las doncellas del mismo modo que lo había hecho con mis otros hermanos, saludó a Dan, a Gad y a Aser dándoles la mano. Los hijos de Bilhá y de Zilpá

estaban erguidos y yo estaba complacida de tener un tío así.

Después le llegó a mi padre el turno de preguntar acerca de los hijos de Esaú, quien los presentó con orgullo:

—Ya conociste a Elifás, mi primogénito, el que tuve con Adá, que está aquí —dijo, señalando a una mujer pequeña y regordeta que llevaba en la cabeza un gorro hecho con discos de cobre batido.

—Y este es Reuel —dijo Esaú poniendo el brazo alrededor de un hombre delgado y moreno, de barba tupida—. Es hijo de Basemat —añadió, señalando a una mujer de rostro dulce que tenía un recién nacido en el regazo

—. Mis hijos pequeños son Yeús, Yalam y Qóraj. Están allí con Basemat, pero son hijos de Oholibamá, mi esposa más joven. Murió de parto la primavera pasada.

Muchos cuellos se doblaron mientras se hacían las presentaciones, pero pudimos mirar con más detenimiento cuando iniciaron el regreso hacia el campamento de Jacob, junto al río. Mis hermanos mayores observaban a sus primos adultos, pero no hablaban. Las mujeres se reunieron y comenzaron el lento proceso de acercamiento. Encontramos a las hijas de Esaú entre ellas, incluyendo a las dos hijas más jóvenes de Adá. En verdad, esta había

tenido muchas hijas, algunas de las cuales habían crecido y ya se habían convertido a su vez en madres, pero Libbé y Amat todavía estaban con ella. No eran mucho mayores que yo, pero no me hicieron caso, porque yo todavía llevaba ropa de niña y ellas eran mujeres.

Basemat era una especie de segunda madre de todos los hijos de Oholibamá, y especialmente de la pequeña Itú, que le había costado la vida a su progenitora. Basemat había perdido muchos hijos, de ambos sexos, casi no podía recordar cuántos. Solo le quedaban dos, un varón, Reuel, y una muchacha, Tabea, que era de mi estatura. Tabea y yo íbamos

caminando a la par, pero nos quedamos en silencio, sin atrevemos a turbar la quietud de la procesión.

Ya había pasado la tarde cuando llegamos a las tiendas. Se había enviado a un mensajero a decir a los siervos que comenzaran a preparar la comida de la noche, y así el olor del pan cocido y de la carne guisada nos dieron la bienvenida. Sin embargo, todavía faltaba mucho por hacer para que estuviera lista la clase de fiesta que debía celebrarse en aquella gran ocasión a propósito de la reconciliación de los hijos de Isaac.

Las mujeres se pusieron a trabajar, y Tabea fue enviada a ayudarme a recoger

cebollas silvestres cerca del río. Inclinamos las cabezas como hijas obedientes, pero tan pronto como quedamos fuera de la vista de los mayores, yo empecé a reírme con fuerza. Un deseo se había cumplido. Podíamos estar solas.

Tabea y yo caminamos muy decididas hacia el lugar donde yo había encontrado gran cantidad de cebollas el primer día que llegamos a la orilla del Jaboc, y en seguida recogimos suficientes para llenar la cesta. Pero pensamos que nuestras madres no tenían por qué saber que lo habíamos hecho tan rápido, y nos propusimos sacar ventaja de nuestra libertad. Hundimos los pies

en el agua y nos contamos el montón de historias que componen los recuerdos de la infancia. Cuando yo admiré las pulseras de cobre que ella tenía en la muñeca, me contó la historia de la vida de su madre. La forma en que Esaú se había quedado prendado de la hermosa joven Basemat cuando la vio en el mercado de cerca de Mamre, donde nuestra abuela Rebeca vivía. Como regalo de boda, él había ofrecido al padre de Basemat, además del número acostumbrado de ovejas y cabras, no menos de cuarenta pulseras de cobre, «de modo que sus muñecas y tobillos puedan proclamar su belleza», había dicho. Esaú amaba a Basemat pero ella

sufría a manos de la primera esposa, Adá, que estaba celosa. Ni siquiera la pérdida de los niños de Basemat había conseguido ablandar el corazón de Adá. Cuando pregunté cómo podían celebrar la luna nueva juntas con tanta irritación en la casa, Tabea me dijo que las mujeres de su familia no tenían en cuenta la muerte ni el renacimiento de la luna.

—Esa es otra cosa de las mujeres de Esaú que no gusta a la Abuela —dijo Tabea.

—¿Tú conoces a nuestra abuela? —pregunté—. ¿Conoces a Rebeca?

—Sí —dijo mi prima—. La vi dos veces, durante la siega. La Abuela me sonríe, aunque no le habla a mi madre,

ni a Adá ni se fijó siquiera en Oholibamá cuando ella vivía. La Abuela dice cosas horribles acerca de mi madre, y eso está mal. —Mi prima frunció el ceño y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Pero yo adoro la tienda de mi abuela. Es un lugar muy hermoso, y aunque es la mujer más vieja que conozco, su belleza no se ha borrado. —Tabea sonrió y añadió—: La Abuela dice que me parezco a ella, aunque es evidente que me parezco mucho a mi madre.

Tabea parecía verdaderamente una copia de Basemat, con su nariz pequeña y brillante, su pelo oscuro, y sus muñecas y tobillos delgados. Pero

cuando conocí a Rebeca, recordé las palabras de mi prima y me di cuenta de lo que había querido decir mi abuela. Eran los ojos de Tabea los que Rebeca reclamaba como suyos, porque los ojos de mi prima eran negros y perspicaces, parecían flechas, mientras que los de Basemat eran castaños y poco expresivos.

Le hablé a Tabea de nuestra tienda roja y de cómo mis madres celebraban la luna nueva con canciones, tortas e historias, desentendiéndose de la oscuridad del exterior. Le conté que yo, la única hija, había sido autorizada a quedarme con ellas desde la infancia, aunque iba contra la costumbre que

alguien permaneciera allí antes de convertirse en mujer. Cuando dije esto, las dos nos miramos el pecho y nos bajamos las túnicas para comparar lo que había pasado en nuestros cuerpos. Aunque ninguna de las dos estábamos listas para dar de mamar, parecía que yo llegaría a ser mujer primero. Tabea suspiró y yo me encogí de hombros, y las dos nos reímos luego hasta que se nos llenaron los ojos de lágrimas, lo que nos hizo reír todavía más hasta que terminamos rodando por el suelo.

Cuando recuperamos el aliento hablamos de nuestros hermanos. Tabea dijo que no conocía bien a Elifás, pero que Reuel era amable. De los pequeños,

ella odiaba a Yeús, que le tiraba del pelo sin cesar y le coceaba las rodillas cada vez que lo enviaban al huerto a ayudarla. Le conté que Simeón y Leví habían conseguido que José y mis otros hermanos abandonáramos nuestros juegos, y que me habían tratado como si fuera su sierva personal cuyo único deber era tener llenas sus copas de vino. También le dije que yo les escupía en las copas cada vez que tenía la ocasión. Le hablé de la amabilidad de Rubén, de la belleza de Judá y de cómo José y yo habíamos sido amamantados juntos.

Me espantó oír que Tabea dijera que no quería tener hijos.

—He visto a mi madre llevando

demasiados niños muertos —dijo—. Y oí los alaridos de Oholibamá durante tres días hasta que dio su vida por Ití. Yo no quiero sufrir así.

Tabea dijo que no quería casarse, sino que prefería servir en Mamre y cambiar su nombre por Débora. Si no, dijo, cantaría en el altar de un gran templo como el de Siquem. Allí llegaría a ser una de las mujeres consagradas que tejen para los dioses y llevan ropas limpias siempre. Luego se dormiría sola, a menos que llevara a un consorte a la fiesta del grano.

Yo no entendía sus deseos. En realidad, ni siquiera entendía del todo sus palabras, ya que no sabía nada

acerca de templos o de mujeres que servían en ellos. Por mi parte, le dije a Tabea que yo esperaba tener diez hijos fuertes como los que mi madre había parido, aunque me gustaría, que, en cambio, por lo menos cinco fueran mujeres. Era la primera vez que decía estas cosas en voz alta, y tal vez la primera vez que me ponía a pensarlas. Pero hablaba de corazón.

—¿No te da miedo el parto? —preguntó mi prima—. ¿No tienes miedo del dolor? ¿Y si el recién nacido se muere?

Negué con la cabeza.

—Las parteras no temen a la vida —dije, y me di cuenta de que había

comenzado a considerarme aprendiz de Raquel y nieta de Inna.

Tabea y yo miramos el agua y nuestras palabras siguieron fluyendo. Comparamos las diferencias que nos separaban y nos preguntamos si nuestras esperanzas se verían satisfechas, y si llegaríamos a saber qué le había ocurrido a cada una después de que nuestros padres se separaran. Mis pensamientos iban de un lado a otro, como la lana en un gran telar, de modo que cuando finalmente oí mi nombre en boca de mi madre, noté cierta ira en su voz. Habíamos tardado demasiado. Tabea y yo nos dirigimos con rapidez, cogidas de la mano, hacia los fogones.

Mi prima y yo hicimos todo lo posible por permanecer juntas después de eso, observando el círculo de nuestras madres con curiosidad apenas disimulada. Todas ellas observaban las ropas y las recetas de las demás, solicitaban que se les repitieran los nombres con total cortesía, por favor, una vez más, si no te molesta, para pronunciarlo bien. Pude ver que mi madre alzaba las cejas ante el uso de la sal que hacían las cananeas y noté que Adá se sentía molesta al ver que Bilhá añadía cebollas frescas a su guiso de carne de cabra seca. Pero todos los juicios estaban enmascarados por delicadas sonrisas y mezclados con los

trajines de los preparativos de la fiesta.

Mientras las mujeres terminaban de preparar los alimentos, Esaú y Jacob desaparecieron en el interior de la tienda de mi padre. Cuando los hijos de Esaú montaron las tiendas para pasar la noche, se reunieron cerca de la puerta de mi padre, donde también estaban mis hermanos. Rubén y Elifás intercambiaron elogios respecto de los rebaños de los padres, comparando sutilmente el número y la salud de cada grupo, midiendo la proximidad de las praderas y las habilidades de los perros. Elifás parecía sorprendido de que ni Rubén ni ninguno de sus hermanos todavía se hubiera casado ni hubiera

tenido hijos, pero aquel no era un asunto que Rubén fuera a discutir con el hijo de Esaú. Había periodos de silencio en la conversación entre los primos, que pataleaban, y abrían y cerraban los puños, un tanto aburridos.

Finalmente, la cortina de la tienda se abrió y mi padre y Esaú salieron frotándose los ojos ante el resplandor que quedaba del día y pidieron vino y comida para comenzar. Los dos hermanos se sentaron en una manta que el mismo Jacob estiró. Los hijos se acomodaron muy conscientes del lugar que les correspondía. Elifás y Rubén detrás de sus padres, José y Qóraj a los lados. Como yo corría a todos lados

llenando las copas de vino, noté que mis hermanos eran mucho más numerosos que los de Tabea y que eran mucho más hermosos que los hijos de Esaú. Tabea servía el pan mientras que nuestras madres y siervas llenaban los platos de los hombres hasta que estos no podían comer más.

Cada mujer se percató de quién había tomado más de su caldo, de su pan, de su cerveza, y cada hombre se esforzó por hacer los cumplidos con el alimento servido por las esposas de su hermano. Esaú bebió mucha cerveza de la que había preparado mi madre y celebró la cabra con cebollas de Bilhá. Jacob comió poco, pero hizo todo lo que

pudo para honrar la comida que le ofrecieron Basemat y Adá.

Cuando los hombres terminaron, las mujeres y niñas se sentaron, pero como suele suceder con las grandes comidas, quedaba poco apetito después de horas de remover y probar. Las madres fueron servidas por las esclavas de Esaú, dos muchachas fuertes que llevaban pequeños pendientes de plata en los lóbulos. Una de ellas estaba embarazada. Tabea me dijo en secreto que había sido Esaú, y que si la chica tenía un hijo se quitaría el aro de plata y se convertiría en una esposa menor. Miré a la muchacha esclava, tenía los tobillos tan anchos como los de Judá;

luego miré a Basemat, y le dije a Tabea que los gustos de Esaú en materia de mujeres eran tan amplios como sus otros apetitos. Ella comenzó a reír, pero una mirada reprobatoria de Adá nos hizo poner serias.

La luz comenzaba a escasear cuando Jacob y Esaú empezaron a contar historias. Nuestros siervos acercaron lámparas y los esclavos de Esaú las llenaron de aceite, de modo que la luz de las llamas bailaba sobre las caras de mi familia, que de repente se había hecho muy numerosa. Tabea y yo nos sentamos juntas a escuchar la historia de nuestro abuelo Abraham, que había dejado su antigua patria de Ur donde se

rendía culto a la luna bajo el nombre de Nanna y de Ningal, y se había ido a Harán, donde la voz de Él le había indicado que fuera a Canaán. En el sur, Abraham había protagonizado hechos importantes, había matado a mil hombres de un solo golpe porque El-Abram le había dado la fuerza de diez mil.

Jacob habló de la belleza de Saray, la esposa de Abraham, y de una sierva de Inana, la hija de Nanna y Ningal. Inana amaba tanto a Saray que la diosa llegó hasta ella en el bosque de terebintos de Mamre y le concedió un hijo cuando ya era mayor. Aquel hijo era nuestro abuelo Isaac, el esposo de

Rebeca, que era la sobrina de Saray, la sacerdotisa. Era Rebeca, mi abuela, que hacía de adivina en el bosque santo de Saray en Mamre.

Habiendo recordado la historia de la familia como correspondía, mi padre y mi tío se volvieron a sus historias de cuando eran pequeños, dándose palmadas en la espalda mientras recordaban los tiempos en que se escapaban del huerto de su madre para jugar con las ovejas, ayudándose entre sí a recordar los nombres de sus perros favoritos: el Negro, el Manchado y especialmente el Genio de Tres Patas, un animal milagroso que sobrevivió al ataque de un chacal y siguió siendo uno

de los mejores pastores.

Era maravilloso verla cara de mi padre cuando se contaban estas historias. Pude imaginario como un muchacho, libre, fuerte, voluntarioso. Su parquedad se diluía cuando Esaú le recordaba el día en que habían caído en un cauce seco y entraron en la tienda de su madre cubiertos de espeso barro gris. Se reía de las historias de los tiempos en que robaban todo el pan cocido durante el día, comían hasta sentirse mal y eran castigados por eso.

Después de contar muchas anécdotas, un silencio satisfecho recorrió al conjunto. Oímos el rumor de los rebaños y los murmullos del río

Jaboc. Y luego Esaú se puso a cantar. Mi padre sonrió abiertamente y cantó con él, dando fuerza y brío a las palabras de una canción de pastores desconocida acerca del poder de cierto carnero. Las mujeres apretaban los labios mientras seguían los versos, cada uno más picante y atrevido que el anterior. Para mi sorpresa, mis hermanos y nuestros primos conocían toda la canción y también comenzaron a cantarla, produciendo un griterío espantoso y finalizando con exclamaciones y risas.

Cuando los hombres terminaron, Esaú miró a su esposa Adá, la cual a su vez hizo ademán y las bocas de las

esposas, hijas, siervas y esclavas se abrieron. Era un himno a Anat, nombre con que las cananeas se referían a Inana, e invocaba la protección de la diosa en la guerra y su poder en el amor.

La canción era diferente de cuantas había oído, y se me erizó el pelo de la nuca, pensé que era José que me estaba tocando con un manojo de hierba. Pero cuando me volví para reprenderle, vi que estaba sentado al lado de mi padre, con los ojos brillantes y fijos en las canteras. Cantaron al unísono, aunque a veces creaban como una red de sonidos con sus voces. Era como oír un pedazo de tejido con todos los colores del arco iris. No sabía que se pudiera lograr tanta

belleza con la voz humana. Hasta entonces no había oído ninguna armonía.

Cuando terminaron, me di cuenta de que tenía lágrimas en los ojos, y vi que las mejillas de Zilpá estaban húmedas también. Bilhá tenía la boca abierta de admiración y los ojos de Raquel permanecían cerrados como para escuchar con perfecta atención.

Los hombres aplaudieron y pidieron otras canciones, de modo que Basemat comenzó de nuevo con una canción sobre la cosecha y la plenitud de la tierra. Tabea cantó con ellas y yo no podía sino asombrarme de lo que mi amiga era capaz de hacer junto con sus madres. Cerré los ojos. Las mujeres

cantaban como pájaros, con más dulzura todavía. Era como oír el viento a través de los árboles, pero más alto. Las voces eran como la corriente del agua del río, pero con sentido. Entonces sus palabras cesaron y comenzaron a cantar con sonidos que no tenían significado, pero que daban voz a la alegría, al placer, al deseo, a la paz.

—La, la, la —cantaban.

Cuando terminaron, Rubén aplaudió la música de sus parientes e hizo una profunda reverencia. José, Judá y Dan también se levantaron y se inclinaron en señal de agradecimiento, y yo pensé: «Estos cuatro son mis favoritos y mis mejores hermanos».

Hubo más canciones y algunas pocas historias más mientras seguimos sentados junto a la luz de las lámparas. Solo cuando la luna comenzó a bajar, las mujeres terminaron de limpiar la última de las copas. Con los niños dormidos en sus brazos, las madres jóvenes marcharon hacia sus propios lechos y los hombres también emprendieron la partida. Finalmente, solo Jacob y Esaú permanecieron sentados, observando silenciosamente los destellos de la última lámpara encendida.

Tabea y yo nos fuimos y caminamos hasta el río abrazadas por la cintura. Yo me sentía plenamente feliz. Podría haberme quedado allí hasta el amanecer,

pero mi madre fue a buscarme, y aunque le dirigió a Tabea una sonrisa, me cogió de la mano y me apartó de mi amiga.

Me desperté a la mañana siguiente con los ruidos que hacía la tribu de Esaú preparándose para la partida. Durante la conversación que mantuvieron aquella noche, mi padre le dijo a su hermano que no lo seguiría a Seir. Por más afectuoso que hubiera sido el encuentro entre los hermanos, sus fortunas no podían enlazarse. Las tierras de mi tío eran vastas y su posición segura. De habernos unido a él, Jacob tendría, en

comparación, pocos merecimientos. Mis hermanos también estarían en desventaja, dado que los hijos de Esaú ya poseían rebaños y tierras. Y pese a toda la amistad manifestada la noche anterior, los hijos de Isaac no se habían reconciliado del todo, ni podrían hacerlo jamás. Las cicatrices que habían permanecido durante veinte años no podían borrarse con una simple celebración, y los hábitos de aquellos años, vividos en mundos tan diferentes, eran cosas que los distanciaban.

Sin embargo, los hermanos se abrazaron con mutuas declaraciones de amor y promesas de visitarse. Rubén y Elifás se dieron palmadas en el hombro,

las mujeres se saludaron. Tabea expuso su desacuerdo despegándose del lado de su madre para abrazarme, y ambas sentimos las lágrimas de la otra en nuestras caras. Mientras estábamos enlazadas, ella me susurró:

—Recuérdalo bien, pronto vamos a reunirnos en la tienda de la Abuela. He oído decir a mi madre que seguramente te encontraremos allí en la fiesta del grano. Recuerda todo lo que pase hasta entonces para que me lo puedas contar.

Diciendo esto, me dio un beso y volvió corriendo al lado de su madre. Ella la llevó de la mano hasta que Tabea estuvo fuera de mi vista. Tan pronto como partieron, mi padre les dio

indicaciones a Rubén y a mi madre de que hicieran los preparativos para nuestra propia partida.

Yo hice mi parte con el corazón aliviado, estaba contenta de seguir viaje sin la amenaza del ataque de Esaú, ansiosa por volver a ver a mi amiga y por conocer a mi abuela, que ya había comenzado a vivir en mi imaginación. Estaba segura de que Rebeca querría a mis madres; después de todo, eran tanto sus sobrinas como sus nueras. E imaginé que yo me convertiría en su niña mimada, en su favorita. ¿Por qué no?, pensaba. Después de todo, yo era la heredera femenina de su hijo favorito.

A la mañana siguiente partimos, pero

no fuimos muy lejos. Al segundo día, mi padre hundió su cayado en la tierra cerca de un pequeño arroyo bajo una encina y anunció su intención de permanecer allí. Estábamos cerca de un pueblo llamado Socot, dijo, un lugar en el que había estado bien cuando iba hacia el norte. Mis hermanos habían explorado la tierra antes y habían asegurado un sitio para nosotros, y en pocos días había corrales y establos para los animales y un buen horno de arcilla, lo suficientemente grande para cocer pan y tortas. Nos quedamos allí dos años.

El viaje que emprendimos desde la casa de Labán me había permitido disfrutar de los cambios, de manera que las rutinas de la vida sedentaria en Socot me aburrieron al principio. Pero tenía los días ocupados desde la salida del sol hasta el ocaso, y pronto aprendí a disfrutar de la alquimia de convertir la harina en pan, la carne en caldo, el agua en cerveza. También pasé del hilado al tejido, que era mucho más difícil de lo que yo me había imaginado, algo que jamás llegué a dominar completamente como Zilpá y Bilhá, a quienes la urdimbre jamás se les rompía.

Como la niña mayor, a menudo me

dejaban a cargo de los hijos de las siervas y aprendí tanto a amar a aquellos pequeños monstruos de nariz sucia como a impacientarme con ellos. Estaba tan ocupada en el mundo de las mujeres que apenas si sabía lo que pasaba con mis hermanos o qué cosas habían cambiado entre ellos. Porque aquellos fueron los días en que Leví y Simeón reemplazaron a Rubén como mano derecha de mi padre, y se convirtieron en sus principales consejeros.

Socot era un lugar fértil para mi familia. Zibatu había tenido un nuevo niño y también Uzna, a ambos los llevó mi padre a su altar bajo la encina. Los circuncidó y los declaró libres de la

condición de siervos que tenían sus padres y miembros plenos de la tribu de El-Abram, y así la tribu de Jacob crecía.

Bilhá concibió en Socot, pero perdió al niño antes de que se empezara a mover en su vientre. Raquel corrió una suerte parecida también, y durante casi un mes después del hecho no permitió que José estuviera fuera de su vista. Mi madre también perdió un niño, que salió de su vientre varios meses antes de tiempo. Las mujeres apartaron la vista de la pequeña niña condenada a morir, pero yo solo vi en ella una belleza perfecta. Tenía las pestañas luminosas como las alas de las mariposas y los dedos de sus pies se doblaban como los

pétalos de una flor.

Sostuve a mi hermana, la que nunca tuvo un nombre, la que jamás abrió los ojos, la que murió en mis brazos.

No tenía miedo de la pequeña muerta. Tenía paz en el rostro, las manos perfectamente limpias. Parecía que iba a despertar en cualquier momento. Las lágrimas de mis ojos cayeron sobre su mejilla de alabastro y pareció que ella lamentaba el fin de su propia vida. Mi madre fue a llevarse a mi hermana de mi lado, pero al ver mi dolor me permitió llevarla al entierro. Fue envuelta en un paño de tela fina y enterrada bajo el árbol más fuerte y añoso que se veía desde la tienda de mi madre. No se

hicieron ofrendas, pero mientras el pequeño bulto era cubierto con tierra, los suspiros que escapaban de las bocas de mis madres fueron tan elocuentes como cualquier salmo.

Mientras nos alejábamos de la tumba de la niña, Zilpá murmuró que los dioses del lugar estaban conjurados contra la vida, pero como siempre, mi tía interpretaba mal los signos. Porque las siervas volvieron a concebir tan pronto como crecieron sus niños. Las ovejas y cabras tenían gemelos y todos sobrevivían. Los rebaños crecían rápidamente y hacían que mi padre se convirtiera en un hombre próspero, lo que significaba que mis hermanos

podían casarse.

Tres de ellos se casaron en Socot. Judá se casó con Shua, hija de un comerciante. Ella concibió durante la semana nupcial y tuvo a Er, el primero de los hijos de Judá y el primero de los nietos de mi padre. Me gustaba Shua, que era gorda y de buen carácter. Trajo el don cananeo del canto a nuestras tiendas y nos enseñó melodías. Simeón y Leví tomaron a dos hermanas como esposas, Ialutu e Inbu, hijas de un alfarero.

Me tocó a mí quedarme con los recién nacidos y ocuparme del fuego mientras las esposas de Jacob asistían a las festividades. Estaba furiosa porque

me habían dejado de lado, pero en las semanas posteriores a las nupcias oía mis madres conversar acerca de todos los detalles de las bodas, tanto que me pareció que yo también había estado allí.

—Seguramente tendrás que admitir que el canto fue maravilloso —dijo Zilpá que volvía cada vez tarareando una nueva melodía, marcando el ritmo con la mano contra el muslo.

—Sí, por supuesto —decía mi madre con voz indiferente—. Lo aprendieron de sus madres y sus abuelas.

Raquel sonreía volviéndose hacia Lía:

—Lástima que esas abuelas no cocinaran, ¿verdad?

Lía lo admitía con sonrisa irónica.

—Cuando le toque a Diná entrar en la tienda nupcial, yo le enseñaré a preparar una boda —decía acariciándome la cabeza.

Solo Bilhá parecía disfrutar en las bodas de sus sobrinos.

—Oh, hermana —le decía a Lía—, ¿no piensas que el velo era bonito, bordado con hilos dorados y adornado con monedas? Me pareció que tenía el aspecto de una diosa.

Lía no quería saber nada de eso.

—¿Vas a decirme que tu estómago estaba satisfecho después de la comida?

—le respondió.

Pero Lía no estaba disconforme con las novias que los hijos le habían llevado. Eran todas saludables y respetuosas, aunque Shua se volvió de inmediato la favorita. Las dos hermanas nunca entraron del todo en el círculo de mis madres, y vivían con sus maridos a una corta distancia de nuestra tienda, cerca de los rebaños, decían mis hermanos. Pienso que Simeón y Leví se mudaron porque Ialutu e Inbu deseaban mantener su distancia. No eché de menos su compañía en absoluto. Me trataron con el mismo desdén que sus esposos, y además mi madre tenía razón, ninguna de las dos sabía cocinar.

De los hijos mayores de Jacob, solo Rubén permanecía sin casarse. Mi hermano mayor parecía contento de servir a su madre y de ser amable con Bilhá, cuyo único hijo era todavía demasiado joven para cazar.

Una mañana, mientras todos dormían, se oyó la voz de una mujer:

—¿Dónde están las hijas de Saray? ¿Dónde están las esposas de Jacob?

Era una voz suave, y sin embargo me despertó de un profundo sueño; yo dormía a los pies de mi madre. Como yo, Lía dio un salto al oír el ruido y

salió en seguida, llegando en el mismo momento que Raquel. Bilhá y Zilpá también se presentaron inmediatamente, y las cinco nos quedamos mirando a la mensajera de Mamre cuyo vestido brillaba como plata bajo el resplandor azul que anuncia la aurora.

Su discurso era formal, a la manera de los mensajeros.

—Rebeca, la profetisa de Mamre, la madre de Jacob y de Esaú, la Abuela de cientos de miríadas, os convoca a asistir bajo los terebintos a la fiesta del grano.

»Que se le diga a Jacob y que él lo sepa.

El silencio acogió la declaración de la visitante, que hablaba con una extraña

música que doblaba las palabras en tres lugares. Era como si todas estuviéramos compartiendo un sueño, porque ninguna de nosotras había visto hasta entonces un pelo rojizo, ni que una mujer llevara el saco rayado de los mensajeros. Y sin embargo no era sueño, el frío de la mañana nos hacía tiritar.

Finalmente, Lía recuperó el aliento y le dio la bienvenida, ofreciendo a la extraña un lugar para sentarse y pan para comer. Pero tan pronto como nos reunimos alrededor de nuestra invitada, mis tías y yo de nuevo nos quedamos rígidas y miramos completamente azoradas. La mensajera miró a su alrededor y se echó a reír, enseñando

una fila de dientes pequeños y amarillos entre un par de labios algo manchados. Hablando esta vez con voz ordinaria y con una ligereza que quería facilitar las cosas, dijo:

—Sé que no ven a menudo personas con cabeza roja. En el lugar de donde yo vengo se dice que las mujeres de pelo rojo son concebidas durante la menstruación de la madre. Tal es la ignorancia de las tierras del norte.

Bilhá se rio con fuerza al oír tal anécdota en boca de una extraña. Esto pareció complacer a nuestra invitada, que se volvió hacia mi tía y se presentó:

—Me llamo Verenró y sirvo a la Abuela. —Diciendo esto, se echó hacia

atrás el pelo para enseñar la oreja, de la que colgaba un botón de bronce, y añadió—: Soy la esclava más feliz del mundo.

De nuevo se rio Bilhá ante tanta simpleza. Yo también lo celebré.

Tan pronto como los hombres fueron alimentados, Lía envió a buscar a Jacob y le presentó a la mensajera, que por entonces había cubierto el fuego de su pelo y bajado los ojos.

—Viene de parte de tu madre —dijo Lía—. Rebeca nos invita a asistir a la fiesta del grano. La mensajera espera una respuesta.

Jacob pareció muy sorprendido por la presencia de la mujer, pero en seguida

se recuperó y le dijo a Lía que debían obedecer a Rebeca en todo, y que él iría a verla durante la siega, él y sus esposas, con sus hijos e hijas.

Verenró se retiró entonces a la tienda de mi madre y se quedó dormida. Yo trabajé cerca durante todo el día, esperando volver a verla. Traté de inventar algún pretexto para entrar en la tienda. Quería ver aquel pelo de nuevo, y mis dedos deseaban tocar las ropas que se movían como remolinos en agua brillante. Inna me dijo que las ropas de Verenró estaban hechas de seda, una clase de tela que era tejida por gusanos en sus propios telares. Arqueé las cejas, tratando de imitar lo mejor posible la

mueca desdeñosa de mi madre, para darle a entender que era demasiado mayor para creer en tales tonterías. Inna se rio de mí y no gastó más aliento con mi incredulidad.

Verenró descansó tranquilamente hasta bien entrado el crepúsculo, hasta después de que los hombres terminaron de cenar y estuvieron lavados los cuencos de las mujeres. Mis madres se habían reunido junto al fuego esperando que la extraña nos contase alguna historia.

La mensajera salió de la tienda, y viendo que nos poníamos alrededor de ella, hizo una profunda reverencia, con los dedos estirados, con desconocida

cortesía. Luego enderezó la espalda, nos miró a los ojos una por una, y sonrió como una niña que acaba de robar un higo. Verenró era distinta de todas las personas de este mundo; yo estaba encantada.

Inclinó la cabeza ante mis madres, para darles las gracias por el cuenco de aceitunas, el queso y el pan tierno que le habían dejado para ella. Antes de comer, recitó una oración breve en un lenguaje que parecía un grito discordante. Yo me reí del ruido, pensando que estaba haciendo un juego, pero la extraña de pelo rojo me traspasó con una mirada de cólera. Sentí como si me hubieran dado un golpe en la cara y las mejillas me

ardieron y se me pusieron de un color tan rojo como el de su pelo, que de nuevo estaba a la vista y tan rojo que me parecía inverosímil. Pero en el momento siguiente sonrió como si me perdonara y, señalando el suelo, a su lado, me dio la bienvenida a aquel lugar de honor.

Después hizo a un lado lo que quedaba de la comida, con cumplidos para el pan y un elogio excesivo de la cerveza. Verenró comenzó un canto. Había mucho: nombres extraños en su historia, y una melodía más triste que ninguna otra que yo hubiera oído. Logró mantenernos inmóviles, como un niño acunado en el vientre.

Era la historia del comienzo del

mundo, del Árbol y del Halcón que hizo nacer al Lobo Rojo, que pobló el mundo con un vientre que dio nacimiento a toda la vida de sangre roja, salvo al hombre y la mujer. Era una historia muy larga, misteriosa y llena de nombres de árboles desconocidos y de animales. Ocurría en un lugar donde hacía un frío terrible, donde el viento aullaba de dolor. Era aterrador, temible y solitario.

Cuando Verenró se detuvo, el fuego se había apagado y solo una lámpara lanzaba todavía una débil luz. Los pequeños estaban dormidos en los regazos de sus madres, y hasta algunas mujeres fueron vencidas por el sueño, las cabezas les caían sobre el pecho.

Miré fijamente a la mensajera a la cara, pero ella no me vio. Tenía los ojos cerrados y los labios curvados en una sonrisa. Estaba lejos, en la tierra en que había transcurrido su historia, una tierra fría de mitos extraños, donde su propia madre había sido enterrada. Sentí la soledad de la mensajera, tan lejos de su patria. Entendí el corazón de Verenró del mismo modo que entendía el sol cuando me entibiaba la cara. Levanté la mano y la coloqué sobre su hombro y Verenró se volvió hacia mí, abrió los ojos que brillaban de lágrimas y me besó en los labios.

—Gracias —dijo, y se puso de pie.

Caminó hasta la tienda de mi madre

y partió antes del amanecer sin decir dónde el Lobo Rojo de su historia había hecho nacer al hombre y a la mujer. Pero esto no me preocupó, porque sabía que oiría el resto de la historia en Mamre, cuando fuéramos por fin a ver a la Abuela.

5

Los preparativos para el viaje comenzaron un mes antes de segar la cebada. Mi padre decidió que llevaría a Mamre a todas sus esposas y a la mayoría de sus hijos. A Simeón y a Leví se les indicó que se quedaran con los rebaños, y ya que sus respectivas

esposas estaban embarazadas por primera vez, no pusieron ninguna objeción. Aunque Shua no estaba embarazada, Judá pidió quedarse también, y las mujeres sabían muy bien por qué; los ruidos estridentes de sus placeres nocturnos eran fuente de bromas y burlas.

Mis hermanos y yo fuimos a reunirnos con nuestras madres, que examinaron nuestras mejores prendas y encontraron lo que buscaban. A esto siguió una labor de lavado, arreglo y costura. Raquel decidió hacerle una túnica nueva a su único hijo. La túnica de José, decorada con bandas de color amarillo y rojo, dio como resultado una

serie de bromas por parte de sus hermanos. Él no tuvo en cuenta aquellas ofensas y juró que prefería la vestimenta que su madre le había hecho a las rudas ropas que llevaban habitualmente los hombres. No sé con certeza si lo hacía para que lo respetaran o si le gustaban realmente aquellos refinamientos.

A mí me dieron pulseras, mis primeras joyas. Solo eran de cobre, pero a mí me parecían fabulosas, especialmente por el sonido femenino que producían. Pasé mucho rato admirando cómo las tres pulseras se ajustaban a mis muñecas y no presté atención a mis pies, y el primer día que me las puse, tropecé y me despellejé la

barbilla. Sufría solo con pensar que mi abuela podía verme con aspecto de niña con rasguños. Cada día, antes de partir, observaba mí cara en el espejo de Raquel, rogaba a Inna que me diera un ungüento y me lo pasaba por la costra roja.

El día que partimos hacia Mamre, yo estaba alterada por la emoción y no hice caso de lo que se me había dicho. Mi madre, que estaba en todas partes al mismo tiempo, asegurándose de que las tinajas de aceite y de vino estuvieran bien cerradas, de que los hermanos se hubieran arreglado la barba, de que todo estuviera listo, finalmente perdió la paciencia conmigo. Fue una de las pocas

veces que me levantó la voz.

—O me ayudas o te dejo aquí para que cuides de las esposas de tus hermanos —dijo.

No tuvo que añadir nada más.

El viaje duró unos días y fue muy hermoso. Cantábamos mientras caminábamos, satisfechos de nuestro refinamiento y orgullosos de nuestros hermosos animales, porque solo los mejores se habían seleccionado para obsequiar a la Abuela.

Jacob caminaba a primera hora de la mañana junto a Raquel, inhalando su aroma, sonriendo, hablando poco. Luego fue junto a Lía para hablar de los animales, las cosechas y la etiqueta

apropiada para saludar a los parientes. Por la tarde se acercó a Bilhá desplazando a Rubén, su sombra. Mi padre caminaba con la mano sobre el delicado hombro de ella, como si ella necesitara su apoyo.

Yo estaba contentísima. José estaba junto a mí y hasta se olvidaba de sí mismo para cogerme la mano de vez en cuando. Por la noche, me acerqué a Zilpá y esta alimentó mi temor reverencial a la Abuela con historias acerca de la reputación de Rebeca como adivina, curandera y profetisa, de modo que apenas pude dormir. Casi no podía contenerme. Quería salir comiendo y llegar pronto porque iba a volver a ver a

Tabea. Verenró me sonreiría y me contaría más trozos de su historia. Y podría conocer por fin a la Abuela, quien, según imaginaba, me entendería al instante y me querría más que a todos mis hermanos.

Al tercer día, a media mañana, pudimos distinguir la tienda de Rebeca. Incluso vista de lejos era algo maravilloso, aunque al principio no entendía en realidad qué era lo que brillaba en el valle que se extendía ante mí. Era enorme, mucho mayor que ninguna tienda que había visto, y completamente distinta de nuestros refugios de piel de cabra. Era como un arco iris, rojo, amarillo y azul que

brillaba sobre la tierra alta bajo un conjunto de grandes árboles añosos cuyas ramas se alzaban suplicantes a un cielo sin nubes.

Al acercarnos, nos quedó bien claro que más que una casa era un punto de reunión, abierto por todos los lados para acoger a todos los viajeros de todas las procedencias. En el interior pudimos observar vívidos colgantes, de un estilo a la vez delicado y firme, con escenas de danzarinas y peces voladores, estrellas, medias lunas, soles y pájaros. Era más hermoso que ningún otro producto que hubiera visto.

Cuando pudimos casi sentir la sombra del bosque sagrado, la Abuela

apareció. No fue a recibimos ni envió a ninguna mujer a buscarnos, sino que esperó en la sombra de la tienda, con los brazos cruzados y observando. Yo no podía quitarle los ojos de encima.

No recuerdo cuál fue el saludo formal de mi padre ni la ceremonia en que mis hermanos fueron presentados uno por uno, ni la entrega de los regalos, ni el saludo de mis madres y mío. Solo la veía a ella. La Abuela, mi abuela. Era la persona más vieja que jamás hubiera visto. Los años se le notaban en las profundas arrugas de su entrecejo y alrededor de su boca, pero la belleza de la juventud no la había abandonado. Estaba de pie, tan estirada como Rubén

y tenía casi la misma estatura. Los ojos negros eran diáfanos y penetrantes, pintados al estilo egipcio, con una tinta negra que parecía aumentarlos de tamaño. Tenía vestidos púrpura, el color de la realeza, la santidad y la riqueza. El tocado de su cabeza, largo y negro, trabajado con hilos dorados, daba la ilusión de una cabellera lujosa, cuando de hecho solo le quedaban algunos mechones grises.

Rebeca no notó que la observaba. Los ojos de la Abuela estaban fijos en el hijo al que no veía desde cuando era un muchacho de mejillas suaves; él se había convertido en un hombre con hijos crecidos y en edad de ser abuelo. Ella

no manifestó emoción alguna cuando Jacob le presentó a sus hijos, a sus esposas, cuando le entregó los regalos. Asintió, y lo aceptó todo, pero sin decir nada.

A mí se me antojó espléndida, soberbia como una reina. Pero vi que la boca de mi madre se contraía con disgusto. Había esperado una expresión de amor maternal hacia el hijo más querido. No pude ver la cara de mi madre para evaluar su reacción.

Después de la bienvenida oficial, la Abuela se apartó de nuestro lado y nos llevaron al lado oeste de la colina, para levantar allí nuestras tiendas y prepararnos para la comida de la noche.

Allí fue donde supe que Tabea todavía no había llegado y que a Verenró la habían enviado a Tiro a buscar el tinte púrpura que la Abuela prefería.

No vivían hombres en el recinto. Rebeca era asistida por diez mujeres, que también cuidaban de los peregrinos que llegaban al lugar buscando consejos o profecías de ella, a los que llamaban «oráculos». Cuando pregunté por el padre de mi padre, una de las ayudantes de mi abuela, me dijo que Isaac habitaba cerca de allí, en el pueblo de Arba, en una cabaña que era mejor que una tienda abierta para sus viejos huesos.

—Vendrá a la comida de esta noche —dijo la mujer, que se llamaba Débora.

La Abuela llamaba Débora a todas sus acólitas, en honor de la mujer que la había criado y cuidado, y cuyos huesos descansaban cerca de los árboles de Mamre.

Las mujeres de la Abuela hablaban con susurros tímidos y estaban vestidas con la misma sencilla túnica blanca. Eran todas muy amables, pero al mismo tiempo distantes, y yo rápidamente dejé de percibirlas como seres individuales y comencé a pensar en ellas como las déboras.

La tarde pasó rápidamente en preparación para la comida nocturna. Cuando el primer pan salía ya del fuego, llegó la noticia de que Isaac se

acercaba. Yo me apresuré para observar a mi abuelo cuando se aproximaba al bosque. Rebeca también fue a mirar, y levantó la mano a manera de un breve saludo antes de volverse a un lado. Mi padre avanzó para saludarlo, aligeraba los pasos más y más hasta que se acercó corriendo a su padre.

Isaac no respondió al saludo de su esposa ni a la emoción de su hijo. Continuó, visiblemente sereno en su silla con almohadón, sobre un asno que era llevado por una mujer que llevaba las mismas ropas que el entorno de mi madre, aunque aquella en particular tenía un velo que le cubría todo excepto los ojos. Solo cuando se acercó vi que

mi abuelo era ciego, que tenía los ojos cerrados en un parpadeo rígido que hacía que su expresión pareciese ceñuda. Tenía huesos pequeños y era delgado, y todo su cuerpo parecía el de un anciano frágil, excepto su pelo que era tan tupido y oscuro como el de un hombre joven.

La Abuela observó mientras la sirvienta ayudaba a Isaac a bajar y lo conducía hasta la manta, en el lado este de Mamre. Pero antes de que la sirvienta soltara su codo, Isaac le cogió la mano y se la llevó a los labios. Le besó la palma y la puso sobre su mejilla. La cara de Isaac se aquietó en una sonrisa tal que cualquiera que observara se

habría dado cuenta de que la mujer del velo era la compañera del corazón de mi abuelo.

Mi padre se detuvo ante Isaac y dijo:

—¿Padre? —con la voz quebrada por el llanto. Isaac volvió la cara hacia Jacob y abrió los brazos. Mi padre abrazó al anciano, y ambos lloraron. Hablaban en susurros mientras mis hermanos esperaban el momento de ser presentados. Mis madres estaban detrás, intercambiando miradas sobre la comida, que se secaría y perdería el sabor si no se la servía pronto.

Pero los hombres no tenían prisa. Isaac empujó a su hijo hasta un asiento a su lado mientras Jacob le presentaba a

cada uno de sus hijos. Isaac tocaba las caras de mis hermanos con las manos: Rubén y Zabulón, Dan, Gad, y Aser, Neftalí e Isacar. Cuando finalmente fue nombrado José como hijo menor, el Abuelo se lo puso sobre el regazo, como si fuera un recién nacido y no un muchacho que pronto sería un hombre. Con ternura Isaac dejaba correr sus dedos sobre los contornos de la cara de José y sobre la superficie de sus brazos. Se echaron a reír y la tienda de seda se elevó más alto, abrazando al abuelo y al nieto en su maravilloso arco iris. Era un hermoso espectáculo que hacía contener el aliento. Y en aquel momento Rebeca, que se había mantenido a distancia hasta

entonces, rompió su majestuoso silencio.

—Debes de tener hambre y sed, Isaac —dijo, ofreciendo hospitalidad con voz poco diligente—. Tus hijos están cansados del viaje. Permite que tu débora te haga entrar. Deja que tus nueras me demuestren que saben cocinar.

Se dispuso la comida y empezó la fiesta. Mi abuelo comió bien, tomando sus bocados de los dedos de la mujer del velo. Le preguntaba si sus nietos habían comido bien y de vez en cuando besaba al hijo poniendo su mano en el hombro o la mejilla de Jacob y le dejaba manchas de aceite que mi padre no se limpiaba. Yo observaba todo esto desde

detrás de un árbol porque con tantas sirvientas no había necesidad de que ayudara a llevar las comidas y las bebidas.

Mis hermanos tenían muchísima hambre y en seguida terminaron de comer, por lo que pronto Zilpá me llevó a nuestro lugar en la gran tienda donde las mujeres nos debíamos reunir. La Abuela se sentó; nosotras estábamos expectantes y aguardábamos a que probara lo que tenía delante. No dijo nada acerca de los caldos, los panes ni los dulces. Tampoco elogió el queso ni las aceitunas gigantes que mis madres habían recogido. Ni dio indicios de reconocer la cerveza de mi madre.

Pero yo ya no estaba sorprendida por el silencio de Rebeca. Había dejado de pensar que ella era una mujer semejante a mis madres o a cualquier otra mujer. En el espacio de una tarde, ella se había convertido en una fuerza de los dioses, tal como si fuera una tormenta o un incendio.

Dado que la Abuela comía poco y no decía nada, nuestra comida fue más sombría que festiva. No se pasaron los recipientes para repetir plato, no hubo cumplidos ni preguntas, y las déboras limpiaron las últimas copas antes de que hubiera tiempo para pensar en volver a llenarlas.

La Abuela se levantó y fue al lado

oeste de su tienda, donde el sol se estaba poniendo en medio de destellos anaranjados y dorados. Sus ayudantes la siguieron. Rebeca levantó las manos hacia el sol como si fuera a tocar los rayos.

Cuando dejó caer las manos, las asistentes comenzaron a cantar una canción invitando a la luna a la siega. Los versos repetían una vieja profecía. Cuando cada planta de cada campo de grano dé veintisiete semillas, llegará el fin de los días, y habrá reposo, porque las penurias y el mal se borrarán de la faz de la tierra como se borra la luz de las estrellas cuando sale el sol. El último coro finalizó en el momento en

que la oscuridad cubría el campamento.

Se encendieron lámparas en el lugar donde estaban los hombres y se encendieron lámparas en el lugar donde estaban las mujeres. La Abuela fue con nosotras y yo temía que ella permaneciera sentada en silencio durante toda la noche, pero mi miedo era injustificado, porque tan pronto como se encendieron las luces comenzó a hablar.

—Esta es la historia del día en que llegué a la tienda de Mamre, al bosque de los árboles sagrados, al ombligo del mundo —dijo la Abuela, Rebeca, en un tono de voz que los hombres podrían haber oído si hubieran prestado atención —. Fue en las semanas que sucedieron a

la muerte de Saray la profetisa, amada de Abraham, madre de Isaac. Ella, la que dio a luz cuando ya era demasiado vieja para cargar agua, mucho más para cargar un hijo. Saray, querida madre.

»La mañana en que entré en este bosque, una nube descendió sobre la tienda de Saray. Una nube dorada que no traía lluvia y tampoco cubría el sol. Era una nube como las que se ven sobre los grandes ríos y sobre el mar, pero nunca en un lugar muy alto. Y cuando la nube se detuvo sobre la tienda de Saray, Isaac me conoció y yo me convertí en su esposa. Pasamos nuestros primeros siete días como marido y mujer bajo aquella nube en la cual los dioses estaban con

toda seguridad presentes.

»Y nunca hubo cosecha de uvas, grano y aceitunas más abundante que aquella primavera, hijas mías —dijo como en un susurro que era al mismo tiempo una expresión de orgullo y de derrota—; Ah, pero a mí me nacieron muchas hijas muertas, muchos hijos míos murieron en el vientre. Solo sobrevivieron dos. ¿Quién puede explicar este misterio?

La Abuela se quedó en silencio y sus palabras tristes flotaban sobre quienes la oíamos y sentimos su peso sobre los hombros. Incluso yo, que no había perdido hijos, sentí la angustia de las madres. Después de unos momentos, mi

abuela se levantó y señaló a Lía, para que la siguiera a una cámara interior de la gran tienda, donde las lámparas estaban encendidas con aceite perfumado y donde refulgían los tapices. Las demás nos quedamos sentadas allí hasta que nos dimos cuenta de que ella nos había despedido.

La entrevista de mi madre con la Abuela duró hasta muy avanzada la noche. Rebeca contempló largamente a su nuera, la contempló muy de cerca debido a la cortedad de su vista, y estudió su cara en detalle. Luego

comenzó un minucioso sondeo acerca de todos los rasgos de la vida de Lía.

—¿Por qué no te dejaron fuera para que murieras cuando naciste, si vieron que tenías esos ojos desiguales? ¿Dónde está enterrada tu madre? ¿Cómo preparas la lana para teñirla? ¿Dónde aprendiste a hacer esa cerveza? ¿Qué clase de padre es Jacob, mi hijo? ¿Cuál de tus hijos es tu favorito? ¿A cuál de tus hijos le tienes miedo? ¿Cuántas ovejas le sacrifica mi hijo a Él en la fiesta de primavera? ¿Qué haces al llegar la luna nueva? ¿Cuántos niños has perdido al parir? ¿Qué cantidad de cebada cultivaste en Socot y cuánto trigo?

Mi madre no pudo recordar todas las

preguntas que se le hicieron aquella noche, pero sí que las respondió satisfactoriamente y sin quitar los ojos de la cara de mi abuela. Esto llamó la atención de la mujer anciana que estaba acostumbrada a poner nerviosa a la gente, pero Lía no tenía por qué someterse. Las dos se miraban a los ojos.

Finalmente, cuando a mi abuela no se le ocurrió qué más preguntar, asintió con la cabeza y emitió un sonido sordo, una especie de gruñido que significaba aprobación.

—Muy bien, Lía, madre de muchos hijos. Muy bien.

Con un ademán le indicó que se

fuera. Ella se dirigió a su manta y se quedó dormida, exhausta.

Durante los dos días siguientes mis tías fueron llamadas a la cámara interior de mi abuela, una por una.

A Raquel la saludó con besos y caricias. Se oyeron risas infantiles la tarde que las dos pasaron juntas. La Abuela le acariciaba las mejillas a mí tía y la cogía suavemente de los brazos. Rebeca, que había visto la belleza de su nuera, sacó su caja de afeites, un objeto blanco, grande y con muchos compartimientos, cada uno de los cuales tenía una poción o un ungüento, un perfume o una pintura. Raquel salió de la cámara de la Abuela sonriendo, con

olor a aceite de loto, con las pestañas de color verde y los ojos pintados con unas líneas negras que hacían resaltar su belleza.

Cuando le tocó el turno a Zilpá, mi tía se inclinó ante la Abuela y fue recompensada con un poema breve acerca de la gran Aserá, consorte de Él y diosa del mar. La Abuela contempló brevemente la cara de Zilpá y sus ojos negros y predijo el tiempo y el lugar de la muerte de mi tía. Estas noticias, que ella nunca revelaba a un alma, no turbaron a Zilpá. Si tuvieron algún efecto fue el de darle cierta tranquilidad, que duró el resto de su vida. Desde aquel día, Zilpá sonreía cuando

trabajaba en el telar, no una risita leve y disimulada, sino una amplia sonrisa que dejaba ver todos sus dientes, como si estuviera recordando un chiste.

Bilhá estaba muerta de miedo por la entrevista y cuando le tocó el turno entró tambaleándose en el recinto de la anciana. La Abuela frunció el ceño y suspiró mientras Bilhá mantenía los ojos sobre las manos. El silencio se hizo pesado y después de un rato, Rebeca dio media vuelta y salió dejando a Bilhá sola con los hermosos tapices que parecían burlarse de ella.

Estos encuentros significaron poco para mí. Durante tres días tuve los ojos clavados en el horizonte esperando a

Tabea. Finalmente llegó el mismo día en que empezaba la fiesta, con Esaú y su primera esposa, Adá. Ver a mi mejor amiga era lo que más deseaba, corrí hacia ella. Ella se arrojó en mis brazos.

Cuando nos quedamos solas pude ver cuánto había cambiado en los pocos meses que habían transcurrido desde que nos conocimos. Estaba más alta que yo, casi media cabeza más, y no había que apretar mucho sus vestidos contra su pecho para ver cómo habían crecido sus senos. Pero cuando le vi el cinturón que declaraba que ya era mujer, me quedé con la boca abierta. ¡Había entrado en la tienda roja! Ya no era una niña sino una mujer. Sentí que se me acaloraban las

mejillas a causa de la envidia, mientras las de ella se ponían rosadas de orgullo. Tenía miles de preguntas que hacerle acerca de cómo era la ceremonia y si el mundo le parecía un lugar diferente desde que su lugar había cambiado.

Pero no tuve tiempo de preguntarle nada a mi prima. La abuela se había fijado en el delantal de Tabea y se había acercado a mi tía cubierta de monedas. En unos instantes se oyó que le gritaba a Adá con una furia que yo pensaba exclusiva de los dioses que tienen el trueno y el relámpago a su disposición.

La cólera de Rebeca era terrible:

—¿Tratas de decirme que su sangre se desperdició? ¿La dejasteis sola como

si fuera algún tipo de animal?

Adá balbuceaba como si quisiera responder, pero la Abuela levantó los puños:

—No te atrevas a defenderte, tú, una estúpida insignificante —le gritó—. ¡Tú, tonta! Te dije lo que tenías que hacer y no me obedeciste y ahora no hay nada que hacer. La mejor de sus hijas, la única de su simiente con un rasgo de inteligencia y sentimientos, y la trataste como… como… ¡Oh! —Rebeca escupió a los pies de su nuera—. No tengo palabras para nombrar esta abominación.

Su voz era cada vez más gélida y baja.

—Suficiente. No eres digna de estar en mi tienda. Sal de aquí. Te maldigo, deja este lugar y nunca vuelvas a presentarte ante mí.

La Abuela se irguió en toda su altura y abofeteó a Adá con todas sus fuerzas. La pobre mujer cayó al suelo, llorando de miedo por la maldición que había caído sobre ella. Los hombres, que fueron deprisa hasta allí para averiguar la razón del descontento de su abuela, retrocedieron al enterarse de la maldición del oráculo y rápidamente se alejaron de lo que claramente era un asunto de mujeres.

Adá salió arrastrándose, pero después era Tabea la que estaba en el

suelo, a los pies de Rebeca, llorando.

—No, no, no.

La cara de mi prima se había vuelto cenicienta y tenía los ojos desmesuradamente abiertos por el terror.

—Toma mi nombre y llámame Débora también. Hazme la última de tus sirvientas, pero no me despidas. Oh, por favor, Abuela, por favor. Te lo pido. Te lo pido.

Pero Rebeca no miraba a la criatura que sufría a sus pies. No veía a Tabea arañándose la cara hasta hacer saltar la sangre de sus mejillas. No la vio rasgarse las ropas hasta hacerlas tiras o puñados de polvo. La Abuela dio media vuelta y se apartó de los desesperados

ruegos de Tabea, envolviéndose la capa alrededor del cuerpo como si quisiera protegerse de la miseria que tenía delante de ella. Finalmente, las ayudantes de la Abuela levantaron a Tabea del suelo y la llevaron a las tiendas de las esposas de Esaú.

En realidad yo no entendía lo que había pasado, pero sabía que se había cometido una injusticia contra mi querida amiga. Mis ojos se llenaron de lágrimas y mi corazón latía con fuerza. No podía creer semejante crueldad por parte de la Abuela. Mi amada prima, a quien le importaba más Rebeca que su propia madre, había sido tratada peor que un leproso que va a pedir el milagro

de la curación. Odié a Rebeca como nunca había odiado a nadie anteriormente.

Mi madre me cogió de la mano, me llevó a la tienda y me dio una copa de vino dulce. Acariciándome el pelo, respondió a mi pregunta aun antes de que la formulara. Lía, mi madre, dijo:

—La muchacha sufrirá por el resto de sus días y tienes mucha razón en compadecerla. Pero tu odio es inmerecido, hija. No fue su intención hacer daño a Tabea. Ella estaba defendiendo a su madre y a sí misma, a mí y a tus tías, a ti y a las hijas que tengas. Ella estaba defendiendo el modo de ser de nuestras madres y sus madres,

y de la gran madre, que tiene muchos nombres, pero que está en peligro de ser olvidada. No es fácil de explicar, pero trataré de hacerlo. Porque eres mi única hija y porque vivimos mucho tiempo muy aislados, de pronto te enteras de golpe de más cosas de las que deberías. Tú has pasado mucho tiempo con nosotras en la tienda roja. Has presenciado un parto, que es algo que nunca debes decirle a la Abuela. Yo sé que no vas a revelar lo que te voy a decir ahora.

Prometí no hacerlo y mi madre suspiró desde lo profundo de su corazón. Se miró las manos, quemadas por el sol, hábiles de tanto trabajar y

rara vez en reposo como lo estaban en aquel momento. Puso las palmas hacia arriba, sobre las rodillas, y cerró los ojos. Mitad cantando y mitad susurrando, Lía dijo:

—La gran madre a quien llamamos Inana es una guerrera valiente y dama de honor de la Muerte. La gran madre a la que llamamos Inana es el centro del placer, la que hace que los hombres y las mujeres se busquen en la noche. La gran madre a la que llamamos Inana es la reina del océano y la patrona de la lluvia. Esto lo saben todos, hombres y mujeres, desde los niños de pecho hasta los más ancianos. —Aquí se detuvo y rompió en una risa infantil—. A Zilpá le

gustaría mucho verme hablando de esta leyenda —añadió, mirándome un instante fijamente, y volvió a sonreír, complacida con su propia broma. Pero un rato después mi madre volvió a su postura anterior y continuó—: La gran madre a quien llamamos Inana dio a las mujeres un regalo que los hombres no conocen y es el secreto de la sangre. El flujo que llega cuando la luna se va del cielo, la sangre curativa de cuando renace la luna. Para los hombres es algo que aparece y molesta, que irrita y trae dolor. Ellos imaginan que sufrimos y se consideran afortunados. Nosotros no los disuadimos. En la tienda roja, la verdad se sabe. En la tienda roja, donde los

días se suceden como un arroyo placentero, mientras el regalo de Inana nos recorre, purificando el cuerpo de la muerte de la luna y preparando el cuerpo para recibir la nueva vida de la luna, las mujeres damos las gracias por el reposo y la recuperación, por el conocimiento de que la vida sale de entre nuestras piernas y de que la vida cuesta sangre.

Entonces me cogió la mano y añadió:

—Yo te dije esto antes de que fuera el tiempo apropiado, hija mía, aunque no pasará mucho antes de que entres en la tienda a celebrar conmigo y con tus tías. Te convertirás en una mujer rodeada por manos amorosas que te llevarán y que

tomarán tu primera sangre y se asegurarán de que vuelva al vientre de Inana, al polvo que formó al primer hombre y a la primera mujer. El polvo que se mezcló con su sangre de luna. Oh, muchas de sus hijas han olvidado el secreto del don de Inana, y le han dado la espalda a la tienda roja. Las esposas de Esaú, las hijas de Edón, a quienes Rebeca desprecia, no han enseñado ni han dado la bienvenida a sus mujeres jóvenes cuando les llegó la primera sangre. Las trataron como bestias, las dejaron a un lado, solas y con miedo, encerradas en los días oscuros de la luna nueva, sin vino y sin el consuelo de sus madres. No celebran la primera

sangre de aquellas que deberán llevar la vida en su seno, no la devuelven a la tierra. Las dejan a un lado en las tinieblas, desatendiendo los sagrados asuntos de las mujeres y permitiendo que los hombres expongan los paños con sangre de sus hijas como si ni aun el más pequeño dios quisiera semejante degradación como tributo.

Mi madre se dio cuenta de mi confusión.

—No puedes entender todo esto todavía, Diná —prosiguió—. Pero pronto lo sabrás, y yo me aseguraré de que seas bienvenida al estado de mujer con las ceremonias y la ternura apropiadas. No temas.

Estaba oscuro ya cuando mi madre profirió estas últimas palabras. Las canciones de la fiesta del grano llegaron hasta nuestros oídos y mi madre se levantó y me ofreció su mano. Caminamos en medio de la noche para observar las ofrendas quemadas sobre un altar junto al árbol más alto. Se oía una música hermosa, con muchas cadencias. Las déboras bailaban en círculo al compás de sus propios aplausos. Se levantaban y agachaban, se balanceaban y daban vueltas como si compartieran una sola idea, un solo cuerpo, y yo entendía el deseo de Tabea de sumarse a su danza.

Adá desapareció durante la noche

llevándose a mi amiga con ella, atada al lomo de un asno, como una ofrenda todavía viva, y con un trapo dentro de la boca para acallar sus gritos.

En los días anteriores a nuestra partida evité encontrarme con la Abuela y me quedé cerca de mis madres. Solo quería alejarme de aquel lugar, pero mientras nos preparábamos para retornar a Socot, Lía fue hacia mí con una expresión de contrariedad.

—La Abuela dice que te debes quedar aquí en Mamre durante tres meses —dijo—. Rebeca le habló a tu

padre, y lo arreglaron todo sin mí… —Se detuvo al ver la conmoción en mi cara—. Me gustaría quedarme o dejar a Zilpá contigo, pero la Abuela no quiere nada de eso. Solo que te quedes tú.

Hubo una larga pausa antes de que yo dijera:

—Es un honor.

Mi madre me cogió la barbilla con las dos manos y añadió tiernamente:

—Estaremos de nuevo juntas cuando el grano esté maduro.

No lloré. Estaba asustada y enfadada, respiraba por la nariz y evitaba parpadear. Así fue cómo me sobrepuse cuando vi que las siluetas de mi madre se hacían más y más pequeñas

y luego desaparecían en el horizonte. Nunca me había imaginado la soledad que se sentía al estar sin ella y sin mis tías, o sin mis hermanos. Me sentía como una recién nacida a la que se abandona para que muera, pero no lloré. Fui con las déboras, que me observaban con ansiedad, pero no lloré.

Solo aquella noche, en mi manta, sola, volví el rostro al suelo y lloré hasta que no pude más. Cada mañana me despertaba medio mareada y confundida hasta que recordaba que estaba sola en la tienda de mi abuela.

Mis recuerdos de aquellos meses en Mamre son vagos y dispersos. Cuando volví con mis madres, se sintieron

contrariadas porque no pude contar detalles de las maravillas que había visto o de los secretos que había aprendido. Era como si tras haber estado en una cueva llena de joyas hubiera tomado solo un puñado de guijarros.

Esto es lo que recuerdo.

Recuerdo que una vez cada siete días la Abuela hacía alarde de su saber culinario. El resto de la semana no se ensuciaba las manos con el trabajo de las mujeres, sobre todo en la preparación y el amasado del pan. Pero el séptimo día tomaba la harina, el agua y la miel, las mezclaba, les daba forma y ofrecía en sacrificio una punta de una

torta de tres lados, «a la Reina del Cielo», murmuraba ante la masa antes de ponerla sobre las llamas.

Yo dudo de que a la reina la complacieran mucho aquellas cosas secas y sin gusto que Rebeca le ofrecía.

—¿No están buenas? —preguntaba cuando salían del horno. Yo asentía por obligación, mojando mi porción con agua, que era todo lo que me daban para beber. Afortunadamente, las sirvientas eran mucho mejores cocineras y sus tortas eran dulces y con el sabor apropiado para cualquier reina. Sin embargo, cuando mi abuela murmuraba ante la pequeña oferta doméstica, era la única vez que la veía sonreír con los

ojos.

Tenía el deber de ir a ver a Rebeca por la mañana temprano para ayudarla en sus abluciones matutinas en preparación para los peregrinos que llegaban diariamente al bosque. Yo llevaba su complicada caja de cosméticos, que contenía diferentes perfumes para la frente, las muñecas, los brazos y los tobillos, una poción para las ojeras y otra de olor acre para el cuello. Después de los perfumes y las cremas comenzaba la cuidadosa aplicación de color en los labios, ojos y mejillas. Ella decía que el tratamiento de belleza más importante era el buen aliento y su boca siempre olía a

hierbabuena, que masticaba noche y día.

La Abuela parecía quemarse con cierta clase de fuego. Comía poco y rara vez estaba sentada. Miraba con desprecio a quien se cansaba. Por cierto, criticaba a todo el mundo excepto a sus hijos, y aunque prefería a Jacob, y elogiaba su aspecto y a sus elegantes hijos, estaba claro que dependía de mi tío para todo. Los mensajeros iban y venían diariamente de Seir. Esaú era requerido para enviar una cantidad extra de grano o para encontrar la carne digna de la mesa de su madre. Lo vi al menos cada quince días, con los brazos llenos de regalos.

Mi tío era un buen hombre y un hijo

devoto. Se aseguraba de que los peregrinos ricos visitaran el bosque y dejaran buenas ofrendas. Él fue quien encontró para Isaac la cabaña de piedra gracias a la cual Rebeca se permitía el lujo de vivir como una sacerdotisa, sin tener que atender al hombre. La Abuela acariciaba la mejilla de Esaú cada vez que él abandonaba la tienda, y él se sentía como si los cielos lo hubieran bendecido a través de su madre, cosa que ella nunca hizo.

Mi abuela nunca hablaba mal de Esaú, pero tampoco decía nada en su favor. A las esposas, en cambio, las detestaba en todo sentido. Aunque eran mujeres sumisas que le enviaban regalos

con la esperanza de ganar su favor, ella las despedía como si fueran idiotas irrecuperables. Durante años se había reído abiertamente de ellas, de modo que las mujeres solo iban a verla cuando Esaú insistía.

No era mucho más amable con mis madres. Consideraba que Raquel era holgazana, hermosa pero holgazana. Decía que Bilhá era fea y que Zilpá era una supersticiosa. A regañadientes admitía que Lía era buena en el trabajo y claramente aprobaba que hubiera tenido tantos hijos sanos. Pero ni siquiera Lía era lo suficientemente buena para Jacob, que merecía una compañera perfecta. No una giganta con los ojos desiguales.

¡Decía cosas terribles en mi presencia! Como si yo no fuera hija de mi madre, como si mis tías no fueran mis amadas madres también. Pero yo no las defendía. Cuando hablaba el oráculo, nadie podía contradecirlo. Yo no era fuerte como Lía, y las lágrimas que derramaba cada noche eran tanto de vergüenza como de soledad.

Lo peor, no obstante, lo tenía Rebeca reservado para su esposo. Isaac se había vuelto tonto con la vejez, decía, y olía de un modo que ella no podía soportar. Él había olvidado lo que le debía a ella, ¿o no había tenido razón cuando le hizo dar la bendición a Jacob? Ella hablaba incesantemente de la ingratitud de Isaac,

y de lo que había padecido junto a él. Pero no estaba claro para mí qué era lo que mi abuelo había hecho. Él parecía suave e inofensivo cuando llegaba en los días calurosos para disfrutar de la brisa bajo los grandes terebintos. Yo me alegraba de que Isaac no necesitara los cuidados de Rebeca. Lo asistía la débora que se cubría con un velo. Se rumoreaba que el velo escondía un labio leporino, aunque era impensable que con un defecto así no la hubieran dejado morir en la infancia.

Cuando Esaú llegaba a Mamre, visitaba primero a su madre y veía qué era lo que necesitaba. Era educado y hasta atento, pero tan pronto como podía

iba con mi abuelo y lo acompañaba a Arba, donde los dos hombres disfrutaban del vino al anochecer. Se quedaban hasta muy tarde hablando y riendo, servidos por la débora con velo.

Yo aprendí esto de las déboras vestidas de blanco. Eran amables conmigo. Me apretaban el hombro cuando me daban mi cena, me cepillaban el pelo y me dejaban emplear sus hermosos husos de marfil. Pero no contaban historias al anochecer, y nunca supe los nombres que sus propias madres les habían dado, ni cómo habían llegado a Mamre ni si echaban de menos la compañía de los hombres. Parecían bondadosas y satisfechas, pero tan

descoloridas como sus vestidos. Yo no envidiaba su vida junto al oráculo.

Cuando llegó la luna nueva, Rebeca no me permitió entrar en la tienda roja con las mujeres que sangraban; era muy estricta con las reglas. Si ella, que ya había pasado la edad de concebir, no entraba, menos iba a hacerlo yo, que todavía no había madurado. Una de las déboras permaneció también fuera, con nosotras; explicó que nunca le habían llegado los periodos, pero no se quejaba de esa falta. Ella y yo cocinamos y servimos a los celebrantes, cuyas risas ahogadas me hicieron añorar la tienda de mi madre.

Cuando volvieron las mujeres,

descansadas y sonrientes, a la mañana del tercer día, se me permitió seguirlas mientras iban hasta el punto más alto de la colina para ver salir el sol. La propia Abuela hizo una libación de vino, mientras las mujeres cantaban una canción sin palabras de tranquilo goce. En el profundo silencio que sobrevino, me pareció que la Reina del Cielo estaba en los árboles por encima de nosotros. Este recuerdo me vuelve en cada luna nueva.

Nunca supe cómo amar a mi abuela. No podía olvidar ni perdonar lo que le había hecho a Tabea. Sin embargo, llegó el día en que le rendí honores.

Las puertas de la tienda del oráculo

estaban siempre abiertas y los extranjeros procedentes de todos los puntos cardinales eran bien recibidos. Esto había sido dispuesto por Saray y por Abraham, quienes, se decía, daban igual recepción a príncipes y a mendigos. Y así, cada mañana, Rebeca recibía peregrinos en el interior de su hermosa tienda. Veía a todos los que llegaban, maltrechos o resplandecientes y no despachaba rápidamente a los pobres.

Yo permanecía con las otras mujeres mientras ella saludaba a los invitados. Primero una mujer sin hijos, se acercó y pidió que se le concediera un hijo. El oráculo le dio una cuerda roja para que

la atara alrededor de uno de los árboles de Mamre, susurró una bendición al oído de la estéril y la dejó ir acompañada por una débora que conocía bien las hierbas.

Luego llegó un comerciante que quería que mejoraran sus negocios.

—Ha sido una mala temporada para mí —comenzó—. Estoy casi arruinado, pero he oído hablar de tus poderes —dijo con cierto desafío en la voz—. He venido a comprobarlo personalmente.

La Abuela se acercó a él y lo miró fijamente hasta que él desvió la vista.

—Tú debes hacer restituciones —dijo ella de un modo que sonaba como una advertencia.

Bajó los hombros y su tono de voz se hizo menos altivo.

—No tengo los bienes para restituir lo que debo, Abuela —dijo.

—No hay otro modo —dijo el oráculo en voz alta y solemne.

Lo despidió con un ademán y el hombre desapareció de la vista tan rápidamente como si lo estuviera persiguiendo un ejército.

Rebeca vio mi boca abierta y me explicó encogiéndose de hombros:

—Solo los ladrones vienen para que les haga milagros en los negocios.

El último peregrino de aquella mañana fue una madre que llevaba a un niño con edad más que suficiente para

caminar, tres años, cuatro tal vez. Pero cuando la mujer lo desenvolvió, pudimos ver por qué todavía lo llevaba en brazos. Tenía las piernas débiles y los pies cubiertos de manchas y heridas, era doloroso solo el observarlas. Al mirarlo a los ojos se hacía patente que estaba agonizando de dolor. La Abuela tomó al niño de los brazos de su madre. Lo llevó hasta su almohadón, presionó sus labios contra la frente del niño y se sentó con él en su regazo. Pidió un ungüento para las quemaduras, algo que alivia pero que no puede curar. Entonces, con sus propias manos, sin dudar ni retroceder, frotó el ungüento en las heridas. Cuando Rebeca terminó,

mantuvo sus manos perfumadas en los pies enfermos y los sostuvo como si fueran preciosos, delicados y sanos. La madre se quedó con la boca abierta, pero el niño no reverenció a la curandera. Al cesar por un momento el dolor, él apoyó la cabeza sobre el pecho amplio de mi abuela y se quedó dormido.

Nadie se movía ni hablaba. Yo no sé cuánto tiempo estuvimos allí mientras el niño dormía, pero sí que la espalda ya me dolía cuando él abrió los ojos. Abrazó a mi abuela y le dio un beso. A su vez, ella le dio un abrazo y entonces se lo devolvieron a su madre, que lloraba al ver la sonrisa que había en el

rostro de su hijo, y que lloraba de nuevo al ver la tristeza en la cara del oráculo, lo que le daba a entender que no había nada que pudiera hacer para mantenerlo vivo.

No pude odiar a Rebeca después de esto. Aunque nunca volví a ver que fuera tan tierna con ninguna otra persona, no puedo olvidar el modo en que se hizo cargo del dolor de aquel niño y en que lo reconfortó a él y tranquilizó a la madre.

Nunca le hablé de Tabea a mi abuela. No me atreví. En silencio, lamentaba la pérdida de mi mejor amiga con tanto dolor como si yo la hubiera envuelto en un sudario.

Pero fue a Verenró a quien enterramos.

Yo estaba ansiosa por ver de nuevo a la mensajera, como estaban los demás en Mamre. Ella era la favorita entre las déboras, que sonreían cuando yo les preguntaba por ella.

—Sin duda volverá pronto —decía la que solía peinarme—. Y entonces tendremos historias en el atardecer y no estarás tan triste.

Pero por medio de un comerciante que iba a Tiro llegó la noticia de que habían matado a Verenró, mensajera de Rebeca de Mamre. Sus restos se habían encontrado en las afueras de la ciudad, la lengua cortada y pelo rojo esparcido

por todas partes. Un comerciante que había visitado el santuario años antes recordó a la mujer de extraño aspecto que servía al oráculo y reconoció su bolsa. Recogió lo que quedaba de ella y decidió llevárselo a la Abuela, que no exteriorizó la conmoción que le producía la terrible noticia.

El saco de los restos era lastimosamente pequeño y lo enterramos a gran profundidad dentro de un cántaro de barro. Oí llorar a las déboras aquella noche, y añadí un poco más de sal a mi propia manta. Pero cuando soñé con Verenró, esbozaba su amplia sonrisa, sentada en un árbol grande, con un gigantesco pájaro en el hombro.

El día que siguió al del entierro de Verenró fui a ver a Rebeca por la mañana, como solía hacer, pero ella ya estaba vestida, perfumada y pintada para aquel día. Estaba sentada sobre sus almohadones, silenciosa y reconcentrada. No se había dado cuenta siquiera de que yo había entrado. Tosí. No levantó la vista para mirarme, pero tras un rato habló, y supe por qué los peregrinos acudían a Mamre.

—Ya sé que estás aquí, Diná —dijo —. Sé también que me odias a causa de la hija de Esaú. Fue una lástima. Ella era la mejor de todas, y por supuesto que no tuvo la culpa. Fue la pobre estúpida de su madre, que no hizo lo que

le había dicho sino lo que su estúpida madre le enseñó. Yo debí haber cuidado de ella como si fuera un recién nacido. La niña no tenía oportunidad.

Mi abuela dijo esto sin mirarme, como si estuviera pensando en voz alta. Pero entonces volvió sus ojos hacia mí y me miró fijamente.

—Tú estás libre de ese destino —dijo—. Tu madre no dejará tu condición de mujer librada al azar. Ella no permitirá que tu sangre sea sino una ofrenda al vientre de la gran madre. Estás a salvo, segura. Sin embargo, te esperan otras desgracias —dijo, observándome intensamente, tratando de adivinar mi futuro—. Algo que no puedo

predecir, como no pude predecir el fin de Verenró. Tal vez tu dolor no sea más que perder un par de hijos, o tal vez te quedes viuda muy joven, porque tu vida será muy larga. Pero no tiene sentido asustar a los niños con las desgracias que puede traer la vida.

Permanecimos en silencio durante un rato y cuando Rebeca volvió a hablar, aunque sus palabras se referían a mí, era como si yo ya no estuviera allí.

—Diná no es la heredera tampoco. Veo ahora que no habrá ninguna. Mamre será olvidado. La tienda no seguirá en pie después de mí.

Se encogió de hombros como si no tuviera demasiada importancia.

—Los mayores no necesitan nada de nosotros. Nuestras libaciones y oraciones no tienen más importancia que el canto de los pájaros o el zumbido de las abejas. Al menos esas alabanzas están aseguradas.

Se levantó y vino hacia mí, hasta que nuestras narices estuvieron a punto de tocarse.

—Te perdono por odiarme —dijo, y me hizo salir de la tienda.

Rubén llegó unos días más tarde y yo dejé Mamre sin más despedida que un movimiento de cabeza por parte de la Abuela. Aunque estaba contenta de volver a la tienda de mi madre, los ojos me escocían cuando nos alejamos.

Llegué con las manos vacías. No me había hecho merecedora de las atenciones de Rebeca, la había defraudado.

6

Aunque había deseado volver a casa desde el mismo momento en que me quedé en Mamre, sentí una conmoción al regresar. Nada estaba tal como yo lo recordaba. Mis hermanos, mi padre y todos los otros hombres se habían vuelto terriblemente ordinarios y brutales.

Gruñían en vez de hablar, se rascaban y limpiaban la nariz con las manos y hasta se aliviaban a la vista de las mujeres. ¡Y aquel hedor!

El ruido del campamento era insoportable también. Los perros ladraban, las ovejas balaban, los recién nacidos lloraban, las mujeres gritaban. ¿Cómo es que no había notado antes el modo en que hablaban a gritos entre sí y a los niños? Hasta mi propia madre había cambiado. Toda palabra que salía de su boca era crítica, exigente o imperiosa. Todo tenía que hacerse como ella quería y nada de lo que yo hiciera estaba lo suficientemente bien. Solo oía contrariedad y cólera en su voz cuando

me decía que buscara agua o que me ocupara de alguno de los recién nacidos o que ayudara a Zilpá con el tejido.

Cada vez que me hablaba, se me llenaban los ojos de lágrimas, se me cerraba la garganta de vergüenza y de ira, y pataleaba.

—¿Qué pasa? —preguntaba, tres veces al día—. ¿Qué es lo que te está pasando?

A mí no me pasaba nada, pensaba yo. Era Lía la que se había vuelto intratable, ácida e imposible. De algún modo había acumulado muchos años en los meses en que estuve fuera. Las líneas profundas de su frente estaban a menudo llenas de polvo, y la suciedad que tenía

bajo las uñas me disgustaba.

Por supuesto, nunca me atreví a decirlo, de modo que rehuía a mi madre y escapaba a la tranquilidad del telar de Zilpá y a la suavidad de la voz de Bilhá. Hasta llegué a irme a dormir a la tienda de Raquel, lo que le debió causar a Lía cierto dolor. Inna, que, ahora me doy cuenta, era por lo menos tan vieja como la misma Abuela, me reprendía por hacer sufrir a mi madre. Pero yo era demasiado joven para entender que los cambios estaban en mí, no en mi madre.

Después de unas semanas me acostumbré una vez más al sonido de todos los días y al olor de los hombres, y me di cuenta de que me fascinaba.

Solía mirar el diminuto miembro de los recién nacidos que correteaban desnudos y observaba a hurtadillas a los perros que copulaban. Daba vueltas y más vueltas en la manta y dejaba que mis manos recorrieran mi pecho y fueran hasta mi entrepierna; mientras tanto, pensaba.

Una noche, Inna me encontró al lado de la tienda de Judá, donde él y Shua estaban haciendo otro niño. La vieja partera me cogió de la oreja y me hizo salir de allí.

—No falta mucho, mi niña —me dijo con una sonrisa—. Tu tiempo pronto llegará.

Yo me sentí mortificada y

horrorizada pensando en que Inna le iría a decir a mi madre dónde me había encontrado. Aun así, no pude dejar de pensar en el misterio de los hombres y las mujeres.

En las noches me consumía la curiosidad y el deseo. Mi padre y sus hijos estaban conversando. Los rebaños pronto serían demasiado grandes para las tierras que teníamos a nuestra disposición, y mis hermanos deseaban mayores perspectivas para ellos y para sus hijos. Jacob había comenzado a soñar de nuevo, esta vez con una ciudad

amurallada y un valle amigo entre dos montañas. En sus sueños, ya estábamos en Siquem, donde su abuelo había vertido vino sobre un montón de piedras y lo había denominado altar santo. A mis hermanos les gustaba ese sueño. Ellos hacían negocios en la ciudad y volvían a las tiendas con muchas historias acerca del mercado, donde la lana y el ganado tenían buenos precios. El rey de Siquem, Jamor, era pacífico y recibía a las tribus que querían cultivar las tierras. Simeón y Leví hablaron con el visir de Jamor en nombre de mi padre y volvieron con este. Se había acordado la concesión de una parcela de considerable extensión y con un pozo.

Las tiendas se desmontaron, el ganado y los rebaños se reunieron y fuimos hasta un lugar no muy lejano que el rey dijo que podía ser nuestro. Mis madres expresaron su satisfacción al ver el valle.

—En las montañas es donde el cielo se encuentra con la tierra —dijo Zilpá, satisfecha por encontrar inspiración.

—Las montañas nos protegerán contra los vientos malos —dijo Lía con razón.

—Debo encontrar a alguna mujer que sepa de hierbas para que nos diga qué podemos encontrar en estas montañas —le dijo Raquel a Inna.

Solo Bilhá parecía estar triste a la

sombra de Ebal, que era el nombre de la montaña a cuyo lado levantamos las tiendas.

—Es tan grande este lugar —suspiró — que me voy a sentir perdida.

Construimos hornos y plantamos semillas. Los rebaños se multiplicaron y otros hermanos se casaron con jóvenes muchachas a las que mis madres no pusieron pegas. Eran de Canaán y no sabían nada de las costumbres de Harán, donde las madres son honradas tanto por su fortaleza como por su belleza. Y mientras mis nuevas hermanas entraban en la tienda roja para complacer a Lía, nunca reían con nosotros. Miraban nuestro sacrificio a la Reina del Cielo

sin interés y se negaban a aprender la manera de hacerlo.

—Los sacrificios son para los hombres —decían, y comían sus dulces. Sin embargo, las novias de mis hermanos trabajaban duro y eran fértiles. Tuve muchas sobrinas y sobrinos en Siquem. La familia de Jacob prosperaba.

Había paz en nuestras tiendas salvo a causa de Simeón y Leví, que habitaban en los márgenes cada vez más amplios de su propia insatisfacción. El pozo, gracias al cual la tierra había alcanzado un buen precio, resultó ser un desvencijado montón de piedras que se secó poco después de que llegamos. Mis

hermanos cavaron otro realizando un trabajo que rompe las espaldas y que no siempre da resultados en el primer lugar en que se intenta. Simeón y Leví tenían la certeza de que Jamor los había engañado a propósito y alimentaban mutuamente su rabia por lo que consideraban una humillación. Cuando el segundo pozo ya estaba dando agua, su resentimiento se había convertido en una segunda naturaleza, como si formara parte de su apellido. Yo daba gracias por encontrarme pocas veces con ellos. Me asustaban con sus miradas torvas y los largos cuchillos que les colgaban habitualmente del cinturón.

Cuando el aire tenía la fragancia de la primavera y las ovejas estaban preñadas, llegó mi mes. Como se estaba acercando la noche, estaba descansando para aliviarme, cuando noté que algo me corría por la pierna. Tardé un rato en darme cuenta de lo que veía. Era más de color marrón que rojo. ¿No se suponía que debía ser rojo? ¿No debería sentir dolores en el vientre? Tal vez me había confundido y solo tenía la pierna lastimada, pero no encontré herida o rasguño alguno.

Parecía haber esperado la llegada de la feminidad desde siempre, pero no

corrí a decírselo a mis madres. Me quedé donde estaba, agachada, escondida entre las ramas, pensando: «Mi niñez ha terminado. Me pondré un delantal y tendré que cubrirme la cabeza. No tendré que cargar y buscar cosas durante la luna nueva nunca más, sino que me sentaré con el resto de las mujeres hasta que quede embarazada. Descansaré con mis madres y mis hermanas a la sombra rojiza de la tienda roja durante tres días y tres noches, hasta que aparezca la diosa creciente. Mi sangre fluirá sobre la paja fresca llenando el aire con el olor a sal de las mujeres».

Por un momento pensé en guardar el

secreto y seguir siendo una niña, pero pronto deseché la idea. Solo podía ser lo que era. Y era una mujer.

Me levanté, mis dedos estaban manchados con los primeros signos de mi madurez, y me di cuenta de que tenía un fuerte dolor en los intestinos. Con renovado orgullo, me fui a la tienda, sabiendo que mis pechos pequeños ya no serían motivo de broma entre las mujeres. Ahora sería bienvenida dentro de cualquier tienda en la que Raquel e Inna estuviesen atendiendo un parto. Ya podría verter el vino y hacer ofrendas de pan a la luna nueva, y pronto aprendería los secretos que hay entre hombres y mujeres.

Fui a la tienda roja sin el agua que me habían enviado a buscar. Pero antes de que mi madre pudiera abrir la boca para reprenderme, levanté mis dedos manchados.

—No puedo traer ninguna otra cosa, madre.

—¡Oh, oh, oh! —exclamó Lía, que por primera vez parecía haberse quedado sin palabras. Me besó en ambas mejillas y mis tías se reunieron alrededor y se turnaron para darme más besos. Mis cuñadas aplaudieron y todas comenzaron a hablar al mismo tiempo. Inna llegó corriendo para saber por qué había tanto ruido, y de pronto me encontré rodeada de caras sonrientes.

Se hacía de noche y mi ceremonia comenzó casi antes de que me diera cuenta de lo que pasaba. Inna llevó una copa de metal bruñido llena de vino fortificante, tan oscuro y dulce que apenas me di cuenta de su poder. Pero mi cabeza de pronto comenzó a flotar mientras mis madres me preparaban poniéndome alheña en las plantas de los pies y en las palmas de las manos. A diferencia de una novia, me pintaron una línea roja desde los pies hasta el sexo y desde las manos hicieron una serie de puntos que iban hacia mi ombligo.

Me pintaron los ojos.

—Para que veas lejos —dijo Lía.

Perfumaron mi frente y mis brazos.

—Para que camines entre flores —dijo Raquel.

Me quitaron las pulseras y el vestido. Sin duda fue el vino lo que me impidió preguntarles por qué me pintaban con tanto cuidado y me perfumaban, y luego me ponían la túnica corriente que llevaban las mujeres durante el parto y que no servía más que para cubrirse después de nacer el niño.

Fueron muy amables conmigo, graciosas y muy dulces. No me dejaron que comiera sola, sino que me metieron en la boca, con sus propios dedos, los mejores pedazos. Me dieron masajes en el cuello y en la espalda hasta que me sentí tan ligera como un gato. Cantaron

todas las canciones conocidas. Mi madre mantuvo llena mi copa de vino y la puso en mis labios tan seguido que pronto me resultó difícil hablar. Las voces se mezclaban como un rumor sonoro y alegre.

La esposa de Zabulón, Ahavá, bailó con su vientre ensanchado por el embarazo y batiendo palmas. Me reí hasta que me dolieron las costillas. Sonreí hasta que me dolió la cara. ¡Qué bueno era ser mujer!

Luego Raquel cogió los *terafim* y todas permanecieron en silencio. Los dioses domésticos habían estado escondidos hasta aquel momento. Aunque no era más que una niña la

última vez que los había visto, los recordaba como a viejos amigos: la madre embarazada, la diosa con serpientes en el pelo, la que era macho y hembra a la vez, el obstinado carnero. Raquel los dispuso cuidadosamente y eligió la diosa que tenía forma de rana sonriente. Su ancha boca sostenía sus propios huevos para tenerlos seguros mientras que sus piernas estaban apoyadas en un triángulo semejante a un puñal, fuerte como para sostener a miles más. Raquel frotó la figura de obsidiana con aceite hasta que la criatura refulgió y produjo reflejos a la luz de las lámparas. Miré la cara tonta de la rana y sonreí. Pero nadie sonrió conmigo.

Un instante después me encontraba fuera con mi madre y mis tías. Estábamos en el seto de trigo, en el centro del huerto, un lugar escondido donde crecía el grano dedicado al sacrificio. El suelo había sido arado y estaba listo para ser sembrado tras el retorno de la luna. Yo estaba desnuda tendida boca abajo sobre el suelo fresco. Temblaba. Mi madre me puso la mejilla sobre el suelo y desparramó mi pelo alrededor. Me estiró los brazos.

—Para abrazar la tierra —susurró.

Dobló mis rodillas y empujó las plantas de mis pies hasta juntarlas:

—Para devolverle tu primera sangre a la tierra —dijo Lía.

Pude sentir el aire de la noche en mi sexo, y era extraño y maravilloso estar allí abierta bajo el cielo.

Mis madres me rodearon: Lía delante, Bilhá a mi izquierda, la mano de Zilpá en mis nalgas. Yo sonreía como la rana, medio dormida, enamorada de todo aquello. La voz de Raquel, que estaba detrás de mí, rompió el silencio:

—¡Madre Inana! ¡Reina de la Noche! Acepta la sangre que te ofrece tu hija, en el nombre de sus madres, en tu nombre. Que viva en su sangre, que por su sangre pueda dar vida.

Aquello no hacía daño. El aceite facilitaba la entrada y el angosto triángulo calzaba perfectamente mientras

me penetraba. Miraba al oeste mientras la pequeña diosa miraba al este cuando rompió el sello de mi vientre. Cuando grité, no era tanto de dolor como de sorpresa y tal vez también de placer, porque me pareció que la reina misma estaba sobre mí, con Dumuzi, su consorte, detrás. Yo era como un pedazo de tela, suspendido y entibiado por la gran pasión.

Mis madres se quejaron compasivamente. Si yo hubiera podido hablarles les habría dicho que era muy dichosa. Porque todas las estrellas de la noche entraban en mi vientre, detrás de las piernas de la diosa sonriente con forma de rana. En una noche tan suave e

intensa, desde la separación de la tierra y el agua, de la tierra y el cielo, yo estaba acostada, descansando como un perro, y me sentía hilando a través de los cielos. Y cuando empecé a caer, no sentí miedo.

Había un cielo rosado cuando abrí los ojos. Inna estaba arrodillada junto a mí, observando mi cara. Yo estaba acostada boca arriba, con los brazos y las piernas extendidos, como los rayos de una rueda. Mi desnudez había sido cubierta por la mejor manta que poseía mi madre. La partera me ayudó a ponerme de pie y me condujo a un lugar mullido de la tienda roja, donde las otras mujeres todavía dormían.

—¿Soñaste? —me preguntó.

Cuando asentí con la cabeza, se me acercó y dijo:

—¿Qué forma tomó?

Vagamente yo sabía lo que quería saber, pero no sabía cómo llamar a la criatura que me había sonreído. Nunca había visto nada parecido a ella: corpulenta, negra, sonrisa que enseñaba los dientes, piel semejante al cuero. Quise describir el animal delante de Inna, que se quedó atónita. Luego me preguntó:

—¿Estaba en el agua?

Dije que sí e Inna sonrió.

—Te dije que el agua era tu destino. Es una diosa muy antigua. Taveret, una

diosa egipcia que vive en el río y se ríe abriendo mucho la boca. Da a las madres la leche para amamantar y protege a los hijos.

Mi vieja amiga me besó en las mejillas y luego me dio un suave pellizco.

—Eso es todo lo que sé sobre Taveret, pero en todos estos años no he encontrado a ninguna mujer que soñara con ella. Debe de ser un signo de suerte, pequeña. Ahora duerme.

No abrí los ojos hasta el atardecer y soñé todo el día con una luna dorada que crecía entre mis piernas. Por la mañana, me concedieron el honor de ser la primera en salir para saludar la primera

aparición de la luna nueva.

Cuando Lía fue a decirle a Jacob que su hija había llegado a la edad adulta, se encontró con que ya lo sabía. Inbu se lo había contado a Leví, quien fue a murmurar a su padre acerca de «abominaciones».

La mujer cananea se había espantado por el ritual que habíamos practicado en la tierra, con la sangre y bajo el cielo. La familia de Inbu no sabía nada de la ceremonia de abrir el vientre. De hecho, cuando ella se casó con mi hermano, su madre había corrido a la tienda para

llevarse la manta manchada de sangre de la noche de bodas, en caso de que Jacob, que había pagado la dote, deseara una prueba de su virginidad. Como si mi padre quisiera mirar la sangre de una mujer.

Pero Inbu le había hablado a Leví del sacrificio en el huerto, o al menos de lo que ella imaginó, y eso fue lo que supo mi padre, Jacob. Los hombres no sabían nada de la tienda roja ni de sus ceremonias y sacrificios. Jacob no estaba complacido por tener que enterarse. Sus esposas cumplían sus obligaciones para con él y para con su dios; él no tenía peleas con ellas ni con sus diosas. Pero no podía fingir que los

terafim de Labán no estaban en su casa, y él no permitiría la presencia de dioses de los que había abjurado.

Así, Jacob llamó a Raquel ante él y le ordenó que le diera los dioses de la casa que le había quitado a Labán. Los llevó a un lugar desconocido y los hizo trizas con una roca, uno por uno, todos los que le fueron entregados, y después los enterró en secreto para que nadie pudiera hacer libaciones sobre ellos.

Ahavá abortó a la semana siguiente, lo que Zilpá consideró un castigo y una señal de que pasaría algo peor. Lía no estaba tan preocupada por los *terafim*.

—Estuvieron escondidos durante años en una cesta y no nos hicieron

daño. El problema son las esposas de mis hijos, que no siguen nuestras costumbres. Debemos enseñarles mejor. Debemos convertirlas en nuestras propias hijas. Y así mi madre se hizo cargo de Ahavá y de Shua. En los años siguientes, también tratamos de enseñarle a la novia de Isacar, Hesia, y a Oreet, de Gad. Pero ellas no pudieron abandonar las costumbres de sus propias madres.

La traición de Inbu abrió una brecha profunda, una herida que nunca se cerró. Las esposas de Leví y de Simeón no volvieron jamás a la tienda roja, sino que se quedaron bajo sus nuevos techos durante la luna nueva y retuvieron a sus

hijas con ellas. Y Jacob comenzó a fruncir el ceño al ver la tienda roja.

Con cada luna nueva, yo tomaba posesión de mi lugar en la tienda roja y aprendía de mis madres a mantener mis pies fuera del contacto de la tierra desnuda y a sentarme cómodamente sobre la paja. Mis días estaban determinados por la presencia o ausencia de la luna. El tiempo se enroscaba en mi cuerpo, el endurecimiento de los pechos, la dolorosa esperanza del descanso, los tres días tranquilos de separación y

calma.

Aunque ya había dejado de rendir culto a mis madres como si fueran criaturas perfectas, quería pasar aquellos días con ellas y con las otras mujeres que sangraban. Una vez, cuando solo mis madres y yo estábamos sentadas en la tienda, Raquel señaló que era como los viejos tiempos en Harán. Pero Lía dijo:

—No es lo mismo en absoluto. Ahora hay muchos para servimos y mi hija se sienta sobre la paja como nosotras.

Bilhá vio que las palabras de mi madre herían a Raquel porque ella todavía anhelaba tener una hija y no

había perdido las esperanzas. Mi amable tía dijo:

—Ah, pero Lía, es verdaderamente hermoso que estemos las cinco aquí, cuánto le habría gustado a Adá.

El nombre de mi abuela produjo un efecto de alivio y encanto y las hermanas se solazaron con su recuerdo. Pero el daño estaba hecho y el viejo odio entre Lía y Raquel volvió a los recintos de las mujeres.

No mucho después de estar a la sombra de Ebal, Inna y Raquel ayudaron a que una de las siervas tuviera un niño. La madre sobrevivió, algo muy raro en estos casos, porque no solía suceder cuando la criatura venía con los pies por

delante. Pronto las mujeres de las laderas de las colinas y también de la parte baja del valle comenzaron a llamarlas ante el primer síntoma de un nacimiento difícil. Se rumoreaba que Inna y Raquel, pero especialmente Raquel, que estaba emparentada con la gente de Mamre, poseían dotes especiales para apaciguar a Lamashto y a Lilit, viejos demonios sedientos de sangre infantil, y muy temidos por la gente del lugar.

Muchas veces iba yo con mi tía y con la anciana partera, que encontraba más fácil apoyarse en su bastón al no tener que cargar un saco al hombro. La gente de la colina se sorprendía al ver

que llevaban consigo a una muchacha soltera como yo para asistir a las parturientas. Pero en el valle parecía no importarles, y las madres primerizas, muchas más jóvenes que yo, preguntaban si yo iba a ser la que les sostendría las manos y las miraría a los ojos cuando tuvieran los dolores más fuertes.

Aunque yo tenía la certeza de que mis maestras lo sabían todo acerca de los nacimientos, Raquel e Inna trataban de aprender lo que podían de las mujeres que conocían. Lograron descubrir una menta especialmente dulce que crece en las colinas. Alivia en seguida el estómago y fue una bendición para todas aquellas que sufrían náuseas

y vómitos durante el embarazo. Pero cuando Inna vio cómo algunas de las mujeres pintaban el cuerpo de la madre con espirales amarillas «para engañar a los demonios», frunció la boca y murmuró que eso no tenía más efecto que irritar la piel.

Hubo un don muy importante que mis maestras aprendieron de las mujeres del valle de Siquem. No era ni una hierba ni una herramienta, sino una canción de alumbramiento, y el calmante más dulce que Inna o Raquel habían probado. Hacía que las mujeres respiraran con más facilidad y que la piel se estirase en lugar de desgarrarse. Suavizaba los dolores más agudos. Y hasta aquellas

que morían, porque pese a la habilidad de Inna a veces moría alguna, sonreían al cerrar los ojos para siempre sin temor.

Cantábamos:

No temas, que el momento está llegando

No temas, tus huesos son fuertes

No temas, te estamos ayudando

No temas, Gula está cerca

No temas, el niño está en la puerta

No temas, vivirá para honrarte

No temas, las manos de la partera son sabias

No temas, la tierra está bajo tus pies

No temas, tenemos agua y sal
No temas, madrecita
No temas, madre de todos nosotros.

A Inna le gustaba la canción, especialmente cuando las mujeres de la casa añadían frases para hacer que su poder mágico fuera todavía mayor. Estaba muy contenta porque había aprendido algo poderoso al final de su larga vida.

—Hasta el más viejo —decía sacudiendo ante mí su dedo huesudo—, cuando sabe oír, puede encontrar nuevos trucos aquí y allá.

Nuestra querida Inna ya tenía muchos años, y llegó un momento en que

estaba demasiado débil para caminar en la noche o por caminos empinados, de modo que Raquel me llevaba con ella y yo iba aprendiendo tanto con los ojos como con las manos.

Una vez nos llamaron para ayudar a una madre que iba a tener a su segundo hijo, un nacimiento fácil y una madre muy dulce que sonreía incluso mientras paría. Mi tía me dejó poner los ladrillos y cortar el cordón y cuando volvíamos me tocó el hombro y me dijo que sería una buena partera. Cuando añadió que mi voz reproducía muy bien la canción de la madre valiente, sentí más orgullo que nunca.

7

A veces nos llamaban para asistir a alguna parturienta que vivía en los alrededores de la ciudad. Aquellos viajes eran especialmente agradables. Las paredes de Siquem me daban más temor que las neblinosas montañas que inspiraban los sacrificios de Jacob y de

Zilpá. Las mentes que habían concebido tal proyecto me hacían sentir sabia, y la fuerza de los hombres que habían edificado la fortaleza me hacía sentir fuerte. Cada vez que las paredes estaban ante mis ojos, no podía dejar de mirarlas.

Quería entrar, ver la plaza del templo, las estrechas calles y las casas llenas de gente. Sabía algo acerca del tamaño del lugar gracias a José, que había estado en Siquem con nuestros hermanos. José decía que el palacio donde el rey Jamor vivía espléndidamente, con su esposa egipcia y quince concubinas, tenía más habitaciones que el número total de mis

hermanos. Decía que Jamor tenía más sirvientes que nosotros ovejas. No creía que un pastor lleno de polvo como mi hermano José pudiera tener acceso a una casa tan magnífica. Sin embargo, me gustaba oír sus historias de grandezas. Hasta sus mentiras acerca del lugar me gustaban y me hacía la ilusión de que podía oler el perfume de las mujeres de la corte en la túnica de mi hermano cuando volvía del mercado.

Mi madre decidió ir a conocer el lugar por su cuenta. Tenía la certeza de que podría conseguir un precio más favorable para nuestra lana que Rubén, quien era demasiado generoso para hacer esas transacciones. Casi le besé

las manos cuando dijo que yo podría ir con ella para ayudarla. Rubén nos instaló en un buen punto en la parte exterior de la puerta, pero él se quedó a cierta distancia cuando nuestra madre comenzó a proclamar su mercancía a cuanto extraño pasaba y a regatear como un vendedor de camellos con aquellos que se aproximaban.

Yo tenía poco que hacer, salvo observar, a lo que me dediqué alegremente. Aquel día la puerta del este era una maravilla. En esa ocasión vi los primeros trucos de magia y me comí la primera granada, vi rostros morenos y negros, cabras de pellejos inconcebiblemente rizados, mujeres

cubiertas de ropa negra y niñas esclavas sin nada puesto sobre sus cuerpos. Era como estar de nuevo andando por el camino, pero sin que los pies se fatigaran. Vi a un enano haciendo piruetas sobre un borrico tan blanco como la luna y observé que un sacerdote de gran importancia, vestido con un caftán, compraba aceitunas. Y entonces vi a Tabea.

O al menos creí haberla visto. Una joven de su estatura y del mismo color de su tez se acercaba caminando a nuestro puesto. Llevaba las ropas blancas del templo, tenía la cabeza rapada y las dos orejas perforadas. Yo me puse de pie y la llamé en voz alta,

pero ella dio media vuelta sobre sus talones y se fue rápidamente. Sin pensarlo más, y antes de que mi madre pudiera detenerme, corrí tras ella, como si fuera una niña y no una moza.

—¡Tabea! —le grité—. ¡Prima!

Pero ella no me oyó, y si me oyó no se detuvo, y las vestimentas blancas desaparecieron al trasponer la figura el umbral de una puerta.

Rubén me alcanzó.

—¿Qué estás haciendo? —me preguntó.

—Me ha parecido que era Tabea —le respondí casi llorando—. Pero me equivoqué.

—¿Tabea? —preguntó él.

—Una prima nuestra, de la familia de Esaú. No la conoces —le dije—. Lamento que hayas tenido que correr detrás de mí. ¿Mamá está muy enfadada?

Se rio ante la necedad de mi pregunta y yo también reí. Ella estaba furiosa, y tuve que pasar el resto del tiempo sentada de cara a la pared. Pero entonces mi ligero corazón había salido de mi cuerpo y me sentía contenta solo con oír los ruidos del mercado, que me traían recuerdos de mi amiga pérdida.

Acabada nuestra excursión, llegó una mensajera de la ciudad. Vestía túnica de

lino, calzaba hermosas sandalias y al hablar solo se dirigió a Raquel.

—Una de las mujeres de la casa real está a punto de dar a luz —dijo a mi tía —. La reina de Jamor quiere que la atiendan las parteras de la casa de Jacob.

Lía no parecía contenta al verme preparar los útiles del viaje. Fue donde estaba Raquel y le dijo:

—¿Por qué no llevas a Inna ante la reina? ¿Por qué insistes en apartar a Diná de mi lado precisamente ahora, cuando hay que coger aceitunas?

Mi tía se encogió de hombros.

—Sabes que Inna ya no puede caminar hasta la ciudad. Si quieres que

lleve a una esclava, lo haré. Pero la reina espera a dos mujeres de la casa de Jacob, y no estará muy predispuesta a comprar tu lana si voy sin una asistente muy capacitada.

Lía enrojeció ante las palabras de su hermana, y yo dejé caer la vista al suelo para que mi madre no pudiera ver cuánto deseaba ir con Raquel. Contuve el aliento hasta que oí a mi madre decir:

—Bueno —dijo haciendo un ademán y marchándose. Yo me tapé la boca con las dos manos para que no se oyera ninguna exclamación y Raquel me sonrió con la expresión de un niño que ha burlado a sus mayores.

Terminamos de hacer los

preparativos y nos vestimos con ropa de fiesta, pero Raquel me detuvo cuando salimos y trenzó mi pelo «al estilo egipcio», según me dijo al oído. Bilhá y Zilpá nos despidieron, pero Lía no estaba visible por ninguna parte cuando partimos hacia el valle con la mensajera.

Al cruzar las puertas de la ciudad aquella primera vez, me sentía profundamente decepcionada. Las calles eran más pequeñas y sucias de lo que me había imaginado. Olía a una espantosa mezcla de fruta podrida y sudor humano. Avanzábamos muy rápido para poder observar el interior de las oscuras cabañas, pero pude oír y oler que las

cabras vivían con sus dueños, y finalmente comprendí el desdén de mi padre por la vida de la ciudad.

Una vez que cruzamos el umbral del palacio, entramos en un mundo completamente diferente. Las paredes eran lo suficientemente gruesas para impedir que los ruidos y los olores de la calle llegaran al interior, el patio en el que nos detuvimos era espacioso y brillante.

Una esclava desnuda se aproximó y nos indicó que la siguiéramos hasta una de las entradas a los cuartos de las mujeres, y luego fuimos a la habitación donde la parturienta se quejaba en el suelo. Era aproximadamente de mi edad

y por lo que se veía apenas comenzaba a dar a luz. Raquel le tocó el vientre y me hizo una indicación con los ojos. Nos habíamos trasladado allí para asistir al más directo de los nacimientos. No es que aquello nos importara; un viaje al palacio era una aventura por la cual nos sentíamos muy agradecidas.

Poco después de que conocimos a la parturienta, la reina de Jamor entró en la habitación, tenía curiosidad por conocer a las parteras de las colinas. La reina, a quien llamaban Ranefer, vestía una túnica de lino y un manto adornado con cuentas de turquesa, la vestimenta más elegante que yo había visto hasta entonces. Aun así, no opacaba la belleza

de mi tía. Aunque Raquel ya era mayor, y estaba curtida por el sol y el trabajo, allí, arrodillada en el suelo con la mano entre las piernas de una joven parturienta, seguía despidiendo su luz dorada. Su pelo aún tenía brillo y sus ojos negros eran tan vivaces como siempre. Las dos mujeres se miraron con aprobación y se hicieron una inclinación de cabeza a modo de saludo.

Ranefer se levantó la túnica por encima de las rodillas y se situó al otro lado de Ashnan, que era el nombre de la joven madre que sollozaba y gemía más de miedo que de dolor. Las dos mujeres mayores comenzaron a conversar acerca de los aceites que podían facilitar la

salida de la cabeza del recién nacido y yo me sentí muy impresionada tanto por todo lo que sabía una reina acerca de los partos y los niños, como por la facilidad de Raquel para conversar naturalmente con una señora noble.

Ashnan, supimos, era hija de la niñera de los hijos de la reina. La mujer que en aquel momento estaba en los ladrillos había sido compañera de juegos de los propios hijos de Ranefer cuando eran niños, y también hermana de leche de ellos. La niñera había muerto cuando los chicos eran todavía recién nacidos y Ranefer había sido muy dulce con la muchacha, especialmente cuando supo que estaba embarazada del

rey Jamor, de quien Ashnan era su más reciente concubina.

Fue la misma reina la que nos contó todo esto, mientras permanecía junto a Ashnan, desde el mediodía hasta la puesta del sol. La madre era fuerte y todos los signos eran buenos, pero el parto se hizo lento. A algunas contracciones intensas siguieron pausas largas, y cuando Ashnan se quedó dormida, casi al anochecer, exhausta, Ranefer llevó a Raquel a su propia cámara para que se refrescara y a mí me dejaron encargada de vigilar a la madre.

Me estaba quedando dormida cuando oí la voz de un hombre en la antecámara. Debí haber enviado a la

niña esclava para que avisara, pero no pensé en ello. Estaba cansada y me sentía muy aburrida después de horas de estar sentada en el mismo lugar, de modo que me levanté y fui a ver.

Su nombre era Shalem. Era el hijo primogénito, el más hermoso y más inteligente de todos los hijos del rey, al que la gente de Siquem estimaba mucho. Era dorado y hermoso como una puesta de sol.

Bajé los ojos hasta el suelo para no verlo, como si fuera una cabra de dos cabezas o algo raro que desafiara el orden de las cosas. Y en verdad sí, desafiaba a la naturaleza. Era perfecto.

Por evitar mirarlo a los ojos

descubrí que sus uñas estaban muy limpias y que tenía las manos suaves. Sus brazos no estaban bronceados por el sol como los de mis hermanos, pero tampoco parecían débiles. Llevaba únicamente una especie de falda y tenía el pecho desnudo, lampiño y con buenos músculos.

También me miraba a mí y temblé al ver las manchas que había en mi delantal. Incluso mi vestido de fiesta parecía deslucido y opaco comparado con el fulgor de la sencilla vestimenta que llevaba en su casa. Mi pelo estaba desordenado y tenía la cabeza descubierta. Tenía los pies sucios. Comencé a oír el sonido de la

respiración, sin saber si era la mía ola de él.

Finalmente, no pude contenerme y levanté los ojos. Era muy alto, como una cabeza más que yo. Tenía el pelo negro y brillante, los dientes bien formados y muy blancos. Los ojos eran de color dorado, o verde o castaño. En verdad, no lo miré lo suficiente para discernir el color porque jamás nadie me había saludado con una mirada igual. Sonrió muy amablemente pero con sus ojos reclamaba la respuesta a una pregunta que yo no había entendido por completo.

Sentía un eco en los oídos. Quería salir corriendo pero al mismo tiempo no quería que cesara aquel extraño y

penoso sentimiento de confusión y necesidad que me había invadido. No dije nada.

Él también estaba desconcertado. Se tapó la boca con el puño mientras tosía dirigiendo los ojos hacia el lugar en donde estaba Ashnan, luego me miró a mí. Finalmente logró articular una pregunta acerca de su hermana de leche. Debo de haberle contestado algo, aunque no recuerdo ninguna de mis palabras. Todo lo que conserva mi memoria es el dolor en el momento en que nos encontramos en un recoveco pequeño y vacío.

Me asombra pensar en todo lo que pasó en el espacio de una o dos

respiraciones profundas. Me pasé todo el tiempo recriminándome a mí misma: «¡Tonta! ¡Chiquilla! ¡Tonta!». Mamá se reiría cuando se lo contara.

Pero supe que no debía contarle nada a mi madre. Y aquel pensamiento me hizo enrojecer. No debía mencionar el arrebato de mis sentimientos por aquel Shalem, cuyo nombre ni siquiera conocía, cuya presencia me hizo enmudecer y perder energía. Lo que provocó el rubor de mis mejillas fue el hecho de entender que no le hablaría a Lía del fervor y el fuego que experimentaba mi corazón en aquel momento.

Él notó que me ponía roja y su

sonrisa se hizo más amplia. Mi torpeza se desvaneció y le devolví la sonrisa. Y fue como si el precio de la novia hubiera sido pagado y la dote convenida. Fue como si estuviéramos solos en nuestra tienda de bodas. La pregunta había obtenido respuesta.

Ahora me suena cómico, y si una hija mía me confesara cosas semejantes, me reiría muy fuerte o la reprendería. Pero aquel día solo era una muchacha preparada para conocer a un hombre.

Mientras nos dirigíamos sonrisas, recordé los sonidos que venían de la tienda de Judá y entendí mis propias noches febriles. Shalem, que era apenas unos años mayor que yo, reconoció su

propio deseo y sintió algo más que el simple ardor de la pasión, eso fue lo que dijo después de que hubimos concertado nuestra promesa y de que yacimos el uno en los brazos del otro. Él dijo que se sintió impresionado y también tímido en la antecámara de las habitaciones delas mujeres. Dijo que estaba conmovido y emocionado. Como yo.

No creo que nos dijéramos entonces ninguna otra cosa antes de que Raquel y la reina entraran en la habitación y me llevaran de nuevo a la habitación de parto. No tuve tiempo de pensar en Shalem entonces, porque Ashnan había roto aguas y a continuación salió un niño corpulento y saludable que apenas si

rasgó la carne de su madre.

—En una semana estarás curada —le dijo Raquel a la muchacha, que lloraba por el alivio que sentía de que todo hubiera pasado.

Dormimos en el palacio aquella noche, aunque yo apenas pude cerrar mis ojos debido a la excitación que sentía. Partir a la mañana siguiente fue como morir un poco. Pensé que nunca lo volvería a ver. Pensé que había sido un error de mi parte, la fantasía de una muchacha rústica y poco hábil ante un príncipe. Pero mi corazón se rebelaba ante aquella idea y no dejaba de torcer mi cuello mirando una y otra vez para atrás desde el momento en que partimos,

pensando que iría a solicitarme. Pero Shalem no apareció y yo me mordí los labios para no llorar mientras bajábamos las colinas y nos dirigíamos a las tiendas de mi padre.

¡Nadie sabía! Pensé que todos se darían cuenta al verme. Pensé que Raquel adivinaría mi secreto y me obligaría a contarle la historia durante el regreso. Pero mi tía solo quería hablar de Ranefer, que había elogiado sus habilidades y le había dado un collar con cuentas de ónice.

Cuando volvimos al campamento, mi

madre me abrazó, pero sin percibir el nuevo calor que traía mi cuerpo, y me envió al huerto de olivos, donde había mucho que varear. Zilpá estaba allí, vigilando el lagar, y apenas contestó a mi saludo. Hasta Bilhá, siempre tan sutil y observadora, estaba ocupada, reparando unas tinajas de aceite que se habían roto, y no vio nada raro en mí.

La falta de atención de mis madres fue toda una revelación para mí. Antes de mi viaje a Siquem yo suponía que mis madres podían ver mis pensamientos y que mi corazón no tenía secretos para ellas. Pero en aquel momento descubrí que yo estaba separada, que no brillaba, era opaca y daba vueltas en una órbita

de la que ellas no tenían conocimiento alguno.

Me satisfizo descubrir el placer de la soledad y traté de conservarlo, manteniéndome ocupada en el lugar más apartado del huerto e incluso durmiendo en la tienda improvisada cerca del límite de las plantaciones, con las esposas de mis hermanos. Me sentía feliz sola, pensando únicamente en mi amado, enumerando sus cualidades, imaginando sus virtudes. Me miraba las manos y me preguntaba qué sería tocar sus hombros resplandecientes, sus magníficos brazos. En mis sueños veía la luz del sol refulgiendo en el agua y me despertaba sonriendo.

Después de tres días de aquella especie de borrachera de felicidad, mis esperanzas comenzaron a desvanecerse. ¿Iría a buscarme? ¿No serían mis rudas y callosas manos demasiado ásperas para acariciar a un príncipe? Me comía las uñas y rechazaba los alimentos. Por la noche permanecía sin dormir echada en mi manta, recordando una y otra vez el dichoso encuentro que habíamos tenido. No podía pensar en otra cosa que no fuera él, aunque empecé a poner en duda la veracidad de mis recuerdos. Tal vez su sonrisa hubiera sido de indulgencia y no de admiración. Tal vez había sido una ingenua.

Pero precisamente cuando

comenzaba a temer que iba a terminar revelando mis secretos, ahogada en un mar de lágrimas, me salvaron. El rey en persona envió a buscarme. Jamor no le negaría nada a su joven esposa y cuando Ashnan preguntó si la hija joven y amable de Jacob podía ser llevada a palacio para distraerla durante su confinamiento, se despachó un mensajero. El emisario del rey llevó a un esclavo para que ocupara mi lugar en la recolección. A mi madre le pareció que la actitud del rey era prudente y generosa.

—Déjala ir —le dijo a mi padre.

Jacob no puso objeciones y envió a Leví para que me acompañara hasta la

puerta de las habitaciones de las mujeres en el palacio de Jamor.

Mientras me despedía de mis madres, pude ver que Bilhá y Raquel me estaban observando detenidamente. Fuera por la ansiedad o por el placer que pude haber mostrado ante la petición del rey, algún indicio debió de alertarlas de que algo sucedía, pero ya era demasiado tarde para preguntar. Me devolvieron la despedida mientras yo descendía hacia el valle, pero pude sentir que sus preguntas iban pegadas a mi espalda. Un halcón voló en círculo sobre nosotros durante todo el trayecto por el valle. Leví dijo que era una buena señal, pero el mensajero escupía en el

suelo cada vez que la sombra del pájaro cruzaba el sendero.

Mi hermano me dejó en la puerta del palacio de Jamor, ordenándome en voz alta y con tono pomposo, para que el mensajero oyera bien, que me comportara «como corresponde a una de las hijas de Jacob». Como en verdad yo era la única hija viva de Jacob, sonreí. Se me estaba diciendo que me comportara como yo misma y yo tenía justamente toda la intención de hacer eso.

Durante las siguientes tres semanas conocí a las hijas de Siquem. Las esposas de todos los hombres importantes llegaron a visitar a Ashnan y

a su pequeño hijo, que no tendría nombre hasta que alcanzara los tres meses de edad, de acuerdo con las costumbres de Egipto.

—Para que los demonios no sepan cómo encontrarlo —susurraba Ashnan, temiendo la presencia del mal incluso en la seguridad de sus cómodas habitaciones.

Ashnan era una especie de niña tonta de dientes hermosos y pechos grandes que pronto recuperó su belleza y sus formas anteriores después de que entregaran el recién nacido a una niñera. Nunca había sabido que hubiera mujeres fuertes que confiaban el alimento de su hijo al pecho de otra mujer; en mi mundo

una nodriza solo acudía cuando la madre había muerto o agonizaba. Pero entonces, ¿qué sabía yo de la vida de las mujeres de la nobleza? Por cierto, al principio todo lo que veía y oía hacía que no saliera nunca de mi asombro.

No me importó mucho haber sido la sirvienta de Ashnan, porque fue ese el lugar que ella me asignó. Yo le llevaba el alimento y le daba de comer. Le lavaba los pies y la cara. Ella quería que le hiciera masajes, de modo que aprendí ese arte gracias a una anciana que vivía en la casa real. También quería pintarse, y charlaba mientras me enseñaba cómo aplicar galena alrededor de mis propios ojos, y un polvo verde

oscuro en los párpados.

—Esto no solo te pone guapa —decía Ashnan— sino que también espanta a los mosquitos.

Ashnan también me hizo conocer el aburrimiento, que es una espantosa plaga que ataca a las mujeres en los palacios. Una tarde llegué a derramar lágrimas debido a la monotonía de tener que quedarme sentada allí quieta mientras Ashnan dormía. Todo lo que yo tenía que hacer era ocuparme de averiguar si Shalem estaba enterado de mi presencia en la casa de su padre. Comencé a dudar de que se acordara de la pobre ayudante de la partera de su hermana de leche. Estaba atrapada y sin respuestas pues

las paredes que había entre el mundo de las mujeres y el de los hombres eran gruesas, y en el mundo del palacio no había modo de hacer que los caminos se cruzaran.

Después de unos cuantos días, Ranefer fue a ver a Ashnan y traté de encontrar valor para hablar a la reina acerca de su hijo. Pero lo único que pude hacer en su presencia fue sudar y ponerme roja.

—¿Echas de menos a tu madre, pequeña? —me preguntó la reina con amabilidad.

Yo negué con la cabeza, pero mi aspecto era tan desgraciado que la reina cogió mi mano y dijo:

—Necesitas un poco de diversión, me parece. Una niña como tú que vive bajo el sol debe sentirse como un pájaro encerrado entre estas paredes.

Le sonreía a Ranefer y ella me apretó la mano cariñosamente.

—Irás al mercado con mi sierva —dijo—. La ayudarás a elegir las mejores granadas, y veré si eres capaz de encontrar buenos higos para mi hijo. A Shalem le gustan mucho los higos.

A la mañana siguiente traspuse las puertas del palacio y entré en el tráfago de la ciudad, a la que observaba con toda la alegría de mi corazón. La sirvienta que iba a mi lado parecía no tener ninguna prisa y me permitía

vagabundear por donde yo quisiera. Me detuve en casi todos los puestos y ante casi todos los vendedores, maravillada por la variedad y cantidad de lámparas, frutos, tejidos, quesos, tinturas, herramientas, animales domésticos, cestos, joyas, flautas, hierbas, todo.

Sin embargo, no había higos en venta aquel día. Buscamos hasta que me sentí mareada por el calor y la sed, pero no quería saber nada de volver al palacio sin cumplir el encargo de la reina, sin llevar la fruta preferida de mi amado. Finalmente, después de haber mirado en todos los rincones, no quedaba más que emprender el regreso.

En el momento en que tomábamos el

sendero que conducía al palacio, me topé con la cara más vieja que jamás haya visto, una vendedora de hierbas cuya piel negra estaba tan curtida como un cauce seco. Me quedé junto a su manta y escuché su discurso acerca de un linimento «bueno para el dolor de espalda». Pero cuando fui a agacharme para tocar una raíz que me era desconocida, ella me aferró la muñeca y me miró a los ojos.

—¡Ah, la joven señora quiere algo para su amado! Algo mágico que le lleve a su joven amante a la cama, para poder librarse de una vez de su agobiante virginidad.

Quité mi brazo con horror ante todo

lo que la adivina había sido capaz de ver en mi corazón. Era muy probablemente un discurso igual al que diría a todas las jóvenes que se acercaban, pero la sirvienta de Ranefer vio mi confusión y se rio. Me sentí mortificada y me aparté en seguida de la anciana.

No vi que Shalem se aproximaba, pero él se detuvo ante mí, la luz del sol de la tarde brillaba en todo el cielo que rodeaba su cabeza como una corona de piedras preciosas. Lo miré fijamente y abrí la boca, atónita.

—¿Estás bien, señora? —me preguntó, con la vez dulce y apasionada que recordaba del primer encuentro. Yo

permanecí callada.

Me miró con el mismo deseo que yo sentía y puso su mano tibia en mi codo, como para conducirme de nuevo al palacio, mientras la sirvienta de la reina nos seguía con una sonrisa no disimulada. La señora había estado en lo cierto: había una luz entre el príncipe y la nieta de Mamre.

A diferencia de mí, el hijo de Ranefer no había podido ocultar a su propia madre los deseos que albergaba su corazón. Ranefer había despreciado a las mujeres de la ciudad desde el día en que llegó

como joven novia a Siquem.

—Hilan mal, tejen peor, se visten como hombres y no saben nada de hierbas. Te darían hijos estúpidos —le había dicho Ranefer a su hijo—. Buscaremos algo mejor para ti.

Ranefer había quedado muy impresionada por las habilidades como parteras de las mujeres de las colinas, y le había gustado también el aspecto de la muchacha que llevaba la bolsa. Aprobaba mi estatura y la fuerza de mis brazos, el color de mi piel y el modo en que movía la cabeza. El hecho de que alguien tan joven como yo estuviera trabajando con las parteras la llevó a la conclusión de que no era tonta. Cuando

Raquel se fue con la reina para refrescarse durante el parto de Ashnan, Ranefer obtuvo más información acerca de mí, de un modo tan indirecto que ni siquiera Raquel sospechó con qué propósito le preguntaba la reina por mi edad, la situación de mi madre, mi habilidad con el huso y el telar.

Cuando Ranefer y Raquel me sorprendieron con Shalem en la antesala, ella se dio cuenta en seguida de que la semilla que ella había estado preparando, brotaba por su propia cuenta. Entonces decidió hacer lo que pudiera para favorecer su crecimiento.

Ranefer le dijo a Ashnan que mandara a buscarme de la casa de mi

padre y le dijo a su hijo que saliera a buscarme en el mercado aquella mañana.

—Me temo que esa pequeña muchacha de las colinas se haya perdido —le dijo a Shalem—. Sabes que mi sirvienta es lo suficientemente tonta para olvidarse de guiarla. Pero ¿es posible que no te acuerdes del aspecto de esa joven llamada Dina? —le preguntó a su hijo—. Era la muchacha de ojos oscuros, pelo rizado y hermosas manos que vino como ayudante de la partera cuando Ashnan estaba a punto de parir.

Shalem se comprometió a cumplir el encargo de su madre con tal premura que Ranefer apenas si pudo esconder la risa.

Cuando el príncipe y yo volvimos al palacio, encontramos el patio desierto, tal como lo había dispuesto Ranefer. Los sirvientes habían desaparecido. Nos quedamos en silencio solo un momento y entonces Shalem me condujo a la sombra de un rincón y puso sus manos sobre mis hombros y cubrió mi boca con su boca y apretó su cuerpo contra el mío. Y yo, que nunca había sido tocada o besada por hombre alguno, no tenía miedo. Como él no me presionó ni me apresuró, el ligero temor se esfumó y yo puse mis manos en la espalda de Shalem y me apreté contra su pecho, dejé que mi boca y mis manos se perdieran en las suyas.

No grité cuando me tocó porque, aunque él era joven, no se apresuraba. Después, cuando al final se quedó tranquilo, descubrí que mis mejillas estaban húmedas; él me dijo al verlas:

—Oh, mi pequeña esposa. No dejes que te lastime otra vez.

Pero yo le respondí que mis lágrimas no eran de dolor. Por el contrario, eran las primeras lágrimas de felicidad que derramaba en mi vida.

—Pruébalas —le dije a mi amado y a él le parecieron muy dulces. Y también él se puso a llorar. Nos abrazamos hasta que de nuevo se despertó el deseo de Sahlem y yo no contuve el aliento cuando entró en mí, de modo que

comencé a sentir lo que le estaba pasando a mi cuerpo y a entender los placeres del amor.

Nadie nos molestó. Cayó la noche y dejaron los alimentos en la puerta —fruta maravillosa y vino dorado, pan tierno, aceitunas y tortas empapadas en miel. Comimos todo lo que había como dos perros hambrientos.

Después de que comimos, él me lavó en un enorme tonel de agua tibia que apareció tan misteriosamente como la comida. Me habló de Egipto y del enorme río al cual me llevaría para descansar y nadar.

—No sé nadar —dije.

—Bien —replicó él—. Entonces

seré yo quien te enseñe.

Puso sus manos en mi pelo hasta que le quedaron los dedos completamente atrapados en mis rizos y estuvimos un largo rato tratando de liberarlos.

—Me gustan estos rizos —decía cuando no podía soltarse y se apasionaba y nuestra unión se hacía exquisitamente lenta entonces. Me acariciaba la cara y juntos gritábamos de placer.

En todos los momentos en que no estábamos besándonos, haciendo el amor o durmiendo, Shalem y yo nos contábamos historias. Yo le hablé de mi padre y de mis madres, y las describí a todas, una por una. Le gustaban mucho

los nombres que tenían, se los aprendió bien, según el orden de edad, y también podía recordar quién era hijo del vientre de qué madre en la familia. No estoy segura de que mi propio padre lo recordara tan bien.

Él me habló de su tutor, un tullido con una maravillosa voz que le enseñó a cantar y a leer. Shalem me habló de la devoción de su madre y de sus cinco medio hermanos, ninguno de los cuales había aprendido las artes de Egipto. Me habló de su visita a la sacerdotisa, que lo inició en el arte de amar en el nombre del cielo.

—Nunca vi su cara —dijo—. Los ritos tenían lugar en la cámara más

escondida, donde no había luz. Era como un sueño encerrado en otro sueño.

Me habló de las tres veces que había dormido con una muchacha esclava que se había reído todo el tiempo y que después pidió un pago por su servicio.

Pero al final de nuestro segundo día, el número de encuentros conmigo era mayor que el de todos los que había tenido antes.

—Los he olvidado completamente —dijo.

—Entonces voy a perdonarte por todos ellos —le respondí.

Hacíamos el amor una y otra vez. Nos dormíamos y nos despertábamos cogidos de la mano. Nos besábamos por

todas partes, conocí el sabor de los dedos de los pies de mi amado, el olor de su sexo antes y después de hacer el amor, la humedad de su cuello.

Estábamos juntos como una novia y un novio están tres días después de la ceremonia del matrimonio. Comencé a preguntarme por qué no me habían ido a buscar para que le lavara los pies a Ashnan o para que le frotara la espalda. También Shalem olvidó acudir a las comidas nocturnas obligatorias con su padre. Pero Ranefer se ocupó de que nos desentendiéramos del mundo y de que este nos dejara en paz. Envió delicados alimentos a todas horas del día y de la noche e instruyó a los sirvientes para

que tuvieran listo el baño de Shalem, con agua fresca perfumada, durmiéramos donde durmiésemos.

No tenía que preocuparme por el futuro. Shalem dijo que las veces que habíamos hecho el amor sellaban nuestro matrimonio. Me hacía bromas acerca del precio que debía pagar a mi padre por mí: ánforas de monedas de oro, camellos cargados de telas elegantes, una caravana de esclavos, un rebaño de ovejas de lana tan buena que nunca hubiera necesidad de lavarla.

—Tú mereces lo mismo que una reina —me susurraba mientras nos envolvíamos en nuestros sueños compartidos.

—Te construiré una tumba de grandiosa belleza —decía Shalem—. El mundo nunca olvidará el nombre de Diná, la que correspondió a mi amor.

Me habría gustado haber sido más hábil con las palabras. No era timidez, Shalem sabía cuánto me gustaba, cómo lo deseaba, y se lo di todo. Me abandoné a él y en él. Lo peor era que no encontraba el modo de decir lo feliz que me sentía.

Mientras estaba con Shalem en el huerto, en nuestro primer encuentro, Leví estaba protestando en el exterior del palacio de Jamor, furioso porque no se le había concedido la audiencia que, según él, Jamor tenía el deber de

concederle. Leví había sido enviado a averiguar cuándo me enviarían de nuevo a casa, y si lo hubieran recibido mejor, si le hubieran dado una comida agradable y una cama para pasar la noche, tal vez mi vida hubiera sido diferente.

Más tarde me pregunté qué habría sucedido de no haber sido Leví el enviado a buscarme. Jamor no tenía demasiadas ganas de encontrarse con aquel hijo de Jacob en particular, el pendenciero que lo había acusado de burlarse de la familia. ¿Por qué tenía el rey que sufrir de nuevo las acusaciones del belicoso hijo de un pastor?

Si en vez de Leví, hubiera ido Rubén

por mí, Jamor le habría dado la bienvenida, lo habría invitado a cenar y a pasar la noche. En realidad, si hubiera sido cualquiera de los otros, incluso José, habría recibido una cordial recepción. Jamor apreciaba a Jacob casi tanto como Ranefer aprobaba a las esposas de Jacob. El rey sabía que mi padre criaba su ganado con tal habilidad que rápidamente se había convertido en el pastor más rico del valle. La lana de Jacob era la más suave; sus esposas, las más capacitadas; y sus hijos, los más leales. No tenía pleitos con los vecinos. Había enriquecido el valle, y Jamor tenía la intención de establecer relaciones amistosas con él. Los

matrimonios entre las dos casas eran lo más apropiado para un mayor acercamiento, de modo que Jamor se sintió complacido cuando Ranefer le susurró al oído que su hijo Shalem había favorecido a la hija de Jacob con su elección. De hecho, tan pronto como el rey supo que Shalem yacía conmigo, comenzó a calcular el precio que tendría que pagar.

Cuando Jamor oyó por boca de los sirvientes que la joven pareja se llevaba muy bien, se adoraba y se esmeraba para hacerlo abuelo, se sintió tan excitado por las buenas nuevas que llamó a Ashnan a su cama una semana antes de que, según lo acostumbrado, terminara

el confinamiento. Cuando Ranefer los descubrió, apenas reprendió un poco a su marido y a la muchacha, tan grande era su alegría por el destino de su hijo.

El cuarto día de nuestra felicidad, Shalem se levantó de nuestro baño, se vistió, y me dijo que iba a hablar con su padre.

—Es hora de que Jamor disponga el precio de la novia.

Estaba tan apuesto con su túnica y sus sandalias que se me llenaron de nuevo los ojos de lágrimas.

—No quiero más llantos, ni siquiera de felicidad —dijo y me hizo levantar todavía mojada, me besó la nariz y la boca, me puso en la cama y dijo:

—Espérame, amada. No te vistas. Solo quédate acostada para que pueda imaginarte así. No tardaré mucho.

Le cubrí la cara de besos y le dije que se apresurara. Me había quedado dormida cuando él se deslizó y se acostó a mi lado, trayendo por primera vez en tantos días, el olor del mundo que estaba más allá de nuestra cama.

Jamor partió para el campamento de Jacob a la mañana siguiente, arrastrando un vagón cargado. No llevó una tienda ni sirvientes para pasar la noche. No esperaba permanecer ni acampar. ¿Cómo podría haber imaginado alguna objeción a las buenas noticias que llevaba y a su generoso regalo?

Lo que ocurría entre Shalem y la hija de Jacob se había difundido por la ciudad, pero no se sabía en las tiendas de Jacob. Cuando él oyó que yo había sido tomada como esposa por el príncipe de la ciudad, no dijo nada y no respondió a la oferta de Jamor. Se quedó de pie como si fuera de piedra, observando al hombre acerca del cual sus hijos Leví y Simeón habían hablado tan mal, un hombre aproximadamente de su misma edad, pero ricamente vestido, de suaves palabras y gordo. El rey señaló el carro que había llevado, lleno de artículos,

habló del comercio de cabras y ovejas. Dijo que ambos eran parientes y que pronto compartirían un nieto.

Jacob bajó los ojos y se cubrió la boca con la mano para que Jamor no viera su disconformidad ni su sorpresa. Asintió con la cabeza mientras Jamor alababa la belleza de su hija. Jacob no se había puesto a pensar todavía en la boda de su hija, aunque su esposa había comenzado a mencionarle el asunto. Tenía la edad suficiente, seguro. Pero Jacob no estaba conforme con aquel yerno, aunque no podía decir por qué, y sentía que el cuello se le endurecía ante la esperanza que tenía Jamor de que él hiciera lo que le proponía.

Trató de encontrar alguna buena razón para posponer la decisión; un modo de tener el control de la situación.

—Tengo que discutirlo con mis hijos —le dijo al rey con más firmeza de la que habría querido.

Jamor estaba perplejo.

—Tu hija ya no es virgen, Jacob —lo presionó el rey—. Sin embargo aquí te traigo un precio de novia digno de una princesa virgen de Egipto, más de lo que mi propio padre dio por mi esposa. No es que tu hija no merezca esto y más. Dime lo que quieras y te lo concederé, porque mi hijo ama a tu hija. Y sé que ella también quiere casarse con él —y al decir esto Jamor sonreía con demasiada

soltura en opinión de Jacob. No le gustaba que hablaran tan directamente de su hija, aunque no podía fijar en su mente una fiel imagen del rostro de Diná. Todo lo que podía recordar claramente era la vista de un pelo rebelde y rizado cuando ella corría detrás de José. El recuerdo venía de mucho tiempo atrás.

—Esperaré a mis hijos —dijo Jacob, y se retiró de la presencia del rey, como si el señor de Siquem no fuera más que un pastor, y dejó a cargo de sus esposas dar la bienvenida al rey con bebidas y comida. Pero Jamor no vio razón para quedarse y se encaminó de nuevo a su palacio llevándose con él sus

regalos.

Jacob llamó a Lía y le habló con las palabras más duras que había dirigido jamás a sus esposas.

—Tu hija ya no es más una niña —le dijo—. Fuiste muy insolente al no dejar esto en mis manos. Otras veces te interpusiste en mis decisiones, pero hasta ahora nunca me habías avergonzado. Y ahora esto.

Mi madre estaba tan sorprendida como su esposo y le suplicó que le diera noticias de su hija.

—El príncipe de Siquem la ha solicitado. Su padre ha venido a pagar el precio total como si fuera virgen. Y así yo supongo que era hasta que

traspuso las murallas de esa ciudad inmunda… —El tono de Jacob se tornó más ácido—: Ahora ella pertenece a Siquem, me parece, y no tiene nada que ver conmigo.

Lía estaba furiosa.

—Manda a buscar a tu esposa Raquel, mi hermana —dijo—. Fue ella la que la llevó al palacio. Raquel es la que tiene los ojos puestos en la ciudad, no yo, esposo. Pregúntale a tu esposa.

Y el olor de la bilis se desprendía de las palabras de mi madre.

Me pregunto si pensó en mí en aquel momento, si se detuvo a considerar si yo había consentido o había gritado, si su corazón llegó a descubrir si lloré o

gocé. Pero sus palabras solo hablaban de la pérdida de una hija que se había marchado a una ciudad donde residiría con mujeres extranjeras de las que aprendería sus costumbres olvidando así a su madre.

Mi padre mandó llamar luego a Raquel.

—¡Esposo! —gritó Raquel sonriendo mientras se aproximaba a él —. Me he enterado de que hay buenas noticias.

Pero Jacob no sonreía.

—No me gusta ni la ciudad ni su rey —dijo—. Pero mucho menos me gusta una hija traidora y una esposa embustera.

—No digas nada de lo que te puedas arrepentir —replicó Raquel muy seria —. Mi hermana te previene contra mí y contra tu única hija, que es amada por tu madre en Mamre. Es un buen partido. El rey dice que los dos se quieren, ¿o no es así? ¿Has olvidado tus propios deseos, esposo? ¿Te has vuelto tan viejo que ya no recuerdas tus pasiones?

La expresión de Jacob no dejaba traslucir nada. Miró largamente a Raquel y después volvió la vista.

—Dales tu bendición, esposo —dijo Raquel—. Toma el vagón cargado con plata y lino y dale a Jamor la bienvenida que se debe a un rey. Eres el amo aquí. No hay necesidad de esperar.

Pero Jacob reaccionó contra la insistencia de Raquel.

—Cuando vuelvan mis hijos de sus viajes, decidiré.

Jamor no pudo soportar que lo trataran de manera tan insolente. Aun así, estaba bien dispuesto hacia Jacob.

—Un buen aliado, creo —le dijo a Shalem al día siguiente—. Pero un enemigo que es mejor evitar. Es un hombre orgulloso —comentó Jamor a su hijo—. No le gusta perder el control del destino de su familia. Es una lástima que todavía no sepa que los hijos dejan de

obedecer a sus padres cuando crecen, y las hijas también.

Pero Shalem presionó a su padre para que volviera a ver a Jacob tan pronto como fuera posible.

—Yo amo a la joven —dijo.

Jamor sonrió.

—No temas. La niña es tuya. Ningún padre la querrá de nuevo consigo habiendo llegado a este punto. Vuelve con tu esposa, y deja que yo me ocupe de su padre.

Pasó otra semana. Mi esposo y yo seguimos amándonos con mayor intensidad cada día, encontramos formas más sutiles, caricias y mimos nuevos. Mis pies no tocaban la tierra y me dolía

la boca de tanto sonreír.

Y entonces recibí un regalo de bodas muy especial: Bilhá fue a visitarme. Mi tía apareció en la puerta del palacio preguntando por Diná, esposa de Shalem. La llevaron primero ante Ranefer, que la llenó de preguntas acerca de los titubeos de Jacob respecto de la oferta de su esposo. La reina preguntó también por el parecer de Lía y de Raquel, y le dijo que no se marchara del palacio sin llevar regalos para la familia de su nuera. Y entonces la misma Ranefer condujo a mi tía hasta donde yo estaba.

Mi fuerte abrazo hizo que mi diminuta tía se elevara del suelo, cubrí

su oscuro rostro con miles de besos.

—Estás radiante —me dijo cuando pisó de nuevo el suelo, tomando mis manos entre las suyas—. Eres feliz.

Sonreía.

—Es maravilloso que hayas podido encontrar tanta felicidad. Se lo diré a Lía y se sentirá menos ofendida.

—¿Mi madre está ofendida? —pregunté con cólera.

—Lía cree que Raquel te vendió a los malvados. Es como tu padre, desconfía de la ciudad, y no le place que tengas tu cama encerrada entre paredes. Lo que pasa, creo yo, es que te echa de menos. Pero le hablaré de la luz que veo en tus ojos, de la sonrisa que hay en tus

labios, y de tu comportamiento ahora que eres una mujer casada.

»¿Él es bueno contigo, no es cierto? —me preguntó Bilhá, con lo que me dio la ocasión de elogiar a mi Shalem. Quería dar más y más detalles de mi felicidad, y derramé todo en los oídos cariñosos de Bilhá. Ella aplaudía al oírme hablar como una novia.

—Oh, amar y ser amada de este modo —suspiraba.

Bilhá comió conmigo y pudo espiar a Shalem. Estuvo de acuerdo en que era hermoso, pero no quiso que se lo presentara.

—No puedo hablar con él antes de que lo haga mi esposo —dijo—. Pero he

visto lo suficiente para dar buenas noticias de nuestra hija cuando vuelva.

Por la mañana me abrazó y partió con Rubén, que la había acompañado. Volvía llevando el mensaje de mi felicidad a las tiendas de mi padre, pero su voz quedó ahogada por los gritos de mis hermanos que me llamaron prostituta. Y Jacob no hizo nada por detener la suciedad que había en sus bocas.

Simeón y Leví habían vuelto al campamento de nuestro padre después de varios días, habiendo fracasado en un propósito secreto. Habían estado en Ashkeln no solo para comerciar con cabras y ovejas de la familia, lana y

aceite, sino también para hablar con traficantes de esclavos, cuyos negocios podrían producir más riqueza que ninguna cosecha duramente arrancada de la tierra. Simeón y Leví querían ser ricos y querían el poder que la riqueza trae aparejado, pero no tenían la esperanza de heredar estas cosas de Jacob. Estaba claro que Rubén tendría el derecho de herencia por ser el mayor y que la bendición sería para José, de modo que ellos estaban decididos a hacerse su propia fortuna como fuera.

Pero Leví y Simeón descubrieron que los traficantes de esclavos no querían otra cosa que niños o jóvenes. El negocio no andaba bien. La gran

cantidad de traficantes había debilitado el mercado, y en aquel tiempo solo podía obtenerse un buen precio por jóvenes saludables. Mis hermanos no podrían obtener nada en absoluto vendiendo a las dos viejas siervas que tenían, procedentes de las dotes de sus esposas. Volvieron a casa desanimados y resentidos.

Cuando supieron que Jamor había ofrecido a mi padre el precio de novia digno de un rey, alzaron sus voces contra el matrimonio considerando que sus propias posiciones disminuirían ante semejante alianza. La casa de Jacob quedaría sofocada por las dinastías de Siquem; y mientras que Rubén podría

tener la expectativa de convertirse en príncipe, ellos y sus hijos seguirían siendo pastores, primos pobres, muertos de hambre.

—Seremos menos todavía que Esaú —se decían y convencían a los hermanos sobre los que todavía tenían influencia: Zabulón, Isacar, Neftalí, hijos de Lía, y Gad y Aser, hijos de Zilpá.

Cuando Jacob llamó a todos sus hijos a su tienda para hablar de la oferta de Jamor, Simeón levantó el puño y gritó:

—¡Venganza! ¡Mi hermana ha sido deshonrada por un perro egipcio!

Rubén habló en favor de Shalem.

—Nuestra hermana no se opuso —dijo—; tampoco el príncipe la tomó contra su voluntad.

Judá estuvo de acuerdo.

—El monto del precio de novia es un motivo de orgullo para nuestra hermana, para nuestro padre y para todos los de la casa de Jacob. Todos nosotros llegaremos a ser príncipes. Seríamos muy tontos si no tomáramos los dones que los dioses nos envían. ¿Qué clase de tonto es el que confunde una maldición con una bendición?

Pero Leví se rasgó la vestidura como si estuviera lamentando mi muerte, y Simeón advirtió:

—Esta es una trampa para los hijos

de Jacob. Si permitimos ese matrimonio, los placeres de la ciudad consumirán a mis hijos y a los hijos de mis hermanos. Este matrimonio desagrada al dios de nuestro padre —dijo, desafiando a Jacob para que no autorizara la boda.

Las voces se hacían cada vez más fuertes y mis hermanos se lanzaban feroces miradas a través de la luz de las lámparas, pero Jacob no dejó que supieran cuáles eran sus propios pensamientos.

—El perro incircunciso viola a mi hermana todos los días —decía Simeón con voz atronadora—. ¿Voy a permitir este ultraje a nuestra única hermana, la hija de mi propia madre?

Al oír esto, José puso cara de escéptico y en voz no del todo baja le comentó a Rubén:

—Si mi hermano está tan preocupado por la forma del pene de nuestro cuñado, hagamos que nuestro padre pida como precio por la novia la piel que lo recubre. Hagamos que todos los hombres de Siquem se vuelvan como nosotros. Que hagan con sus membranas un montón tan alto como el palo que sostiene la tienda de mi padre, de modo que sus hijos y los nuestros hagan pis del mismo modo y hagan el amor del mismo modo y nadie podrá apartarnos. Y así la tribu de Jacob no se extenderá solo a las generaciones que están por

venir en lo inmediato sino también mucho más allá en el futuro.

Jacob tuvo en cuenta las palabras de José, quien las había dicho solo para burlarse de los dos hermanos que lo habían maltratado desde la infancia. Pero Jacob no oyó la ironía de las palabras de su hijo. Jacob dijo:

—Abraham levantó el cuchillo contra aquellos de su casa que no quisieron compartir su pacto. Si los hombres de Siquem están de acuerdo en esto, nadie podría decir que nuestra hija fue injuriada. Si los hombres de la ciudad hacen tal sacrificio al dios de mis padres, los recordaremos como hacedores de almas, como hombres de

paz. Como las estrellas del cielo, como fue dicho a nuestro padre Abraham. Como las arenas del mar, fue predicho por mi madre Rebeca. Y ahora haré que se sepa mi decisión. Haré lo que José dice, porque él tiene mi mismo espíritu. —Jacob habló con tal pasión que no hubo más discursos.

La cara de Leví se contrajo de rabia ante la decisión de Jacob, pero Simeón puso una mano en el brazo de su hermano y lo condujo a la oscuridad de la noche, lejos de las lámparas y de los oídos de sus hermanos.

Cuando Jamor viajó a las tiendas de Jacob por segunda vez, Shalem lo acompañó. Decidido a no volver a la ciudad sin la bendición de mi padre, llevó dos asnos cargados con más regalos todavía. Mi amado se sentía confiado en el momento de la partida, pero cuando llegó a la tienda de mi padre, el séquito del rey fue recibido con hostilidad y no mucho más que un poco de agua se les ofreció para beber hasta que los hombres comenzaron a discutir los términos.

Mi padre habló primero y sin ceremonias.

—Vienen por nuestra hija —dijo—. Permitiremos el matrimonio, pero no

creo que los términos sean agradables, porque son muy severos.

Jamor replicó que su buena disposición hacia Jacob había chocado con una insultante falta de hospitalidad.

—Mi hijo ama a la muchacha —dijo el rey—. Hará lo que sea necesario por ella, y yo haré lo que mi hijo quiera. Di cuáles son tus términos, Jacob. Siquem los cumplirá para que tus hijos y mis hijos traigan de ahora en adelante nuevas generaciones a esta tierra.

Pero cuando Jacob mencionó el precio que requería por su hija, Jamor se puso pálido.

—¿Qué clase de barbaridad es esa? —preguntó—. ¿Quién crees que eres,

pastor, para demandar la sangre de la hombría de mi hijo, de la mía y de la de mis parientes y súbditos? Tanto sol te ha enloquecido, tantos años en el campo. ¿Quieres que te devuelva a la chica como está? Se nota que te importa muy poco su futuro.

Pero Shalem dio un paso adelante y puso su mano en el brazo de su padre.

—Estoy dispuesto a cumplir esa exigencia —dijo mirando a la cara a Jacob—. Aquí y ahora, si quieres. Yo honraré la costumbre de la familia de mi esposa, y ordenaré a mis esclavos y a sus hijos que me sigan. Sé que mi padre habla con temor por mí y por la lealtad que guarda a sus hombres, que sufrirían.

Pero en cuanto a mí, no hay objeción. Escucho y obedezco.

Jamor podría haber discutido el ofrecimiento de su hijo, y Leví y Simeón estaban dispuestos a escupirle en la cara. El aire olía como a tormenta y las dagas habrían aparecido si Bilhá no hubiera llegado con agua y vino. La siguieron otras mujeres con pan y aceite y Jacob hizo una señal para que sirvieran. Comieron algunos bocados en silencio.

Los términos se acordaron al atardecer. Jacob aceptó cuatro jumentos cargados de bienes como precio de la novia. Shalem y Jamor se someterían al cuchillo en un plazo de tres días, lo

mismo que los hombres de Siquem, tanto nobles como esclavos. Todos los hombres saludables que estuvieran en el recinto de la ciudad aquella mañana deberían aceptar la marca de Jacob en sus cuerpos, y Jamor prometió que cada niño que naciera a partir de entonces en la ciudad sería circuncidado al octavo día de nacimiento, según la costumbre de los hijos de Abraham. Jamor también se comprometió a que el dios de Jacob fuera honrado en su templo y llegó a llamarlo Elohim, el dios de los diversos dioses.

Mi padre me dio una buena dote. Dieciocho ovejas y dieciocho ciervos, toda mi ropa y joyas, mis husos y

piedras de moler, diez tinajas de aceite reciente y seis balas de lana. Jacob permitiría en adelante los matrimonios entre sus hijos y los de Siquem.

Jamor puso su mano bajo el muslo de Jacob y Jacob también tocó al rey, y mi contrato matrimonial fue sellado sin una sonrisa y sin satisfacción.

Aquella misma noche, Shalem salió sin hacerse notar de la tienda de su padre y volvió a nuestra cama a llevarme las noticias.

—Ahora eres una mujer casada y no una muchacha deshonrada —me dijo en un susurro, despertándome con la primera luz del amanecer.

Lo besé y lo aparté un poco.

—Muy bien, entonces, ahora que estoy casada y que no puedes deshacerte de mí, te diré que me duele la cabeza y que no puedo recibir a mi señor en este momento —dije, echándome una manta sobre los hombros y fingiendo un enorme bostezo al mismo tiempo que ponía la mano entre las piernas de mi esposo—. Tú sabes, mi señor, que las mujeres solo se someten a las caricias de sus esposos, que no les gusta que las traten con violencia.

Shalem se rio y me recostó en la cama, hicimos el amor con mucha ternura aquella mañana. Era nuestra primera unión después de lo que había sido nuestra más larga separación desde

el día en que él me encontró en el mercado y me condujo a su lecho, que se convirtió, desde entonces, en el nuestro.

Dormimos hasta tarde aquel día, y solo después de que comimos me contó cuál era la exigencia de mi padre. Me quedé helada y el estómago me dio un vuelco. Me imaginaba a mi amado sufriendo por el tormento, pensaba que el cuchillo podía hundirse demasiado en su carne, que la herida podía infectarse, que Shalem moriría en mis brazos. Comencé a llorar a gritos como una niña pequeña.

Shalem me hizo pensar que todo sería muy sencillo.

—No es nada —dijo—. Una herida

en la piel. Y me han dicho que después, el placer entre nosotros será mucho mayor que el que hemos tenido hasta ahora. De modo que prepárate, mujer. Estaré sobre ti día y noche.

Pero yo no pude sonreír. Temblaba con un frío que iba entrando en mis huesos para quedar instalado allí.

Ranefer trató de darme seguridad también. Ella no estaba descontenta con el trato que había hecho su marido.

—En Egipto —dijo ella—, a los muchachos se los circuncida cuando les cambia la voz. Es un momento muy alegre, buscan a los niños y les hacen el corte; tras circuncidarlos, los agasajan y les dan de comer todos los dulces y

cosas sabrosas que quieran. Si descansan bien, sobreviven sin problemas.

»Haremos que mi guardián haga la intervención —dijo—. Nehesi ha cortado más de un prepucio. Yo puedo ocuparme de que no sienta dolor y tú me ayudarás, pequeña partera. Ella seguía hablando acerca de lo fácil que sería y luego me susurró, con una sonrisa experta:

—¿No te parece que el miembro de los hombres es mucho más atractivo sin esa cubierta?

Pero a mí no me resultaba nada divertido pensar en la prueba que tenía que pasar Shalem, de modo que no le

devolví la sonrisa a mi suegra.

Pasaron los tres días. Yo me aferraba salvajemente a mi marido aquellas noches y las lágrimas corrían por mi cara incluso cuando alcanzaba placeres mayores que antes. Mi esposo bebía el agua de mis mejillas y pasaba la lengua salada por todo mi cuerpo.

—Voy a recordarte esto cuando haya nacido nuestro primer hijo —me susurró mientras yo me apoyaba en su pecho, todavía sacudida por escalofríos.

La hora acordada llegó. Shalem partió al amanecer. Me quedé en la cama simulando dormir, lo vi lavarse y vestirse procurando que no me viera hacerlo. Se inclinó para besarme, pero

yo no volví el rostro para encontrar sus labios.

Me quedé sola enumerando a todos los que odiaba. Odiaba a mi padre por pedir semejante precio. Odiaba a mi esposo y a su padre por estar de acuerdo en pagarlo. Odiaba a mi suegra por favorecer las cosas. Me odiaba a mí misma más que a todos los demás por ser la causa de todo.

Seguí en la cama, hecha un ovillo entre las mantas, temblando de rabia, de miedo y de una irreconocible sensación, hasta que lo llevaron de nuevo a mi lado.

Se había hecho en la antecámara del rey. Shalem fue el primero, y luego su

padre, Jamor. Nehesi dijo que ni el rey ni el príncipe gritaron. Siguió el pequeño hijo de Ashnan, que lloró, pero no mucho porque en seguida un pecho lleno de leche lo consoló. Los hombres de la casa y las pobres almas que no habían desaparecido fuera de las paredes de la ciudad no tuvieron tanta suerte. Sintieron el corte y muchos pegaron alaridos como si los estuvieran matando. Sus gritos cortaban el aire de aquella mañana, pero cesaron al mediodía.

Empezó a hacer muchísimo calor. No había brisa ni nubes que aliviaran un poco, e incluso dentro de las gruesas paredes del palacio el aire estaba

húmedo y pesado. Los hombres que se estaban recuperando sudaban y mojaban las camas en que dormían.

Jamor, que no profirió sonido alguno cuando fue cortado, sentía mucho dolor, y cuando se despertó se puso un cuchillo entre los dientes para evitar lanzar un grito. Mi Shalem también sufrió, aunque no tanto. Él era más joven y los linimentos fueron muy efectivos; sin embargo, el mejor remedio fue dormir. Le di una dosis de poción para dormir y cada vez que intentaba levantarse, se sentía cansado y con la cabeza pesada, sin fuerzas y obnubilado. Yo lavaba la cara de mi amado mientras él dormía por efecto de la droga y le limpiaba el

sudor con los toques más suaves que pudiera hacer. Hice todo lo posible por no llorar para tener la cara fresca cuando él se despertara, pero las lágrimas llegaron pese a mis esfuerzos. Al caer la noche estaba exhausta y me dormí junto a mi esposo, cubriéndome con mantas para protegerme de los vientos helados de mis temores, aun cuando Shalem dormía desnudo y sin mantas a causa del calor.

Por la noche me desperté una vez. Shalem estaba acariciándome la mejilla. Cuando vio mis ojos abiertos, se las arregló para sonreír y dijo:

—Pronto no será más que un sueño y nuestros abrazos serán más dulces que

nunca.

Cerró los ojos y por primera vez lo oí roncar. Mientras me iba quedando dormida pensé en las bromas que podría hacerle por el ruido que hacía al dormir, como un perro viejo al sol. Ahora no podría decir con entera seguridad que Shalem me haya dicho esas palabras o si solo fue un sueño que llegó para reconfortarme.

Lo que sigue sí sé que es verdad.

Primero se oyó gritar a una mujer. Algo terrible debió de haberle pasado a aquella pobre alma, pensé, tratando de alejar de mí la insistencia del grito, demasiado lúgubre para venir del mundo real. Un grito de pesadilla.

El aullido venía de muy lejos, pero su eco era tan turbador que no pude dejar de prestarle atención y llegué a pensar que pronto despertaría de aquel pesado sueño. Los gritos se multiplicaron, eran cada vez más agudos y temibles, hasta que me di cuenta de que tenía los ojos completamente abiertos y de que el alma atormentada por la que yo me compadecía no estaba en mis sueños ni lejos de allí. Los gritos eran mis propios gritos, el clamor que no era de este mundo surgía de mi propia boca.

Estaba cubierta de sangre. Tenía los brazos cubiertos con la sangre espesa y caliente que brotaba del cuello de

Shalem y que fluía como un río hacia el borde de la cama y hacia el suelo. La sangre empapó mis mejillas, me salpicó los ojos y me saló los labios. Su sangre empapaba las mantas y quemaba mis pechos, me corría por las piernas, me llegaba a los dedos de los pies. Me estaba ahogando en la sangre de mi amado. Estaba gritando con todas mis fuerzas para que el muerto volviera a la vida, y sin embargo nadie parecía oírme. Ni los guardias cruzaron la puerta. Ni los sirvientes acudieron. Como si yo hubiese sido la única persona viva en el mundo.

No oí pasos, ni ninguna advertencia antes de que unos fuertes brazos me

aferraran y me apartaran de mi amado. Me sacaron de la cama chorreando sangre, gritando entre las mantas de la noche. Fue Simeón quien me levantó y Leví el que me tapó la boca, y los dos juntos me ataron de pies y manos como a una cabra para el sacrificio, me cargaron a lomos de un asno y me llevaron a la tienda de mi padre antes de que pudiera avisar a ninguna alma que todavía viviera en la ciudad atacada. Los cuchillos de mis hermanos trabajaron hasta que el amanecer reveló la abominación perpetrada por los hijos de Jacob. Mataron a todos los hombres que encontraron a su paso.

Pero yo no sabía nada de esto. Solo

sabía que quería morir. Solo la muerte podía liberarme del horror en que vivía. Solo la muerte podría darme paz, quitarme la visión de Shalem herido, sangrando, muerto en su tranquilo sueño. De no haber sido porque alguien aflojó mi mordaza cuando vomité, se habría cumplido mi deseo. Durante todo el regreso, subiendo la colina hasta las tiendas de Jacob, estuve gritando en silencio. Oh dioses. Oh cielos. Oh madre. ¿Por qué sigo viva?

8

Mi presencia fue el primer atisbo que ellas tuvieron de todo aquello. Mi madre me vio y se estremeció ante el aspecto de mi cuerpo ensangrentado. Cayó en tierra sobre su hija muerta; las tiendas se vaciaron porque se quería conocer la causa del lamento de Lía. Pero Bilhá me

desató y me ayudó a ponerme de pie, mientras que Lía solo la contemplaba, primero horrorizada, luego aliviada, y finalmente al borde del desmayo. Extendió sus manos hacia mí, pero la expresión de mi cara la detuvo.

Me volví intentando caminar de nuevo hacia Siquem. Pero mis madres me alzaron, y yo estaba demasiado débil para resistir. Me quitaron las mantas y vestidos, oscurecidos y endurecidos con la sangre de Shalem. Me lavaron y me untaron con aceite y me peinaron los cabellos. Me acercaron comida a los labios, pero no quise comer. Luego me pusieron sobre una manta limpia, pero yo no podía dormir. Durante el resto del

día nadie se atrevió a dirigirme la palabra, y yo no tenía nada que decir.

Cuando nuevamente se hizo de noche, oí que mis hermanos volvían y supe cuáles fueron los frutos de su saqueo: mujeres desesperadas, niños que lloraban, quejidos de animales, carros que crujían bajo el peso de los bienes robados. Simeón y Leví daban órdenes rudas a gritos. La voz de Jacob no se oía por ninguna parte.

El dolor tendría que haberme derrotado. Debería haberme quedado exánime solo con ver lo que sucedía. Pero el odio había anidado en mi alma. El viaje a la montaña, atada como para un sacrificio, había hecho crecer en mí

una rabia que se fue alimentando sola mientras yo estaba tendida en la manta, rígida y alerta. El sonido de las voces de mis hermanos me hizo levantar de la cama y salí fuera para hacerles frente.

Echaba fuego por los ojos. Podría haberlos quemado a todos y reducido a cenizas solo con una palabra, un suspiro, una mirada.

—Jacob —grité con la voz de un animal herido—. Jacob —esta vez fue un aullido.

Jacob salió de su tienda, temblando. Más tarde alegó no haber tenido conocimiento de lo que se había hecho en su nombre. Culpó a Simeón y a Leví y les dio la espalda. Pero vi cierta

aquiescencia en sus ojos nublados cuando estuvo ante mí. Vi su culpa antes de que tuviera tiempo de negarla.

—Jacob, tus hijos han cometido homicidio —dije con un tono que no pude reconocer como propio—. Has mentido y eres cómplice, y tus hijos han matado a hombres buenos, sorprendiéndolos cuando estaban débiles por haber hecho lo que tú mismo les pediste. Has profanado a los muertos y saqueado sus sepulturas; sus espíritus te perseguirán para siempre. Tú y tus hijos habéis creado una generación de viudas y huérfanos que nunca os olvidarán.

»¡Jacob! —proseguí con voz de

trueno—, ¡Jacob! —mis palabras eran como el silbido de una serpiente que está muriendo y sin embargo todavía vive—, ¡Jacob! —exclamé en un alarido, y la luna se ocultó—. Jacob nunca volverá a tener paz. Perderá lo que atesora y repudiará a aquellos a los que debería proteger. Nunca volverá a encontrar sosiego, y sus oraciones no lograrán el favor del dios de su padre.

»Jacob sabe que mis palabras son ciertas. Mírame, porque llevo encima la sangre de los hombres rectos de Siquem. Las manchas de su sangre manchan tus manos y tu cabeza, nunca volverás a estar limpio de nuevo. Estás sucio y maldito —concluí, escupiendo en la

cara del hombre que había sido mi padre. Luego le di la espalda y desde entonces estuvo muerto para mí.

Los maldije a todos. Con el olor de la sangre de mi esposo todavía en las aletas de la nariz, los nombré uno por uno e invoqué el poder de todos los dioses y diosas, de todos los demonios, y de todos los males, para que los destruyeran y los devoraran; los hijos de mi madre Lía, el hijo de mi madre Raquel, los hijos de mi madre Zilpá y el hijo de mi madre Bilhá. La sangre de Shalem estaba seca bajo mis uñas, no había piedad en mi corazón para ninguno de ellos.

—Los hijos de Jacob son víboras —

dije a mis cobardes hermanos—. Están tan corrompidos como los gusanos que se alimentan de carroña. Ya les llegará la hora y en esa hora su padre se enterará de sus sufrimientos.

El silencio era absoluto y sólido como un muro cuando me alejé de ellos. Descalza, sin más que una túnica, me alejé de mis hermanos, de mi padre y de todo lo que había sido mi casa. También me alejé del amor, nunca más me vería reflejada en los ojos de mis madres. No podía vivir con ellos.

Avancé en la noche sin luna, hiriéndome los pies y las rodillas en el camino del valle, pero no me detuve hasta llegar a las puertas de Siquem.

Tuve una visión acerca del futuro.

Enterraría a mi esposo y sería enterrada con él. Buscaría su cuerpo y lo envolvería en lino, cogería el cuchillo que se había llevado su vida y me abriría con él las muñecas para que pudiéramos yacer juntos en la tierra. Pasaríamos la eternidad en el mundo quieto, triste y gris de los muertos, comiendo polvo, mirando a través de ojos polvorientos, el falso mundo de los hombres.

No tenía más pensamiento que ese. Estaba sola y vacía. Era una tumba que buscaba ser llenada con la paz de la muerte. Caminé hasta que llegué a la gran puerta de Siquem, de rodillas,

incapaz de moverme.

Si Rubén me hubiera encontrado y me hubiera llevado de nuevo, mi vida habría terminado. Podría haber caminado y llorado durante varios años más, medio loca, y hubiera terminado mis días en el portal de la tercera esposa de algún hermano menor. Pero mi vida habría terminado.

Si Rubén me hubiera encontrado, Simeón y Leví seguramente habrían matado a mi niño, abandonándolo por la noche para que los chacales lo devoraran. Me habrían vendido como esclava con José, primero me habrían cortado la lengua para que no maldijera sus ojos, su piel, sus huesos ni sus

testículos; y lo habría hecho aunque hubieran estado en medio de los mayores tormentos, porque jamás me dejaría conmover por sus desdichas.

Tampoco me habría consolado entonces saber que Jacob había reaccionado y adoptado otro nombre, Isra'El, para que la gente no lo recordara como al carnicero de Siquem. Abandonó el nombre de Jacob, que se convirtió en sinónimo de «embustero», y decir «sirves al dios de Jacob» llegó a ser en aquella tierra, durante muchas generaciones, uno de los peores insultos que un hombre podía dirigir a otro. De haber estado allí para verlo, habría sonreído cuando su don para tratar a los

animales lo abandonó y hasta sus perros huyeron de su lado. No merecía menos de lo que sufrió al oír que José había sido devorado por alimañas feroces.

Si Rubén me hubiera encontrado a las puertas de Siquem, habría estado allí para ofrecerle a Raquel el entierro que ella merecía. Raquel murió en la marcha, cuando Jacob tuvo que huir de la ira que se despertó en el valle, cuya gente quería vengar la destrucción de la casa de Jamor y la paz de Siquem. Raquel pereció al dar a luz al último hijo de Jacob. «Hijo de la aflicción» llamó a este niño que le costó un río de sangre negra. Pero este nombre elegido por Raquel tenía tanto de acusación que

Jacob se opuso al deseo de su moribunda esposa y transformó Ben Oní en Benjamín.

El miedo incitó a Jacob a deshacerse pronto del cuerpo exánime de la pobre Raquel, a la que enterró rápidamente y sin ceremonia al lado del camino, poniendo solo unos guijarros encima de la tumba donde yacía el gran amor de su vida. Podría haberme quedado allí con Inna, que se detuvo en el lugar y recogió algunas piedras hermosas para hacer un altar en memoria de su única «hija». Inna enseñó a las mujeres del valle a pronunciar el nombre de Raquel y ató cintas rojas alrededor del túmulo, prometiendo que, a cambio, sus vientres

solo llevarían frutos vivientes, y asegurándoles que el nombre de mi tía perviviría por siempre en boca de las mujeres.

Si Rubén me hubiera encontrado, yo podría haber visto cómo mi maldición se anudaba en su cuello, y lo mantenía toda la vida atado a una pasión sin sosiego y a declaraciones de amor que jamás dirigió a Bilhá ni le dirigió ella a él. Cuando no pudieron contenerse más se arrojaron uno en los brazos del otro, abrazándose y amándose en los campos, bajo las estrellas y hasta en la propia tienda de Bilhá. Eran los amantes más fieles, la misma imagen de la Reina del Mar y de su Dios-Hermano, hechos el

uno para el otro, aunque por ello mismo condenados.

Cuando Jacob los descubrió, desheredó al hijo que más merecía su favor y lo envió a una pradera lejana, donde tampoco pudo proteger a José. Jacob cruzó de un golpe la cara de Bilhá y le rompió los dientes. Después de eso, ella comenzó a desaparecer. La dulce mujer, la pequeña madre, se volvió más pequeña todavía y más delgada, más silenciosa y más observadora. No cocinó nunca más, solo hilaba, y su hilo era el más fino que mujer alguna hubiera hecho, tan fino como una telaraña.

Más tarde, de repente, Bilhá se marchó. Sus ropas estaban estiradas

sobre la manta y sus pocos anillos fueron encontrados donde sus manos pudieron haberse apoyado. No había huellas visibles en los alrededores. Desapareció, y Jacob nunca más volvió a pronunciar su nombre.

Zilpá murió de fiebre la noche que Jacob destruyó el último de los dioses patrios de Raquel bajo un árbol sagrado. Había ido tras la pequeña diosa rana, la que había abierto el vientre de generaciones de mujeres y derribó el viejo ídolo. Orinó en la piedra maldiciéndolo como si fuera la causa de todos sus males. Al ver eso, Zilpá se arrancó los cabellos y gritó a los cielos. Quiso morir en aquel mismo momento y

maldijo la memoria de la madre que la había dejado sola. Se tiró al suelo y se llenó la boca de puñados de tierra. Se necesitaron tres hombres para atarla y preservarla así de hacerse más daño. Fue una muerte horrible, y mientras la preparaban para la tumba, su cuerpo se quebró en pedazos como una pequeña lámpara de arcilla.

Me alegro de no haberlo visto. Doy gracias por no haber estado allí cuando Lía perdió la movilidad de las manos y luego de los brazos, por no haberla visto la mañana que despertó en medio de sus propias heces e incapaz de ponerse en pie. Me habría pedido, como pidió a sus insensibles nueras, que le dieran veneno,

y yo se lo habría dado. Me habría compadecido, habría calentado la bebida mortífera, la habría matado y enterrado. Más valía aquello que vivir torturada.

Si Rubén me hubiera llevado a las tiendas de los hombres que me habían convertido en el instrumento de la muerte de Shalem, todos los días habría matado en mi corazón. Habría probado la bilis y el resentimiento en mis sueños. Habría sido un estigma en la tierra.

Pero los dioses tenían otros planes para mí. Rubén llegó demasiado tarde. El sol brillaba sobre las murallas de la ciudad cuando llegó a la puerta este, y por entonces otros brazos me habían

llevado lejos de allí.

Tercera Parte

Egipto

1

Estaba sin sentido en los brazos de Nehesi, el sirviente y guardia de Ranefer. Me llevó al palacio, donde las moscas se arremolinaban sobre la sangre de padres e hijos. Mis endemoniados hermanos habían levantado sus cuchillos incluso contra el

pequeño de Ashnan y su pobre madre murió desangrada por defenderlo, había perdido un brazo tratando de impedir que lo tocara la hoja del arma.

De todos los hombres de la casa solo escapó con vida Nehesi. Cuando comenzaron los gritos, corrió a las cámaras reales para proteger a Ranefer de Leví y uno de sus hombres. La reina estaba levantando un cuchillo contra Leví cuando llegó Nehesi. Este hirió a mi hermano en el muslo y mató de un tajo a su sirviente. Luego le quitó el cuchillo a la reina para que esta no se lo clavara en su propio corazón.

Nehesi me llevó con Ranefer, que estaba sentada en el suelo del patio, con

la cabeza apoyada en la pared, el pelo lleno de polvo y las uñas manchadas de sangre. Pasaron años antes de que yo entendiera por qué no me dejó que muriera, por qué la muerte violenta de sus seres queridos no la llenó de odio contra mí, que fui la causa de todo. En cambio, Ranefer se culpaba solo a sí misma por la muerte de su esposo e hijo, porque ella había deseado nuestro matrimonio y había hecho sacrificios para asegurar nuestra unión. Ella había enviado a Shalem a buscarme en el mercado y había dispuesto todo para que pudiéramos amarnos con total libertad. Ella cargó con la culpa y nunca se liberó de aquel sentimiento.

La otra razón por la que Ranefer se apiadaba de mí era todavía más fuerte que el remordimiento. Esperaba tener un nieto, alguien que construyera su tumba y redimiera el vacío de su vida, alguien por quien vivir. Por eso, en el momento en que se preparaba para huir de Canaán, Ranefer se levantó y envió a Nehesi a la ciudad devastada para que me buscase.

Su sirviente obedeció en silencio, pero con miedo. Conocía a la reina mejor que nadie, mejor que sus sirvientas, mejor que su esposo, sin duda. Nehesi había ido a Siquem con Ranefer cuando esta fue por primera vez, cuando era simplemente una novia

atemorizada. Y cuando me encontró, se preguntó si debería añadir a los padecimientos de su ama más tristeza con mi presencia. Yo estaba en sus brazos como un cadáver y cuando yo me sacudía era solo para gritar y arañarme el cuello yo sola hasta hacerme sangre. Tuvieron que atarme las manos y vendarme la boca para poder sacarme de la ciudad sin que me descubrieran en la oscuridad de aquella noche.

Ranefer y Nehesi desenterraron vasijas llenas de oro y plata y partieron a toda prisa, conmigo, hacia el puerto de Joppa, donde contrataron un barco cretense para ir a Egipto. Durante el viaje hubo una terrible tormenta que

desgarró las velas y estuvo a punto de volcar el barco. Los marineros que me oían gritar y sollozar pensaron que estaba poseída por un demonio que agitaba las aguas contra ellos. Solo la espada de Nehesi impidió que me pusieran las manos encima y me arrojaran a las olas.

No sabía nada de todo aquello mientras estaba echada en la oscuridad, encogida, sudando, tratando de seguir a mi marido. Tal vez era demasiado joven para morir de dolor, tal vez me cuidaron muy bien para que no pereciera de amargura. Ranefer no me dejaba nunca. Me humedecía los labios y me hablaba en el tono suave y complaciente de las

madres cuando sus hijos pequeños tienen miedo.

Ranefer encontró una causa para tener esperanza. Llegó la luna nueva mientras yo estaba en mi propia oscuridad y ninguna mancha de sangre ensució las mantas que estaban debajo de mis piernas. Mi vientre estaba blando, los pechos me ardían y mi aliento olía a cebada. Después de algunos días, mi sueño fue menos febril. Bebí los caldos que me ofrecía Ranefer e hice una seña con los dedos en señal de gratitud.

El día de nuestro desembarco, mi suegra vino hacia mí, puso sus dedos firmemente sobre mis labios y habló con

una urgencia que no tenía nada que ver con mi salud.

—Volvemos a la tierra de mi madre y mi padre —me dijo—. Escucha lo que te voy a decir y obedece. Te llamaré hija delante de mi hermano y de su esposa. Les diré que serviste en mi casa y que mi hijo te tomó a ti, virgen, con mi consentimiento. Diré que me ayudaste a escapar de los bárbaros. Serás mi nuera y yo seré tu señora. Pondrás a tu hijo sobre mis rodillas y él será un príncipe de Egipto.

Sus ojos buscaron los míos pidiendo comprensión. Era muy amable y yo la quería, y sin embargo, me parecía que algo estaba mal. No podía decir qué era

lo que temía mientras ella hablaba. Más tarde me di cuenta de que mi nueva madre no había nombrado a su hijo, mi esposo, no había dicho nada de su muerte, ni había mencionado a mis hermanos y su crimen. Nunca lloramos ni nos lamentamos por Shalem, tampoco me dijo ella dónde estaba enterrado mi amado. El horror debía permanecer callado, mi dolor oculto tras mis dientes. Nunca más hablamos de nuestra historia común, y yo me sentía en el límite del vacío en la historia que ella contaba.

Cuando puse los pies en Egipto, estaba embarazada y era viuda. Me vestí con lino blanco como una egipcia y

aunque ya no era virgen fui con la cabeza descubierta como las otras mujeres de aquella tierra. Llevaba una cesta pequeña de Ranefer pero no tenía nada propio. Apenas un ovillo de lana de mis propias madres, ni siquiera el consuelo de su recuerdo.

Había muchas maravillas que ver en el viaje a la gran ciudad del sur donde estaba la casa del hermano de Ranefer. Pasamos por ciudades y junto a pirámides, vimos pájaros y cazadores, palmas y flores, inmensos desiertos de arena y peñascos, pero nada de esto

atrajo mi atención. La mayor parte del tiempo mis ojos se posaban sobre el río, y miraba el agua, acariciaba la superficie con la mano tratando de tocar la oscuridad del río, que era a veces marrón, otras verde, negro, gris, y una vez, cuando pasamos ante una curtiduría, del color de la sangre.

Aquella noche me desperté con una opresión en la garganta, me ahogaba en sangre y gritaba llamando a Shalem para que me socorriera, llamaba a mi madre, fue una pesadilla que se repitió muchas veces. Primero podía sentir el peso de Shalem contra mi espalda, una maravilla celestial que me reconfortaba por completo. Pero luego se volvía un calor

sobrenatural que me cubría el pecho y las manos, y de pronto descubrí que tenía la boca llena de la sangre de Shalem, que mi nariz se congestionaba con el olor intenso de la vida que abandonaba su cuerpo. Tenía los ojos tapados por la sangre y hacía esfuerzos por abrirlos. Gritaba sin dejar escapar el aliento, aunque no profería sonido alguno. Seguía gritando con la esperanza de que mi corazón y mi estómago se desprendieran de mi cuerpo y así pudiera morir yo también.

A la cuarta noche de tener este sueño, cuando ya la sangre comenzaba a tragarme, recuperé la lucidez al sentir un dolor que me dejó con la boca abierta.

Me senté y encontré a Nehesi a mi lado, el lado plano de su espada estaba contra las plantas de mis pies, donde me había golpeado.

—Basta de hacer esto —susurró—. Ranefer no puede soportarlo.

Se fue dejándome más que sorprendida y luchando por recuperar el aliento. Y desde aquella noche me desperté tan pronto como sentía que el calor acechaba sobre mis pechos. Dando vueltas y sudando, trataba de quedarme quieta boca arriba y de no volver a dormirme. Comencé a temer la puesta del sol como algunos hombres temen a la muerte.

Durante el día, el sol calmaba mis

temores. Por la mañana, antes de que hiciera mucho calor, Ranefer se sentaba conmigo y con Nehesi y contaba historias alegres de su infancia. Vimos un pato y ella recordó partidas de caza con su padre y hermanos, el mayor de los cuales se convertiría en nuestro protector. Cuando era una niña, ella se había ocupado de los palos para arrojar, se los alcanzaba a los cazadores, anticipándose a sus necesidades. Cuando pasamos ante una enorme casa, Ranefer describió la de su padre en Menfis, y los muchos jardines y fuentes que había en el enorme patio. Su padre había sido escriba para los sacerdotes de Ra, y la vida de la familia había

transcurrido placenteramente.

Ranefer recordaba a todos los sirvientes y esclavos que la habían asistido cuando era niña. Hablaba de su propia madre, Nebetani, a quien recordaba como muy cariñosa, aunque distante, siempre ocupada con sus potes de galena, contentísima cuando sus sirvientas derramaban jarras de agua perfumada en su espalda, en la hermosa piscina. Pero Nebetani murió de parto cuando Ranefer todavía era muy pequeña.

Mi suegra recreó aquel tiempo con historias encantadoras y cuentos de su infancia, hasta llegar a la misma semana en que dejó Egipto para casarse. Los

preparativos fueron minuciosos y se acordó una gran dote. Ranefer recordaba las grandes cantidades de lino que había en sus cofres, las joyas de sus dedos y de su cuello, los hombres que la condujeron al mar.

Yo quería darle prisa, esperando conocer detalles de su vida en Siquem, oír la historia del nacimiento de Shalem o un episodio de su infancia. Pero se detuvo exactamente en el punto en que había llegado al palacio de su marido; una mirada perdida reemplazó a la alegría. No dijo nada de Canaán, ni de su esposo, ni de los hijos que le dio. No pronunció el nombre de Jamor ni una vez, y fue como si Shalem nunca hubiera

nacido ni me hubiera amado ni se hubiera desangrado en mis brazos.

El silencio de Ranefer me hacía retorcer de dolor, pero cuando pude tomar su mano, volvió a sonreír alegremente y comenzó a hablar de la belleza de las palmeras o de la alta posición de su hermano como jefe de los escribas y supervisor delos sacerdotes de Ra. Yo volví la vista al agua y mantuve los ojos en ella hasta que llegamos a Tebas.

La gran ciudad refulgía a la luz del sol del atardecer. Hacia el oeste, las colinas púrpura limitaban un valle verde en el que se veían templos de colores brillantes, con adornos verdes y

dorados. En la costa oriental había grandes casas y templos, y conjuntos de edificios menores de piedra; todos arrojaban sombras de rosa y oro mientras el sol iba escondiéndose tras los riscos del oeste. Vi tiendas blancas por encima de algunos tejados y me pregunté si por encima de los habitantes de la ciudad vivía alguna raza separada.

Las calles que se alejaban del río eran ruidosas y polvorientas, y las recorrimos rápidamente, para llegar a nuestro destino antes de que cayera la noche. El olor del loto se hacía más fuerte mientras la luz desaparecía. Nehesi preguntó a un transeúnte si conocía la casa del escriba Najtré. El

hombre señaló un gran edificio situado al lado de uno de los grandes templos de la orilla oriental.

Una niña desnuda abrió la gran puerta brillante y parpadeó ante los tres extraños que tenía frente a ella. Ranefer pidió una audiencia con Najtré, su hermano. Pero la niña solo nos miraba. Ella veía a una señora egipcia que solo llevaba una vestimenta sucia, sin maquillaje ni joyas, un guardia negro gigante con una daga en la cintura pero descalzo, y una extranjera muy mal vestida con tanto pelo cubriéndole la cara que seguramente debía de esconder un labio leporino.

Como la sirvienta no respondió

después de que Ranefer le repitiera lo que quería, Nehesi empujó la puerta, la abrió y cruzó el vestíbulo hasta un gran salón. El amo de la casa estaba concluyendo las faenas de aquel día, con rollos de pergamino sobre el regazo y asistentes a sus pies. Miró a Nehesi, asombrado y sin entender, pero al ver a Ranefer, Najtré se puso de pie, desparramando los papeles mientras se apresuraba a ir a su encuentro y abrazarla.

Cuando la rodeó con los brazos, Ranefer comenzó a llorar, no lágrimas de alivio y felicidad de una mujer contenta de reunirse con su familia, sino los amargos sollozos de una madre a

cuyo hijo habían matado en su lecho. Ranefer gemía en los brazos de su hermano. Se dejó caer de rodillas y se arrodilló hasta poner en palabras la herida de su corazón.

El terrible sonido hizo que todos los habitantes de la casa de Najtré acudieran al salón: cocineras, jardineros, panaderos, niños y la señora de la casa. Najtré hizo levantar a su hermana y la sentó en su propia silla, donde fue abanicada y se le ofreció agua. Todos los ojos estaban fijos en Ranefer, que cogió las manos de su hermano en las suyas y le contó con detalle la historia que tenía preparada tal como la había ensayado conmigo.

Dijo que su casa había sido invadida por bárbaros, que le habían robado las posesiones, que habían matado a su familia, que habían deshecho su vida. Habló de su huida y de la tormenta del mar. Cuando Najtré le preguntó por su esposo, replicó:

—¡Muerto! ¡Mi hijo también! —y se deshizo en lágrimas una vez más. Ante esto, las mujeres de la casa comenzaron una larga serie de lamentaciones que fue reptando sobre la piel de mi cuello, como una maldición.

De nuevo Najtré abrazó a su hermana, y de nuevo ella se calmó.

—Nehesi fue mi salvador —dijo, haciendo que todos los ojos se

dirigieran al hombre que estaba junto a mí—. Habría muerto de no haber sido por su fuerte brazo, por su sabiduría y su consuelo. Me sacó de Canaán con esta niña que era la consorte de mi hijo y que lleva a mi nieto en su vientre.

Todas las miradas se volvieron entonces a mi vientre, y mis manos, por su cuenta, fueron al lugar donde el niño crecía.

Fue un triste espectáculo para mí. Solo conocía unas pocas palabras de su lengua, y eran las que había aprendido en la cama junto a mi amado. Conocía las palabras que se referían a las partes del cuerpo, al amanecer y al anochecer, al pan, al vino y al agua. Al amor.

Pero los egipcios son personas expresivas que hablan con las manos y enseñan los dientes cuando hablan, por lo que pude seguir la conversación bastante bien. Observé la cara de Ranefer y supe que su padre había muerto, que su hermano menor estaba muy lejos, que una amiga querida, o tal vez una hermana, había muerto de parto, y que Najtré tenía tanto éxito como lo había tenido su padre.

Me quedé junto a la puerta, casi olvidada, hasta que me desmayé. Me desperté un rato más tarde, en la oscuridad, sobre un lecho de dulce olor, junto a una cama en la que Ranefer dormía tranquilamente. El resto de la

casa parecía estar durmiendo también. El silencio era tan profundo que, de no haber caminado por las ruidosas calles de la ciudad aquella misma tarde, habría creído que estaba en medio de un prado desierto o en la cima de una montaña.

Un pájaro rompió el silencio y escuché, tratando de encontrar la melodía de su canto salvaje. ¿Alguna vez había oído cantar a un pájaro en la noche? No podía recordarlo. Durante un momento olvidé todo excepto el sonido del pájaro cantando a una luna semillena, y casi llegué a sonreír.

Mi placer terminó en seguida, cuando sentí un ligero roce por entre mis dedos. Me levanté de un salto, pero

recordando la espada de Nehesi que había a mis pies, me abstuve de gritar. Una sombra se movía en círculo a mí alrededor. El pájaro todavía cantaba, pero en aquel momento parecía burlarse de la alegría que me había dado solo unos momentos antes.

Observé con horror que la sombra se abalanzaba sobre la cama de Ranefer y luego parecía esfumarse. Me dolían los ojos de buscar en la oscuridad, y de pronto noté que estaba llorando por la muerte de mi buena ama, porque seguramente la criatura la había matado. Me retorcí las manos y sentí lástima por mí misma, sola y abandonada en una tierra lejana. Se me escapó un sollozo y

Ranefer se movió.

—¿Qué es lo que pasa, niña? —murmuró medio dormida.

—Peligro —respondí.

Se enderezó en la cama y la sombra se abalanzó sobre mí. Me cubrí la cabeza y me encogí.

Ranefer se echó a reír.

—Un gato —me explicó—. No es más que el gato. Bastet rige el corazón de la casa. Duerme ahora —suspiró y se acomodó en la almohada.

Me acosté, pero aquella noche no volví a cerrar los ojos. No mucho después, la luz comenzó a filtrarse a través de las ventanas que se alineaban en las paredes y que llegaban casi al

techo. Cuando la luz del sol llenó la habitación, observé las paredes blancas lavadas y descubrí una araña que tejía su tela en un rincón. Vi extraños *terafim* colocados en hornacinas que había en las paredes y estiré la mano para tocar la hermosa pata de la cama de mi señora, tallada en forma de pie de animal gigante. Olí mi cama, heno perfumado con la esencia de una flor desconocida. La habitación estaba muy ornamentada con cestos muy trabajados y tapices trenzados. Una colección de adornos estaba apoyada en una caja, junto a una torre de telas dobladas, que después supe que eran toallas de baño. Cada superficie estaba teñida o pintada

de colores brillantes.

No había lugar para mí allí, entre todas aquellas cosas maravillosas, y sin embargo era mi única patria.

Apenas tenía conciencia de que llevaba un niño en mi vientre en las primeras semanas. Mi cuerpo no presentaba cambios, y yo estaba tan ocupada en explorar los nuevos lugares que no noté el progreso de la luna, que las mujeres egipcias poco tienen en cuenta y no destacan. Permanecía junto a Ranefer, que pasó los primeros días descansando en el jardín y que traducía las pocas

palabras que se me dirigían.

No me trataban mal. Todos los habitantes de la casa de Najtré eran amables, incluso su esposa Herya, que de pronto tuvo que compartir su casa con una hermana olvidada hacía tiempo y con dos de sus sirvientes. Nehesi encontró el modo de hacerse útil, y Najtré pronto lo envió a llevar mensajes que iban de la casa al templo y a las tumbas que se estaban construyendo en el valle del oeste.

Yo no era cabalmente ni una sirvienta ni una sobrina, una extranjera sin idioma ni capacidades probadas. La señora de la casa era condescendiente conmigo cuando me veía, más o menos

como con un gato, pero se alejaba antes de que hubiera necesidad de conversar. Los sirvientes tampoco sabían cómo tratarme. Me enseñaron a hilar lino para ayudarles con el trabajo de la casa, pero me costaba aprender, y como no podía compartir los chismes de la cocina, me dejaban sola.

Mi ocupación primordial era atender a Ranefer, pero ella prefería la soledad, de modo que encontré otras faenas en que ocuparme. Recorría especialmente las escaleras de la casa y buscaba cualquier excusa para bajar y subir, observando cómo cambiaba la habitación al verla desde cada escalón. Me encargué de barrerlas al atardecer y

de fregarlas por la mañana, y encontré un insensato orgullo en tenerlas impecablemente limpias.

Cada vez que podía, subía a la azotea, donde una brisa procedente del río agitaba el toldo tendido para dar sombra. Casi todos los de la casa dormían allí en las noches calurosas, pero yo no lo hice, pues temía que mi pesadilla fuera conocida por otros.

Desde allí veía el sol reflejándose en el río y los hermosos barcos de vela que pasaban. Recordé la primera vez que había visto una gran extensión de agua, siendo niña, cuando mi familia había ido de Harán a Siquem. Pensé en el río en donde a José y a mí nos había

atacado un poder invisible y nos había salvado el amor de nuestras madres. Cuando recordaba la promesa de Shalem de enseñarme a nadar, sentía un doloroso nudo en la garganta. Pero mantenía los ojos abiertos, como había hecho en Mamre, y miraba el horizonte para evitar el llanto y para no caerme desde lo alto de la azotea.

Los días pasaron en un torbellino de cosas y visiones nuevas, pero las noches eran siempre iguales. Luchaba con los sueños que me dejaban completamente cubierta de sudor, con las mantas empapadas como la sangre de Shalem había empapado nuestra cama, boqueando por falta de aire y con temor

de hacer ruido. Por la mañana me dolían los ojos y sentía presión en la cabeza. Ranefer se preocupó por esto y consultó con su nuera. Me ordenaron que descansara por la tarde. Me ataron una cuerda roja en la muñeca. Me hicieron beber leche de cabra mezclada con una poción amarilla que me manchaba la lengua.

Cuando el vientre comenzó a crecer, las mujeres de la casa comenzaron a mimarme. Hacía mucho tiempo que no nacía ningún niño en la familia de Najtré y querían tener un pequeño. Me daban comidas exquisitas, tan exóticas para mí como las flores del jardín perpetuamente lleno de capullos que había en la parte

trasera de la casa. Comí melones con pulpa de naranja y melones de pulpa rosada, y siempre había dátiles en abundancia. En las muchas fiestas dedicadas a los dioses o en las celebraciones familiares, comíamos ganso cocido con ajo o pescado con salsa de miel.

Pero lo mejor de todo eran los pepinos, el alimento más delicioso que hubiera podido imaginar, verde y dulce. Incluso al calor del sol, un pepino era un beso para la lengua que traía la frescura de la luna. Podía comer cantidades sin cesar y nunca me sentaban mal. Mi madre habría adorado este fruto, pensé la primera vez que mordí su corazón de

agua. Fue la primera vez que pensé en Lía después de más de un mes. Mi madre no llegó a saber que yo estaba embarazada. Mis tías tampoco supieron que yo estaba viva. Me estremecía la soledad.

Herya vio que mis hombros temblaban y, cogiéndome de la mano, me llevó hacia el vestíbulo de la calle. Nos detuvimos en la hornacina de la pared y ella me hizo una seña para que cogiera a la pequeña diosa. Era un hipopótamo, levantado sobre las patas traseras, con un vientre enorme y una boca grande y sonriente.

—Taveret —dijo tocando la figura de arcilla y luego moviendo su mano

hacia mi vientre. Me impresionó. Ella se inclinó, como una mujer que está de parto y se puso la figura entre las piernas y mediante ademanes me indicó que Taveret asegura un parto fácil.

La señora de la casa pensó que yo tenía miedo de dar a luz. Yo asentí con la cabeza y sonreí. Ella dijo:

—Niño —y de nuevo acarició mi vientre.

Asentí otra vez. Yo sabía que llevaba un varón en mis entrañas.

—Niño —dije en el idioma de la casa.

Herya puso mis manos en la estatua indicándome que debía conservarla y me besó las mejillas. Durante un momento,

el rudo tono de la risa de Inna resonó tan fuerte en mis oídos que pensé que la vieja partera estaba en la habitación conmigo riéndose de la profecía de que la diosa Taveret me tomaría a su cargo.

A la semana siguiente sentí un movimiento semejante al aleteo de un pájaro bajo el corazón. Me sentí profundamente conmovida por el amor que me inspiraba la vida que llevaba en mí. Comencé a hablar en secreto a mi hijo nonato mientras estaba en mi lecho, y le tarareaba las canciones de mi infancia mientras lloraba e hilaba. Pensaba en mi hijo mientras me peinaba y mientras comía, mañana y tarde.

A los sueños sangrientos con Shalem

sucedieron los sueños gozosos con su hijo, a quien llamé Barshalem. En el sueño, mi hijo no era un recién nacido sino una miniatura de su padre, acurrucado en mis brazos, que me contaba historias de su niñez en el palacio, acerca de las maravillas del río, acerca de la vida al otro lado de esta vida. En este sueño, mi amado me protegía y derrotaba a un malvado cocodrilo que quería atacarnos a mí y al recién nacido.

No me gustaba nada despertar y volvía a dormirme una y otra vez esperando volver a soñar aquel sueño. Ranefer me permitía quedarme en cama todo lo que quisiera. Antes de

dormirnos, ella y yo acostumbrábamos a mirar cómo se movía mi vientre.

—Es fuerte —se regocijaba ella.

—Que sea muy fuerte —rogaba yo.

No estaba preparada cuando llegó el momento. Confiada en todo lo que había aprendido de Raquel y de Inna, no me preocupaba el momento de dar a luz. Había sido testigo de la llegada de muchos niños saludables y del coraje de muchas madres capaces. Creí que no tenía nada que temer.

Cuando el primer dolor realmente fuerte atravesó mi vientre y me dejó sin

respiración, recordé a las mujeres que se desmayaban, a las mujeres que gritaban, lloraban y pedían la muerte. Recordé a una mujer que murió con los ojos abiertos de terror, y a una mujer que murió en un torrente de sangre, con los ojos hundidos, exhausta.

Salió un gemido de mi boca cuando rompí aguas y sentí que se me mojaban las piernas.

—Madre —grité, sintiendo la ausencia de las cuatro caras amadas, de los cuatro pares de manos tiernas. Qué lejos estaban ahora. Qué sola estaba. Cuánto deseaba escuchar sus voces pronunciando palabras de alivio en mi propia lengua.

¿Por qué nadie me dijo que mi cuerpo se convertiría en un campo de batalla, en un sacrificio, en una prueba? ¿Por qué no supe que el nacimiento es el pináculo en el que las mujeres descubren el valor de convertirse en madres? Pero, por supuesto, no hay modo de decirlo ni de oírlo. Quien no está sobre los ladrillos no sabe lo cerca que está la muerte, preparada para cumplir su cometido. Quien no está a punto de parir no sabe el poder de las otras mujeres, aunque sean extranjeras y hablen una lengua desconocida e invoquen los nombres de diosas extrañas.

Ranefer se encontraba detrás de mí,

soportando mi peso con sus rodillas y dándome ánimos. Herya, la señora de la casa, sostenía mi brazo derecho mientras murmuraba plegarias a Taveret, a Isis y a Bes, el dios enano y feo que amaba a los recién nacidos. La cocinera, a mi izquierda, agitaba sobre mi cabeza un palo curvo con tallas que representaban escenas de nacimiento, para que cesara el dolor. Arrodillada ante mí para coger al niño, estaba la partera llamada Meryt. Yo no la conocía. Pero notaba en sus manos la seguridad y suavidad que atribuía a las de Inna. Soplaba en mi rostro para que no contuviera el aliento cuando venían los dolores y hasta me hacía reír un poco y soplarle luego a

ella.

Las cuatro mujeres conversaban por encima de mi cabeza cuando cedían los dolores, y me daban coraje cuando volvían. Pusieron zumo de frutas en mi boca y me secaron con toallas de dulce olor. Meryt me masajeaba las piernas. Los ojos de Ranefer brillaban por las lágrimas.

Lloré y grité. Perdí toda esperanza y recé. Vomité y se me aflojaron las rodillas. Pero aunque ellas fruncían el ceño en respuesta a mis dolores, ninguna parecía estar preocupada ni angustiada. De modo que seguí peleando, sintiéndome segura.

Entonces comencé a pujar porque no

había otra cosa que pudiera hacer.

Pujé y pujé hasta que pensé que iba a desmayarme. Pujaba y el niño no llegaba aún. El tiempo pasaba. Volvía a pujar. No había cambios.

Meryt levantó la vista y miró a Ranefer, y vi que ambas intercambiaban una mirada como la que había observado entre Raquel e Inna en momentos como aquel, cuando el paso normal de la vida a la vida se convierte en una lucha entre la vida y la muerte, y sentí que la sombra agazapada en el rincón se abalanzaba sobre mí y sobre mi hijo.

—No —exclamé horrorizada en mi lengua materna—. No —repetí en el

lenguaje de las mujeres que me rodeaban.

—Madre —le dije a Ranefer—, tráeme un espejo para poder ver por mí misma.

Me llevaron el espejo y una lámpara que puso al descubierto la hinchazón de mi propia piel.

—Toca —le dije a Meryt, recordando la práctica de Inna—. Creo que está vuelto. Busca y mueve la cabeza, el hombro.

Meryt trató de hacer lo que yo le decía, pero tenía las manos demasiado grandes. Mi piel estaba muy tensa. Mi hijo era de gran tamaño.

—Trae un cuchillo —dije, casi a

gritos—. Necesita una puerta más amplia.

Ranefer le tradujo y Herya le respondió con un susurro grave.

—No hay cirujano en la casa, hija —me explicó a su turno Ranefer—. Enviaremos a buscar uno ahora, pero…

Las palabras me surgieron desde muy lejos. Todo lo que yo quería era vaciarme, eliminar aquella carga, terminar con aquel tormento y dormir; o morir. Mi cuerpo quería pujar, pero cuando la sombra del rincón se inclinó para instarme a ello, me negué a obedecer.

—Hazlo tú —le dije a Meryt—. Toma un cuchillo y ábrele paso. Por

favor —supliqué. Me miró con una lástima enorme—. ¡Madre! ¡Un cuchillo! —grité desesperada—. Raquel, ¿dónde estás? Inna, ¿qué debo hacer?

Ranefer lo reclamó y llevaron el cuchillo. Meryt lo cogió llena de temor. Mientras yo gritaba y me esforzaba por no pujar, puso la hoja sobre mi piel y abrió la puerta, por la parte delantera, hacia atrás, como había visto ya hacer a otros. Luego intentó mover el hombro del niño. El dolor era infinito, como si estuviera sentada en la esfera del sol. El niño salió por fin. Pero en lugar de un grito de alegría, hubo un gran silencio; tenía el cordón enrollado en el cuello, los labios de color azul.

Meryt se apresuró. Le cortó el cordón del cuello y con todas sus fuerzas comenzó a soplarle para insuflarle vida. Yo gritaba, lloraba, me sacudía. Herya me sostuvo mientras yo observaba el trabajo de la partera.

La sombría cara perruna de la muerte se adelantaba, pero el niño comenzó a toser, y entonces, con un grito de furia, disipó todas las dudas. El rincón oscuro brillaba. La muerte no se queda a mirar cuando es derrotada. Las voces de las cuatro mujeres sonaron a mi alrededor, hablando, riendo con fuerza. Me dejé caer en el lecho y no supe nada más.

Me desperté en la oscuridad. Una

sola lámpara estaba encendida en lo alto. El suelo se había fregado y hasta mi pelo olía a limpio. La niña que sin duda me cuidaba, al ver que abría los ojos, fue corriendo a buscar a Meryt, que llegó con un pequeño bulto.

—Tu hijo —susurró.

—Mi hijo —respondí alegremente, tomándolo en mis brazos.

Así como no hay modo de saber lo que es el parto antes de experimentarlo, tampoco puede preverse cómo es ver al primer hijo. Observé su cara, sus dedos, los pliegues de sus piernas de huesos blandos, los bordes de sus orejas, los pequeños pezones de su pecho. Contuve la respiración y di un enorme suspiro,

me reí al verlo bostezar maravillada por el modo en que se aferraba a mi dedo pulgar. No podía dejar de mirarlo.

Debería haber una canción para que las mujeres cantaran en momentos como aquel, o una oración para recitar. Pero tal vez no hay ninguna porque no hay palabras lo suficientemente fuertes para nombrarlo. Como cada madre desde la primera que hubo, me sentía derrotada y triunfante, exaltada y lastimada. Había dejado atrás la niñez. Había sido una niña en brazos de mi propia madre, y había tenido cierta visión de mi propia muerte. Lloré sin saber si era de alegría o de dolor. Mis madres y sus madres estaban conmigo mientras yo tenía en

brazos a mi niño.

—Barshalem —dije en voz baja. Él se prendió a mi pecho y se alimentó mientras se iba quedando dormido—. Afortunado —dije con gran alegría—. Dos placeres al mismo tiempo.

Ambos nos dormimos bajo la mirada atenta de la partera egipcia a quien supe que amaría para siempre aunque no volviera a ver de nuevo su rostro. En mi sueño de aquella noche, Raquel me regalaba un par de ladrillos de oro e Inna un canutillo de plata. Aceptaba sus regalos solemne y orgullosamente con Meryt a mi lado.

Cuando me desperté, mi hijo ya no estaba. Aterrorizada traté de ponerme de

pie, pero el dolor me mantuvo sujeta a la cama. Llamé y Meryt se acercó con varios ungüentos para curar mis heridas.

—Mi hijo —le pregunté en su lenguaje.

Me miró tiernamente y replicó:

—El niño está con su madre.

Pensé que la había entendido mal. Tal vez no había empleado las palabras que correspondían. Le pregunté de nuevo, hablando muy lentamente, pero ella me detuvo con lástima y negó con la cabeza.

—El niño está con su madre.

Todavía confusa, grité:

—Ranefer, Ranefer, me han robado a mi niño. Madre, ayúdame.

Ella se acercó con el recién nacido, que estaba vestido de fino lino blanco, bordado con hilos de oro.

—Mi hijo —dijo Ranefer junto a mí —. Te portaste muy bien. La verdad es que estuviste magnífica y todas las mujeres de Tebas se enterarán de tu coraje. En cuanto a mí, te lo agradeceré siempre. El hijo que tuviste sobre mis rodillas será príncipe de Egipto. Será elevado como sobrino del gran escriba Najtré, nieto de Paser, escriba de los dos reinos, guardián de los propios archivos del rey.

Miró con detenimiento mi rostro entre confuso y atónito y trató de darme seguridades aunque me situaba en una

posición inferior.

—Yo soy su madre en Egipto. Tú serás su niñera y él sabrá que tú le diste la vida. Su cuidado será tu bendición, pero él nos llamará madre a ambas y yo permaneceré aquí hasta que sea tiempo de que vaya a la escuela, y por todo esto debes estar muy agradecida. Porque este es mi hijo Ramsés, hijo de Ra, al que tú has hecho nacer para mí y para mi familia. Él edificará mi tumba y escribirá tu nombre en ella. Será un príncipe de Egipto.

Puso en mis brazos al recién nacido, que había empezado a llorar, y dio media vuelta para irse.

—Barshalem —le dije al oído.

Ranefer lo oyó y se detuvo. Sin volverse para mirarme, dijo:

—Si llegas a llamarlo de nuevo de ese modo, haré que te arrojen de esta casa e irás a parar a la calle. Si no sigues mis instrucciones en esto, y en todas las cuestiones relativas a la educación de nuestro hijo, lo perderás. Debes entender bien esto.

Entonces dio media vuelta y vi que sus mejillas estaban húmedas.

—Mi única vida está aquí, junto al río —dijo con la voz congestionada por el llanto—. La mala fortuna, el mal que robó mi *ka* e hizo que me perdiera entre los animales salvajes del oeste ha terminado por fin. He vuelto con mi

familia, a la humanidad, al servicio de Ra. Lo he consultado con los sacerdotes a los que mi hermano sirve, y a ellos les parece que tu *ka*, tu espíritu, debe pertenecer a este lugar también; de no ser así, no habrías sobrevivido a tu enfermedad, ni al viaje, ni al parto.

Ranefer miró al recién nacido prendido a mi pecho y con infinita ternura dijo:

—Él será protegido contra los malos vientos, contra los malvados, contra los infieles. Será príncipe de Egipto.

Entonces, en un tono que no ocultaba en absoluto la firmeza de su determinación, añadió:

—Harás lo que yo diga.

Al principio, las palabras de Ranefer no tuvieron importancia para mí. Tuve la precaución de no nombrar a mi hijo Barshalem cuando había alguna otra persona en la habitación, pero de cualquier manera yo era su madre. Ramsés estaba conmigo día y noche para que yo pudiera alimentarlo cada vez que lloraba. Dormía a mi lado y yo lo tenía en los brazos y jugaba con él y me aprendía de memoria sus ademanes y sus rasgos.

Durante tres meses vivimos en la habitación de Ranefer. Mi hijo crecía de

hora en hora, se volvía más fuerte y robusto, era el recién nacido más hermoso que yo recordaba. Bajo los buenos cuidados de Meryt, me curé completamente; y durante las calurosas tardes Ranefer lo cuidaba para que yo pudiera lavarme y dormir.

Los días pasaban sin forma definida, sin trabajo, sin recuerdos. El recién nacido que mamaba de mi pecho era el centro del universo. Yo era la única fuente de su felicidad y durante unas pocas semanas la diosa y yo fuimos una y la misma.

Al comienzo del cuarto mes la familia se reunió en el gran salón donde Najtré se sentaba con sus asistentes. Las

mujeres se reunieron junto a los mimos mientras los hombres se arracimaban alrededor del recién nacido y ponían las herramientas de escriba en sus pequeñas manos. Los diminutos dedos se enroscaron en los punzones y cogieron un disco circular que servía para mezclar las tintas. Agitó un trozo de papiro con ambas manos como si fuera un abanico, lo cual gustó mucho a Najtré, que afirmó que había nacido para aquel oficio. Así mi hijo fue bien recibido en el mundo de los hombres.

Solo entonces recordé el octavo día, cuando los niños recién nacidos de la familia eran circuncidados y las madres primerizas se desesperaban en la tienda

roja, mientras las veteranas las tranquilizaban. Se me partió el corazón en dos tristes mitades al pensar que el dios de mi padre no reconocería a aquel niño, ni tampoco mi hermano José, ni sus abuelas. Y sin embargo estaba muy orgullosa de que el sexo de mi hijo siguiera estando como era, ¿por qué debía llevar una cicatriz que recordara la muerte de su propio padre? ¿Por qué debería él sacrificar su piel a un dios en cuyo nombre me habían convertido a mí en viuda y a mi hijo en huérfano?

Aquella noche hubo una fiesta. Me senté en el suelo junto a Ranefer, que sostenía al recién nacido en su regazo, humedecía sus labios con melón

triturado, lo acariciaba con plumas y le hacía cosquillas para que riera ante los invitados que habían ido a celebrar el nacimiento de un nuevo hijo de la casa de Najtré.

Se sirvió comida y bebida en cantidades que jamás habría imaginado: pescado y caza, fruta y dulces tan sabrosos que se terminaba con dentera, vino y cerveza en abundancia. Los músicos tocaban flautas y sistros, instrumentos con tintineantes martillos que sonaban como el agua cuando cae. Hubo canciones idiotas, canciones de amor y cantos a los dioses. Cuando aparecieron los sistros, las bailarinas corrieron a la pista, saltando y girando,

capaces de tocar con la cabeza el suelo que tenían detrás.

Todos los invitados habían recibido al entrar unos conos de cera perfumada que se deshacían en olores de loto y lilas. Mi niño estaba pegajoso de tanto perfume cuando lo levanté, profundamente dormido, del regazo de Ranefer, y aquel olor permaneció adherido a su pelo durante días.

Entre las muchas maravillas de aquel primer banquete estuvo el descubrimiento de que las mujeres comieran con los hombres. Maridos y mujeres se sentaban juntos durante toda la comida y charlaban. Vi a una mujer que ponía una mano en el brazo de su

marido y a un hombre que besaba los dedos enjoyados de su compañera. Era imposible pensar en mis padres haciendo semejantes cosas, comiendo juntos, y menos aún tocándose delante de los demás. Pero aquello era Egipto y yo era la extranjera.

Aquella noche marcó el fin de mi reclusión. Mi herida se había curado y el niño crecía sano, de modo que nos enviaron al jardín, donde sus excrementos no mancharían y donde sus balbuceos no interrumpirían el trabajo de los escribas. Pasamos muchos días al aire libre. Mientras mi hijo se acostaba en lechos de flores, yo tejía y reunía todo lo que precisaba la cocinera, y

aprendía a conocer las flores y frutos del país. Cuando se despertaba, lo saludaba el canto de los pájaros egipcios y sus ojos se dilataban de placer cuando veía a las aves levantar vuelo.

El jardín fue mi casa y el tutor de mi hijo. Ramsés dio sus primeros pasos al lado de un gran estanque con aves y peces a los que miraba con la boca abierta, maravillado. Sus primeras palabras, después de «mamá», fueron «loto» y «pato».

Su abuela le llevaba hermosos juguetes. Casi todos los días lo sorprendía con una bola o un palo de caza en miniatura. Una vez le regaló un

gato de madera que abría y cerraba la boca por medio de un hilo. Esta maravilla no me divirtió menos que al niño. Mi hijo amaba a Ranefer y cuando la veía aproximarse se apresuraba a recibirla con un abrazo.

No fui desdichada en aquel jardín. Ramsés, que gozaba de muy buena salud y estaba lleno de sol, me dio un lugar en la casa ya que todos allí lo adoraban y atribuían a mis cuidados su buen carácter y su temperamento agradable.

Todos los días me llevaba los dedos a los labios y tocaba con ellos la estatua de Isis, dándole las gracias por aquel hijo, para que repartiera el agradecimiento entre la multitud de

diosas y dioses de Egipto, cuyas historias no conocía. Me sentía contenta cada vez que mi hijo me abrazaba y cada siete días cortaba un trozo de pan y se lo daba a los patos y a los peces, en memoria del sacrificio de mis madres a la Reina del Cielo y para rogar por la salud de Ramsés.

Los días transcurrían dulcemente, se volvieron meses, consumidos en los infinitos trabajos de criar a un hijo. No tenía tiempo para mirar atrás y no necesitaba pensar en el futuro.

Permanecía en el jardín de la infancia de Ramsés, pero el tiempo es el enemigo de las madres. Mi niño se fue antes de que pudiera darme cuenta, de

golpe el chiquillo que se lleva en brazos se convirtió en un niño que corría. Fue destetado y yo perdí el recato de Canaán y me puse una delicada túnica de lino como las demás mujeres egipcias. El pelo de Ramsés lo cortaron y lo dejaron como el de todos los niños de Egipto.

Mi hijo creció fuerte y con buenos músculos jugando con su tío Najtré, a quien llamaba Ba. Ambos se adoraban y Ramsés lo acompañaba cuando iban a las fiestas de las cacerías de patos. Sabía nadar como un pez, según las palabras de Ranefer. Aunque nunca fui más allá de los jardines de la casa, ella fue en bote a verlo. Cuando solo tenía siete años mi hijo podía derrotar a su tío

en juegos de mesa muy elaborados que requieren astucia y lógica. Desde que fue capaz de empuñar un punzón, Najtré enseñó a mi hijo a hacer imágenes en trozos de piedra, primero como un juego y luego como un maestro que enseña a su alumno.

Mientras crecía, Ramsés pasaba la mayor parte del tiempo dentro de la casa viendo trabajar a Najtré, practicando sus letras, compartiendo la cena con su abuela. Una mañana, cuando estaba desayunando conmigo en la cocina, lo vi ponerse rígido y enrojecer cuando partí un higo con los dientes y le di la mitad. Mi hijo no me dijo nada que pudiera causarme dolor pero dejó de comer

conmigo después de aquello y comenzó a dormir en la azotea de la casa; me quedé sola en mi cama del jardín, preguntándome cómo habían transcurrido los últimos ocho años.

A los nueve años, Ramsés alcanzó la edad en que los niños se ponen sus primeras prendas interiores poniendo fin a los días de desnudez. Era hora de que fuera a la escuela para convertirse en un escriba. Najtré pensó que los maestros locales no serían suficientemente buenos para su sobrino, el cual debía ir a la gran academia de Menfis, donde los hijos de los escribas más poderosos recibían su formación y también recibían encargos y donde el mismo Najtré había

estudiado. Él me explicó todo esto una mañana en el jardín. Habló con amabilidad y compasión porque sabía cuánto me apenaba que Ramsés tuviera que partir.

Ranefer recorrió los mercados para conseguir los cestos adecuados para su ropa, las sandalias que duraran más, una caja perfecta en la cual debería poner sus pinceles. Encargó a un escultor que perforase un trozo de pizarra para preparar la tinta. Najtré planeó un gran banquete en honor de la partida de Ramsés y le dio como regalo un exquisito juego de pinceles. Los ojos de Ramsés se dilataban de ansiedad ante la perspectiva de salir al mundo y hablaba

del viaje todo el tiempo que pasábamos juntos.

Yo observaba los preparativos desde el fondo de un oscuro pozo. Si trataba de hablar con mi hijo, se me llenaban los ojos de lágrimas y se me ocluía la garganta. Hizo todo lo que pudo para consolarme.

—No me estoy muriendo —me dijo con una seria dulzura que me entristeció todavía más—. Volveré con regalos para ti y cuando sea un gran escriba como Ba, te construiré una casa con el jardín más grande de todas las tierras del sur.

Me abrazó y me cogió la mano muchas veces en los días anteriores a su partida. Mantenía la barbilla alta para

que yo no pensara que tenía miedo o que no estaba contento, aunque era un niño pequeño que por primera vez se alejaba de sus madres y de su casa. Lo besé por última vez en el jardín, cerca del estanque de los peces, y reímos al mirar los patos; después Najtré lo cogió de la mano.

Lo vi dejar la casa desde la azotea con un pedazo de tela en la boca para poder llorar hasta quedarme vacía. Aquella noche, el viejo sueño volvió con toda su fuerza, otra vez estaba completamente sola en Egipto.

2

Desde el momento de su nacimiento, mi vida giró en torno de mi hijo. Mis pensamientos no iban más allá de su felicidad y mi corazón latía junto con el suyo. Sus placeres eran los míos y a causa de que era un niño maravilloso, mis días tuvieron pleno sentido y fueron

muy agradables.

Cuando partió, me sentí todavía más sola de lo que había estado al llegar a Egipto. Shalem fue mi esposo durante unas cortas semanas y su recuerdo se había convertido en una sombra triste que aparecía en mis sueños, pero Ramsés había estado conmigo durante toda mi vida adulta. Durante aquellos años mi cuerpo había adquirido su forma adulta y mi corazón había crecido en sabiduría porque entendí lo que significaba ser madre.

Cuando me miré en el reflejo del agua, vi a una mujer de labios delgados, pelo rizado y ojos pequeños, redondos, extranjeros. Qué poco me parecía a mi

hijo moreno y buen mozo que era más semejante a su tío que cualquiera de los de su familia y que se estaba convirtiendo, tal como Ranefer había predicho, en un príncipe de Egipto.

Tuve poco tiempo para detenerme a pensar en mi soledad porque tenía que ganar mi lugar en la gran casa de Najtré. Aunque Ranefer siempre era amable, al marcharse Ramsés tuvimos menos tema de conversación y yo sentí que el silencio entre ambas se iba haciendo amenazante. Rara vez entraba yo en la casa.

Me hice un lugar en el rincón de una cabaña del jardín que se empleaba para guardar azadas y guadañas, un sitio que

Ramsés utilizaba para esconder sus tesoros: piedras lisas, plumas, trozos de papiro que encontraba en el salón de Najtré. Había dejado todo aquello allí, sin mirarlo antes de irse, pero yo lo envolví en un paño de lino como si se tratara de un *teraf* de marfil y no de los juguetes que un niño había descartado.

Los hombres que arreglaban el jardín no tenían inconveniente en que hubiera una mujer entre ellos. Yo trabajaba duro y ellos apreciaban mi habilidad con las flores y frutos, que recogía para la cocina. No deseaba compañía y rechazaba las atenciones de los hombres con tanta frecuencia que ellos dejaron de insistir. Cuando veía a

la familia de mi hijo solazándose a la sombra del jardín nos saludábamos con una inclinación de cabeza y no cambiábamos más que palabras formales.

Cuando llegaron desde Menfis noticias de Ramsés, la propia Najtré hizo que Kar, el maestro que había sido su propio instructor, me las comunicara. Así me enteré de que Ramsés había aprobado en solo dos años algo que se llamaba *keymt*, una técnica de memorización que probaba que mi hijo llegaría muy alto y que tal vez serviría personalmente al rey.

Nunca se dijo una palabra de su regreso a casa. Ramsés fue invitado a ir

de caza con los hijos del gobernador y no era adecuado rechazar una oferta tan prometedora. Luego mi hijo fue elegido como aprendiz y ayudante de Kar cuando el maestro fue llamado para discernir un caso legal, que duró varias semanas durante las cuales otros niños pudieron visitar a sus familias.

Una vez, Najtré y Ranefer fueron a visitar a Ramsés en Menfis e hicieron una peregrinación hasta la tumba de su padre, que estaba allí. Volvieron con saludos afectuosos para mí y con las noticias de los progresos de mi hijo; después de cuatro años de ausencia era más alto que Najtré, hablaba perfectamente y se conducía con total

corrección.

También llevaron pruebas de su educación: tablas de arcilla cubiertas con escritos.

—Mira —dijo Najtré señalando la imagen de un halcón—. Mira con qué fuerza dibuja los hombros de Horus.

Me dieron como regalo aquel tesoro hecho por las manos de mi hijo. Yo me quedé maravillada y se lo enseñé a Meryt, que quedó profundamente impresionada por la regularidad y belleza de las imágenes. Yo no comprendía cómo podía mi hijo entender el significado de signos puestos en trozos de arcilla y me sentía reconfortada pensando que era un

conocimiento que le permitiría llegar a ser algún día un gran hombre. Sería escriba de los sacerdotes de Amón, o visir de un gobernador. ¿No había dicho Najtré mismo que Ramsés podría aspirar a pertenecer al servicio del rey? Pero ninguno de esos sueños llenaba mis brazos ni calmaba mi llanto. Sabía que mi hijo se estaba convirtiendo en un hombre y temía que cuando nos volviéramos a encontrar nos hubiéramos convertido en extraños.

Pude haber desaparecido durante aquellos largos años en que nadie se

acordaba de mi existencia, con la sola excepción de Meryt. Ella siempre estaba allí, con su inconmovible bondad y amabilidad aun cuando yo me alejaba de ella y no le daba motivos para que me quisiera.

La partera había ido a verme todos los días durante las semanas que siguieron al nacimiento de Ramsés. Me cambiaba las vendas y me llevaba caldo de huesos de buey para fortalecerme, y cerveza dulce para que criara buena leche. Me frotaba los hombros cuando se me ponían duros de acunar al recién nacido y me ayudó a ponerme de pie para darme el primer baño propiamente dicho después de ser madre, derramando

sobre mi espalda agua fresca y perfumada y envolviéndome luego en una toalla limpia.

Mucho después de terminar el periodo de confinamiento, Meryt siguió con sus visitas. Se preocupaba por mi salud y estaba encantada con el niño, lo examinaba cuidadosamente y le daba unos masajes tan suaves y tranquilizadores que lo hacían dormir durante horas. El día en que él fue destetado, Meryt me llevó un regalo, una pequeña estatua de obsidiana de una madre amamantando a su hijo. Yo estaba confundida ante su generosidad pero cuando traté de rechazar alguna de sus atenciones o regalos, ella insistió.

—La vida de la partera no es fácil, pero esa no es razón para no amar a los demás —dijo.

Meryt siempre hablaba conmigo como una partera con otra. No importaba que no hubiera visto ningún parto después del mío propio; en cualquier caso, seguía honrando la habilidad que yo había manifestado al nacer Ramsés. Cuando volvió a su casa, preguntó a su ama para averiguar todo lo que pudiera sobre mí; su señora, Ruddedit, había oído la historia de boca de Ranefer, quien solo dio algunos detalles. Meryt compuso con ellos una historia fabulosa.

Según contaba Meryt, yo era hija y

nieta de parteras que sabían usar las hierbas y cortezas todavía mejor que los nigromantes de On, donde se enseñan las artes curativas de Egipto. Ella pensaba que yo era una princesa de Canaán, descendiente de una gran reina que había sido despojada por un malvado rey.

Yo no la corregí, temiendo que si nombraba a mis madres o a Inna se me escaparía el resto de mi historia y entonces sería arrojada de la casa y mi hijo sería desheredado por llevar sangre de homicidas en sus venas. De modo que Meryt tejió mi historia y se la repitió a todas las mujeres que conocía, y fueron muchas porque atendía la mayoría de los nacimientos de los barrios

septentrionales, tanto de nobles como de plebeyos. Contó que yo había salvado la vida de mi hijo con mis propias manos, sin mencionar en ningún momento su propio papel. Hablaba de mi habilidad con las hierbas y del renombre que había tenido como curandera en los páramos occidentales. Estas cosas se las había imaginado ella. Y cuando ayudé a una de las sirvientas de Najtré a parir a su primer niño, Meryt difundió la noticia de que yo le había dado la vuelta al niño durante el sexto mes. Gracias a Meryt empecé a ser una leyenda para las mujeres del lugar sin haber salido del jardín de Najtré.

Meryt tenía su propia historia para

contar. Aunque ella había nacido en Tebas, la sangre de su madre estaba mezclada con la del distante sur y su piel tenía el color de Nubia. Pero a diferencia de Bilhá, cuya cara solía aparecérseme mientras charlaba con Meryt, era alta y erguida.

—De no haber sido partera —decía — me habría gustado ser bailarina, contratada para las grandes fiestas en las grandes casas y hasta en el mismo palacio del rey. Pero la vida va demasiado rápido —decía con un suspiró burlón—. Ya estoy demasiado gorda para bailar para los príncipes. — Se tocaba la carne de sus brazos rellenos y rompía en una carcajada que

yo no podía resistir.

Meryt podía hacer reír a cualquiera. Hasta las mujeres que estaban de parto olvidaban su sufrimiento para reírse de sus chistes. Cuando era pequeño, Ramsés la llamaba «la amiga de mi madre» en tiempos en que ni yo me había dado cuenta todavía de que ella era en verdad mi amiga y mi bendición.

Supe todo lo que había que saber acerca de Meryt porque a ella le encantaba conversar. Su madre había estado casada con un panadero y había sido una cocinera conocida también como cantora. A menudo la llamaban para animar las fiestas de su señor. Su resonante voz hacía que el público

vibrara de placer.

—De no ser porque enseñaba los pechos, habrían puesto en duda que se trataba en realidad de una mujer —dijo Meryt.

Pero la madre murió cuando la hija era todavía una niña y en la casa no hubo ocupación para ella, de modo que enviaron a Meryt a un lugar en donde seguía viviendo en el momento en que la conocí. De niña le llevaba el agua a Ruddedit, hija de On, donde los sacerdotes son famosos como magos y curanderos. La señora tuvo en cuenta a Meryt y cuando vio que era inteligente, Ruddedit la envió para que aprendiera de la vieja partera local, una mujer con

dedos extrañamente largos que traía suerte a las madres.

Meryt creció en aquella casa y al igual que su madre se casó con un panadero del lugar. Era un buen hombre y la trataba bien. Pero Meryt era estéril y no hubo forma de hacer que su vientre concibiera un fruto. Después de muchos años, Meryt y su marido adoptaron dos niños cuyos padres habían muerto por una fiebre del río. Los hijos se habían convertido en hombres y preparaban el pan para los trabajadores del pueblo de los constructores de tumbas en la orilla occidental del río.

El esposo había muerto hacía tiempo y Meryt, aunque rara vez veía a sus

hijos, a menudo elogiaba sus habilidades y su salud.

—Mis hijos tienen los dientes más hermosos que he visto en mi vida —solía decir solemnemente; su boca, en cambio, estaba muy mal y masticaba mejorana todo el día para combatir el dolor.

Durante años, Meryt me contó muchos detalles de su vida esperando que yo también compartiera con ella algunos de la mía. Finalmente se dio por vencida y dejó de hacerme preguntas, pero nunca cesó de invitarme a acompañarla para asistir a las parturientas. Solía detenerse en la casa de Najtré y pedirle a Herya o a Ranefer

que me permitieran ir con ella. Las señoras contestaban que era mi decisión y yo siempre me negaba. No tenía ningunas ganas de apartarme de Ramsés ni de ver el mundo. No había puesto los pies fuera desde el momento en que llegué, y mientras los meses se convertían en años, comencé a temer la sola idea de salir. Seguramente, me perdería o, tal vez peor, alguien me descubriría. Me imaginé que alguien podía reconocer el estigma de mi familia en mi cara y que sería arrojada fuera de aquel lugar. Mi hijo descubriría la verdad acerca de su madre y acerca de mis hermanos, sus tíos. Quedaría al margen de la buena vida que parecía

destinado a heredar y maldeciría mi memoria.

Estaba avergonzada por todos aquellos miedos secretos que me hacían volver la espalda a las lecciones que Raquel e Inna me habían dado, y por lo tanto a su recuerdo. Mi culpa me tenía prisionera, de modo que no podía hacer lo que sabía que debería hacer.

Meryt nunca se daba por vencida. A veces, cuando un nacimiento no iba bien, volvía de madrugada, se acercaba a mi lecho del jardín y me despertaba para contarme la historia y preguntarme lo que debería haber hecho para que saliera mejor. A menudo le aseguraba que había hecho las cosas del mejor

modo posible y nos quedábamos juntas y sentadas en silencio. Pero a veces escuchaba la historia y mi corazón estaba a punto de romperse. Una vez que una mujer murió repentinamente mientras trataba de dar a luz, Meryt no pensó en coger un cuchillo para tratar de liberar al niño del vientre y los dos perecieron. Yo no pude ocultar mi horror y Meryt lo vio en mi expresión.

—Dime, entonces —me pidió cogiéndome con fuerza de los hombros —. No frunzas los labios, pues tú podrías haber salvado a ese niño. Al menos enséñame y yo trataré de hacer las cosas bien.

Avergonzada por las lágrimas de

Meryt comencé a hablar de los métodos de Inna, el modo en que manejaba el cuchillo, sus trucos para manipular a los niños. Traté de explicarle el uso de las hierbas, pero no conocía los nombres egipcios de las plantas y las raíces. De modo que Meryt me llevó su bolso de hierbas y comenzamos a traducir. Yo le describí lo que hacían mis madres con la ortiga, el hinojo, el cilantro, y ella recorrió los mercados buscando las hojas y semillas que yo no veía desde mi niñez.

Meryt me llevó ejemplares de todas las flores y tallos que se vendían en el puerto. Unos me eran familiares, pero otros tenían un olor insoportable,

especialmente los cocimientos locales que se hacían con cosas muertas: trozos de animales secos, rocas terrosas, conchas y excrementos de todas clases. Los curanderos egipcios aplicaban los excrementos de los hipopótamos y los cocodrilos, y la orina de los caballos y los niños en varias partes del cuerpo, según la estación. Comprobé que muchas veces estos preparados resultaban útiles, pero no podía menos de sorprenderme de que un pueblo tan preocupado por la limpieza corporal aceptara unos remedios tan desagradables.

Aunque los conocimientos de hierbas en Egipto eran vastos y venían

de mucho tiempo atrás, me sentí complacida al ver que había métodos y plantas de los que sabían muy poco. Meryt encontró comino en el mercado y se asombró al saber que era bueno para curar las heridas. Compró hisopo y menta con las raíces intactas, y florecieron en el suelo negro y fértil de Egipto. Nadie volvió a sufrir dolor de estómago en la casa de Najtré. Así, Meryt se hizo famosa por «sus» curas con hierbas exóticas, y yo me quedé con la satisfacción de comprobar que la sabiduría de mis antepasados había sido puesta en buenas manos.

Mi tranquilidad terminó cuatro años después de que Ramsés hubiera dejado la casa de Najtré, cuando la hija de Ruddedit tuvo que ponerse sobre los ladrillos.

Se llamaba Hatnuf y tenía muchos problemas. Su primer niño había nacido muerto, era un niño bien formado pero sin vida. Después de años de fracasos, finalmente había conseguido concebir y llevar otro niño en su vientre pero estaba aterrorizada ante la perspectiva del parto. Después de un día entero de intensos dolores, el niño seguía sin nacer. Meryt la estaba asistiendo y la señora de la casa había enviado a

buscar a un sacerdote médico que cantaba oraciones, llenaba la habitación de amuletos y ponía un montón de hierbas y excrementos de cabra para quemar a los pies de Hatnuf.

Aquel humo y el olor solo consiguieron que la madre se desmayara y al caer, la muchacha se cortó la frente y comenzó a sangrar. Al ver lo que sucedía, Ruddedit echó al sacerdote de la habitación y lo hizo esperar fuera de la casa, donde él se quedó recitando encantamientos con el tono nasal de los sacerdotes. Se hizo nuevamente de noche y la noche comenzó a transformarse en aurora y los dolores seguían sin que el niño se moviera.

Hatnuf, única hija de la señora, estaba a punto de morir de miedo y sufrimiento cuando Meryt sugirió que me llamaran.

Esta vez no se trataba de una invitación. Meryt apareció en la puerta de mi cabaña del jardín; Ruddedit estaba tras ella, bajo la luz del amanecer. El cansancio apenas si disminuía la belleza de un rostro que ya no era joven.

—Denner —pronunció mi nombre con acento egipcio— debes venir y hacer lo que puedas por mi hija. Lo hemos intentado todo. El olor de Anubis ya se siente en la cámara del parto. Trae tus remedios y sígueme.

Meryt me describió rápidamente la

situación y yo tomé unas pocas hierbas que había estado haciendo secar en las vigas de mi refugio. La señora caminaba muy deprisa y yo apenas me di cuenta de que había abandonado el jardín. Salí de la casa de Najtré y recordé el primer día que había visto aquel lugar, toda una vida había pasado. La luz del sol destacaba los mástiles dorados que había frente al gran templo, donde colgaban estandartes mustios en la plenitud de la madrugada. La casa de Ruddedit estaba al otro lado del templo, de modo que de inmediato llegué a la antecámara en que Hatnuf estaba acostada sollozando en el suelo, rodeada por las sirvientas de la casa que

estaban ya casi tan exhaustas como la parturienta.

La muerte se percibía en aquella habitación. Vi su presencia en las sombras tras la estatua de Bes, el amistoso y grotesco guardián de los niños que parecía sonreír tristemente ante su propia impotencia.

Ruddedit me presentó a su hija que levantó la vista para mirarme con los ojos vacíos, pero que hizo lo que le pedí. Se puso de lado para que yo pudiera poner la mano untada con aceite en el vientre, pero no pude palpar la cabeza del niño. Todas estaban quietas y expectantes en la habitación esperando que les dijera qué hacer.

La sombra perruna de la muerte se retorció satisfecha, dándose cuenta de mis temores. Pero su energía solo me encolerizó. Maldije su ladrido, su cola y hasta a su madre. Lo hice en mi lengua natal, que parecía ruda después de oír durante tantos años la sonoridad del idioma egipcio. Meryt y las otras pensaron que se trataba de algún encantamiento y profirieron murmullos de aprobación. Hasta Hatnuf se movió y miró alrededor.

Pedí aceite y un mortero y mezclé las hierbas más fuertes que tenía a mano: aristoloquia y extracto de cáñamo, que consiguen a veces que el útero expulse su contendido al principio del embarazo.

No sabía si daría resultado y me preocupaba pensando que la combinación podía ser perjudicial, pero sabía con certeza que no había más remedio que intentarlo porque ella se estaba muriendo. El niño ya estaba muerto, pero no había razón para abandonar a su madre.

Apliqué el preparado, y pronto la muchacha tuvo terribles dolores. Hice que las mujeres ayudaran a Hatnuf a ponerse sobre los ladrillos, luego le masajeé el vientre y traté de empujar al niño hacia abajo. Las piernas de Hatnuf no podían sostenerla y enseguida Meryt tuvo que ocupar el lugar de Ruddedit detrás de la madre. Desde allí le daba

coraje mientras yo trataba de nuevo de aferrar la cabeza del niño, que ahora estaba cerca de la salida.

Los dolores se volvieron incesantes e intolerables para la pobre mujer que estaba en los ladrillos. Los ojos se le fueron para atrás y cayó en los brazos de Meryt sin sentido e incapaz de pujar.

Ya era pleno día, pero la sombra que estaba en la habitación no dejaba que los rayos del sol disiparan la oscuridad. Yo tenía las mejillas cubiertas de lágrimas. No sabía qué hacer. Inna me había contado una vez cómo había librado a un niño del vientre de la madre muerta, pero allí la madre no estaba muerta. No tenía más tretas para intentar,

ni otras hierbas.

Y entonces recordé la canción que tanto gustaba a Inna, la canción que ella había aprendido en las colinas que están sobre Siquem.

—No temas —canté recordando fácilmente la melodía y haciendo memoria para repetir la letra:

No temas, que el momento está llegando

No temas, tus huesos son fuertes

No temas, te estamos ayudando

No temas, Gula está cerca

No temas, el niño está en la puerta

No temas, vivirá para honrarte

No temas, las manos de la partera

son sabias

No temas, la tierra está bajo tus pies

No temas, tenemos agua y sal

No temas, madrecita

No temas, madre de todos nosotros.

Meryt me acompañó repitiendo las palabras «No temas», sintiendo el poder de los sonidos sin saber lo que estaba diciendo. A la tercera vez todas las mujeres estaban cantando «No temas» y Hatnuf respiraba profundamente de nuevo.

El niño salió muy poco después, y estaba muerto. Hatnuf se volvió y cerró los ojos como si solo quisiera reunirse

con él. Pero cuando Meryt comenzó a vendar su pobre y cansado vientre con lino, la muchacha empezó a gritar como si tuviera de nuevo dolores de parto.

—¡Hay otro niño! —dijo Meryt— ¡ven, Denner! —exclamó—. Saca al gemelo.

Con un solo impulso Hatnuf parió a un niño completamente diferente de su hermano. Mientras el primero era robusto, perfecto y sin vida, este era diminuto, arrugado y resollaba como si tuviera los pulmones de un buey.

Meryt se rio del ruido y toda la habitación se llenó de aplausos, exclamaciones y risitas de alivio y alegría. El niño ensangrentado, sin lavar

y encogido, pasaba de mano en mano, era besado y bendecido por todas las mujeres que estaban allí. Ruddedit cayó de rodillas, reía y lloraba con su nieto en brazos. Pero Hatnuf no nos escuchaba. El niño había nacido en medio de un torrente incontenible de sangre. No hubo modo de contenerla con apósitos y, poco después de haber nacido su hijo, Hatnuf moría con la cabeza apoyada en el regazo de su madre.

El espectáculo que tenía lugar en aquella habitación era terrible: la madre muerta, un niño muerto, un recién nacido débil pidiendo un pecho que nunca podría alimentarlo. Ruddedit se sentó,

había perdido a su única hija y se había convertido en abuela. Meryt lloraba con su ama y yo me fui sigilosamente del lugar, deseando no haber abandonado nunca mi jardín.

Después del horror de aquel momento, pensé que se me prohibiría entrar en cualquier otra habitación de parto. Pero como Meryt contó la historia, solo yo había sido la responsable de salvar la vida del niño superviviente, que había nacido, dijo ella, en un día tan aborrecido por Set que era todo un milagro que hubiera logrado respirar.

Pronto llegaron mensajeros de otras casas importantes de Tebas hasta la puerta del jardín de Najtré con la orden de no volver sin llevar consigo a la partera Denner. Eran los sirvientes de sacerdotes, de escribas y de otros a los que no se podía desairar. Yo iba con la condición de que Meryt me acompañase y ella siempre estaba de acuerdo en hacerlo, de modo que nos convertimos en las parteras de toda una vecindad en la que había muchas casas elegantes en las que las señoras y sus sirvientas tenían el don de la fertilidad. Nos llamaban por lo menos una vez cada siete días y por cada niño saludable que traíamos al mundo nos recompensaban

con joyas, amuletos, lino fino o recipientes de aceite. Meryt y yo nos dividíamos esos bienes y aunque yo le ofrecía una parte a Ranefer, ella insistía en que yo debía conservarlos.

En el curso de un año mi refugio estaba lleno de una colección de objetos que para mí no tenían utilidad y de los que poco me preocupaba. Meryt miró detenidamente el lugar un día y declaró que yo necesitaría un baúl de mimbre para guardar mis pertenencias. Ya que poseía más de lo suficiente para comerciar, Meryt eligió un día propicio para ir conmigo al mercado.

Por entonces ya había salido muchas veces a atender nacimientos, pero temía

aventurarme más en el mundo. Meryt sabía que yo tenía miedo y me cogió de la mano mientras salíamos del jardín, conversaba todo el tiempo para que yo no pensara en mis angustias. Yo me aferré a ella como un niño que teme perder la mano de su madre, pero tras un rato encontré valor para mirar el concurrido muelle de Tebas. Todavía no era tiempo de cosecha y la mayoría de los agricultores no tenía mucho que hacer aparte de esperar a que maduraran los cultivos, de modo que los puestos estaban atiborrados de gente que tenía poco para cambiar, excepto tiempo.

Meryt cambió el collar de piedras de una de las madres por tortas dulces, y

comimos mientras paseábamos e íbamos del brazo de un puesto al otro. Yo estaba maravillada ante la cantidad de joyas que había a la venta y me preguntaba quién podría pagar tanta riqueza. Vi fabricantes de sandalias que ofrecían calzado barato. Había hombres haciendo cola en espera de que un barbero, famoso por tener los mejores chismes, los atendiera. Abrí los ojos desmesuradamente cuando vi tejidos de Canaán que podrían haber sido hechos por mis propias tías. Meryt y yo nos reímos con las piruetas de un mono que llevaba de una correa a unos perros con aspecto famélico y los hacía pedir restos de comida.

Cuando hubimos visto suficiente, mi amiga dijo que era tiempo de dedicamos a lo nuestro, pero el primer cestero al que visitamos no tenía nada tan grande como lo que yo necesitaba, de modo que seguimos pasando ante comerciantes de vino y aceite, panaderos y hombres que vendían pájaros vivos. Vimos muchas cosas hermosas también: alfarería labrada, vasijas de bronce batido, dioses y diosas domésticos, bancos de tres patas y sillas. Distinguí una hermosa caja con una tapa que tenía un jardín tallado en marfil, loza fina y madreperla.

—Oh, esa es una obra digna de la tumba de un amo —dijo Meryt con genuina admiración.

El carpintero dejó su trabajo y comenzó a contarnos cómo la había hecho, dónde había conseguido la madera de acacia y cuánta dificultad había tenido para hacer la aplicación de marfil. Hablaba lenta y concienzudamente, más como si se tratara de pasar un rato hablando que de hacer una venta. Yo no dejaba de mirar la caja mientras él hablaba, oyendo solo la calidez de su voz y echando luego un vistazo a sus manos cuando indicaba el modo en que había concebido su trabajo.

Meryt comenzó a provocar al hombre.

—¿Por quiénes nos tomas? —le preguntó—. ¿Crees que somos grandes

señoras vestidas de parteras? ¿Quién sino alguien muy rico podría comprar algo tan delicado como esto? ¿Quién podría pedir una obra de arte así excepto el mismo constructor de la tumba del rey? Nos estás tomando el pelo, hombrecito —dijo.

El hombre se rio al oírla y replicó:

—Si piensas que soy un hombrecito será porque vienes de una tierra de gigantes, hermana. Soy Benia —se presentó—. Y te sorprenderías mucho si supieras las ofertas disponibles en mi puesto. Todo depende del comprador, querida —la provocó él a su vez—. Las mujeres hermosas siempre consiguen lo que quieren.

Esto hizo que Meryt se riera con ganas y me tocara las costillas, pero no dijo nada porque sabía que sus palabras habían sido dirigidas a mí. En un instante, también Meryt entendió que el carpintero había estado dirigiéndose a mí todo el tiempo y, aunque yo no había dicho una sola palabra, el sonido de su voz y la bondad de sus palabras me habían conmovido.

Mis dedos, casi por su cuenta, tocaron los contornos de una hoja de color lechoso que estaba incrustada en la caja.

—Esto viene de una criatura del mar que vive muy al norte —dijo Benia señalando otra parte del diseño.

Observé la forma de sus manos. Tenía los dedos fibrosos como las ramas de un árbol frutal y eran todavía más largos que sus grandes palmas, que, a consecuencia del duro trabajo, tenían montañas y valles de músculos. Me sorprendió mirándolo y aparté la vista de sus manos como avergonzada.

—Cuando nací, mi madre me miró una vez y dio un grito al ver esto —dijo Benia enseñando las manos—. Mis manos eran ya demasiado grandes para mi cuerpo. «Será escultor», le dijo a mi padre, y más tarde me puso de aprendiz con el mejor cantero. Pero yo no tenía talento para esculpir la piedra. El alabastro se me cuarteaba con solo

mirarlo y ni siquiera el granito consentía que me acercara. Solo la madera entendía mis manos. Adaptable, tibia y viva, la madera me habla y me dice dónde cortar, cómo darle forma. A mí me gusta mi trabajo, señora.

Me miró fijamente a los ojos, que yo había alzado mientras hablaba.

Meryt vio la mirada que cruzamos y se quedó en silencio, como una comadre perspicaz.

—Ella es Denner, comerciante, viuda y la mejor partera de Tebas. Hemos venido al mercado en busca de un simple cesto para guardar el pago que recibió de las madres agradecidas.

—Pero un cesto no es lo indicado

para una señora —dijo Benia, volviendo a regatear con Meryt. Déjame ver lo que tienes para cambiar, he estado todo el día sentado aquí sin tener suerte.

Meryt sacó nuestra colección de adornos: una piedra labrada para mezclar malaquita y convertirla en sombra verde de ojos, un gran escarabajo de cornalina demasiado rojo para mi gusto y un tocado con cuentas bellísimas, regalo de una concubina joven y muy guapa que había parido un hermoso niño que había entregado directamente a su aya sin siquiera mirarlo. (Meryt y yo vimos muchas cosas raras en las habitaciones de parto de Tebas).

Benia fingió interés por el escarabajo.

—¿Es para tu mujer? —preguntó Meryt con poca delicadeza.

—No tengo mujer —replicó sencillamente Benia—. Vivo en casa de mi hermana desde hace muchos años, pero su marido está impaciente porque deje libre mi lugar en la mesa. Pronto me iré de la ciudad y viviré con los trabajadores en el Valle de los Reyes —dijo lentamente, de nuevo dirigiéndose a mí.

Meryt se sintió alentada por aquellas palabras y contó que sus hijos eran panaderos y que estaban contratados para hacer el pan de los trabajadores de

aquel lugar.

—Cuando vaya los buscaré —prometió Benia y añadió—: Recibiré una casa allí, como corresponde a un maestro artesano. Tendré cuatro cuartos para mí solo —dijo como si ya estuviera oyendo el eco de su voz en las solitarias habitaciones.

—Qué lujo, carpintero —replicó Meryt.

Mientras los dos intercambiaban estas confidencias en mi beneficio, mis dedos seguían los bordes del estanque que Benia había labrado en la tapa de la caja. Antes de que pudiera quitarla, cubrió mi mano con la suya.

Tuve miedo de mirarlo a la cara. Tal

vez estaba riéndose. Tal vez pensó que de hacer aquella transacción absurda, cambiar un bonito adorno por una obra de arte, yo le dejaría usar mi cuerpo. Pero cuando Meryt me dio un codazo para que contestara, solo vi amabilidad en la cara del carpintero.

—Lleva la caja a la puerta del jardín de la casa de Najtré, escriba de los sacerdotes de Amón-Ra —dijo Meryt—. Llévala mañana —añadió, al tiempo que le cedía el escarabajo.

—Mañana por la mañana —dijo él. Y nosotras nos fuimos.

—Bueno, ha sido un buen negocio, muchacha —dijo Meryt—. Y ese escarabajo es una pieza que trae suerte,

te consiguió una caja y también un esposo.

Sacudí la cabeza al oír a mi amiga y sonreí como si ella estuviera diciendo tonterías, pero no dije que no. No dije nada. Estaba confundida y conmovida. Sentía una extraña sensación entre las piernas y las mejillas se me habían enrojecido.

Entonces no entendía del todo a mi propio corazón, porque aquello no tenía nada que ver con lo que había sentido por Shalem. No era un viento cálido lo que soplaba dentro de mí ni de Benia. Aquel sentimiento era mucho más tranquilo y tibio. Y sin embargo mi corazón golpeaba fuerte y sabía que mis

ojos estaban más brillantes delo que habían estado por la mañana.

Benia y yo intercambiamos unas pocas palabras y apenas si nos rozamos los dedos. Aun así, sentí un contacto fuerte con aquel extraño. No tenía dudas de que él sentía lo mismo.

Durante todo el regreso marqué el paso al ritmo de una pregunta: ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible?

Cuando estábamos llegando a la casa de Najtré, Meryt rompió el desacostumbrado silencio que había guardado diciendo:

—Estaré a tiempo de recibir a tus hijos. Según mis cuentas, todavía no hace treinta años que estás en este

mundo. Gracias a ti tendré nietos, hija de mi corazón —y me besó al despedirse.

Pero una vez que entré en el jardín todos los pensamientos sobre Benia se esfumaron. La casa estaba alborotada. ¡Ramsés había vuelto!

Había llegado poco después de mi salida de la casa. Habían enviado a los sirvientes a buscarme y como yo nunca dejaba el lugar sin avisar primero a Ranefer, ella se había alarmado y hasta había dado aviso a su amiga Ruddedit. Cuando mi suegra me vio entrar en el patio llevando un pedazo de torta a medio comer que procedía del mercado, se enfadó y dio media vuelta sin siquiera

hablarme. Fue la cocinera quien me dijo que me apresurara y fuera a ver a mi hijo, que había vuelto para recuperarse.

—¿Para recuperarse? —le pregunté súbitamente helada de miedo—. ¿Ha estado enfermo?

—Oh, no —dijo la cocinera con una amplia sonrisa—. Vino para recuperarse de la circuncisión y para celebrar su entrada en la vida adulta con gran pompa. Tendré que trabajar desde la aurora hasta la medianoche toda esta semana —dijo y me pellizcó la mejilla.

No oí mucho más que la palabra circuncisión. Sentí un zumbido en la cabeza y un vuelco en el corazón mientras me dirigía rápidamente al gran

salón donde estaba Ramsés, en una litera, cerca de la silla de Najtré. Levantó la vista y al verme sonrió francamente, sin ninguna huella de dolor en el rostro, que ya era completamente diferente.

Hacía casi cinco años que se había ido de mi lado y el niño se había convertido en un hombre joven. Su pelo, ya no rasurado, había crecido abundante y negro. Tenía los brazos musculosos, sus piernas ya no eran suaves como la seda y su pecho recordaba la belleza de su padre.

—Madre —dijo el joven que era mi hijo—. Oh, estás muy bien. Mucho mejor de lo que te recordaba.

Solo trataba de ser amable. Era un príncipe de Egipto hablando con una mujer de la servidumbre que lo había hecho nacer. Era justamente lo que yo había temido: nos habíamos vuelto extraños, y nuestras vidas nunca nos permitirían ser más que eso. Me pidió que me acercara y que me sentara a su lado y Najtré le dirigió una sonrisa de aprobación.

Le pregunté si había sufrido y no dio importancia a la pregunta.

—No sentí dolor —dijo—. Me dieron vino mezclado con zumo de frutas antes de cortar y después también —dijo —. Pero todo eso pasó hace una semana y ya estoy muy recuperado. Ahora es

momento de celebrar y he venido a casa para dar un banquete. Pero tú, ¿cómo estás? —prosiguió—. Me han dicho que eres una famosa partera, que eres la única en quien confían las grandes señoras cuando están de parto.

—Hago lo que puedo —contesté tranquilamente y a mi vez dejé el tema de lado porque ¿qué puede decir una mujer a un hombre acerca de los niños y de la sangre?—. Pero tú, hijo, cuéntame qué es lo que has aprendido. Háblame de tus años en la escuela, de tus amigos, de los honores que ganaste, tu tío ha dicho que fuiste el mejor de tus compañeros.

Pasó una nube sobre la cara de

Ramsés y pude reconocer entonces al niño que rompió a llorar el día que encontró un patito muerto en el jardín. Pero mi hijo no habló de la maldad de sus compañeros de escuela, no me refirió los gritos burlones que lo siguieron durante todo su primer año de estudios: «¿Dónde está tu padre? No tienes padre».

Ramsés no me habló de su soledad, que fue en aumento cuando demostró ser el mejor de su clase y el maestro se fijó en él y lo convirtió en su preferido. Solo habló de su maestro Kar, a quien amaba y obedecía en todas las cosas y que a su vez lo amaba a él.

A diferencia de otros maestros, Kar

nunca había pegado a sus estudiantes ni tampoco los había avergonzado por sus faltas.

—Es el hombre más noble que he conocido, además de mi tío —decía Ramsés mientras cogía la mano de Najtré—. Estoy en casa no solo para celebrar mi ingreso en la edad adulta sino también la gran oportunidad que Kar me ha dado. Mi maestro me pidió que lo acompañe al sur, a Kush, donde el comercio de marfil y ébano ha revivido y donde el visir fue sorprendido engañando al rey. El rey mismo le ha pedido a Kar que vaya y que disponga el nombramiento de un nuevo supervisor y que anote e informe

de todo lo que encuentre y vea allí. Yo iré para asistir a mi maestro y observar mientras él ejerce de juez y la gente presenta ante él sus disputas. —Ramsés hizo una pausa solo para que yo me diera cuenta de la importancia de las palabras que seguían—: Fui preparado para realizar las tareas de visir. Después de este viaje mi educación estará completa y recibiré mi propia comisión, así comenzaré a ganar honores para mi familia. Mi tío está muy complacido, madre. ¿Tú también estás complacida?

La pregunta era sincera, un eco del deseo de un niño que le pedía a su madre que se pronunciara acerca de sus logros.

—Estoy complacida, hijo mío. Eres un gran hombre que traerá honor a esta casa. Te deseo toda la felicidad, una esposa dulce y muchos niños. Estoy orgullosa de ti y orgullosa de ser tu madre.

Eso fue todo lo que dije. Como no me habló de lo que había sufrido en la escuela yo tampoco le dije cuánto lo había echado de menos ni mencioné lo vacío que había estado mi corazón ni cómo se había ido con él la luz de mi vida cuando partió. Lo miré a los ojos y él me devolvió la mirada cariñosamente. Cogió mi mano y se la llevó a los labios. Mi corazón palpitaba al ritmo de dos tambores; el de la felicidad y el de

la soledad.

Dos noches después observé a Ramsés desde el extremo de la habitación donde se daba la fiesta en su honor. Estaba sentado junto a Najtré y comía como un niño que no ha sido alimentado en una semana. Bebía vino y los ojos le brillaban de excitación. Yo también tomé vino y miré a mi hijo preguntándome qué clase de vida viviría, sin poder creer que ya era un hombre solo unos años menor que su padre cuando lo vi aquella vez en el mercado de Siquem.

Casi un adulto, Ramsés era media cabeza más alto que Najtré, tenía ojos claros y se mantenía erguido como un

árbol. Ranefer y yo nos sentamos juntas por primera vez en años y admiramos al hombre-niño que nos había dado a ambas un mi caricia sino que sostuvo mis dedos entre los suyos y por lo menos un momento compartimos el amor por nuestro hijo, y a través de él por el hijo no nombrado y el esposo de Canaán.

Una sirvienta joven y guapa alzó los ojos y lo miró, él le devolvió la mirada. Yo reí al pensar que el recién nacido al que había lavado y cambiado coqueteaba en aquel momento con una mujer. Me dolía la cara de sonreír y en un momento mis suspiros fueron tan elevados que Ranefer me preguntó si me

dolía algo.

Fue el banquete más deslumbrante que haya visto, al que asistieron muchos nobles de Tebas. Las flores destellaban a la luz de cientos de lámparas. El aire estaba cargado del aroma de exquisitos alimentos, de loto fresco, de incienso y de perfume. La risa, alimentada por seis clases de cerveza y tres variedades de vino, recorría el salón y las bailarinas saltaban y se movían hasta quedar cubiertas de sudor y tendidas en el suelo.

Se había contratado otra orquesta para reforzar la local. Esta compañía navegaba por el río, se detenía en los templos y en las casas nobles para tocar,

pero, a diferencia de las otras, se negaba a tocar con bailarinas, insistía en que el público debía prestar atención solo a las canciones, que, según decían, tenían cualidades mágicas. Dirigía la compañía una mujer misteriosa, cubierta por un velo. Ciega como muchos maestros del arpa, ella era maestra del sistro, una especie de pandero con mango.

De acuerdo con los rumores, la cantora había escapado de las fauces de Anubis y vivía una segunda vida, pero tenía una herida profunda en la cara, razón por la cual llevaba el velo. Contaban la historia con vividos detalles porque los egipcios conocían la utilidad de un cuento curioso para

iniciar tratos comerciales. Sin embargo, cuando la cantora del velo entró en el salón, se impuso un silencio expectante y la ruidosa muchedumbre se sentó a escuchar.

Iba vestida de blanco, cubierta de pies a cabeza con un traje de seda transparente que flotaba sobre el suelo. Ranefer se acercó a mí y me dijo en voz baja:

—Parece una nube de humo.

Se sentó en un banco y apartó las manos de su vestimenta para coger el instrumento. Al silencio siguió una exclamación de asombro, porque las manos eran tan blancas como la ropa, de una palidez sobrenatural, como si

hubieran sido consumidas por un terrible fuego. Sacudió el sistro cuatro veces y produjo cuatro sonidos enteramente diferentes que alertaron al público para que prestara la mayor atención.

Primero tocó el grupo una canción suave de flautas y percusión, luego una trompeta sola interpretó una melodía triste que hizo que las mujeres suspiraran y que los hombres se acariciasen la barbilla. Una vieja canción infantil hizo que todos los del salón sonrieran con el mismo rostro inocente que tuvieron de niños.

En verdad había magia en aquella música, que podía transformar la más negra tristeza en la más brillante alegría.

Los invitados aplaudieron calurosamente a los intérpretes y levantaron las copas para dar gracias a Najtré por tan maravilloso entretenimiento.

Después de finalizado el aplauso, la intérprete del sistro comenzó a cantar acompañada por su propio instrumento y un solo tambor. Era una canción larga con muchos estribillos. La historia que contaba no era importante, sobre un amor que se encuentra y luego se pierde, la historia más vieja del mundo. La única historia.

Al comienzo de la canción, el hombre correspondía al amor de la muchacha y eran felices juntos. Pero

luego la historia se volvía triste y el amante desechaba a su amada y la dejaba sola. Ella lloraba y rezaba a la Dorada Hathor, pero no lograba nada. El amado no volvería con ella. El dolor de la joven era infinito e insoportable. Las mujeres lloraban abiertamente, recordando cada una su juventud. Los hombres se secaban los ojos, sin tener vergüenza de hacerlo, recordando sus primeras pasiones. Hasta los jóvenes suspiraban sintiendo por adelantado las tristezas por venir.

Hubo un largo silencio cuando terminó la canción. El arpista tocó un aire ligero pero la conversación cesó. No volvieron a levantarse las copas.

Ranefer se puso de pie y dejó la habitación sin ninguna ceremonia, y entonces, uno por uno, los demás comensales empezaron a marcharse. La fiesta terminó en calma y el salón quedó desierto y silencioso, sin suspiros ni agradecimientos murmurados. Los músicos guardaron sus instrumentos y se llevaron a su directora. Algunos de los sirvientes dormían en el suelo, demasiado exhaustos para limpiar antes de la mañana. La casa quedó en completa quietud.

Faltaban algunas horas para la aurora cuando logré encontrar el lugar en que dormían los músicos. La mujer velada estaba inclinada contra una

pared, sin moverse. Pensé que también dormía, pero ella se volvió y estiró ambas manos al darse cuenta de que alguien se aproximaba. Puse mis manos en las suyas, pequeñas y frías.

—Verenró —dije.

El sonido de mi acento la estremeció.

—Canaán —dijo en un susurro amargo—. Ese era mi nombre en el tormento.

—Yo era una niña —le dije—. Tú eras la mensajera de Rebeca, mi abuela. Nos contaste una historia que nunca he olvidado. Pero pensé que te habían matado, Verenró. Yo estaba con la abuela cuando te llevaron. Vi que te

enterraban. ¿Verdaderamente has regresado de la muerte?

Se produjo un prolongado silencio y su cabeza cayó hacia delante tras los velos.

—Sí —dijo después de un rato—. No, no escapé. La verdad es que estoy muerta.

»Qué extraño es encontrar a un fantasma de aquellos tiempos aquí en una gran casa junto al río. Dime, ¿tú también estás muerta?

—Tal vez sí —le contesté temblando.

—Tal vez lo estás, porque los vivos no hacen esas preguntas, ni tampoco pueden soportar el dolor de la verdad

sin el consuelo de la música. Los muertos entienden. ¿Conoces la cara de la muerte? —me preguntó.

—Sí —le dije recordando las sombras con forma de perro que asisten a tantos nacimientos, pacientes y ansiosas al mismo tiempo.

—Ah —dijo ella y sin previa advertencia se levantó el velo. No tenía los labios lastimados pero el resto de la cara estaba desgarrada y llena de cicatrices. Tenía la nariz rota y arrancada, las mejillas deformadas y marcadas con surcos profundos, los ojos eran como dos piedras blancas. Parecía imposible que alguien hubiera podido sobrevivir a semejante destrucción.

—Salía de Tiro con una pieza de tela púrpura para ella, para la Abuela. Amanecía y había un cielo cuyos colores harían avergonzar a todas las tiendas de Mamre. Yo estaba mirando a lo alto cuando ellos llegaron. Tres de ellos, los cananeos, como todos los demás, sucios y estúpidos. No me dijeron nada ni hablaron entre ellos. Cogieron mi bolsa y mi cesto y los abrieron de un tajo, y luego se volvieron a mí.

Verenró comenzó a moverse hacia atrás y hacia delante, después habló más despacio.

—El primero me empujó y me tiró al suelo, en mitad del camino. El segundo me arrancó las ropas. El tercero se

levantó la túnica y cayó sobre mí. Se vacío dentro de mi cuerpo, que nunca había yacido con un hombre. Luego me escupió en la cara. El segundo se dispuso a hacer lo mismo, pero no pudo lograrlo; entonces comenzó a golpearme maldiciéndome por tener la culpa de su problema. Me rompió la nariz y varios dientes y solo cuando me vio sangrar fue capaz de hacerlo que quería. El tercero me dio la vuelta y me abrió por detrás. Y se rio.

Dejó de moverse y se sentó rígida, oyendo todavía aquella risa.

—Quedé echada, boca abajo, con los tres hombres junto a mí. Pensé que entonces me matarían y que allí

terminaría mi tormento. Pero no era eso lo que se proponían. «¿Por qué no gritas?», me preguntó el que se reía. «¿No tienes lengua? Tal vez no seas de verdad una mujer, porque no tienes el color de una mujer. Tienes el color de la mierda de perro. Voy a hacerte gritar y veremos si eres una mujer o un fantasma». Y entonces fue cuando hicieron lo que puedes ver ahora. No hace falta hablar de eso. —Verenró se bajó el velo y comenzó a sacudirse otra vez—. Al oír unos pasos, me dejaron allí pensando que estaba muerta —prosiguió—. El perro de un pastor me encontró donde estaba tirada, lo seguía un muchacho que gritó al verme. Oí que

vomitaba y pensé que huiría, pero en lugar de eso me cubrió con su túnica y fue a buscar a su madre. Ella me aplicó ungüentos en la cara y en el cuerpo y apretó mis manos con mucha lástima, me salvó la vida y nunca me pidió explicaciones. Cuando estuvo segura de que sobreviviría, me preguntó si debía mandar un aviso a Mamre porque había reconocido los jirones de mi ropa. Pero yo le dije que no. Yo había dejado de ser una esclava. Se había terminado para mí la arrogancia de Rebeca y se había terminado Canaán. Mi único deseo era volver a casa y oler el río y el aroma del loto por la mañana. Le dije que quería que pensaran en Mamre que yo había

muerto. Ella lo dispuso todo. Cortó mechones de mi pelo y los envolvió con mis ropas y con unos huesos de oveja, lo metió todo en mi bolso. Envió a su hijo a la ciudad donde él encontró a un comerciante que iba a Mamre, aquel comerciante le dio a la Abuela la noticia de mi muerte. La mujer cananea me dio un velo y un bastón, y me condujo a Tiro. Buscó una caravana que se dirigiera a la tierra del gran río. Me aceptaron a cambio de un animal de su rebaño y con la promesa de que los entretendría con canciones e historias. Los comerciantes me llevaron a On, donde un sistro encontró su destino en mis manos y ahora me encuentro aquí,

contigo, pronunciando de nuevo la palabra Canaán.

Al decir esto volvió la cabeza y escupió. Una culebra salió del lugar en que cayó el esputo de Verenró y yo sentí un escalofrío ante la magnitud de la ira de la mujer.

—Maldeciría a toda la nación de Canaán si no fuera por la bondad de aquella mujer cananea. Me quedé sin vista, de modo que nunca pude ver su cara, pero me la imagino emitiendo luz y belleza. De hecho, cuando pienso en ella veo la cara de la luna llena. Tal vez lo hizo en compensación por algún error que hubiera cometido. O quizá fue abandonada en alguna ocasión y alguien

la ayudó a escapar. O a lo mejor nadie la ayudó cuando lo necesitó. No me preguntó nada, ni siquiera mi nombre. No me salvó por ninguna otra razón que por la bondad de su propio corazón. Su nombre era como el de una diosa, Tamar, la fruta que alimenta —dijo Verenró y comenzó a agitarse de nuevo.

Nos sentamos juntas en la hora que precede al amanecer, en silencio, durante un largo rato. Finalmente ella volvió a hablarme, para contestar a una pregunta que nunca habría pensado hacer.

—No me siento desgraciada —dijo —. Tampoco estoy contenta. No hay nada en mi corazón. No me preocupo

por nadie, ni por nada. Sueño con perros que me enseñan los dientes. Estoy muerta. No es tan malo estar muerta.

Los suspiros y ronquidos de los músicos dormidos interrumpieron sus palabras.

—Buenas almas —dijo de sus compañeros con ternura—. No nos exigimos nada unos a otros. Pero tú —dijo de pronto Verenró— ¿cómo es que sabes hablar la lengua del río?

Sin dudarlo, le conté toda la historia. Me recliné, cerré los ojos y puse en palabras mi vida. En todos aquellos años nunca había hablado tanto ni durante tan largo tiempo y aun así las palabras acudían sin esfuerzo, como sí

hubiera sido algo que hubiera hecho muchas veces anteriormente.

Me sorprendí a mí misma recordando a Tabea, recordando a Ruti, recordando mis momentos en la tienda roja. Hablé de Shalem y de nuestro amor apasionado sin ruborizarme. Hablé de la traición y de su muerte. Le referí la oferta que me había hecho Ranefer y los cuidados de Meryt, y hablé de mi hijo con orgullo y amor.

No fue difícil. De hecho, era como si hubiera estado contenida y de pronto la boca se me llenara de agua fresca. Dije «Shalem» y sentí que mi respiración se hacía ligera después de años de dolor y amargura. Nombré a mi hijo

«Barshalem» y la vieja opresión que atenazaba mi pecho cesó.

Recité los nombres de mis madres y supe con total certeza que estaban muertas. Apoyé la cabeza en el hombro de Verenró y humedecí su túnica en memoria de Lía, de Raquel, de Zilpá y de Bilhá.

Mientras escuchaba mi historia, Verenró asentía con la cabeza, suspiraba y sostenía mi mano. Cuando por fin terminé, dijo:

—Tú no estás muerta.

Su voz dejaba entrever cierto dolor.

—No eres como yo. El sufrimiento brilla en tu corazón. La llama del amor es fuerte. Tu historia no está terminada,

Diná —dijo con el acento de mis madres. No «Denner», la partera extranjera, sino «Diná», la hija amada por cuatro madres.

Verenró me acarició la cabeza, que descansaba sobre su hombro, mientras el lugar comenzaba a aclararse con las primeras luces del alba. Me quedé dormida junto a ella, pero cuando desperté se había ido.

Ramsés partió una semana más tarde en compañía de Kar, que llegó de Menfis camino de Kush. Ramsés llevó al venerable maestro al jardín para presentarnos, pero él apenas si se fijó en la plebeya madre natural de su estudiante preferido. Cuando se fueron

me pregunté, sin dolor, si el anciano sobreviviría a un viaje tan largo.

3

Benia entregó la caja, tal como había prometido, pero yo no estaba allí para recogerla. Cuando llegó a la puerta del jardín le dijeron con brusquedad que Denner estaba sentada en el gran salón con su hijo y que no podía ser molestada para atender a un comerciante. La caja

fue puesta en un rincón de la cocina y yo no la vi hasta después de que Ramsés partió y la casa volvió a la normalidad.

La cocinera, cuando me la dio, no podía contener su curiosidad. ¿Cómo podía ser que algo tan raro y elegante fuera mío? ¿Y quién era el hombre que preguntaba por mí con tanto interés? No le dije nada de él ni de la caja a ninguno y pronto se acabaron los chismes. Tampoco mandé decir nada a Benia esperando que tomara mi silencio como un rechazo al ofrecimiento indirecto que me había hecho en el mercado. Aunque sus palabras me habían conmovido mucho y también su leve caricia, no podía verme llevando la vida que

llevaban las demás mujeres. A pesar de las palabras de Verenró, yo estaba segura de que Ramsés contaría los capítulos siguientes y el final de mi historia.

Meryt se puso furiosa conmigo por haber despreciado a Benia.

—¿Un hombre como ese? ¿Tan atento? ¿Tan amable?

Me amenazó con no volver a dirigirme la palabra, pero ambas sabíamos que eso no iba a suceder jamás. Yo era su hija, y ella nunca se distanciaría de mí.

Pero la caja de Benia seguía siendo un problema y un reproche para mí. No era apropiada para una cabaña en el

jardín. No estaba hecha para una partera nacida en tierras lejanas sin lugar ni colocación. Era mía solo porque el carpintero se había dado cuenta de mi soledad y porque yo había visto la necesidad de afecto en él. Llené la caja con los regalos de las nuevas madres pero cubrí su esplendente belleza con un viejo papiro para que no me recordara a Benia, a quien confiné a un rincón de mi corazón junto con otros sueños muertos.

Las semanas se convertían silenciosamente en meses, el paso del tiempo lo marcaban los nacimientos, la mayoría de ellos saludables. Descubrí que un tónico preparado con rubia roja que crecía en mi jardín hacía más fáciles

los partos de muchas mujeres, y así Meryt y yo fuimos requeridas en comarcas cada vez más lejanas. Una vez se envió una embarcación para llevarnos a la ciudad de On, donde la concubina favorita de un sacerdote estaba muriéndose. Encontramos a una muchacha demasiado joven para ser madre, aullando de terror, sola en una habitación, sin el alivio de la presencia de otra mujer. Poco después de que llegamos tuvimos que cerrarle los ojos y yo traté de salvar al niño, pero su hija también estaba muerta.

Meryt fue a hablar con el padre, que, lejos de mostrarse arrepentido, comenzó a maldecirnos a mi amiga y a mí por

haber matado a su esposa y a su hija. Irrumpió en la habitación del parto antes de que yo tuviera tiempo de cubrir a la pobre madre.

—¿La extranjera levantó un cuchillo contra ella? —exclamó—. Solo un cirujano puede hacer eso. Esta mujer es una amenaza, un demonio enviado del este para destruir el reino del río.

Quiso atacarme pero Meryt lo detuvo y con una fuerza que yo no sabía que poseyera, lo arrinconó contra una pared y trató de explicarle que yo había cortado a la madre con la esperanza de salvar al hijo.

Pero yo no veía motivo para dar explicaciones. Lo miré a los ojos y vi

que se trataba de un alma miserable y odiosa; llena de rabia y de lástima por la joven mujer que yacía a mis pies exclamé:

—Pervertido —dije en el lenguaje de mis madres—, hijo estúpido de un gusano, que tú y todos los que son como tú se sequen como espigas en el desierto. Aquí yace muerta una pobre niña que no fue amada. El mal olor de la desgracia se desprende de su cuerpo. Por haber hecho esto morirás en medio de terribles sufrimientos.

Tanto Meryt como el sacerdote se quedaron mirándome mientras yo pronunciaba mis maldiciones y cuando terminé el hombre comenzó a temblar y

con un susurró tenebroso dijo:

—¿Una bruja extranjera en Casa de los Dioses?

El sonido de nuestras voces había atraído a otros sacerdotes que no me miraron a los ojos y que se llevaron a su hermano para que nosotras pudiéramos partir. En el viaje de vuelta, observé la orilla y recordé la profecía de Inna de que yo encontraría el deseo de mi corazón junto a las márgenes de un río. Sacudí la cabeza pensando en la ironía de su visión y volví al refugio de mi jardín inquieta e insatisfecha.

Por primera vez me sentía intranquila desde que era niña. Ya no soñaba con Shalem ni con su muerte

pero me despertaba todas las mañanas perseguida por visiones de escenarios desiertos, ovejas lastimadas, mujeres que lloraban. Me levantaba de mi cama tratando vanamente de ponerle nombre a mi malestar. Meryt notó que tenía algunos mechones grises en el pelo y me ofreció una tintura de cenizas y la sangre de un buey negro. Me reí ante aquella idea, aunque sabía que ella usaba la poción y que parecía muchísimo más joven de lo que era debido a eso. Su sugerencia me hizo considerar que mi inquietud se debía ni más ni menos que al paso de los años. Estaba llegando a la edad en que las mujeres dejan de sangrar en la luna nueva y me figuraba

los días por venir contemplando los crepúsculos en la paz familiar del jardín de Najtré. Puse una estatua de Isis sobre mi cama y oré pidiendo sabiduría y tranquilidad a la diosa que cura a hombres y mujeres.

Pero me olvidé de rezar por el bienestar de mis protectores en la tierra. Una noche, muy tarde, me despertó el maullido de los gatos y a la mañana siguiente Najtré fue a decirme que Ranefer había muerto mientras dormía. Los sacerdotes llevaron su cuerpo para prepararlo según sus complicados rituales para la vida siguiente en la tumba de su padre en Menfis, donde se había preparado una estatua dedicada a

recordarla. Las ceremonias durarían tres días.

Najtré me preguntó si quería ir con él. Le di las gracias, pero le dije que no. Debió de sentirse aliviado, ya que ambos sabíamos que yo no estaría cómoda entre los sacerdotes.

En los días siguientes a la muerte de Ranefer la maldije tanto como lloré por ella. Ella había sido mi salvadora y mi carcelera. Me había dado a Shalem y luego me había robado su recuerdo. Al final resultaba que no conocía en absoluto a las mujeres. Apenas había visto a Ranefer desde que Ramsés se marchó a la escuela y no sabía en absoluto a qué había dedicado su tiempo

todos aquellos años; si hilaba o tejía, si dormía todo el día, si lloraba en las noches por su hijo y su marido. Si me odiaba, me tenía compasión o me amaba.

Tuve sueños muy nítidos en las noches que siguieron a su muerte, y Ranefer me visitó en forma de un pajarito que volaba cuando el sol salía, gritando «Siquem» en un tono familiar que no podría imitar. El pájaro Ranefer trataba de levantar a la gente y a los objetos de la tierra pero no tenía fuerza y batía las alas frustrado hasta cansarse y enfurecerse. Todas las noches desaparecía como el sol, acurrucándose. Me parecía que el alma atormentada de

Ranefer nunca encontraría la paz. Después de siete años de aquella visión, no siento sino lástima por ella.

Najtré murió en la estación siguiente y lloré por él sin reservas. Honrado, generoso, de buen talante, siempre amable, era el modelo del noble egipcio. Mi hijo tuvo la bendición de tener un padre como ese y supe que Ramsés lloraría mucho por el único padre que pudo conocer. Supuse que Ramsés iría a Menfis para asistir a las ceremonias, aunque nadie me lo había comentado. Najtré era el único que me informaba de los viajes de mi hijo. Con su muerte pensé que mi relación con Ramsés se iba a hacer más débil.

Después de que Najtré murió, la esposa se fue a vivir con su hermano al norte del Delta. La casa sería entregada a un nuevo escriba. De haber sido Ramsés un poco mayor y de haber tenido más habilidad en los manejos políticos del templo, podría haber heredado aquella posición. En lugar de eso fue elegido uno de los rivales de Najtré. La mayoría de los servidores permanecería allí, y la cocinera se apresuró a pedirme que me quedara yo también. Pero el helado destello que vi en los ojos de la nueva señora que vino a recorrer su nueva casa hizo que no tuviera el menor deseo de hacerlo.

También Meryt experimentaba

cambios. Su hijo mayor, Menna, le había ofrecido un lugar bajo su techo en el Valle de los Reyes. Había sido nombrado jefe de panaderos y le habían dado una casa más grande, donde su madre sería bienvenida. Menna fue a visitar a su madre y dijo que aunque las esposas de los artesanos del valle habían tenido muchos niños, no había parteras expertas y que muchas mujeres habían muerto. Meryt sería una ciudadana honrada si iba a vivir a aquel lugar.

Mi amiga se sintió tentada. Después del desastroso viaje a On habían comenzado a circular rumores odiosos sobre la partera nacida en el extranjero

y su acompañante. El sacerdote al que yo había maldecido había perdido el uso de la palabra después de que nos vimos y luego había quedado tullido. Se producían menos llamadas para atender a los partos de las mujeres nobles, aunque sus sirvientas y los comerciantes seguían confiando en nosotras.

Sabía que mi amiga acariciaba la idea de ganar fama y de empezar de nuevo, pero no sabía cómo se llevaría con su nuera y tenía miedo de dejar las comodidades de la vida en Tebas. Le dijo a su hijo que ella meditaría acerca de la invitación hasta la estación siguiente, en que comenzaba el verano. Después de todo, me explicaba ella, la

aparición de la estrella del perro marca el tiempo más propicio para hacer cambios.

Mi amiga y yo pensábamos en lo que íbamos a hacer y lo comentábamos, pero a menudo nos quedábamos en silencio guardándonos nuestros miedos más profundos. En verdad, yo no tenía ningún lugar adónde ir. Herya no me había ofrecido un lugar junto a ella. Yo simplemente tendría que quedarme donde estaba y esperar que las cosas fueran lo mejor posible. Si Meryt se marchaba a casa de su hijo, la soledad me devoraría, pero yo no se lo decía y la escuchaba mientras ella me describía la vida en el valle.

Meryt nunca había pensado en partir sin mí, pero no sabía cómo pedir a su nuera que recibiera a dos mujeres en su casa. Mi amiga le presentó el dilema a su buena ama y Ruddedit le pidió que se quedara y le dio su palabra de que yo también tendría siempre un lugar bajo su techo.

Pero el marido de la señora no se parecía en nada a Najtré. Era un tirano de mente estrecha con un temperamento fuerte que muchas veces estallaba en la espalda de sus sirvientes, y hasta Ruddedit guardaba distancia de él. Mi vida habría sido opresiva e insegura si iba a aquella casa.

Me habría sentido completamente

perdida de no haber sido por el consuelo que encontraba en mis sueños, donde veía un jardín con miles de lotos florecidos, niños que sonreían y brazos fuertes que me sostenían. Meryt tuvo mucho que ver en esos sueños, y visitó al oráculo local, quien predijo que tendría amor y riqueza al leer las entrañas humeantes de una cabra.

Llegó el nuevo año y Menna volvió a ver a su madre. Su esposa Shifrá lo acompañó esta vez y dijo:

—Madre, ven a casa con nosotros. Mis hijos trabajan con su padre en la panadería todo el día y estoy a menudo sola en la casa. Hay mucho lugar para que te sientes al sol y descanses. Y si

quieres continuar siendo partera, llevaré tus cosas y serás nuestra ayuda. Serás honrada en la casa de mi esposo y después de tu muerte honraremos tu memoria con una fina estela donde quedará escrito tu nombre en el lado oeste.

Meryt se conmovió al oír las palabras de su nuera. Shifrá era unos años más joven que yo, una mujer corriente excepto por sus ojos, grandes y con pestañas oscuras y espesas, que irradiaban compasión.

—Menna tuvo suerte de haberte encontrado —dijo Meryt tomando las manos de la mujer en las suyas.

—Pero yo no puedo dejar sola a

Denner aquí. Ella es mi hija ahora y soy la única persona que le queda en el mundo. En verdad, ella es la partera principal, yo soy la asistente. Es a ella a quien las mujeres de la realeza de Tebas llaman cuando les llega el momento. No puedo pedirte que la lleves a ella también. Pero si quisieras ofrecerle la misma hospitalidad, creo que tendrías una gran recompensa en esta vida. Ella lleva la marca del dinero y la suerte. Sus sueños tienen mucho poder y descubre los engaños. De ellos he sido librada y también podrías beneficiarte tú y tu casa.

Shifrá le contó a su marido lo que le había dicho Meryt. A Menna no le

agradaba la idea de tener a dos mujeres de edad en su casa, pero la promesa de buena suerte hizo vibrar una cuerda en él. Fue con su madre y su esposa hasta mi cabaña para decirme que sería bienvenida y yo acepté su oferta con gratitud genuina. Tomé un escarabajo de turquesa de mi caja y se lo di a Menna.

—La hospitalidad es el tesoro de los mismos dioses —le dije mientras ponía mi frente en el suelo delante del panadero, que se sintió confuso ante semejante muestra de sumisión.

—Tal vez mi hermano pueda dejarte el jardín para ti —dijo ayudándome a ponerme de pie—. Su esposa no tiene habilidad con los cultivos y mi madre

me ha dicho que tú has sido tocada por Osiris para labrar la tierra.

Esta vez era yo la que se sentía confundida por su amabilidad. ¿Cómo es que había logrado conocer a tanta gente amable en mi vida? ¿Cuál era el sentido de tan buena suerte?

El trabajo exigía que Menna volviera pronto, de modo que tuvimos solo unos días para prepararnos para el viaje. Primero, fui al mercado y alquilé a un escriba que escribía para la gente iletrada y a través de él envié un mensaje a Ramsés, asistente de Kar el escriba, residente en Kush, para informarle de que su madre Denner se había mudado al Valle de los Reyes, a la

casa del jefe de los panaderos llamado Menna. Le envié también bendiciones en nombre de Isis y de su hijo Horus. Y le pagué al escriba el doble de la tarifa para asegurarme de que el mensaje llegara a mi hijo.

Recogí las hierbas de mi jardín, llevé también raíces y plantas secas. Mientras trabajaba, recordé que mis madres recogían su huerto cuando mudaban de domicilio. Me aventuré en el mercado y cambié la mayoría de mis adornos por aceite de oliva, de ricino y de enebro y por bayas, porque había oído decir que había pocos árboles en el valle. Recorrí los puestos para encontrar el cuchillo más perfecto que hubiera, y

la víspera de la partida, Meryt y yo fuimos hasta el río y recogimos una cantidad de junquillos suficiente para traer al mundo a miles de niños.

Guardé todas mis pertenencias en la caja de Benia, que se había vuelto aún más hermosa a medida que la madera había ido suavizándose. Al cerrar la tapa sentí alivio ante la perspectiva de escapar de un futuro desgraciado.

La noche anterior al viaje me dediqué a observar el jardín de la casa de Najtré, paseé alrededor del estanque, acaricié todos los árboles y arbustos, dejé que mis pulmones se llenaran de los intensos olores de los lotos florecidos y del trébol fresco. Cuando la

luna comenzó a subir, entré en la casa y la recorrí entre los cuerpos dormidos hasta llegar a la azotea. Los gatos se acercaban para restregarse contra mí y yo sonreía al recordar mi primer espanto ante aquellas «serpientes con piel» de la tierra egipcia.

Todos mis días en Egipto habían transcurrido en aquella casa y al evocarlos en el aire de la noche casi todos me parecían momentos buenos: el olor de mi hijo cuando niño, el rostro de Najtré, los pepinos y el pescado con miel, la risa de Meryt y las sonrisas de las nuevas madres a las que ayudaba a parir hijos e hijas saludables. Las cosas tristes, como la historia de Verenró, la

elección de Ranefer o mi propia soledad, me parecían como nudos en un hermoso collar, necesarios para mantener los abalorios en su sitio. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando dije adiós a aquellos días, pero no estaba arrepentida.

Aquella mañana estaba sentada en la puerta del jardín, con mi caja y un hatillo al lado, cuando llegaron los demás. Ruddedit caminó con nosotros hasta el embarcadero y me abrazó antes de que subiera al bote. Lloró largo rato en brazos de Meryt; sin embargo, fue la única que siguió llorando cuando el barco comenzó a alejarse de la costa. La saludé con la mano una vez y luego puse

mis ojos en el oeste.

El viaje de la casa del escriba a la casa del panadero tardó solo un día, pero el paso de una a otra revelaba la diferencia que había entre dos mundos. El bote estaba lleno de residentes del valle que volvían del mercado. Muchos hombres habían pagado los servicios de los barberos al aire libre, de modo que les brillaban las mejillas y tenían el pelo lustroso. Las madres conversaban acerca de los niños que tenían a su lado, mimándolos o reprendiéndoles, según la ocasión. Los extranjeros entraban en

conversación comparando las ventas y tratando de establecer alguna relación a través de los nombres de las familias, las ocupaciones y las direcciones. Siempre encontraban algún amigo o antepasado común y entonces se daban palmaditas en la espalda, como si fueran hermanos separados hacía mucho.

Se sentían tranquilos y cómodos; nunca he visto otro pueblo igual; me preguntaba cuál era la causa. Tal vez fuera porque no había ni señores ni guardias en el bote, ni siquiera un escriba. Solo los artesanos y sus familias que volvían.

Después del bote tuvimos que subir un corto trayecto hasta la ciudad, que se

extendía a la entrada del valle como un avispero gigante. El corazón me dio un vuelco. Era el lugar más feo que había visto en mi vida. Bajo el calor aplastante del sol de la tarde, los árboles que se alineaban en las calles desiertas parecían mustios y sucios. Las casas se amontonaban unas contra otras, pegadas entre sí, cientos de casas a cual más insignificante y descolorida. Las puertas eran unos pasillos estrechos y lóbregos, y me pregunté si no era yo demasiado alta para estar erguida dentro de la más grande de todas. En las calles no había el menor rastro de jardines ni de colores, ni de ninguna de las cosas buenas de la vida.

De algún modo, Menna sabía distinguir las calles y nos condujo a la entrada de la casa de su hermano, donde había un niño observando. Cuando nos vio, gritó para llamar a su padre, el segundo hijo de Meryt, Hori, que salió corriendo a la calle con las dos manos llenas de pan tierno. Corrió hacia Meryt y la levantó por los codos, balanceándola y volteándola, sonriendo al verla sonreír. La familia de Hori se reunió y aplaudió mientras la abuela miraba sonriente a su hijo y lo besaba en la nariz. Hori tenía una casa llena de hijos, cinco en total, desde una hija en edad de casarse hasta el pequeño niño desnudo que anunció nuestra llegada.

La familia se volcó a la calle haciendo que los vecinos se asomaran y sonrieran ante aquel revuelo. Luego Meryt fue conducida a la antecámara de la casa de Hori y a su salón, una habitación modesta con altas ventanas por las que la luz vespertina iluminaba las alfombras y las paredes pintadas con escenas de amor en jardines. A mi amiga le asignaron la mejor silla de la casa y la presentaron formalmente a todos y cada uno de sus nietos.

Yo me senté en el suelo contra una pared y observé a Meryt que brillaba por el reconocimiento de sus hijos. Las mujeres llevaron alimentos desde las habitaciones traseras, donde pude

entrever un huerto. Meryt elogió la comida, que estaba bien sazonada y preparada, y dijo que aquella cerveza era mejor que cualquiera de las que había bebido en las casas de los nobles. Su nuera se sintió muy complacida por aquellas palabras y el hijo hizo una señal de orgulloso asentimiento.

Los niños me observaban porque nunca habían visto a una mujer tan alta y con una cara tan extraña. Se mantenían a cierta distancia excepto el pequeño centinela que se subió a mi regazo y se quedó allí, con el dedo pulgar en la boca. El peso del niño sobre mi pecho me hizo recordar la dulzura de los días en que tenía a Ramsés en brazos.

Olvidándome de mí misma suspiré con tanta intensidad que todos se giraron para mirarme.

—¡Mi amiga! —gritó Meryt y fue corriendo a mi lado—. Perdóname por haberme olvidado de ti.

La madre del niño se acercó y me lo quitó del regazo mientras Meryt me ayudaba a ponerme de pie.

—Es Denner —dijo y me dio la vuelta, como si fuese una niña, para que todos me vieran la cara—. Menna os contará que ella es una partera sin amigos que él ha traído por compasión. Pero yo os diré que soy su amiga y su hermana y su discípula porque nunca he visto ni oído que hubiera una partera

más hábil. Tiene las manos de Isis, el amor de la diosa por los niños y la compasión del cielo por las madres y los niños.

Meryt, con las mejillas enrojecidas por las atenciones de su familia, hablaba de mí como un comerciante en su puesto alabando sus productos.

—Y también es un oráculo, queridos míos. Sus sueños tienen mucho poder y su cólera es temible, la he visto maldecir a un hombre malvado por haber hecho daño a una muchacha. Ve claramente en los corazones de los hombres y nadie puede engañarla con palabras halagadoras pero que esconden un corazón embustero. Viene del este —

decía Meryt, fascinada por el sonido de su propia voz y la atención de sus hijos —. Allí hay muchas mujeres tan altas como los hombres de Egipto. Y nuestra Denner es tan alta como inteligente, sabe hablar la lengua del este tanto como la nuestra. Y parió a Ramsés, un escriba, heredero de Najtré, que algún día tendrá gran poder en esta tierra. Tenemos suerte de tener a su madre entre nosotros, la casa de Menna será afortunada mientras ella duerma bajo su techo.

Yo me sentí un poco confundida frente a tantos ojos observándome.

—Gracias —fue todo lo que pude decir—. Gracias —dije haciendo una reverencia a Menna y a Shifrá, y luego a

Hori y a su esposa Tajaru—. Gracias por tanta generosidad. Seré vuestra sirvienta por gratitud.

Volví a mi rincón junto a la pared, contenta de observar a la familia mientras comía, hacía bromas y disfrutaba de la compañía. Cuando la luz comenzó a desvanecerse, cerré los ojos un momento y vi a Raquel acunando a José en su regazo, con la mejilla apoyada sobre la de su hijo.

No había pensado en mi hermano José durante años y no podía recordarlo muy bien. Pero la escena fue tan vívida como la evocación de las caricias de Lía, tan clara en mi mente como las tiendas de Mamre. Incluso de niña sabía

que José sería el único que haría que la historia de la familia fuera conocida durante generaciones. Él se iba a convertir en algo mucho más interesante y complejo que un hombre hermoso nacido de una bellísima madre.

La familia de Meryt pensó que me había dormido sentada junto a la pared, pero yo estaba sumida en mis pensamientos acerca de José y Raquel, Lía y Jacob, mis tías e Inna y los días anteriores a la llegada a Siquem. Volví a suspirar, mi suspiro, semejante al de un huérfano, llenó la habitación de una momentánea melancolía que anunciaba el final de la fiesta de bienvenida.

La noche caía cuando Menna, a

través de las calles bañadas por la luna, condujo a Meryt hasta su casa, que estaba cerca. Aunque era más grande y mejor dispuesta que la de Hori, era calurosa y no corría el aire dentro, de modo que subimos nuestras mantas por una escalera y las pusimos en la azotea, donde el cielo estrellado permitía respirar un poco mejor.

Me desperté poco antes de que saliera el sol y me puse de pie para ver a la ciudad entera soñando. Se acostaban solos o en pareja, también en grupos con niños y perros. Una gata bajaba por la calle con algo en la boca. Lo puso en el suelo y vi que era un gatito que comenzó a lamer para limpiarlo.

Mientras observaba, el sol hizo que las colinas se tornaran rosadas y luego doradas. Las mujeres daban vueltas y se desperezaban. Bajamos luego la escalera. Pronto el olor a comida llenó el aire y comenzó el día.

Al principio, Shifrá no permitía que Meryt ni yo hiciéramos nada en su cocina ni en su jardín, de modo que las dos nos sentábamos a mirarla trabajar sin nada que hacer. Meryt sentía horror ante la sola idea de convertirse en una suegra entrometida, pero no podía soportar estar con las manos

desocupadas.

—Solo déjame preparar la cerveza —pedía ella.

—Puedo barrer la azotea —le proponía yo.

Pero Shifrá se sentía ofendida por nuestros ofrecimientos. Después de una semana de estar sentadas, no pude soportarlo más. Cogí un cántaro y dije:

—Voy a la fuente —y atravesé la puerta antes de que mi anfitriona, tan sorprendida como la propia Meryt, pudiera objetar nada. Después de pasar varios años temiendo salir a las calles de Tebas, salí sin saber con exactitud adónde iba. Pero como había muchas otras mujeres que iban y venían de la

fuente, en seguida descubrí el camino.

Mientras andaba, observaba el interior de las casas y sonreía al ver a los niños desnudos jugando en el suelo polvoriento. Comencé a ver diferencias entre una casa y la siguiente: flores plantadas aquí y allá, dinteles pintados de verde o de rojo, asientos en los portales. Me sentía de nuevo como una niña, con los ojos muy abiertos curioseando y con el día libre de obligaciones.

Cerca de la fuente alcancé a una mujer embarazada que iba delante de mí, andando como un pato.

—No es tu primer embarazo, ¿verdad? —le pregunté amistosamente

mientras me ponía a su lado. Cuando se volvió para mirarme vi la cara de Raquel como debió de haber sido muchos años antes de que José naciera. La mujer puso cara de angustia y desesperación—. Oh, perdona —añadí avergonzada—. No me he dado cuenta de lo que mis palabras pueden significar para ti. No temas, madrecita. Tu niño será hermoso.

Sus ojos se dilataron de esperanza y de temor, y abrió la boca con azoramiento:

—¿Cómo te atreves a hablarme así? Este hijo morirá como los anteriores. Los dioses me odian. —Había resentimiento y angustia en sus palabras

—. Soy una mujer sin suerte.

Mi respuesta fue inspirada por la gracia de la gran madre, mis palabras venían del más allá.

—Nacerá sano, bien y pronto. Si no esta noche, mañana. Llámame, te ayudaré a ponerte sobre los ladrillos y cortaré el cordón.

Se llamaba Ahurí y, después de llenar las vasijas, me acompañó a la casa del panadero. Vivía a unas pocas casas de la de Menna y cuando le llegó el turno, la noche siguiente, su marido llegó buscando a la partera nacida en el extranjero.

En compañía de Meryt atendí un parto tan rápido y fácil como jamás

había visto. Ahurí lloraba de alivio mientras sostenía en sus brazos al tercer fruto de su vientre, el único que nació respirando. Era un niño delgado y largo al que llamó Denurí, con las primeras letras de mi nombre en mi honor. Su esposo, un alfarero, me regaló una hermosa ánfora en señal de agradecimiento, me besó las manos y me habría llevado en brazos de habérselo permitido.

Meryt difundió que yo había hecho una suerte de encantamiento a Ahurí y muy pronto estuvimos mucho más ocupadas de lo que habíamos estado en Tebas. La mayoría de los hombres que trabajaban en el valle eran jóvenes, con

esposas en edad de concebir, de modo que llegamos a asistir hasta diez nacimientos en un mes. Shifrá ya no tuvo que alimentar a dos mujeres ociosas y pronto tuvo más adornos y lino de los que podía utilizar. Menna estaba muy orgulloso de tener en su casa a dos mujeres tan respetadas y me trataba como si fuera su propia tía.

Las semanas y los meses pasaron rápidamente y la vida en el valle era apacible y ordenada. Por la mañana había mucha actividad antes de que cayera sobre nosotros el calor. Los hombres partían temprano y los niños jugaban en las calles mientras las mujeres barrían la casa, cocinaban y

buscaban agua en los pozos y fuentes donde se intercambiaban novedades y se planeaba la próxima fiesta.

Aunque desde la ciudad el gran río no era visible, igualmente regulaba el ritmo de la vida cotidiana en el árido valle. Los artesanos celebraban sus cambios con gran alegría e iban a cantar ritmos de fertilidad junto al Nilo. Después de tantos años en la tierra del gran río, finalmente aprendí los hermosos nombres de sus variaciones: *ajit* era la inundación; *perit*, el descenso de las aguas; *shemú*, la cosecha. Cada estación tenía su propia celebración y su rito lunar, sus propios alimentos festivos y sus propias canciones.

Poco antes de pasar mi primera vendimia en el valle llegó un escriba a la puerta de Menna, con una carta de mi hijo. Ramsés me escribía para decirme que estaba viviendo de nuevo en Tebas, donde le habían asignado el puesto de escriba de un nuevo visir llamado Zafenat Panehá, nombrado por el rey. Me encomendaba a Amón-Ra y a Isis, y hacía votos por mi salud. Era una nota formal, pero de todos modos me sentí contenta de que se acordara de mí. Aquella piedra caliza con una inscripción de su propia mano se volvió mi prenda más preciada y pese a mis protestas constituyó una prueba de mi situación como persona importante para

la gente del lugar.

Poco después de la carta de mi hijo, llegó otro hombre hasta la puerta buscando a una mujer llamada Denner. Shifrá le preguntó si su esposa o su hija requerían la ayuda de la partera, pero él respondió que no. Entonces ella le preguntó si era escriba y si traía alguna otra carta de Tebas, pero también lo negó.

—Soy carpintero.

Shifrá fue al huerto con la curiosa noticia de que un carpintero soltero preguntaba por una partera. Meryt levantó de inmediato la vista de su huso y fingiendo no tener mayor interés en la noticia dijo:

—Denner, ve a ver qué es lo que quiere ese extranjero.

Fui sin pensarlo. Tenía los ojos más tristes que antes, en todo lo demás estaba igual. Tan pronto como estuve ante él, Benia me cogió de la mano. Sin dudarlo, puse mi otra mano sobre la suya que él a su vez cubrió con la otra. Nos quedamos así, con las manos juntas, sonriendo como tontos y sin decir nada, hasta que Meryt no pudo soportar más la curiosidad.

—Oh, Denner —dijo fingiendo preocupación—. ¿Estás todavía allí o hay un pirata en la puerta?

Lo hice pasar a la casa, donde Meryt saltaba en uno y otro pie como un pájaro

y tenía en la boca la sonrisa franca de Bes. Shifrá también sonrió, acababa de enterarse de que Meryt se había pasado los últimos meses buscando al artista que me había ofrecido su corazón a través de la lujosa caja que había venido conmigo desde Tebas.

Lo hicieron sentar y le ofrecieron pan y cerveza. Pero Benia solo me miraba a mí. Y yo le devolvía la mirada.

—Adelante, entonces —dijo Meryt dándome un abrazo primero, y luego un empujón—. Menna llevará tu caja por la mañana y yo os seguiré con pan y sal. Ve, en nombre de Isis y de su consorte Osiris. Ve y sé feliz.

Dejando la casa de mi amiga para

seguir a un extraño, me sentí sorprendida ante mi propio aplomo, pero no tenía dudas.

Caminamos por las calles uno al lado del otro durante lo que pareció un periodo prolongado, sin decirnos nada. Su casa estaba situada en los límites de la población, cerca del camino que subía a las tumbas, muy lejos de la casa de Meryt. Mientras andábamos recordé las historias de mis madres acerca de buenos deseos y canciones para el novio y la novia que van a la tienda nupcial. Sonreí al pensar que estaba en una especie de procesión en aquel momento, dirigiéndome hacia mi propio lecho nupcial. También sonreí al pensar que

Meryt iría de una fuente a otra al día siguiente para contar a todos la historia de Benia, el maestro carpintero, y Denner, la partera sabia. Y casi me echo a reír al imaginarlo. Benia oyó el sonido que escapó de mi boca con alivio. Me puso el brazo alrededor, acercó los labios a mi oreja y me susurró:

—No temas.

Palabras mágicas. Apoyé mi cabeza sobre su hombro y seguimos el resto del camino con las manos enlazadas, como niños.

Cuando llegamos a su casa, que era casi tan grande como la de Menna, me hizo recorrer las habitaciones y con gran orgullo me enseñó los muebles que

había construido: dos sillas como tronos, una cama tallada y con adornos, cajas de varios tamaños. Reía al ver el banco para apoyar los pies, demasiado hermoso para la función cotidiana que tendría.

—Pensaba en ti mientras hacía todas estas cosas —me dijo un poco turbado —. Pensaba en ti sentada aquí, durmiendo aquí, poniendo las cosas en su lugar. Cuando Meryt me encontró hice todas estas cosas para ti.

Sacó una preciosa caja de una hornacina que había en la pared. No tenía adornos pero era perfecta, estaba hecha de ébano, madera que se usaba casi exclusivamente para las tumbas de

los reyes, y había sido lustrada hasta que brillara como la luna.

—Para tus utensilios de partera —dijo, y me la entregó.

La contemplé un momento, azorada por la generosidad y ternura de Benia.

—No tengo nada que darte como regalo —le dije. Se encogió de hombros moviendo uno más que el otro, gesto que pronto me fue tan familiar como mis propias manos.

—No tienes que darme nada. Si aceptas lo que te ofrezco, tu elección será mi regalo.

Así fue como me convertí en una mujer casada en Egipto.

Benia dispuso una comida de pan,

cebolla y frutas para los dos. Nos sentamos en la cocina, comimos y bebimos en medio de un tenso silencio. La última vez que había estado con un hombre no era más que una niña. Benia me había estado esperando desde aquel día en que nos habíamos visto en el mercado, dos años atrás. Teníamos la timidez de dos vírgenes cuya unión fuera arreglada por los padres.

Después de comer me cogió de la mano y me llevó al salón principal donde estaba la hermosa cama, cubierta de lino blanco. Me hizo recordar la cama de Ranefer en la casa de Najtré. Hizo que me acordara de la cama de Shalem en la casa de su padre. Pero

entonces Benia me atrajo hacia sí, me puso las manos en la cara y olvidé en aquel momento todas las camas vistas antes.

Fue una tierna sorpresa yacer juntos. Desde nuestra primera noche, Benia se preocupó mucho por mi placer y parecía descubrir el suyo propio en el mío. Se me fue la timidez en el curso de aquella noche y mientras pasaban las semanas descubrí manantiales de pasión y deseo que nunca había sospechado que hubiera dentro de mí. Cuando Benia estaba a mi lado el pasado se desvanecía y yo era un alma nueva, renacía con el sabor de su boca y las caricias de sus manos. Sus enormes manos abrazaban mi cuerpo y

revelaban zonas secretas opacadas por años de soledad y silencio. Sus piernas desnudas, tan robustas y musculosas, me asombraron tanto que Benia, al día siguiente, cuando partía, bromeando, se levantó la ropa hasta lo alto del muslo haciéndome poner roja y reír.

Mi esposo iba a su taller todas las mañanas, pero a diferencia de los canteros o los pintores, no tenía que trabajar en las tumbas, de modo que volvía conmigo al atardecer y entonces juntos descubríamos el placer de estar juntos… y el triste hecho de que yo no sabía cocinar.

Durante el tiempo que viví en casa de Najtré rara vez estuve en la cocina,

mucho menos preparé comidas. Nunca había aprendido cómo hacer el pan en un horno egipcio ni cómo limpiar el pescado o desplumar las aves. Comíamos fruta sin madurar del descuidado huerto de Benia y yo pedía pan en casa de Menna. Con la cara llena de vergüenza le pedí a Shifrá que me enseñara a cocinar, Meryt asistía a las clases solo para burlarse de mí sin misericordia.

Traté de recrear las recetas de mi madre, pero me faltaban los ingredientes y olvidé las proporciones. Me sentía torpe y avergonzada, pero Benia solo se reía.

—No nos vamos a morir de hambre

—decía—. Yo me mantuve vivo durante años con el pan y la fruta que conseguía y de vez en cuando una comida en casa de algún amigo o de la familia. No me casé contigo para que fueras mi cocinera.

Pero a pesar de que me sentía una extraña en mi propia cocina, tuve la inmensa alegría de ordenar mi nueva casa. Con mucha dulzura decidía dónde poner una silla o qué plantar en el jardín. Disfruté mucho ordenando las cosas según mi parecer y suspiraba cada vez que barría el suelo o doblaba las mantas. Me pasaba horas arreglando las ollas en la cocina, primero de acuerdo con su tamaño, luego según el color.

La casa era el mundo de mis pertenencias, un país donde yo era la legisladora y la ciudadana, donde yo elegía y donde yo servía. Una noche, al llegar a casa muy tarde, exhausta tras atender el parto de dos saludables gemelos, pensé que me había perdido. En mitad de la calle y en plena noche, reconocí mi casa por el olor, una mezcla de cilantro, trébol y el aroma de cedro de Benia.

Pocos meses después de haberme mudado a mi propia casa, Menna preparó un pequeño banquete para mí y para Benia. Los trabajadores de mi esposo cantaron canciones de carpinteros. Los hijos de Meryt cantaron

al pan. Y luego todos los hombres, junto con sus mujeres e hijos, unieron sus voces para cantar canciones de amor de las cuales parecían saber un número infinito. Yo no sabía cómo responder a las atenciones que nos hacían: las copas levantadas, las sonrisas francas y los besos. Aunque Benia y yo éramos en realidad ya un poco mayores para tales tonterías, nos sentíamos contentos y halagados. Cuando Meryt se inclinó sobre mí para decirme que dejara de impedir que la gente tuviera la oportunidad de compartir nuestra felicidad, prescindí de toda timidez y con una sonrisa di las gracias a los amigos.

Había hecho bien en confiar en Benia, que era la amabilidad en persona. Una noche estábamos acostados boca arriba mirando los cielos. Solo se veía una línea plateada de la luna y las estrellas bailaban en lo alto cuando él me contó su vida. Las palabras salieron despacio, porque la mayoría eran tristes recuerdos.

—Solo tengo una imagen de mi padre —dijo Benia—. Una figura que vi de espaldas mientras se alejaba de mí en un campo donde yo iba detrás del arado rompiendo terrones. Tenía seis años cuando murió, dejando a mi madre con cuatro hijos, yo era el tercero. Ella no tenía hermanos y la familia de mi padre

no era generosa. Mi madre tuvo que buscar dónde colocarnos, de modo que me llevó a la ciudad y enseñó mis manos a los canteros. Me aceptaron como aprendiz y me enseñaron. Trabajé hasta que se me endureció la espalda y me salieron callos en los dedos. Pero era el hazmerreír de los trabajadores. El mármol se cuarteaba si yo pisaba la habitación donde estaba y el granito se ponía a llorar apenas levantaba el cincel para labrarlo. Vagando un día por el mercado vi a un carpintero arreglar un banco roto para una mujer pobre. Vio mi cinturón e hizo una profunda reverencia porque, aunque yo solo era un aprendiz, los que trabajan los materiales

duraderos son más importantes que los carpinteros, cuyas obras más logradas perecen como el cuerpo de los hombres.

—Le dije al carpintero que no tenía que sentir respeto por mí y que hasta la arcilla me era hostil. Le confesé que estaba en peligro de ser echado a la calle. El carpintero me cogió la mano y la observó por arriba y por abajo. Me dio un cuchillo y un trozo de madera y me pidió que labrara un juguete para su nieto. La madera parecía tibia y viva y pronto tuvo forma de muñeca sin mayor esfuerzo de mis manos. Los nudos del pino parecían sonreírme. El carpintero aprobó lo que había hecho y me llevó al taller de su maestro. Allí me presentó

como un aprendiz capaz. Entonces descubrí mi vocación.

Mi esposo dio un suspiro al decir esto.

—Allí también conocí a mi esposa, que era sirvienta en la casa de mi maestro. Éramos tan jóvenes —dijo quedamente y en el silencio que siguió entendí que había amado a la esposa de su juventud con todo su corazón.

Después de una larga pausa prosiguió:

—Tuvimos dos hijos.

De nuevo se detuvo y en el silencio oí voces de niños pequeños. La risa complaciente de Benia, una mujer cantando una canción de cuna.

—Murieron por la fiebre del río —dijo Benia—. Los había llevado fuera de la ciudad para ver a mi hermano, que se había casado con una mujer de una familia de granjeros. Pero cuando llegamos a la casa encontré a mi hermano agonizando y a los demás miembros de su familia enfermos. Mi esposa los cuidó a todos —susurró—. Deberíamos habernos ido en seguida —dijo con un remordimiento que seguía vivo después de tantos años.

—Después de eso —dijo— viví solo para mi trabajo y solo amé mi trabajo. Una sola vez fui con prostitutas —confesó humildemente—. Pero eran demasiado tristes.

»Hasta el día que te vi en el mercado no me atreví a esperar nada. Cuando me di cuenta de que te amaba, mi corazón volvió a la vida —exclamó —. Pero cuando desapareciste y tuve la impresión de que me habías despreciado, me irrité mucho. Por primera vez en mi vida levanté la voz contra el cielo por haberse llevado a mi familia y por haberme enseñado tu imagen para hacerla desaparecer a continuación. Sentía furia y terror ante mi enorme soledad. Entonces me casé. —Hasta aquel momento yo había estado escuchando, echada junto a él; cuando dijo aquello, me senté en la cama—. Sí, sí —añadió abrumado—. Mi hermana

me consiguió una muchacha en edad de casarse, una sirvienta de la casa de un pintor, y la traje aquí conmigo. Fue un desastre. Yo era demasiado mayor para ella, y ella demasiado tonta para mí. Ah, Denner —prosiguió, tratando de disculparse—. Éramos tan distintos que hasta resultaba cómico. Nunca hablábamos. Tratamos de compartir la cama, dos veces, y fue horrible. Finalmente ella fue más valiente que yo, pobre niña. Después de dos semanas se fue. Salió de la casa mientras yo estaba trabajando, fue al puerto y volvió a la casa del pintor, donde vive ahora.

»Me había resignado a que la bebida abundante fuera mi compañía, hasta que

Meryt dio conmigo. Me visitó tres veces antes de que yo estuviera de acuerdo en ir a verte. Es una suerte que tu amiga no conozca el significado de la palabra no.

Me volví a mi esposo y le dije:

—Mi buena suerte solo es comparable con tu ternura, que es inmensa.

Hicimos el amor muy despacio aquella noche, como si fuera la última vez, llorando. Una de sus lágrimas cayó en mi boca y se convirtió allí en un zafiro azul, fuente de energía y esperanza eterna.

Benia no me pidió que le contara mi historia. Notaba que sus ojos se llenaban de preguntas cuando mencionaba el

modo en que mi madre hacía la cerveza, o cuando hablaba de las habilidades de mi tía como partera, pero se abstenía de expresar su necesidad de saber. Creo que temía que yo desapareciera solo con preguntarme cómo se decía la palabra *agua* en mi propia lengua.

Durante otra noche sin luna llena le conté la verdad hasta donde pude: le dije que el padre de Ramsés era hijo de Ranefer, hermana de Najtré y que yo había llegado a Tebas después de que mataran a mi marido en su propio lecho.

Cuando lo oyó, Benia se puso a temblar, me tomó en sus brazos como si yo fuera una niña y me acarició el pelo. No dijo más que «pobrecita». Era todo

lo que quería oír.

Ninguno de los dos dio a conocer el nombre de nuestros muertos amados, y por este acto de mutuo respeto, pudimos vivir en paz con nuestros nuevos compañeros y nunca nos sentimos perseguidos por los pensamientos oscuros en el día ni por los sueños terribles en la noche.

La vida era dulce en el Valle de los Reyes, en la orilla occidental del río. Benia y yo, estando juntos, teníamos todo lo que necesitábamos. La verdad es que éramos ricos en todas las cosas, excepto en una: no teníamos hijos.

Yo no me quedaba embarazada, no sé si me había vuelto estéril o

simplemente ya se me había pasado la época de concebir. Aunque ya había vivido toda una vida, todavía tenía la espalda fuerte y mi cuerpo seguía obedeciendo a los cambios de la luna. Tenía la certeza de que mi vientre estaba yermo, pero aun así no dejaba de alentar esperanzas en mi corazón y me entristecía cuando el flujo de sangre aparecía en cada luna nueva.

Sin embargo, no faltaban niños. Meryt solía aparecer por nuestra casa con sus nietos, que nos trataban de tío y tía, especialmente la pequeña Kiya a quien le gustaba tanto dormir en nuestra casa que finalmente su madre la dejó quedarse con nosotros para que me

ayudara en el huerto y alegrara nuestros días.

Benia y yo compartíamos historias al anochecer. Le hablé de los niños que rescaté del cuerpo de las madres muertas en el parto, aunque por suerte eso no había sucedido muchas veces. Él me hablaba de los encargos que tenía, cada uno era un nuevo desafío porque no solo tenía que satisfacer los deseos del comprador y los constructores sino también los de la madera que tenía en las manos.

Pasaban los días placenteramente y el hecho de que hubiera poco que destacar entre uno y otro me parecía una bendición. Tenía las manos de Benia, la

amistad de Meryt, la sensación de la carne nacida de nuevo, las sonrisas de las madres que atendía y una niña que reía en mi cocina, en mi propia casa.

Era más que suficiente.

4

Tuve conocimiento del mensaje de Ramsés antes de que el mensajero llegara a mi casa. Kiya llegó a la puerta con la noticia de que un escriba había ido a la casa de Menna buscando a Denner, la partera, y que se dirigía a la casa de Benia.

Estaba encantada ante la perspectiva de recibir otra carta de mi hijo. Hacía más de un año que había enviado la última y me imaginaba a mí misma enseñándole a Benia la caligrafía de mi hijo en la tablilla de piedra cuando llegara a casa al anochecer.

Estaba en la puerta, deseosa de conocer el contenido de la carta. Pero cuando el hombre dobló la esquina rodeado por un grupo de niños excitados, me di cuenta en seguida de que el mensajero traía su propio mensaje.

Ramsés y yo nos miramos. Vi a un hombre que no conocía, la misma imagen de Najtré, menos los ojos, que

eran como los de su padre. No vi nada mío en el príncipe de Egipto que estaba ante mí, vestido de fino lino, con un collar de oro brillándole en el pecho y sandalias nuevas en sus cuidados pies.

No sé lo que vería mientras me miraba. Me pareció detectar desdén en sus ojos, pero tal vez se tratara solo de mis propios temores. Me pregunté si se daría cuenta de que yo parecía más alta, dado que llevaba ya menos peso a las espaldas. Viera lo que viese y pensara lo que pensase, estaba claro que éramos extraños.

—Perdona mis modales —le dije finalmente—. Entra en la casa de Benia y permíteme ofrecerte cerveza fría y

fruta. Sé que el camino de Tebas es polvoriento.

Ramsés también se recuperó y dijo:

—Perdóname, madre. Hace mucho tiempo que no veo tu amado rostro. —Las palabras eran frías y el abrazo fue un ligero roce—. De verdad quisiera tomar algo —dijo, y me siguió al interior de la casa.

Vi cada habitación a través de sus ojos, que estaban acostumbrados a los esplendores de los palacios y los templos. La habitación principal, mi habitación, que para mí era un tesoro por el colorido de la pintura de las paredes, se convirtió de pronto en un cuarto pequeño y desnudo, y me alegré

cuando salimos de allí. El salón de Benia era más grande y estaba amueblado con piezas solo vistas en las grandes casas y en las tumbas. La calidad de las sillas y de la cama merecieron la aprobación de mi hijo. Lo dejé allí para ir a buscar la comida y la bebida. Kiya nos había seguido y observaba con curiosidad al hombre tan espléndidamente vestido que estaba de visita.

—¿Es ella mi hermana? —preguntó Ramsés señalando a la niña silenciosa.

—No —le dije—. Es la nieta de una amiga y es como una sobrina para mí.

La respuesta pareció darle alivio.

—Al parecer los dioses han

dispuesto que tú seas mi único hijo —añadí—. Estoy contenta de ver que tienes buena salud y que te va bien. Dime, ¿te has casado ya? ¿Soy abuela?

—No —dijo Ramsés—. Mis deberes hacen que esté demasiado ocupado para ocuparme de una familia propia —dijo haciendo un ligero ademán con la mano—. Tal vez algún día mi situación mejore y pueda darte nietos que se sienten sobre tus rodillas.

Pero no era más que una conversación formal que daba vueltas en el aire y olía a falsedad. La distancia entre ambos era demasiado grande para que tuviéramos un trato más familiar. Si llegaba a convertirme en abuela solo me

enteraría por mensajes que llegarían por medio de tablillas destinadas al olvido una vez fueran leídas.

—Escucha —dijo después de vaciar su copa—. No estoy aquí simplemente por placer. Mi amo me envía en busca de la partera más hábil de Egipto para que asista al parto de su esposa.

»No, es verdad —añadió sin hacer caso de mi expresión despectiva—. No digas nada que oculte tu reputación porque nadie ha podido ocupar tu lugar en Tebas. La esposa de mi amo ha fracasado dos veces y estuvo a punto de morir cuando perdió un niño. Los médicos y nigromantes no han hecho nada por ella y ahora las parteras temen

asistir a una princesa que ha tenido tan mala suerte a la hora de parir. Su propia madre murió y ella tiene mucho miedo.

»Mi amo cuida mucho de su mujer y no quiere otra cosa que tener hijos de ella. Asnaat se enteró de tu habilidad por medio de sus sirvientas y pidió a su marido que buscara a la mujer extranjera de manos doradas que ayudó antaño a las mujeres de Tebas. El señor me confía muchos de sus asuntos y me indicó que me ocupara de este también —dijo Ramsés, la boca se le cerraba y se le contraía un poco al mencionar a su amo.

—Imagina mi sorpresa cuando supe que a quien buscaba no era sino a mi

propia madre. Se impresionó mucho cuando se enteró de mi linaje y cuando supo que eras de la misma tierra que él —añadió Ramsés irónicamente—. El visir me dijo que olvidara los deberes del Estado, que me adentrara en el Valle de los Reyes y te acompañara a su casa. Me ordenó que no volviera sin ti.

—No te gusta ese hombre —le dije un poco molesta.

—Zafenat Panehá es visir en Tebas por voluntad del rey —dijo Ramsés en un tono formal pero hosco—. Se dice que es un gran adivino que ve el futuro y lee los sueños tan fácilmente como un maestro escriba descifra las jeroglíficos de un niño de escuela. Pero es

analfabeto. No sabe escribir, calcular ni leer, por eso el rey me eligió a mí, el mejor de los alumnos del maestro Kar, para que fuera su mano derecha. Y así es como he llegado hasta aquí, sin esposa, sin hijos, siendo el segundo de un bárbaro.

Me molestó oír aquella palabra. Ramsés notó mi reacción y se puso rojo de vergüenza.

—No, madre, tú no —dijo en seguida—. Tú no eres como los demás, de otro modo, ni mi padre ni mi abuela te habrían elegido. Tú eres buena —prosiguió—. No hay madre en Egipto mejor que tú.

Su llaneza me hizo reír a pesar de mí

misma. Me abrazó y por un instante recuperé al niño cariñoso que había sido mi hijo.

Bebimos la cerveza en silencio hasta que después de una larga pausa dije:

—Desde luego, te acompañaré a Tebas. Si el visir del rey te ordena venir a buscarme, sin lugar a dudas, tendré que ir. Pero primero deberé hablar también con mi amiga, Meryt, que es mi mano derecha en la habitación de parto y que también debería ir conmigo. Además debo hablar con mi esposo Benia, el maestro carpintero, para que sepa adónde voy y cuándo podré volver.

Ramsés volvió a apretar los labios.

—No hay tiempo para eso, madre.

Debemos partir ahora porque la mujer está de parto y tanto ella como su esposo me aguardan con ansiedad. Envía a la niña a informar a los demás, no puedo entretenerme.

—Me temo que tendrás que hacerlo —le dije y salí de la habitación. Ramsés me siguió hasta la cocina y me cogió del codo con fuerza como si fuera un amo a punto de castigar a un siervo desobediente.

Me solté y lo miré a los ojos.

—Najtré habría preferido morir antes que amenazar a un pariente, mucho menos a su madre, de este modo. ¿Así es como honras la memoria del único padre que has conocido? Yo lo recuerdo como

un hombre noble al que le debes todo y cuyo nombre estás deshonrando.

Ramsés se detuvo y bajó la cabeza. Su ambición y su corazón estaban en pie de guerra, su rostro transparentaba la división de su alma. Hizo una profunda reverencia hasta poner la frente a mis pies.

—Te perdono —le dije—. Solo tardaré un momento en prepararme y encontraremos a mi amiga y a su hermano en el camino de Tebas.

Ramsés se levantó de nuevo del suelo y esperó fuera mientras yo me preparaba para un viaje que no me gustaba. Mientras reunía los utensilios y unas pocas hierbas, sonreía ante mi

propia fortaleza, que había hecho avergonzar a mi prepotente hijo por su rudeza al insistir en que no me despidiera. ¿Dónde había quedado la mujer sumisa que vivió tantos años en la casa de Najtré?

Meryt me esperaba en la puerta de la casa de su hijo, sedienta de noticias. Abrió mucho los ojos cuando le presenté a Ramsés, a quien no veía desde niño. Se cubrió la boca llena de sagrado temor ante la invitación de asistir al parto de la esposa del visir del rey, pero Meryt no podía acompañarme. Había tres mujeres en la ciudad que estaban por dar a luz de un momento a otro y una de ellas era pariente, la hija del hermano

de Shifrá. Nos abrazamos y ella me deseó la bendición de Isis y el amparo de Bes. Se quedó en la puerta y se despidió alegremente:

—Vuelve con buenas historias —gritó y su risa estruendosa me siguió por la calle.

Benia no me despidió con sonrisas. Mi hijo y él se miraron fríamente; Benia inclinó la cabeza en reconocimiento de la posición del escriba y Ramsés hizo una mueca de aprobación ante la autoridad de un carpintero que tenía un taller tan importante. No había modo de que mi esposo y yo nos despidiéramos de otro modo. Nos saludamos con los ojos. Volvería. No recuperaría la alegría

hasta mi regreso.

Ramsés y yo salimos del valle sin decirnos casi nada. Antes de que comenzáramos el descenso hacia la margen del río, le puse la mano en el brazo indicándole que se detuviera. Volviendo la cara hacia mi casa, dejé caer un brote de ruda de mi jardín y un pedazo de pan de mi horno para asegurarme un pronto regreso.

Había oscurecido cuando llegamos al río, pero no había necesidad de esperar al día siguiente para tomar un barco. El barco del rey, iluminado con cien lámparas, nos aguardaba. Muchos remos hicieron que llegáramos rápidamente al otro lado y al poco rato

avanzábamos aprisa por las calles dormidas de la ciudad hasta entrar en el gran palacio donde Ramsés me llevó hasta la puerta de los cuartos de las mujeres. Allí me condujeron a una cámara donde había una joven mujer muy pálida recostada en su enorme cama, sola.

—¿Tú eres Denner? —preguntó.

—Sí, Asnaat —contesté amablemente mientras disponía mis ladrillos en el suelo—. Déjame ver qué es lo que los dioses nos han preparado.

—Temo que este también esté muerto —me dijo en voz baja—. Y si es así, haz que muera junto con él.

Puse mi oído en su vientre y luego lo

palpé.

—Este niño está vivo —le dije—. No temas. Está descansando, preparándose para el viaje.

Con la llegada del día, sus dolores se incrementaron. Asnaat trataba de permanecer tranquila, como corresponde a una señora de estirpe real, pero la naturaleza la había hecho gritona y pronto, cuando comenzaron las contracciones, llenó el aire de alaridos.

Pedí agua fresca para lavar la cara de la madre, paja fresca, flores de loto para refrescar la habitación y la ayuda de cinco sirvientas que se reunieron alrededor de su ama para animarla. «A veces es más fácil para las mujeres

pobres —pensé entonces—. Las que no tienen familia viven en cuartos tan estrechos y pegados a sus vecinas que los gritos de las parturientas las atraen en grupo, como ocas que responden a la llamada de quien las necesita. Pero las ricas están rodeadas de sirvientas que les tienen demasiado miedo para tratarlas como a hermanas».

Asnaat no lo pasó muy bien, pero tampoco fue el parto más difícil que hubiera atendido. Pujó durante largas horas sostenida por mujeres que fueron sus hermanas, al menos por aquel día. Poco después de la puesta del sol, dejó salir a un niño muy delgado pero sano que bramó pidiendo el pecho tan pronto

como nació.

Asnaat me besó las manos, las cubrió de lágrimas de alegría y envió a una de sus sirvientas a decirle a Zafenat Panehá que era padre de un hermoso niño. Me llevaron a una habitación tranquila donde me quedé profundamente dormida, sin soñar.

Me desperté a la mañana siguiente empapada en sudor y con dolor de cabeza, tenía el cuello ardiendo. Acostada en la manta entrecerraba los ojos ante la luz que entraba por las altas ventanas y trataba de recordar cuándo

había sido la última vez que había estado enferma. Sentía golpes en la cabeza como si fuera un yunque. Cerré los ojos de nuevo. Cuando los volví a abrir, la luz estaba alejándose de las ventanas.

Una niña sentada junto a la pared se dio cuenta de que me había despertado y me puso una toalla fresca en la frente. Pasé dos días, o tal vez fueron tres, en medio de la fiebre y las compresas. Cuando finalmente se me alivió el dolor de cabeza y me bajó la fiebre, me encontraba demasiado débil para ponerme de pie.

Por entonces habían enviado a atenderme a una mujer llamada Shery.

La miré con la boca abierta cuando se presentó porque su nombre, que significa «pequeña» servía para designar a la mujer más gorda que había visto.

Shery me lavó el cuerpo, que no olía bien, y me llevó caldo y fruta; además, se ofreció a conseguirme lo que quisiera. Nunca me habían tratado así, y aunque me disgustaba un poco su celo, agradecía su ayuda.

Después de unos días recuperé las fuerzas y le pedí a Shery que me diera noticias del niño que había hecho nacer. Se sintió encantada por mi pregunta y dejó caer su enorme cuerpo en un asiento, ya que le gustaba hablar.

El niño estaba bien, me informó.

—Siempre está hambriento y le está lastimando los pezones a la madre de tanto comer —dijo Shery con una sonrisa maliciosa. Había sentido lástima por la mala suerte de Asnaat con los niños, pero consideraba a Asnaat una mujer demasiado arrogante. La maternidad le enseñará muchas cosas —me confió mi nueva amiga.

—El padre lo ha llamado Manasés, un nombre horrible que debe significar algo bonito en su lengua nativa. Manasés. Suena como masticar, ¿no te parece? ¿Pero eres de Canaán también, no es cierto?

Murmuré un sí.

—Fue hace mucho tiempo —dije—. Por favor, continúa con la historia, Shery. Es casi mágico el modo en que tus palabras me hacen olvidar las molestias y los dolores.

Me miró con astucia como para hacerme ver que mis elogios no ocultaban mi reserva. Pero de cualquier modo siguió hablando.

—Zafenat Panehá es un arrogante hijo de puta —dijo, insultando a su amo para demostrar que depositaba en mí mucha confianza—. Le gusta hablar de sus orígenes como si su actual posición se debiera exclusivamente a sus méritos. Pero esto no es gran cosa en Egipto. Muchos grandes hombres, hombres de

Estado y comerciantes, guerreros y artesanos, son de origen humilde. Es el caso de tu marido, ¿no, Denner? —preguntó, dándome a entender que mi historia no le era desconocida. Yo me limité a sonreír.

—El cananeo es buen mozo —añadió—, de eso no hay duda. Las mujeres se alborotan solo con verlo, o al menos se alborotaban cuando era más joven. Los hombres también lo admiran y no solo los que gustan de los muchachos. Desde luego, su belleza no le sirvió de nada en su juventud. Sus propios hermanos lo odiaban tanto que lo vendieron a unos traficantes de esclavos. ¿Te lo imaginas si un egipcio

hiciera una cosa así? Todos los días doy gracias a los dioses por haberme hecho nacer en el valle del gran río.

—Sin duda —dije, observando su volumen, pues no había otra tierra capaz de contener tanta humanidad.

Shery se dio cuenta de mi intención y se puso las manos en el pecho.

—Soy una criatura de proporciones sorprendentes, ¿verdad? El rey quiso zaherirme una vez diciendo que solo los enanos le gustaban más que ver una mujer tan corpulenta y redonda. No se imagina la cantidad de hombres que encuentran mi cuerpo deseable. En mi juventud di placer al viejo rey hasta que la esposa tuvo celos y me obligó a

marchar a Tebas. Pero eso —añadió parpadeando— es una historia para otra ocasión. Quieres saber la historia de esta casa, y es muy jugosa.

»Zafenat Panehá fue vendido como esclavo, como ya dije, y sus nuevos amos eran unos cerdos, más cananeos que los cananeos. No tengo dudas de que lo deben de haber golpeado, herido y forzado a hacer los trabajos más sucios. Desde luego, su majestad no habla de eso nunca. Zafenat Panehá adquirió este pomposo nombre hace muy poco tiempo. "El Dios Habla y Él Vive". ¡Qué cosas! Lo llamaban Palo porque cuando llegó a Egipto era tan flaco como su hijo recién nacido. Cuando sus propietarios

llegaron a Tebas fue vendido a Putifar, un guardia de palacio con fama de ladrón que vivía en una gran casa de las afueras de la ciudad. Como Palo era más hábil que su amo, lo pusieron a cargo del huerto y luego lo nombraron capataz de un lagar. Finalmente quedó por encima de todos los demás sirvientes de la casa porque Putifar amaba al cananeo y lo usaba para su propio placer. Pero la mujer de Putifar, una gran belleza llamada Nebetper, también se fijó en el muchacho, y los dos se hicieron amantes en las barbas del amo. Hay rumores acerca de quién fue el verdadero padre de la última hija que tuvo Nebetper. De cualquier modo, Putifar acabó

descubriéndolos en la cama y ya no pudo fingir que no sabía lo que estaba pasando. Entonces, con grandes muestras de cólera y deseos de venganza, envió a Palo a prisión.

En este punto yo ya había perdido interés en la historia de Shery, que al parecer no iba a terminar nunca. Quería dormir, pero no había modo de hacer callar a aquella mujer que no se alteraba al verme bostezar ni cuando yo cerraba los ojos.

—La cárcel de Tebas no es cosa de risa —dijo sombríamente—. Es un agujero horroroso donde los hombres mueren a manos de otros o de desesperación tanto como de fiebre, está

llena de locos y de cortadores de gargantas. Pero el alcaide tuvo lástima de su hermoso huésped, que no era ni malvado ni loco. Pronto compartió su comida con el cananeo que había llegado a hablar bien el egipcio.

»El alcaide era soltero y no tenía hijos y trataba a Palo como a un hijo. Con los años le dio la responsabilidad de vigilar a los demás hasta que finalmente lo dejó decidir quién dormía cerca de una ventana y quién encadenado junto a una letrina, de modo que los demás presos hacían lo posible por congraciarse con él y complacerlo. Así es, Denner —dijo Shery, moviendo la cabeza con admiración—; esté donde

esté ese muchacho, el poder parece correr hacia sus manos.

»Mientras tanto, el viejo rey murió y el nuevo tenía la costumbre de castigar las menores ofensas enviando a la gente a la cárcel. Si no le gustaba el pan de la cena, era capaz de enviar a la cárcel al panadero durante más de una semana. Los coperos, los bodegueros, los fabricantes de sandalias y hasta los capitanes de la guardia eran enviados a languidecer en aquel lugar, y allí se encontraban con Palo.

»Todos se sorprendían de sus modales de príncipe y de su habilidad para interpretar sueños y adivinar el futuro. Le dijo a un pobre borracho que

no viviría más de una semana, y cuando lo encontraron muerto, imagínate, muerto de tanta bebida y tantos años, los prisioneros lo proclamaron oráculo. Cuando un copero salió de prisión y contó la historia del carcelero que veía el futuro, el rey envió a buscar a Palo y lo puso a interpretar una serie de sueños que lo habían obsesionado durante meses.

»No eran sueños muy difíciles de interpretar, si quieres que te diga la verdad —comentó Shery—. Un pez gordo que es devorado por otro flaco, vacas gordas vencidas por vacas flacas y luego siete espigas llenas de trigo que se secan dejando en su lugar siete

espigas vacías. Cualquier mago de poca imaginación, de los que sacan pájaros de un cesto, podía haberlos interpretado. Pero los sueños obsesionaban y asustaban a aquel rey idiota, y se calmó al oír que tenía siete años para acumular alimentos en previsión de una época de escasez. De modo que el carcelero, un charlatán extranjero e iletrado, se convirtió en el primero en el mando.

»Me imagino que tu hijo ya te habrá dicho que ese tal Zafenat Panehá depende para todo de Ramsés. Y ahora que Zafenat no solo es visir sino también padre, no habrá nada que detenga su soberbia. —Shery resopló y comenzó a andar por la habitación para preparar mi

cama, porque se había pasado toda la tarde hablando—. Y ayer —añadió, dirigiéndose más bien a sí misma— ese loco pidió que su hijo fuera circuncidado. No cuando esté a punto de convertirse en adulto y sea capaz de soportar semejante cosa. No como la gente civilizada, ¡sino ahora! ¡Inmediatamente! ¿Puedes imaginarte que quiera hacerle eso a un recién nacido? Eso prueba que al que nace bárbaro no hay nada que lo cambie. Asnaat gritó y se arrastró como un gato despanzurrado ante aquella orden. Y yo no puedo culparla por eso.

—José —dije en voz baja y sin poder creerlo.

Shery me miró con curiosidad.

—¿Qué? —preguntó—. ¿Qué has dicho, Denner?

Pero yo cerré los ojos repentinamente, incapaz de respirar. De golpe entendí por qué me habían hecho ir a Tebas y por qué Shery me había contado la interminable historia del visir. Pero no podía ser. La fiebre habría nublado mi razón. Mareada y con dolor de cabeza me tendí en la cama, quejándome.

Shery se dio cuenta de que algo me había pasado.

—Denner —dijo—. ¿No te sientes bien? ¿Puedo traerte algo? Tal vez necesites algún alimento sólido.

»Pero hay algo que te alegrará —dijo levantando la vista cuando oyó pisadas—. Tu hijo viene a presentarte sus respetos. Aquí está Ramsés. Traeré un refresco para ambos —desapareció dejándome a solas con mi hijo.

—¿Madre? —dijo, haciendo una reverencia formal. Pero cuando vio mi cara se quedó paralizado—. ¿Qué te pasa? Me dijeron que estabas mucho mejor y que hoy podía verte —dijo lleno de dudas—. Pero tal vez todavía no es tiempo.

Volví mi cara hacia la pared y le dirigí un saludo con la mano mientras dejaba la habitación. Oí que Shery salía con él y que le murmuraba una

explicación. Sus pasos apresurados perdiéndose en la distancia fueron lo último que oí antes de quedarme dormida.

Shery le contó a Ramsés la conversación y repitió la palabra que yo había dicho antes de caer de nuevo en un acceso de fiebre. Así fue como mi hijo se llevó la palabra José y, sin hacerse anunciar, fue al gran salón donde el visir de Egipto estaba sentado solo, musitando palabras de alivio a su primogénito que había sido circuncidado aquel mismo día.

—José —dijo Ramsés arrojándole el nombre a la cara como un desafío. Y el que era conocido como Zafenat

Panehá tembló.

—¿Conoces a una mujer llamada Denner? —le preguntó.

Durante un momento Zafenat Panehá no dijo nada y luego preguntó:

—¿Diná?

El amo miró al escriba a los ojos.

—Tenía una hermana llamada Diná, pero murió hace mucho tiempo. ¿Cómo llegaste a saber su nombre? ¿Qué sabes de José?

—Yo te lo diré después de que me describas cómo fue su muerte, solo entonces.

El tono de amenaza de aquella voz irritó a José. Pero aunque estaba sentado en un trono con un hijo saludable en los

brazos y una gran cantidad de guardias listos a obedecerlo, se sintió compelido a responder. Había pasado toda una vida desde la última vez que lo habían llamado por su nombre, veinte años desde que había dicho por última vez el nombre de su hermana en voz alta.

Entonces empezó. En voz tan baja que determinó que Ramsés se acercara al trono. Le contó que Diná había ido al palacio de Siquem con su madre, Raquel, la partera, para atender un nacimiento en la casa.

—El príncipe de la ciudad pidió que Diná fuera su esposa —dijo José y Ramsés oyó cómo Jacob despreciaba el magnífico precio de la novia y

finalmente lo aceptaba bajo las más crueles condiciones.

Ramsés tembló al oír el nombre de su padre de labios de José, pero inmediatamente después supo que mis hermanos, sus propios tíos habían matado a Shalem en su propio lecho. Ramsés se mordió la lengua para no gritar.

José declaró su repugnancia por el crimen y proclamó su inocencia.

—Solo dos de mis hermanos se mancharon las manos de sangre —dijo, pero admitió que tal vez fueran cuatro los que cometieron homicidio—. Todos nosotros fuimos castigados. Ella nos maldijo a todos. Algunos de mis

hermanos se pusieron enfermos, otros vieron morir a sus hijos. Mi padre perdió toda esperanza y yo fui vendido como esclavo.

José siguió contando.

—Yo solía culpar a mi hermana de mis desgracias, pero no lo hice por mucho tiempo. De haber sabido dónde fue enterrada, habría ido a su tumba y habría hecho libaciones, habría mandado construir una estela en su memoria. Finalmente sobreviví a la villanía de mis hermanos, y con el nacimiento de este hijo, el dios de mis padres me revela que no moriré olvidado. Pero el nombre de mi hermana fue borrado como si nunca hubiera

existido.

»Fue mi hermana de leche —dijo José sacudiendo la cabeza—. Es extraño hablar de ella ahora que soy padre. Tal vez le ponga su nombre a una hija mía en su honor —y se quedó callado.

—¿Y qué es José? —preguntó Ramsés.

—José es el nombre que me dio mi madre —dijo Zafenat Panehá muy despacio.

Ramsés se levantó para partir y se alejaba cuando el visir lo detuvo.

—¡Espera! Habíamos hecho un trato. Dime ahora cómo llegaste a saber mi nombre y el de mi hermana.

Ramsés se detuvo sin volverse para

mirarlo y dijo:

—No está muerta.

Las palabras quedaron flotando en el aire.

—Ella está aquí en tu palacio. Tú la mandaste buscar. Denner, la partera, la que hizo nacer a tu hijo, es tu hermana, Diná, mi madre.

José abrió los ojos sin poder creer lo que oía y comenzó a reírse como un niño contento. Pero Ramsés escupió a sus pies.

—¿Harás que te llame tío? —preguntó—. Te he odiado desde el principio. Me robaste una posición que me corresponde y progresas a los ojos del rey gracias a mi capacidad. Ahora

veo que me has hecho daño desde que nací. Mataste a mi padre en lo mejor de su juventud. Tú y tus bárbaros hermanos mataron también a mi abuelo, que, aunque era cananeo, obró honradamente. Tú desgarraste el corazón de mi abuela. Tú traicionaste a tu hermana, a mi madre la dejaste viuda y a mí huérfano y sin casa. Cuando era niño, la sirvienta de mi abuela me predijo que cuando finalmente encontrara a los verdugos de mi padre, sus nombres partirían mi corazón en pedazos. Tenía razón. Tú eres mi tío, oh dioses, qué pesadilla —gritaba Ramsés—. Un homicida y un embustero. ¿Cómo te atreves a proclamarte inocente de esta

abominación? Tal vez no levantaste tú una espada, pero no hiciste nada por detenerlos. Debiste haber sabido algo de lo que preparaban, tú, tu padre y el resto de sus descendientes. Veo la sangre de mi padre en tus manos. Veo la culpa en tus ojos.

José desvió la vista.

—No me queda por hacer sino matarte, o morir como cobarde. Si no tomo venganza por mi padre, no soy digno de esta vida y mucho menos de la otra.

La voz de Ramsés, elevándose más y más por el odio, alertó a los guardias que entraron y se lo llevaron mientras Manasés berreaba en los brazos de su

padre.

Cuando finalmente me desperté, Shery estaba junto a mí con la cara descompuesta.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Oh, señora —dijo ella apresurándose a contarme lo que sabía —, tengo malas noticias. Tu hijo y el visir han discutido y Ramsés está en su cámara bajo vigilancia. Se dice que el amo está furioso y que el joven escriba está en peligro de muerte. No sé cuál es la causa de la disputa, por lo menos todavía no. Pero cuando la sepa, te la

diré en seguida.

Me puse de pie, tambaleante pero decidida.

—Shery —le ordené—. Escúchame bien ahora porque no voy a discutir ni a repetir las cosas. Debo hablar con el amo de la casa. Ve y anúnciame.

La sirvienta se dobló por la cintura, pero me dijo en voz baja.

—No puedes presentarte ante Zafenat Panehá con ese aspecto. Déjame bañarte y arreglarte el pelo. Te daré una túnica limpia para que puedas plantear tu caso como una señora y no como una mendiga.

Di mi consentimiento, repentinamente aterrorizada por la

escena que tendría que afrontar.

¿Qué palabras podía emplear para hablar con un hermano al que no veía desde hacía una vida? Me arrodillé en la piscina mientras Shery me vertía agua fresca y me tiré para atrás cuando ella me arregló el pelo. Me sentía como una esclava a punto de desfilar en una galería frente a los compradores.

Cuando estuve lista, Shery me condujo a la puerta del salón de Zafenat Panehá, donde estaba él sentado con la cabeza entre las manos.

—Denner, la partera, pide una audiencia —dijo ella.

El visir se puso de pie e hizo un ademán para indicarme que entrara.

—Dejadnos solos —ordenó. Shery y todos los demás desaparecieron. Estábamos solos. Ninguno de los dos se movió. Nos quedamos en nuestros lugares en sitios opuestos de la habitación y nos miramos.

Aunque los años se habían llevado sus mejillas suaves y algunos dientes, José todavía tenía un rostro fuerte y hermoso, seguía siendo el hijo de Raquel.

—Diná —dijo—. Ahati, hermanita —dijo en el lenguaje de nuestra juventud —. No has ocupado una tumba.

—Sí, José —respondí—. Estoy viva y perpleja frente a tu presencia. Pero la única razón por la que vine a verte es

para preguntarte qué ha pasado con mi hijo.

—Tu hijo conoce la historia de la muerte de su padre y me amenazó con matarme —dijo José con irritación—. Me hace responsable de los pecados de mis hermanos. Esa sola amenaza sería causa de ejecución, pero como es tu hijo, lo voy a enviar lejos.

»No volverá aquí a hacer daño, te lo prometo —dijo José amablemente—. He aconsejado al rey que le dé un cargo de prefectura en el norte, donde no será el segundo de nadie. A su tiempo se enamorará del mar, todos lo hacen, y vivirá una vida sazonada con aire y agua salados y no querrá ninguna otra cosa.

»Tienes que decirle que haga lo que digo y olvide todos sus juramentos de venganza —dijo José—. Tienes que hacerlo ahora, esta noche. Si levanta una mano contra mí, si solo me amenaza frente a mi guardia, deberá morir.

—Dudo mucho que mi hijo haga caso de mis palabras —le dije tristemente—. Él me odia porque soy la causa de su desgracia.

—Tonterías —dijo José con el aire altivo que hacía que sus hermanos tuvieran tantos celos de él—. Los hombres de Egipto honran a sus madres como nadie más en el mundo.

—No sabes —le dije—. Él llamaba a su abuela mamá. Yo no era más que su

nodriza.

—No, Diná —dijo José—. Él sufre demasiado para que eso sea verdad. Él te escuchará y tendrá que irse.

Miré a mi hermano y vi a un hombre que no conocía.

—Haré lo que digas, amo —dije con el tono de una buena sirvienta—. Pero no me pidas ninguna otra cosa. Déjame salir de este lugar, porque para mí es como una tumba. Verte es como volver a un pasado donde están todos mis sufrimientos. Y ahora, por tu causa, pierdo toda esperanza por mi hijo.

José asintió.

—Lo entiendo, Ahati, y se hará como dices excepto por una cosa:

cuando mi mujer tenga que estar en los ladrillos de nuevo, porque sueño con tener otro hijo, debes venir y atenderla. Puedes venir y no verme, si lo prefieres, y se te pagará bien. De hecho, se te pagará con tierras si quieres, para ti y el carpintero.

Me rebelé ante la sugerencia de que yo era una pobre desgraciada y anuncié:

—Mi marido Benia es maestro artesano en el Valle de los Reyes.

—¿Benia? —preguntó, y la cara de José se llenó de amargura—. Ese era el nombre que tenía de niño nuestro hermano Benjamín, el último hijo de mi madre Raquel, que murió al darle la vida. Antes odiaba a Benia por haberla

matado, pero ahora pienso que le daría la mitad de lo que tengo solo por estrechar su mano.

—No tengo deseos de verlo —dije, y ambos nos sorprendimos por la cólera que había en mi voz—. Ya no pertenezco a ese mundo. Si mis madres están muertas, entonces soy una huérfana. Mis hermanos no son para mí más que el ganado de nuestros años mozos. Tú y yo éramos amigos de niños, cuando nos contábamos los sentimientos de nuestro corazón. Pero eso fue en otra vida.

El gran salón se llenó de silencio, ambos nos quedamos perdidos en nuestros recuerdos.

—Iré a ver a mi hijo —dije por fin

—. Después me marcharé.

—Vete en paz —dijo José.

Ramsés estaba echado boca abajo en la cama de su hermoso cuarto. Mi hijo no se movió ni dio la menor señal de que había notado mi presencia. Me dirigí a sus espaldas.

Las ventanas daban al río, que lanzaba destellos a la luz de la luna.

—Tu padre amaba el río —le dije tratando de contener las lágrimas—. Y tú amarás el mar.

»No volveré a verte nunca más, Ramsés, y no habrá ninguna otra

oportunidad de pronunciar estas palabras nuevamente. Escucha a tu madre, que vino a decirte adiós para toda la vida.

»No te pido que perdones a mis hermanos, yo misma no lo he hecho jamás. Ni lo haré. Solo te pido que me perdones por la mala suerte que tuve de ser hermana de ellos.

»Perdóname por no haberte hablado nunca de tu padre. Fue por orden de tu abuela. Ella consideró que el secreto era el único modo de protegerte del tormento que hoy te destroza. Ella sabía que el pasado podía amenazar tu futuro y nosotras quisimos protegerte contra la desgracia que signó tu nacimiento. La

verdadera historia de tus parientes solo la conocemos tú, yo y Zafenat Panehá. No hay necesidad de contársela a nadie más.

»Pero ahora que compartimos este secreto, te diré algo más. Ramsés, tu padre se llamaba Shalem y era tan hermoso como el ocaso, por eso llevaba ese nombre. Nos elegimos para amarnos. El nombre que te di cuando estabas en mi seno fue Barshalem, hijo del ocaso, y tu padre viviría en ti. Tu abuela te llamó Ramsés haciéndote hijo de Egipto y del dios del sol. En cualquier idioma y en cualquier país tú serás bendito por el gran poder del cielo. Tu futuro está escrito en tu rostro

y sé que tendrás la larga vida que se le ha negado a tu padre. Algún día encontrarás la felicidad.

»Te recordaré en las mañanas y en los atardeceres, todos los días hasta que mis ojos se cierren para siempre. Te perdono todos los malos pensamientos que hayas tenido para mí y las maldiciones que hayas lanzado a mi nombre. Y cuando por fin me perdones, te prohíbo que sufras ni un instante de culpa en mi nombre. Te pido que recuerdes que te bendigo, Barshalem, Ramsés.

Mi hijo no se movió de su lecho, tampoco dijo una palabra; yo me dispuse a partir, con el corazón roto, pero libre.

5

Volver a casa fue como renacer. Enterré la cara en las mantas de lino de la cama y pasé las manos por cada mueble, por cada planta del huerto, encantada de ver que las cosas estaban como las había dejado. Kiya vino a mi encuentro con una jarra de agua. La envié a decir a

Meryt que había vuelto y luego fui lo más rápido que pude al taller de Benia.

Mi marido me vio llegar y corrió a abrazarme. Parecía que en lugar de unas semanas hiciera años que no nos veíamos.

—Estás muy delgada, mujer —me dijo en voz baja mientras me cogía en sus brazos.

—Me puse enferma en la ciudad —le expliqué—. Pero ya estoy bien.

Nos miramos a la cara.

—Ha pasado algo —dijo Benia pasando los dedos por mi frente y leyendo algo de los golpes sufridos en los últimos días.

»¿Has vuelto para quedarte, amada?

—me preguntó y yo entendí la causa de las sombras que le cubrían los ojos.

Le hice saber que podía estar tranquilo con un abrazo tan fuerte que hizo que los hombres del taller hicieran una exclamación.

—Iré a casa en cuanto pueda —dijo besándome las manos.

Asentí, demasiado contenta para decir más.

Meryt estaba esperándome con pan tibio y cerveza cuando volví a mi casa, pero al verme dio un grito.

—¿Qué te hicieron, hermana? Estás tan delgada como un hueso y tienes los ojos como si hubieras llorado un río entero.

Le hablé a mi amiga de la fiebre y de la pelea de Ramsés con su amo. Cuando mi amiga supo que sería enviado al norte, se le llenaron los ojos de alegría.

Después de que comimos lo que Meryt había llevado, ella me hizo acostar y me dio masajes en los pies. Todo el dolor de las semanas anteriores se desvanecía mientras ella me pasaba las manos por los dedos de los pies y los talones. Cuando estuve en paz y descansada, le pedí que se sentara a mi lado y le cogí la mano, todavía tibia y mojada de aceite y le conté el resto de lo que había sucedido en Tebas, incluido el modo en que llegué a saber que Zafenat Panehá, la mano derecha del rey,

era mi propio hermano José.

Meryt escuchó sin moverse, observando mi cara mientras le contaba la historia de mis madres, la historia de Siquem y la muerte de Shalem. Mi amiga no emitió un solo sonido pero en su rostro se notaban los sentimientos de su corazón: horror, rabia, simpatía, compasión.

Cuando terminé sacudió la cabeza:

—Ahora me doy cuenta de por qué no contaste antes esta historia —dijo tristemente—. Me habría gustado poder ayudarte con esta carga desde el comienzo. Pero ahora que me has confiado tu pasado, está en buenas manos. Sé que no necesitas que te

prometa nada, de otro modo no me lo habrías contado.

»Querida —dijo poniéndome la mano en la mejilla— me siento tan honrada por ser yo la depositaria de esta historia de dolor y padecimiento. En todos estos años, ninguna hija me habría proporcionado tanta alegría como tú, ni tantos motivos de orgullo. Ahora que sé quién eres y lo que te ha costado seguir adelante, me siento honrada por contarte entre las personas a quienes amo.

Después de un tranquilo silencio, Meryt reunió sus cosas y se dispuso a partir.

—Me iré para que tengas tiempo de prepararte para la llegada de Benia —

dijo mientras me cogía ambas manos—. Bendiciones de Isis. Bendiciones de Hathor. Bendiciones de las madres de tu casa.

Pero antes de que franqueara la puerta, la cara de mi amiga recuperó su pícara sonrisa y con amistosa alegría me dijo:

—Vendré a visitarte mañana. Vamos a ver si eres capaz de hacer una excepción y prepararme algo bueno para comer.

Benia llegó corriendo poco después y nos tendimos en una cama deshecha como dos amantes jóvenes, sin aliento y apresurados. Después, enredados en las ropas de ambos nos quedamos dormidos

con el sueño pesado de los amantes satisfechos. Me desperté una vez durante la noche, sorprendida y sonriente, sin querer cerrar de nuevo los ojos a la alegría de estar de nuevo en casa.

Después de mi regreso, nunca perdí completamente mi preferencia por los placeres cotidianos. Me levantaba antes que Benia para estudiar su rostro y susurraba por lo bajo oraciones de agradecimiento. Caminando hacia el estanque o arrancando malezas del jardín, me sorprendía al comprobar que había pasado todo un día sin el peso del pasado atormentando mi corazón. Las canciones de los pájaros me hacían llorar y cada vez que salía el sol

pensaba que era un regalo que se hacía a mis ojos.

Cuando llegó el mensajero del visir hasta nuestra puerta, como sabía que sucedería alguna vez, me heló el espanto de pensar que debería partir aunque no fuera más que un día. Pero, para mi alivio, la carta no solicitaba mi presencia en la margen oriental. El sueño de José se había cumplido y le había nacido un segundo hijo. Este llegó tan rápido, sin embargo, que Asnaat no tuvo tiempo para enviar a buscarme antes de que el llamado Efraím hiciera su aparición en el mundo.

Aunque no le había hecho esta vez ningún servicio, Zafenat Panehá envió un

regalo de tres piezas de lino blanco. Cuando Benia me preguntó por qué había recibido un regalo tan costoso, se lo conté todo.

Era la tercera vez que ponía en palabras la historia completa: primero a Verenró, luego a Meryt. Pero esta vez mi corazón no se hundió en el sufrimiento ni mis ojos se llenaron de lágrimas mientras la contaba. Era solo la historia de un pasado lejano. Después de oírla toda, Benia me tomó en sus brazos para reconfortarme y yo me quedé encogida en aquel refugio de paz situado entre las manos de Benia y los latidos de su corazón.

Benia era la roca a la que mi vida se aferraba con firmeza y Meryt era mi manantial. Pero mi amiga era una generación mayor que yo y los años estaban haciendo su efecto.

Se le cayó el último diente que le quedaba, por lo cual se sintió agradecida.

—No más dolores —bromeaba—. No más carne, tampoco —decía con un estremecimiento. Pero su nuera Shifrá cortaba y picaba todas sus comidas, de modo que mi amiga seguía disfrutando alegremente de su comida, su cerveza y sus chistes como siempre. Atendió

muchos partos junto conmigo y se deleitaba al ver las sonrisas en los partos felices y lloraba cuando la muerte se interponía en nuestro camino. Compartimos incontables comidas y siempre me levantaba de la mesa riéndome. Sabíamos que sus días estaban contados y nos decíamos adiós con un beso cada vez que nos separábamos. No quedó nada que no nos dijéramos.

Llegó la mañana en que Kiya apareció en mi puerta para decirme que Meryt no podía levantarse de la cama.

—Aquí estoy, querida, hermana —le dije cuando llegué a su lado, pero mi vieja amiga ya no pudo devolverme el

saludo. No podía moverse en absoluto. Tenía la mitad derecha de la cara paralizada y le costaba trabajo respirar.

Me devolvió el apretón de manos con la izquierda y parpadeó al verme.

—Oh, hermana —le dije tratando de no llorar. Ella se revolvió en la cama y pude darme cuenta de que aunque se estaba muriendo trataba de reconfortarme. Pero no podía ser. La miré a los ojos y le dirigí una sonrisa de partera. Sabía cuál era mi misión. Susurré—:

No temas, que el momento está llegando.

No temas, tus huesos son fuertes.

No temas, buena amiga, te estamos ayudando.

No temas, Anubis es buena compañía.

No temas, las manos de la partera son sabias.

No temas, la tierra está bajo tus pies.

No temas, madrecita.

No temas, madre de todos nosotros.

Meryt se relajó y cerró los ojos, rodeada por las canciones de sus hijos y sus nietos. Solo una vez suspiró, dejó escapar su último aliento y nos dejó.

Me uní a las mujeres que entonaban una triste canción fúnebre para avisar a

todo el vecindario de la muerte de la amada partera, madre y amiga. Los niños se ponían a llorar cuando la oían y los hombres se limpiaban los ojos con los puños húmedos. Yo tenía el corazón destrozado, pero me sentí reconfortada con el último regalo que recibí de Meryt, que fue que, en su lecho de muerte, fui una más de la familia.

La verdad es que me trataban como a una anciana de la familia y me concedieron el honor de lavar sus brazos y piernas, pálidos y cansados. Le acomodé los miembros como si fuera un niño que estuviera por llegar al mundo y me quedé sentada junto a ella toda la noche.

Al amanecer la llevamos para su descanso a una cueva en una colina que daba a las tumbas de los reyes y las reinas. Los hijos la enterraron con sus collares y anillos. Las hijas le pusieron su huso, su cuenco de alabastro y otras cosas que ella amaba. Pero los utensilios de parto no tenían uso en la vida siguiente y pasaron a manos de Shifrá, que cogió las herramientas de Meryt con respeto y cuidado, como si estuvieran hechas de oro.

Enterramos a Meryt con canciones y lágrimas, y mientras volvíamos reímos en su honor recordando cuánto le gustaban las sorpresas, los juegos, la comida y todos los placeres de la carne.

Espero que siga disfrutando de todo eso en la vida por venir, la que ella imaginaba muy parecida a la de este mundo, solo que sin muerte y eterna.

Aquella noche soñé con Meryt y me desperté riendo de algo que ella había dicho. La noche siguiente soñé con Bilhá y me desperté con lágrimas en los ojos que tenían el sabor de las especias que mi tía usaba para cocinar. Otra noche, Zilpá me saludaba y juntas volábamos por el cielo nocturno como un par de halcones-hembra.

Cuando el sol se puso de nuevo supe que me encontraría con Raquel en mi sueño. Estaba tan hermosa como la recordaba. Corríamos bajo una lluvia

tibia que me dejaba tan limpia como a un recién nacido y me desperté con la misma fragancia que si me hubiera bañado en un pozo de agua.

Con ansiedad esperaba soñar con Lía, pero no apareció aquella noche ni a la siguiente. Solo al llegar la oscuridad de la luna nueva recibí la visita de mi madre carnal. Era la primera vez que mi cuerpo no respondía a la llamada de la luna. Ya no podría concebir y mi madre, que había tenido tantos hijos, había llegado para consolarme.

—Ahora eres mayor —me dijo amablemente—. Eres la abuela, la que tiene que hablar con sabiduría. Te honro —dijo mi madre Lía inclinando la frente

hasta el suelo ante mí pidiéndome perdón. La hice levantar y ella se convirtió en un niño acurrucado. Sosteniéndola en mis brazos le pedía perdón por haber dudado de su amor y sentí su perdón en mi corazón. Fui a la tumba de Meryt a la mañana siguiente, derramé vino y le di las gracias por haber enviado a mis madres a verme.

Al no estar Meryt yo era la mujer sabia, la madre, abuela y hasta bisabuela de los que me rodeaban. Shifrá, que se había convertido en abuela y Kiya, a punto de casarse, me acompañaban siempre que iba a poner los ladrillos. Aprendieron lo que les enseñé y no pasó mucho hasta que comenzaron a ir por su

cuenta a ayudar a las mujeres y aliviarlas de los miedos y la soledad del parto. Mis aprendices se volvieron mi hermana y mi hija. En ellas encontré agua nueva para la fuente que pensé que se había secado después de la muerte de Meryt.

Pasaron los meses. Estaba muy ocupada durante el día, y las noches eran tranquilas. Pero no hay paz que dure antes de la tumba. Una noche, después de que Benia y yo nos habíamos acostado, apareció José en nuestra puerta.

Verlo allí, vestido con un largo manto negro que lo hacía parecer una sombra, era tan raro que pensé que era

parte de un sueño. Pero el filo de la voz de mi esposo me despertó en aquel instante, repentinamente oscuro y peligroso.

—¿Quién entra en mi casa sin llamar? —gruñó Benia como un perro que olfateara el riesgo, porque estaba claro que no se trataba de un padre en búsqueda de la partera.

—Soy José —dijo en voz baja.

Encendí las lámparas y Benia le ofreció a mi hermano la mejor silla. Pero José insistió en seguirme hasta la cocina donde le serví una copa de cerveza que estaba sin tocar.

El silencio era pesado y tenso. Benia mantenía los puños apretados porque

temía que hubiera venido para llevarme con él; tenía las mandíbulas apretadas porque no sabía de qué modo hablar al noble que se había instalado en un asiento de su cocina. José me miró dándome a entender sin palabras la urgencia; evidentemente no quería hablar delante de Benia. Miré a uno y otro a los ojos y me di cuenta de lo viejos que nos habíamos vuelto.

Finalmente le dije a José:

—Benia es tu hermano ahora. Di lo que has venido a decir.

—Es papá —dijo, pronunciando la palabra infantil que no había oído desde los tiempos de Canaán—. Está muriéndose y debemos ir a verlo.

Benia hizo una mueca.

—¿Cómo te atreves? —le dijo José poniéndose de pie de un salto mientras ponía la mano en la daga que tenía al lado.

—¿Cómo te atreves? —replicó Benia con igual pasión acercándose a mi hermano—. ¿Por qué mi esposa habría de llorar al lado del lecho de un padre que destruyó su felicidad y se deshonró? ¿Un padre que te envió a los largos cuchillos de los hombres conocidos por su impiedad?

—Entonces conoces la historia —dijo José sintiéndose derrotado. Se sentó y puso la cabeza entre las manos mientras decía con voz áspera:

—Me enviaron un mensaje desde el norte donde mis padres y sus hijos cuidan los rebaños de Egipto. Judá dice que nuestro padre no llegará a la próxima estación y que Jacob quiere dar su bendición a mis hijos.

»Yo no quiero ir —dijo José mirándome como si yo tuviera alguna respuesta para darle—. Pensé que habían terminado mis obligaciones allí. Hasta llegué a pensar que había perdonado a mi padre, aunque no sin saldar la deuda. Cuando vinieron a mi casa muertos de hambre y buscando refugio, yo esgrimí el cuchillo. Los acusé de robo y los forcé a arrodillarse frente al poderoso Zafenat Panehá.

Observé a Leví y a Simeón poner la frente en el suelo, ante mis pies, temblando. Me sentí satisfecho con mi venganza y los envié de nuevo a Jacob exigiendo que enviara a Benjamín. Castigué a nuestro padre por tener favoritos. Castigué a mis hermanos también, y los hice temer por su vida. Ahora el anciano quiere poner sus manos en las cabezas de mis hijos, para darles su bendición. No a los hijos de Rubén ni a los de Judá, que lo han mantenido todos estos años y han soportado sus malos modos y sus caprichos. Ni siquiera a los hijos de Benjamín, el menor de todos. Conozco el corazón de Jacob. Quiere redimirse

de los errores del pasado bendiciendo a mis hijos. Pero yo temo por ellos si se les otorga ese legado. Heredarán recuerdos tortuosos y sueños extraños. Llegarán a odiar mi nombre.

José se desahogaba mientras Benia y yo escuchábamos. Las heridas del pasado estaban grabadas en su cuerpo, anidaban en los pliegues de su largo manto negro. Se paseaba de un lado a otro como una oveja enloquecida.

Mientras hablaba de años fértiles y años de escasez, de la soledad y de las noches de insomnio, de la vida que lo había tratado tan cruelmente, yo buscaba al hermano que recordaba, el compañero de juegos que escuchaba las palabras de

las mujeres con respeto y que una vez me consideró su amiga. Pero no veía restos de aquel muchacho en el hombre reconcentrado que tenía ante mí, cuyos modales y voz parecían cada vez más desesperados.

—Soy rencoroso —dijo José—. Mi furia no se ha calmado y no guardo piedad en mi corazón para Jacob, que se ha vuelto ciego como antes de él su padre. Y sin embargo no puedo decirle que no.

—Los mensajes se pierden —dije suavemente—. Los mensajeros a veces quedan por el camino.

—No —dijo José—. Esa mentira terminaría por destruirme. Si no voy, me

habrá capturado para siempre. Iré y tú vendrás conmigo —dijo José, repentinamente autoritario: un hombre acostumbrado al poder.

Yo no traté de ocultar mi disgusto ante su tono, y cuando vio mi contrariedad bajó la cabeza avergonzado. Y luego mi hermano inclinó su frente hasta el suelo sucio de la cocina de un carpintero y se disculpó conmigo y también con Benia.

—Perdóname, hermana. Perdóname, hermano. No quiero ver morir a mi padre. No quiero verlo en absoluto. Y sin embargo, no puedo desobedecer. Es verdad que tengo autoridad para obligarte a venir conmigo, y lo haría

solo para que me des la mano. Pero tú también te beneficiarías.

Se puso de pie y resumió el plan de Zafenat Panehá.

—Seréis mis invitados —dijo amablemente—. El maestro carpintero hará negocios en favor del rey. Yo iré a comerciar madera en el norte y necesitaré de los servicios de un artista que conozca las maderas más ricas. Irás al mercado de Menfis y verás olivos, encinas y pinos en abundancia y solo elegirás lo que sea conveniente para la casa y la tumba del rey. Honrarás tu profesión y tu propio nombre.

Sus palabras eran seductoras, pero Benia únicamente me miraba a mí.

Entonces José acercó su cara a la mía y dijo amablemente:

—Ahati, esta es tú última oportunidad de ver los frutos de los vientres de tus madres, sus nietos y nietas. Porque no se trata solo de los hijos de Jacob, también son los hijos de Lía, de Raquel, de Zilpá y de Bilhá. Eres la única tía de la sangre de sus madres, y a nuestras madres les gustaría que tú vieras a sus nietas. Después de todo, eres la única hija, la que ellas amaron.

Mi hermano podía hablar sin cansarse y siguió hasta que salió el sol, y Benia y yo estuvimos exhaustos. Aunque nunca dijimos que sí, no había

forma de desobedecer a Zafenat Panehá, el visir del rey, como no había forma de desobedecer a José, hijo de Raquel, nieto de Rebeca.

Partimos con él en la mañana. Al llegar al río nos encontramos con un barco de gran lujo, lleno de sillas y camas, platos pintados y copas, vino dulce y cerveza fresca. Había flores y frutas por todas partes. Benia se sentía un poco incómodo entre los ricos y ninguno de los dos mirábamos a la cara a los esclavos desnudos que nos atendían con la misma actitud servil que manifestaban ante Zafenat, sus dos hijos y su noble comitiva.

Los hijos tenían ya la edad suficiente

para dejarse crecer el pelo y eran buenos, sentían curiosidad ante los invitados de su padre pero eran demasiado educados para hacer preguntas. Benia los entretuvo fabricándoles pequeñas criaturas de madera a cada una de las cuales le dio un nombre. Me descubrió observándolo y su triste sonrisa me hizo saber que hacía lo mismo para sus propios hijos, muertos ya hacía mucho tiempo.

Asnaat no fue con nosotros y José no dijo una sola palabra sobre su esposa. Lo atendía una guardia muy joven, todos tan bellos como él lo había sido en su juventud, y a menudo lo veía observar melancólicamente a su elegante

compañía. Comíamos separados y nadie sospechaba que la mujer del carpintero tuviera nada que decir al poderoso visir. Cuando intercambiábamos algunas palabras, para darnos los buenos días o comentar algo de los niños, nunca lo hacíamos en nuestra lengua materna. Habría llamado la atención acerca de su nacimiento en el extranjero, un punto de conflicto para muchos servidores del rey.

José se quedaba en la proa del barco bajo un cobertizo y envuelto en su oscuro manto. Si hubiera estado sola, me habría sentado, como él, a revivir el viaje que me había traído a la casa de Najtré, donde había sido madre, a

recordar la pérdida de mi hijo. De no haber sido por Benia, habría estado pensando en el encuentro que teníamos pendiente con mis hermanos y se habrían abierto las viejas heridas de mi corazón.

Pero Benia siempre estaba cerca y mi esposo estaba cautivado por las imágenes del viaje que era, para él, como un regalo adicional en su vida. Me hacía mirar las velas al viento o, cuando el aire estaba quieto, el movimiento armónico de los remos. Nada quedaba fuera de su atención y señalaba el horizonte y los árboles, los pájaros que volaban, los hombres arando los campos, las flores silvestres, una reserva de papiros que parecían un

campo de cobre a la luz del sol poniente. Cuando alcanzamos una manada de caballos de agua, su excitación solo se comparaba con la de los hijos de José que alborotaban a su lado para ver cómo los hijos de Taveret se zambullían y saltaban en los remolinos.

Al tercer día de viaje cogí mi huso y me senté tranquilamente a observar el movimiento del agua en la orilla; mi mente estaba tan sosegada y silenciosa como la superficie del río. Aspiré el olor terroso del río y escuché el ruido del agua golpeando el casco, que semejaba una brisa constante. Acaricié el agua con los dedos y vi cómo se me

arrugaban y se me ponían blancos.

—¡Estás sonriendo! —dijo Benia cuando llegó a mi lado.

—Cuando era niña me dijeron que solo encontraría la felicidad junto a un río —le dije—. Pero era una profecía falsa. El agua aliviaba mi corazón y ordenaba mis pensamientos y si bien es cierto que junto al agua me sentía como en casa, había encontrado mi alegría en las colinas secas donde la fuente está distante y el polvo que vuela es denso.

Benia cogió mi mano y miramos Egipto, de color verde esmeralda mientras el sol se reflejaba en el agua en incontables puntos de luz.

En las mañanas y a la puesta del sol,

cuando el barco anclaba para pasar la noche, Manasés y Efraím se zambullían en el agua. Los sirvientes vigilaban por si hubiera cocodrilos o serpientes, pero mi esposo no pudo resistir la invitación de los niños a reunirse con ellos. Se quitó la túnica y saltó dando un bramido que fue respondido con gritos infantiles. Yo reí al ver a mi marido hundirse bajo la superficie y salir de nuevo, como un pez, como un niño. Cuando le dije a Benia que había soñado que era un pez, sonrió y prometió que así sería.

Así, una noche, bajo la luna llena, Benia se puso un dedo en los labios y me llevó al agua. Me cogió en silencio entre sus fuertes brazos, que me

sostenían sin esfuerzo, como si yo fuera tan ligera como un recién nacido y él tan fuerte como diez hombres juntos. Con las manos me sostuvo hasta que eché la cabeza hacia atrás, solté las manos y quedé horizontal en sus brazos como si estuviera en una cama. Cuando me hube relajado, mi marido me soltó, solo sentía las puntas de sus dedos en mi espalda mientras me mantenía a flote en el agua y la luna rielaba en la superficie.

Fui progresando en las noches siguientes. Aprendí a flotar sin que me sostuviera mi esposo y luego a moverme de espaldas frente a la luna que se oscurecía. Me enseñó a mantenerme en la superficie y a nadar como los perros,

pataleando y braceando en el agua. Me reía y tragaba agua. Fue la primera vez que sentí un placer infantil tan intenso desde que mi hijo era niño.

Al final del viaje al norte pude sumergirme en el agua y nadar al lado de Benia. Hablando en voz baja en nuestro lecho, después de bañarnos, le dije que la primera vez que había visto a una persona nadando en el río había sido mientras nos dirigíamos a Harán.

—Eran egipcios —dije, recordando sus voces—. Me pregunto si estaban comparando las aguas de aquel río con las de este, como hago yo ahora.

Nos volvimos e hicimos el amor en silencio, como los peces, y dormimos

como niños acunados por el vientre del gran río, dispensador y benefactor.

En Tanis dejamos el río y nos dirigimos hacia las colinas donde vivían los hijos de Jacob. En Egipto, los granjeros y hasta los tintoreros eran tenidos en más alta estima que los pastores, cuyo trabajo era considerado el más bajo y más odioso de los oficios. El propósito oficial de la visita de Zafenat Panehá era realizar un censo de los ganados y elegir los mejores animales para la mesa del rey. De hecho, era una tarea que no correspondía a su rango, un trabajo que

habitualmente se encargaba a un escriba de medio rango. Sin embargo, sirvió a mi hermano como excusa para ver a los parientes que no veía desde hacía años, desde que les había dado un lugar para que no perecieran de hambre en Canaán.

El viaje con Zafenat Panehá no se pareció a los viajes de mi infancia. Mi hermano iba en una litera, transportado por sus guardias militares, y sus hijos iban montados en asnos, un poco detrás. Benia y yo, que íbamos a pie, estábamos rodeados de sirvientes que nos ofrecían cerveza fresca o fruta con solo ver que levantábamos la mano o entornábamos los ojos. Por la noche descansábamos en buenas mantas, en tiendas de color

blanquísimo.

El lujo no era la única diferencia. El viaje era muy tranquilo, casi silencioso. José iba sentado solo, con la frente alta y las blancas manos sobre los brazos de la silla, preocupado. Yo también estaba inquieta, pero no había modo de hablar con Benia sin que nos oyeran los otros.

Solo los hijos de José iban despreocupados. Manasés y Efraím llamaron Huppim y Muppim a sus asnos e inventaban anécdotas sobre ellos. Se pasaban pelotas, reían y se quejaban de tener las posaderas escocidas de tanto camino. De no haber sido por ellos me habría olvidado de lo que era sonreír.

Después de cuatro días llegamos al

campamento donde estaban los hijos de Jacob. Me asombró mucho el tamaño. Había imaginado una extensión semejante a la de Siquem, con una docena de tiendas y la mitad de fuegos para cocinar. Pero allí había una aldea completa; grupos de mujeres con el pelo cubierto iban de un lado a otro con cántaros de agua y con leña. Los gritos de los recién nacidos se alzaban por encima del murmullo de la lengua materna, que se hablaba, se gritaba y se vociferaba igualmente con acento conocido y extraño. Pero fueron los olores los que me hicieron saltar las lágrimas: cebolla frita en aceite de oliva, el olor fuerte de los rebaños

mezclándose con el del pan cocido. Solo Benia me impidió desmayarme.

Se adelantó una delegación de los jefes de la tribu para saludar al visir, su pariente. José los recibió con sus hijos al lado y flanqueado por sus hermosos guardianes. Detrás de ellos estaban los sirvientes, los ayudantes, las niñas esclavas y a un lado, más lejos, el carpintero y su esposa. La cara de José estaba blanca de angustia, pero enseñaba los dientes fingiendo una sonrisa amplia.

Los hijos de Jacob estaban ante nosotros, pero yo no reconocí a ninguno de aquellos ancianos. El mayor de ellos, con la cara profundamente arrugada y

medio oculta por un pelo sucio y gris hablaba lentamente, muy mal, en el lenguaje de Egipto. Presentó sus saludos formales a Zafenat Panehá, su protector y salvador, el que les había concedido aquella tierra en señal de paz y los había alimentado.

Solo cuando mencionó su origen reconocí a quien hablaba:

—En nombre de nuestro padre, Jacob, te doy la bienvenida, hermano, a nuestras humildes tiendas —dijo Judá, que había sido tan buen mozo en la juventud—. Papá está llegando a su fin —dijo—. No siempre está lúcido y ensucia la cama, llama a Raquel y a Lía. Se despierta de algún sueño y maldice a

un hijo, pero a la hora siguiente bendice al mismo hombre con generosos elogios y promesas. Pero te ha estado esperando a ti, José. A ti y a tus hijos.

Mientras Judá hablaba comencé a reconocer a algunos de los hombres que estaban detrás de él. Vi a Dan, que tenía, igual que su madre, el pelo negro y tupido, la piel todavía lisa y los ojos tan serenos como los de Bilhá. No me costó distinguir a Neftalí de Isacar porque el primero era cojo e Isacar no. Zabulón todavía se parecía a Judá, aunque estaba mucho menos curtido por la vida. Varios jóvenes, mis sobrinos, adiviné, se parecían a Jacob, tal como este debía de haber sido en su juventud. Pero no podía

imaginar de quién eran hijos ni cuál podría ser Benjamín.

José escuchó a Judá sin mirarle a los ojos ni una sola vez. Ni siquiera cuando Judá terminó de hablar respondió José o alzó la cabeza. Finalmente Judá volvió a tomar la palabra.

—Estos deben de ser tus hijos. ¿Qué nombres les has puesto?

—Manasés es el mayor y este es Efraím —contestó José mientras ponía las manos sobre las respectivas cabezas. Al oír sus nombres los niños alzaron la vista y miraron a su padre, les brillaba la cara de curiosidad preguntándose qué estarían diciendo en una lengua extraña que nunca habían oído pronunciar a su

padre.

—Ellos apenas saben por qué estamos aquí —dijo José—. Ni yo mismo lo sé.

La ira cruzó la cara de Judá, pero en seguida se convirtió en derrota.

—No hay modo de deshacer los errores del pasado —dijo—. Sin embargo, es bueno que hayas querido que el anciano muera en paz. Vivió atormentado desde que le dijimos que habías muerto y nunca se recuperó del todo, ni siquiera cuando supo que vivías.

—Ven —dijo Judá—. Vayamos a ver si nuestro padre está despierto. ¿O quieres comer y beber primero?

—No —contestó José—. Mejor hacer eso.

Cogiendo a los niños de la mano, José siguió a Judá a la tienda donde yacía Jacob agonizante. Yo me quedé con el resto de los sirvientes de Zafenat Panehá, viéndoles desaparecer en el pueblo polvoriento.

Yo estaba rígida, temblando, furiosa porque nadie me había reconocido. Pero también sentí alivio. Benia me condujo amablemente al lugar donde los sirvientes estaban levantando las tiendas para pasar la noche, y esperamos allí.

Apenas tuve tiempo de ordenar mis sentimientos cuando José reapareció con Manasés y Efraím, con los ojos fijos en

el suelo, lleno de miedo. Mi hermano pasó rápidamente junto a mí y entró en su tienda sin decirme una palabra.

Benia no pudo hacer que yo aquella noche probara bocado. Yo miraba la oscuridad y dejaba que el pasado cayera sobre mí y me cubriera.

Recordé la amabilidad de Rubén y la belleza de Judá. Recordé la voz de Dan cuando cantaba y el modo en que Gad y Aser imitaban a nuestro abuelo hasta que no podíamos más de la risa. Recordé cómo lloraban Isacar y Neftalí cuando Leví y Simeón los maltrataban y les decían que su madre no los podía distinguir. Recordé que una vez Judá me hizo cosquillas hasta que me hice pis,

pero jamás se lo dije a nadie. Recordé que Rubén solía llevarme sobre los hombros y que desde allí podía tocar el cielo.

Finalmente pude acostarme, aunque no por mucho tiempo y salí a pasear de noche. José me esperaba al lado de mi tienda. Salimos del campamento despacio, porque no había luna y la oscuridad lo cubría todo. Cuando estuvimos a cierta distancia, José se sentó en el suelo y me contó lo que había sucedido.

—Al principio no me reconoció —dijo mi hermano—. Papá sollozaba como un niño cansado, gritando: «José, ¿dónde está José?». Yo le respondí:

«Aquí estoy», pero él seguía preguntando: «¿Dónde está mi hijo José? ¿Por qué no viene?». Acerqué la boca a su oído y dije: «José está aquí con sus hijos, como tú pediste». Después de mucho repetirlo, de repente entendió y comenzó a tocar mi cara, mis manos, mis ropas. Llorando repitió mi nombre y pidió mi perdón y el de mi madre. Maldijo la memoria de Leví, de Simeón y de Rubén. Luego se echó a llorar porque no había perdonado a su primogénito. Nombró a todos mis hermanos por orden, bendiciéndolos y maldiciéndolos, convirtiéndolos en animales, suspirando al evocar las travesuras de su niñez, cómo llamaban a

sus madres para que les limpiaran el trasero. Qué horrible es volverse viejo así —dijo José con lástima y asco al mismo tiempo—. Espero morir antes de que llegue el día en que no sepa si mis hijos son niños o abuelos. Después pareció que se quedaba dormido, pero al rato volvió a gritar: «¿Dónde está José?», como si todavía no me hubiera besado. «Aquí estoy», le contesté. «Déjame bendecir a tus hijos», dijo Jacob. «Deja que los vea ahora». Mis hijos temblaban a mi lado. La tienda olía mal a causa de su enfermedad y los gritos los habían asustado, pero yo les dije que su abuelo quería bendecirlos y los empujé hacia él, uno a cada lado.

Puso la mano derecha en la cabeza de Efraím, y la izquierda en la de Manasés. Los bendijo en el nombre de Abraham y de Isaac, luego se sentó y exclamó: «¡Recordadme!». Los niños retrocedieron y se escondieron detrás de mí. Dije a Jacob los nombres de sus nietos, pero no me oía. Miraba sin ver en dirección al techo de la tienda y hablaba a Raquel disculpándose por haber abandonado sus huesos a un lado del camino. Lloró por su amada y le pidió morir en paz. Ni se dio cuenta cuando yo salí junto con mis hijos.

Mientras José hablaba sentí que un viejo peso volvía a mi corazón y reconocí la carga que había soportado

durante los años pasados en la casa de Najtré. El peso no estaba hecho solo de dolor, como yo había pensado. Era cólera lo que estaba naciendo y encontraba su voz perdida.

—¿Y qué hay de mí? —dije—. ¿Me mencionó acaso? ¿Dijo que se arrepentía de lo que me hizo? ¿Habló de la muerte violenta de Siquem? ¿Lloró por la sangre inocente de Shalem y de Jamor? ¿Se arrepintió por haber mancillado su propia honra?

Un silencio se elevaba desde el suelo donde estaba José.

—No dijo nada de ti, Diná. Diná ha sido olvidada en la casa de Jacob.

Sus palabras podrían haberme

destruido, pero no lo hicieron. Dejé a José en el suelo y volví sola al campamento. Me sentí repentinamente exhausta y cada paso me costaba gran esfuerzo, pero tenía los ojos secos.

Después de la llegada de José, Jacob dejó de comer y de beber. Su muerte tardaría solo unas horas en llegar, unos días a lo más. De modo que esperamos.

Pasé el tiempo sentada en la puerta de mi tienda hilando lino, observando a los hijos de Lía, Raquel, Zilpá y Bilhá. Vi las sonrisas y los ademanes de mis madres y oí sus risas. Algunos de los parecidos eran tan claros como la luz del día. Reconocí una copia exacta de

Bilhá en la que debía ser la hija de Dan; otra niña tenía el mismo pelo que mi tía Raquel. La nariz aguda de Lía era evidente en la mayoría.

Al segundo día de esperar la muerte de Jacob, se aproximó una niña con un cesto de pan tierno en la mano. Se presentó en el lenguaje de Egipto como Gera, hija de Benjamín y de su mujer egipcia, Neset. Gera tenía curiosidad por saber por qué una mujer de mi condición estaba sentada e hilaba mientras las otras que servían a Zafenat Panehá estaban todo el tiempo acarreando cosas, limpiando y cocinando.

—Dije a mis hermanas que tú debías

de ser la niñera de los hijos del visir, mi tío —dijo—. ¿Es así? ¿Es cierto lo que pensé?

Sonreí y le dije:

—Acertaste —y le pedí que se sentara y me hablara de sus hermanos y hermanas. Gera aceptó la invitación con una sonrisa satisfecha y comenzó a desplegar la historia de su familia.

—Mis hermanas todavía son pequeñas —dijo la niña, ella misma todavía no había llegado a ser mujer—. Tenemos gemelas, Meuza y Naamah, que son demasiado pequeñas incluso para hilar. Mi padre, Benjamín, tiene hijos en Canaán nacidos de una esposa que murió. Mis hermanos se llaman Bela,

Becher, Ehi y Ard, y son personas muy buenas, aunque no los conozco más que a los hijos de mis tíos, que son tan numerosos como los rebaños e igualmente ruidosos —dijo y me hizo un guiño, como si fuéramos viejas amigas.

—¿Tienes muchos tíos? —le pregunté.

—Nueve —dijo Gera—. Pero los tres mayores han muerto.

—Ah murmuré asintiendo y despidiéndome de Rubén en mi corazón.

Mi sobrina se instaló junto a mí, sacó un huso del delantal y comenzó a trabajar mientras desenredaba la madeja de la historia de nuestra familia.

—El mayor era Rubén, hijo de Lía,

la primera esposa de mi abuelo. El escándalo estalló cuando Rubén fue encontrado yaciendo con Bilhá, la esposa más joven de Jacob. Jacob nunca se lo perdonó a su primogénito, ni siquiera cuando murió Bilhá, aunque Rubén le dio nietos y más riqueza que todos los demás hermanos juntos. Ellos decían que mi tío murió llorando y pidiendo el perdón de Jacob pero su padre no fue a verlo. Simeón y Leví, también hijos de Lía, fueron muertos en Tanis cuando yo era niña. Nadie sabe qué pasó exactamente allí, pero entre las mujeres se cuenta que los dos hombres trataron de engañar a un comerciante en un asunto de poca importancia. Pero la

víctima elegida era uno de los degolladores más crueles de Egipto, que los mató por su avaricia.

Gera miró hacia arriba y vio que Judá iba a la tienda de Jacob.

—El tío Judá, hijo de Lía, ha sido el conductor del clan durante muchos años. Es un hombre agradable y soporta bien el peso de la familia, aunque algunos de mis primos dicen que se ha vuelto demasiado cauteloso con la edad.

Gera siguió enseñándome la historia de sus hermanos y de sus esposas, señalando a sus hijos, recitando los nombres de sobrinas y sobrinos, carne de mi carne, con los cuales nunca cambié una palabra.

Rubén tuvo tres hijos de una esposa llamada Zila. Su segunda esposa, Attar, le dio dos niñas, Bina y Efrat.

Simeón tenía cinco hijos de la odiosa Ialutu, a quien Gera recordaba como una mujer horrible y con mal aliento. Tuvo otro hijo de una mujer de Siquem, pero este se metió en un cauce inundado y se ahogó.

—Mi madre dice que se suicidó —me dijo Gera en secreto.

—Aquel hombre que está allá se llama Merari —dijo—. El milagro en él es que es bueno a pesar de que ha nacido de Leví y de Inbu. Sus hermanos son tan malos como lo era su padre.

Un hombre de mandíbula marcada

llegó hasta donde estaba Gera, que le dio un pedazo de pan y le ordenó retirarse.

—Ese era Shela —me explicó—. Hijo de Judá y de Shua. Su mente no funciona bien, pero es muy dulce. Mi tío tiene una segunda esposa que se llama Tamar, que le dio a Peretz y a Zerach y a mi mejor amiga, Dafna. Ella es la belleza de mi familia en esta generación.

»Allí esta Hesia —dijo haciendo una inclinación de cabeza a una mujer que tendría mi edad—. Esposa de Isacar, hijo de Lía. Hesia es la madre de tres hijos y de Tola, que se ha convertido en partera. Si Dafna ha heredado la belleza de Raquel, Tola

tiene sus manos doradas.

—¿Quién es Raquel? —le pregunté esperando oír más noticias de mi tía.

—Es la madre de tu amo —dijo sorprendida por mi ignorancia—. Aunque supongo que no hay razón para que conozcas su nombre: Raquel fue la segunda esposa de Jacob, la amada de Jacob, la belleza. Ella murió dando a luz a Benjamín, mi padre.

Asentí y le acaricié la mano viendo en ella la forma de los dedos de Raquel.

—Sigue, querida —le dije—. Cuéntame más. Quisiera conocer el nombre de toda tu familia.

—Dan fue el único hijo de Bilhá —dijo Gera—. Ella fue la tercera esposa

de Jacob, la esclava de Raquel y la única que yació con Rubén. Dan tiene tres hijas de Imná que se llaman Edna, Tirza y Berit. Todas ellas son buenas mujeres, de corazón amable, son las que atienden a Jacob.

»Zilpá fue la cuarta esposa, esclava de Lía, y tuvo gemelos. El primero fue Aser, que amaba a su esposa, Será Imná, con gran pasión. Pero ella murió al dar a luz a su cuarto hijo, una niña llamada Será que tiene el don del canto.

»Gad, el hermano gemelo de Aser, se casó con Oreet —continuó—. La menor fue una hija, Areli, que dio a luz a una niña la semana pasada, el alma más joven de la familia, cuyo nombre es

Nina. El hijo de Lía, Neftalí, tuvo seis hijos de Yedida cuyas hijas son Elisheva y Vaniá. Y por supuesto conoces a los hijos de José mejor que nadie —dijo Gera—. ¿No tuvo hijas? —me preguntó.

—Todavía no —respondí.

Gera vio a dos mujeres jóvenes y señalándome inclinó enfáticamente la cabeza.

—Aquellas son las dos hijas de Zabulón, hijo de Lía. Su madre, Ahavá, tuvo seis hijas que forman su propia tribu. Me gusta que me incluyan en su círculo. Es un grupo muy alegre.

»Liora, Mahalat, Giah, Yara, Noadya y Yael —dijo mientras contaba con los dedos—. Tienen siempre los mejores

chismes. Fueron ellas las que me contaron la historia del hijo de la mujer siquemita que se mató. Se volvió loco —me dijo bajando la voz— cuando supo las circunstancias terribles de su nacimiento.

—¿Y qué le habrá causado tanta desesperación? —pregunté.

—Es una historia muy fea —respondió secamente haciendo que me despertara más interés.

—Eso hace que sean las mejores historias —le contesté.

—Muy bien —dijo Gera poniendo a un lado el huso y mirándome a los ojos —. De acuerdo con la historia de la tía Ahavá, Lía tuvo una hija que sobrevivió.

Debía de ser muy bella, porque la desposó un noble de Siquem, un príncipe en verdad. El hijo del rey Jamor. El rey en persona le llevó a Jacob un hermoso regalo como precio por la novia, pero a Simeón y a Leví no les pareció suficiente. Ellos dijeron que su hermana había sido raptada y ultrajada y que el honor de la familia estaba manchado. Hicieron tanto alboroto que el rey, cediendo ante la pasión de su hijo por la hija de Lía, dobló el precio. Pero ni así estuvieron satisfechos mis tíos. Dijeron que era una conspiración de los cananeos para quedarse con lo que pertenecía a Jacob y cedérselo a Jamor. Simeón y Leví

trataron de impedir que se celebrara el matrimonio pidiendo que los de Siquem se cortaran la piel del pene y se volvieran jacobitas. Ahora viene la parte de esta historia que me hace pensar que no se trata más que de un cuento que se cuentan las muchachas. ¡El príncipe se sometió al cuchillo! ¡Él, su padre y todos los hombres de la ciudad! Mis primas dicen que eso es imposible porque los hombres no son capaces de amar tanto. Según la historia, sin embargo, el príncipe accedió. Él y todos los hombres de la ciudad fueron circuncidados. —Gera bajó la voz marcando el final desgraciado con un tono triste:

—Dos noches después del corte, mientras los hombres de la ciudad se quejaban de dolor, Leví y Simeón entraron por sorpresa en la ciudad y mataron al príncipe, al rey y a todos los hombres que encontraron dentro de las murallas. Robaron el ganado y tomaron a las mujeres de la ciudad también, y fue de ese modo como Simeón obtuvo una esposa de Siquem. Cuando su hijo supo lo que había hecho su padre, se ahogó por voluntad propia en el río.

Mantuve los ojos fijos en el huso mientras oía la historia.

—¿Y qué pasó con la hermana? —pregunté—. La que era amada por el príncipe.

—Es un misterio —dijo Gera—. Creo que murió de dolor. Será hizo una canción donde cuenta que se reunió con la Reina del Cielo y se volvió una estrella fugaz.

—¿Se recuerda su nombre? —pregunté quedamente.

—Diná —dijo ella—. Me gusta ese sonido, ¿a ti no? Algún día tendré una hija y la llamaré Diná.

Gera no dijo más acerca de la hija de Lía y siguió con los novios y asuntos amorosos de sus primas. Estuvo hablando sin parar hasta que pasó toda la tarde de aquel día sin que se le ocurriera preguntarme por mí. Entonces pude excusarme diciendo que era la hora

de la cena.

Jacob murió aquella noche. Oí un llanto de mujer y me pregunté cuál de sus nueras lloraría por el anciano. Benia me envolvió en sus brazos, pero yo no sentí ni dolor ni ira.

Gera me había dado la paz. La historia de Diná era demasiado terrible para que fuera olvidada. En tanto perviviera la memoria de Jacob, mi nombre sería recordado. El pasado me había tratado pésimamente, y no tenía nada que temer en el futuro. Dejé la casa de Jacob mucho más reconfortada que José.

Por la mañana, Judá se preparó para llevar el cuerpo de Jacob a yacer con

sus padres en Canaán. José los observó mientras ponían sus restos en una litera cubierta de oro, que él les dio para el viaje fúnebre.

Antes de que Judá partiera para enterrar al padre, él y José se abrazaron por última vez. Yo me aparté de la escena, pero antes de que llegara a mi tienda sentí una mano en el hombro y me volví para mirar a Judá, cuya expresión era una mezcla de incertidumbre y vergüenza.

Me tendió el puño cerrado.

—Era de nuestra madre —me dijo esforzándose por hablar—. Cuando murió me hizo llamar a su lado y me dijo que le diera esto a su hija. Yo pensé que

había perdido la razón —dijo Judá—. Pero ella previó nuestro encuentro. Nuestra madre nunca te olvidó y aunque Jacob se lo había prohibido, no dejó de nombrarte todos los días hasta que murió. Toma esto de nuestra madre Lía, y que puedas vivir en paz —dijo poniendo algo en mi mano antes de retirarse con la cabeza gacha.

Miré lo que me había dado: era el anillo de lapislázuli de Raquel, el primer regalo que le había dado Jacob. Al principio pensé en llamar de nuevo a Judá y preguntarle por qué mi madre me había dado la prenda de amor de Jacob a su hermana. Pero por supuesto, no habría modo de que él lo supiera.

Fue hermoso ver de nuevo el río. Después del calor de las colinas, el abrazo del Nilo era dulce y fresco. Y por la noche, en los brazos de Benia, le conté todo lo que me había dicho Gera y le enseñé el anillo.

Trataba de adivinar el sentido de aquel regalo y rogaba que un sueño me explicara el misterio, pero fue Benia el que me dio la respuesta. Poniendo mi mano a la luz y mirándola con ojos acostumbrados a contemplar la belleza, dijo:

—Tal vez tu madre quiso decir que

este era el símbolo de que perdonaba a su hermana. Tal vez era el signo de que ella moría con el corazón entero y que deseaba lo mismo para ti.

Las palabras de mi esposo encontraron eco en mí, recordé algo que Zilpá me había dicho en la tienda roja cuando yo era niña, demasiado joven para entender su significado:

—Todos hemos nacido de la misma madre —dijo ella. Después de toda una vida me daba cuenta de que era cierto.

Aunque el viaje fue tranquilo y sin nada que destacar y mis manos no tenían en qué ocuparse, me sentía profundamente cansada. Quería volver a mi propia casa a ver a Shifrá y al niño

de Kiya que había nacido durante mi ausencia.

Estuve terriblemente intranquila durante los tres días que nos detuvimos en Menfis, pero oculté mi impaciencia para no molestar a Benia. Él volvía del mercado todas las tardes maravillado por las bellezas que había visto. Hacía exclamaciones ante la suavidad de la madera del olivo, el negro puro del ébano, los cedros aromáticos. Llevó trozos de pino y enseñó a los hijos de José a tallar. Me compró también un regalo, un cántaro con la forma de una Taveret sonriente que me hacía alegrar cada vez que la miraba.

El velero del visir remolcaba un

gabarrón cargado con ricas maderas cuando salimos de Menfis para hacer la última parte del viaje hasta Tebas. José y yo nos despedimos en la oscuridad de la última noche. No había necesidad de estar tristes al partir, dijo él con delicadeza.

—Es solo un hasta pronto. Si Asnaat concibe de nuevo, te llamaré.

Pero yo sabía que nunca más volveríamos a vernos.

—José —le dije—, eso está fuera de nuestro alcance. Cuídate —le susurré, tocándole la mejilla con la mano en que llevaba el anillo de su madre—. Pensaré en ti.

—Yo pensaré en ti también —me

respondió con suavidad.

Por la mañana, Benia y yo nos fuimos en seguida al oeste. Una vez en casa reanudamos la rutina de nuestra vida. El nuevo hijo de Kiya era muy cariñoso y se ponía contento cuando su madre me lo dejaba en las noches para ir a atender algún parto. Yo rara vez la acompañaba después del crepúsculo porque me estaba haciendo vieja.

Me dolían los pies por la mañana y tenía las manos endurecidas, pero igualmente pensaba que tenía la suerte de no estar débil ni enferma. Tenía fuerzas suficientes para atender mi casa y para cuidar de Benia. Él seguía siendo fuerte y seguro, su mirada era siempre

clara, su amor por el trabajo y por mí eran tan constantes como el mismo sol.

Mis últimos años fueron buenos. Kiya tuvo dos hijos más, otro niño y una niña, que anidó en mi casa, en mi corazón y en el de mi esposo. Recibíamos montones de besos todos los días.

—Son el elixir de la juventud —le decía mientras hacía cosquillas a mis nietos y me reía con ellos—. Sostienen estos viejos huesos. Me mantienen viva.

Pero ni siquiera la devoción de los niños pequeños puede alejar la muerte para siempre y me llegó la hora. No sufrí mucho. Me desperté por la noche y sentí un gran peso en el pecho, pero

después de la primera punzada ya no hubo dolor.

Benia sostuvo mi cara entre sus manos tibias y enormes. Kiya llegó y me acarició los pies con sus largos dedos. Lloraron y no pude pronunciar palabras para consolarlos. Luego se volvieron distintos ante mis ojos, y no tuve palabras para describirles lo que vi.

Mi amado estaba envuelto en un fulgor tan brillante como el sol y su luz me traspasaba y entibiaba. Kiya resplandecía como la luna y cantaba con la voz verde y solemne de la Reina de la Noche.

En la oscuridad que rodeaba las luces brillantes de mi vida comencé a

distinguir las caras de mis madres, cada una iluminada por su propio fuego. Lía, Raquel, Zilpá y Bilhá. Inna, Ranefer y Meryt. Hasta la pobre Ruti y la arrogante Rebeca se habían aprestado a recibirme. Aunque nunca las había visto, reconocí también a Adá y a Saray. Fuertes, enérgicas, maravillosas, amables, capaces, desgarradas, leales, necias, inteligentes, débiles: cada una me daba la bienvenida a su modo.

—Ah —exclamé fascinada. Benia me abrazó más fuerte aún y lloró. Pensó que yo sufría, pero no sentía sino emoción por las lecciones que la muerte me estaba dando. Un momento antes de pasar al otro lado supe que los

sacerdotes y magos de Egipto eran necios y charlatanes por prometer la prolongación de las bellezas de la vida fuera del mundo que se nos ha dado. La muerte no es ningún enemigo, sino el fundamento de la gratitud, la comprensión y el arte. De todos los placeres de la vida, solo el amor no está en deuda con la muerte.

—Gracias, amado —dije a Benia, aunque no me oyó—. Gracias, hija —dije a Kiya, que había puesto el oído en mi pecho y, al no oír nada, empezó a desesperarse.

Morí pero no los abandoné. Benia se sentó a mi lado y yo me quedé en sus ojos y en su corazón. Durante semanas,

meses y años mi rostro vivió en el huerto, mi olor permaneció en las sábanas. Porque mientras él vivió, yo anduve con él durante el día y me acosté a su lado por la noche.

Cuando sus ojos se cerraron por última vez, pensé que dejaría finalmente el mundo. Pero incluso entonces me quedé. Shifrá cantaba la canción que le había enseñado y Kiya se movía con mis movimientos. José pensó en mí cuando nació su hija. Gera llamó Diná a su hija. Ramsés se casó y le habló a su esposa de la madre que lo había enviado lejos para que no muriera, sino que viviera. Los hijos de Ramsés tuvieron hijos hasta la centésima generación y vivieron en la

tierra en que yo nací y en los lugares fríos y ventosos que Verenró había descrito a la luz del fogón de mis madres.

No hay magia para la inmortalidad.

En Egipto amaba el olor del loto. Una flor que florece en el agua de madrugada llenando el jardín entero de un almizcle azul tan poderoso que parecía que hasta los pájaros y los peces quedaban trastornados por el intenso aroma. Por la noche, la flor podía marchitarse, pero el olor quedaba. Cada vez más débil, pero no se iba del todo. Incluso muchos días después, el olor a loto seguía en el jardín. Podían pasar meses y una abeja se posaría donde el

loto había florecido y su esencia renacía, fugaz pero innegable.

Egipto amaba el loto porque nunca moría. Igual que la gente que es amada. Así algo tan insignificante como un nombre, dos sílabas, una más alta, otra más suave, convocan innumerables sonrisas y lágrimas, suspiros y sueños de una vida humana.

Si te sientas al borde de un río, verás solo una parte de su superficie. Y sin embargo, el agua que tienes ante los ojos es prueba de profundidades desconocidas. Mi corazón rebosa de agradecimiento por la amabilidad que has tenido sentándote en la orilla de este río, buscando los ecos de mi nombre.

Benditos sean tus ojos y los de tus hijos. Bendita la tierra que pisas. Dondequiera que vayas, yo iré contigo.

Selah.

ANITA DIAMANT (Newark, Estados Unidos. 27 de junio de 1951). Autora de libros de ficción y no ficción, conocida principalmente por su novela *La tienda roja* (1997) Best-Seller en la lista del New York Times. También ha escrito varias guías para el pueblo judío como *The New Jewish Wedding* (1985) o

Living a Jewish Life (1991).

Diamant pasó su primera infancia en Newark, Nueva Jersey, y se mudó a Denver, Colorado, cuando tenía 12 años. Asistió a la Universidad de Colorado en Boulder y más tarde a la Universidad de Washington en St. Louis, donde obtuvo una licenciatura en Literatura Comparada en 1973. A continuación hizo un master en Inglés en la Universidad de Binghamton en 1975.

Comenzó su carrera de escritora en 1975 como periodista freelance, por la que recibió varios premios. Sus artículos se han publicado en el *Boston Globe magazine, Parenting magazine,*

New England Monthly, Yankee, Self, Parents, McCalls, y *Ms*.